

A woman with blonde hair styled in an updo, wearing a vibrant red strapless dress and a sparkling necklace, is reclining on a highly ornate, dark wood chair with red leather upholstery. The background features a dark wall with a decorative clock and intricate carvings.

El tierno

TOQUE DE LA NOCHE

La serie Belle House

V. KAHANY

EL TIERNO TOQUE DE LA NOCHE

LA SERIE BELLE HOUSE
LIBRO 2

V. KAHANY

ÍNDICE

I. TENER SUERTE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

II. SINTIÉNDOSE AFORTUNADO

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Otras Obras de V. Kahany](#)

El tierno toque de la noche

Derechos de autor © 2020 Vlad Kahany

Todos los derechos reservados. Este libro o partes del mismo no pueden ser reproducidos en ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación o transmitidos en cualquier forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo) sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, compañías o eventos es pura coincidencia.



[Creado con Vellum](#)

PARTE I

TENER SUERTE

Era un caluroso día de verano en Londres, y para Maude Daly, o Ginger, como era más conocida en el West End, quedaría grabado para siempre en su mente como uno de los más extraños. Para una prostituta que había visto mucho en sus veintidós años, eso era bastante.

Aquella mañana cualquiera, en los suburbios de St. Giles, en el centro de Londres, Ginger corría por la calle Dyott. El sol brillaba, pero rara vez llegaba a las calles sucias con edificios colgantes tan cerca unos de otros, que parecía un laberinto, tan alto que parecía un túnel. Todavía bastante temprano, ya estaba sofocante y bochornoso. El hedor de los suburbios, las letrinas, los pozos negros abiertos, el infierno no siempre era fuego.

Ginger vivía ahora en el West End. Para ser exactos, vivía en el mismo lugar donde trabajaba: Belle House, el famoso burdel de Piccadilly. Estaba acostumbrada al lujo, a las sirvientas y a los clientes de clase alta. Pero el hedor de los suburbios, aunque espantoso, seguía siendo muy familiar. Le recordaba a su infancia, por pésima que fuera. No, la infancia no. No hay infancia en los barrios marginales. Las raíces. El comienzo. Todo a su alrededor le recordaba de dónde había venido.

Los tugurios estaban llenos de toda clase de acciones: vendedores de pescado, lecheras y floristas, obreros y operarios de fábricas, carruajes ocasionales y carros tirados por burros, músicos callejeros y mendigos, niños, niños llorando, perros, gatos, ovejas, gallos, los ruidos constantes, los cuerpos que se movían de un lado a otro. Criaturas harapientas cavaban en la basura, y todo tipo de vagabundos vagaban por las calles o simplemente se tumbaban. Mientras alguien predicaba a Dios y la penitencia, otros morían en los rincones oscuros de la colonia sin tener nunca la comprensión de lo que era Dios, porque en estas partes del Londres del siglo XIX, no muchos conocían a Dios, pero la mayoría podía señalar al diablo como si la totalidad de San Gil tomara su rostro. Las calles eran como nidos de cucarachas. Los pájaros ya estaban despiertos, picoteando la basura, volando hasta los tejados torcidos y cagando en todo lo que había debajo. Había una cacofonía de sonidos: aullidos, gritos, golpes, murmullos, risas. No felices riendo en su mayor parte. Casi nunca. Excepto los niños. Incluso en las alcantarillas, lograban encontrar alegría. En medio de la muerte, la enfermedad, el hambre, estaban estas sonrisas: el recordatorio de que la vida tenía esperanza. O al menos eso pensaban muy pocos.

De vez en cuando, la basura se vertía por las ventanas, las sobras se tiraban y alguien menos afortunado las recogía de inmediato. Había mucha acción de roedores. Gatos y perros peleaban. Lo mismo hacía la gente. No había buen ni mal momento para una pelea. Las mañanas eran aún mejores, porque agitaban las almas frustradas y las preparaban con un espíritu de lucha para todo el día.

Ginger se escabulló de un cubo lleno de desechos, volando desde una de las ventanas del piso superior, y su rostro se contorsionó en un "ugh" de disgusto.

¡Oh, cómo despreciaba este lugar! ¡Cómo odiaba la forma en que se veía en este momento! Pero no había otra opción.

Ginger era una chica guapa, bien constituida en el busto y las caderas. Tenía una hermosa piel blanca salpicada de pequeñas pecas y finos rasgos faciales. Su cabello era de un rojo ardiente, pero de un tono más claro. "Oxidado," bromeaba uno de sus clientes. Su cabello no era tan grueso y largo como ella quería, solo le llegaba hasta la mitad de la espalda en finas ondas. Pero cuando lo soltaba, incluso los más indiferentes se maravillaban del color de la llama.

Hoy, el cabello de Ginger estaba cuidadosamente recogido y escondido bajo un viejo gorro. Vestía un vestido sencillo, desgastado por el tiempo, remendado y desaliñado. Sus guantes y chal parecían hacer juego, igualmente desgastados y sin pretensiones. Las prendas las usaba con algunos de sus clientes, aquellos que fantaseaban con acostarse con criadas, esclavas o algo por el estilo. Su atuendo sencillo parecía haber sido impregnado con el olor a podredumbre y desperdicios, y sus zapatos, que habían pisado charcos de origen cuestionable una y otra vez, ya eran varios tonos más oscuros. Por supuesto, tendrían que irse. Ginger suspiró frustrada. Nunca había pensado que el vestido sería útil. Y por ninguna otra razón que un viaje al pasado. Aquí, en St. Giles, su vestimenta habitual destacaría como un cisne entre los cuervos. Ginger no quería problemas. Todo lo contrario, necesitaba ser invisible.

Todo su cuerpo se sacudió como si intentara sacudirse cualquier cosa que pudiera haberse pegado a su vestido, y siguió adelante, zigzagueando entre la gente, caminando rápido y con determinación, porque tenía una agenda.

En sus manos, Ginger apretaba un bolso que contenía el ahorro de un año. Lo agarraba con fuerza para evitar que fuera arrebatado o cortado por carteristas. Oculta en su cintura llevaba una navaja. No es que la necesitara. Con suerte no. Cabe señalar que Ginger creció en las calles, así que estaba perfectamente capacitada para protegerse a sí misma. Pero iba a encontrarse con personas que una esperaba nunca cruzar en el camino. Maldijo en su cabeza. Todo esto por Richard, porque su amante no podía reunir el coraje para resolver su propio lío. ¡Oh, pobre Richard! Su corazón se estrujó al pensar en él, el miedo en sus ojos, su súplica de que ella fuera, pues podría ser asesinado por sus deudas.

Bueno, Ginger tenía suficiente coraje. Sus sentimientos por Richard le daban alas. Y, bueno, Ginger era Ginger. Sin miedo y audaz. Había decidido salvar a su amante de sus problemas y marchaba por las calles de St. Giles con la expresión más desagradable que podía conjurar. Sin prestar atención a los piropos, o a los ocasionales estafadores que le tiraban de la mano, o a los niños sucios, vestidos de harapos, descalzos, bailando alrededor, pidiendo dinero, comida o atención. Porque cuando puso un pie en St. Giles esta mañana, tenía una misión: entregar el dinero a cierto Sr. Josel Skrillerman, conocido como Skriller. Nunca había visto al hombre antes, pero había escuchado lo suficiente sobre él como para no querer estar en esta situación.

¡Pero las cosas que hacemos por nuestros seres queridos!

Oh, Ginger...

Nunca sabes cómo se ve un ángel guardián. Cuando suceden cosas malas, no sabes de qué peores peligros estás protegida.

Esa mañana, su ángel guardián no tenía ni alas ni una sonrisa dulce. Era un gato mugriento y harapiento que fue golpeado de un alféizar con una escoba. Chilló angustiado, aterrizó en el suelo y se lanzó ciegamente en dirección a Ginger. Cruzó la calle como una bala, justo bajo su falda, tambaleándose, perdido en sus telas por apenas un segundo. La joven se sobresaltó. Chilló,

tropezó con un pedazo de adoquín roto y cayó de bruces, extendiéndose como una estrella de mar en la orilla. Excepto que no era una orilla, y su nariz estaba demasiado cerca de algo tan appestoso que le provocó arcadas.

Dos gorriones, picoteándose furiosamente, se detuvieron por un momento, sorprendidos por la acción repentina.

La gente seguía caminando a su alrededor, suponiendo que estaba ebria, enferma o muriendo, no les importaba de todos modos.

Pero Ginger maldijo enojada.

En ese mismo momento, una mano le arrebató su pequeño bolso.

¡El dinero!

Sus ojos se enfocaron y vieron la espalda de un niño que se alejaba por la calle.

Ginger no nació dama. Tampoco nació ayer. Pero nació en estas mismas calles y era una gata callejera ella misma. ¡No había posibilidad de que fuera robada y engañada por un carterista! Así que, con la agilidad de una gimnasta, se levantó, descaradamente levantó los lados de su falda y persiguió al niño.

¡Oh, podía correr! Y la visión del dinero que estaba en la retícula robada le dio a sus piernas la fuerza de un caballo de carrera. No le importaban los piropos, el alegre "¡Atrápalo!" de los hombres que se sentaban en cajas vacías al costado del edificio. Sus ojos estaban fijos en el niño, que se dio la vuelta, vio a Ginger galopando tras él y corrió aún más rápido.

"Bastardo asqueroso," brilló en la mente de Ginger, y se metió en un pequeño callejón oscuro, siguiendo al niño. Saltó por encima de un montón de barriles agrupados en la estrecha calle y se desvió hacia otro callejón. Ella hizo lo mismo, tropezando con su falda, casi cayendo en picada, pero se contuvo y siguió corriendo. Jadeaba, corría junto a la gente, los borrachos curiosos, los hombres que ya bebían cerveza a esa hora impía y fumaban pipas de arcilla, las mujeres que lavaban las cosas, pisaban los charcos de agua de lavar, las hileras de ropa tendida, los montones de basura, sus medias blancas se le veían casi hasta las rodillas bajo la falda levantada, el artículo más caro de toda la colonia.

Pero a Ginger no le importaba. Tampoco prestaba atención a los gritos y gruñidos de la gente que miraba como arañas desde los rincones sucios de los callejones. Más adentro del barrio bajo, el hedor era más fuerte, las calles más oscuras y estrechas. Se podía estirar ambas manos y casi tocar los edificios a ambos lados.

No debería estar aquí, pensó mientras corría, pero su ira la impulsaba más. Todo lo que quería era atrapar al chico que tenía su dinero y la esperanza de salvar la vida de Richard.

Para ahora, el chico apenas era visible, demasiado rápido para Ginger, quien lo vio doblar otra esquina. Ella cortó esa misma esquina y se encontró en un estrecho y lúgubre callejón, extrañamente tranquilo y desierto. Escuchó un eco de pasos rápidos y vio al chico abrir una puerta al final del callejón y desaparecer dentro de un edificio.

Ginger se detuvo, soltó su falda y se inclinó, con las manos en las rodillas, jadeando, con el aire quemándole los pulmones.

¿Qué había detrás de la puerta? Si era una casa habitada, pensó, tendría que ir de una habitación a otra, pero encontraría el maldito dinero.

Exhaló fuertemente, resopló y se enderezó. Se arregló el gorro, miró atrás para asegurarse de que nadie la estaba mirando, y escudriñó las ventanas del piso de arriba en busca de signos de peligro.

Sus ojos volvieron al final del callejón, estrechándose en la puerta, y sacó el cuchillo de su cinturón. Atraparía al bastardo, pensó con determinación, apretando los dientes, y comenzó a

avanzar hacia el final del callejón. No dudó ni se detuvo, porque si lo hacía, cambiaría de opinión. Así que, cuando se acercó a la puerta y escuchó las voces detrás de ella, tiró del pomo con todas sus fuerzas y entró a la oscuridad.

En ese mismo instante, chocó contra algo blando y se detuvo en shock, ajustando sus ojos en la penumbra del pasillo.

"¡Epa!" Una voz masculina y un silbido cuando se dio cuenta de que había chocado contra la espalda de alguien.

Vio a un grupo de hombres de diversas edades sentados en taburetes, de pie, apoyados en las paredes. Todos la miraban. Se congelaron, en shock o sorpresa, no estaba segura.

Así que lo hizo ella.

Su corazón se hundió.

Maldición.

"¿Qué tenemos aquí?" El hombre contra el que había chocado, de su misma altura y edad, la miró de arriba abajo con una sonrisa y dio un paso más cerca. Podía oler la ginebra rancia en él. Dio otro paso. Demasiado cerca. No perdió tiempo, y en cuestión de segundos, el hombre fue girado hacia ella y se encontró con la espalda, la afilada hoja de su cuchillo presionada contra su garganta.

"¡Epa!" Levantó las manos impotente al aire.

"Tranquilo." ella siseó en su oído, jadeando, su otra mano agarrando la parte trasera de su camisa en un puño.

Otro hombre silbó.

"¡Una luchadora!"

Los hombres rieron a carcajadas y la miraron con aún más curiosidad.

"¿Perdiste algo, cariño?"

Otro se rio.

Uno de ellos escupió en el suelo.

"¿Tu mente, tal vez?"

Un rictus de desprecio.

El corazón de Ginger latía tan fuerte que pensó que los hombres podían oírlo en la débil luz del pequeño pasillo con olor a moho y nube de humo de cigarro.

Los ojos inquisitivos estaban sobre ella, pero con destellos peligrosos ahora.

"El chico," dijo Ginger bruscamente y con voz alta con tanta valentía como pudo gestionar. Trató de sonar amenazante. "Lo vi entrar aquí. Tiene mi dinero."

Miró fijamente a los hombres, uno por uno. El que tenía el cuchillo no se movió y se mantuvo en silencio.

Así es, pensó.

Alguien chasqueó la lengua.

El silencio era más peligroso que las palabras.

Los hombres parecían rudos, pero no desgastados como los habitantes regulares de St. Giles. Una cadena de oro aquí. Una camisa bonita allá. La mayoría de los sombreros estaban fuera: los hombres pertenecían aquí. Un hombre con un llavero comenzó a agitarlo de un lado a otro entre sus dedos, sin apartar la mirada de su rostro.

Silencio.

Tensión.

Parecían peligrosos, pero no en el sentido de un estafador callejero. No perros, sino lobos.

"Quiero que me devuelvan ese dinero robado," dijo Ginger más vacilante, pero levantando la

barbilla y presionando su espalda contra la pared y el cuchillo más cerca del cuello del hombre. Se aferraba fuerte a él, porque su espalda sólida calmaba su cuerpo tembloroso.

Uno de los hombres miró a los demás y se rio. Otro levantó una ceja y frunció el ceño. Y todo el grupo estalló en risas, enviando humo de cigarro al aire y escalofríos por la espalda de Ginger.

"La casa equivocada, cariño," dijo uno de ellos, mostrando una sonrisa sin dientes, y los hombres parecían acercarse. Se dio cuenta con pánico de que no estaban en guardia, estaban entretenidos.

De repente, una voz profunda y oscura retumbó a lo lejos.

"¿Qué está pasando aquí?"

Las cabezas de los hombres giraron y el semicírculo frente a Ginger se relajó como si los hombres hubieran dado un paso atrás. Siguió el sonido de la voz que venía del pasillo oscuro y vio dos figuras.

Dos hombres.

Uno era alto y corpulento, con rizos oscuros cortos, largas patillas y bigote sobre su boca. Llevaba una extraña chaqueta larga y elegante que parecía bordó en la oscuridad, con botones dorados brillantes que relucían incluso en la oscuridad, y se apoyaba en la pared como si fuera lo único que sostendría su peso.

El otro hombre estaba cubierto por un denso humo. Pantalones negros, una camisa oscura con las mangas remangadas, un cigarro ardiendo entre los dedos. Cuando dio un paso más cerca y entró en un pasillo mejor iluminado, ella vio su rostro, uno más joven, probablemente de finales de los veinte. Con cabello negro azabache y patillas revoltosas, estaba bien afeitado. Sus rasgos faciales severos lo hacían parecer enojado, brutal incluso, excepto que sus ojos parecían desprovistos de emociones, estudiándola de arriba abajo con indiferencia.

Ginger le devolvió una mirada igualmente inquisitiva. Debió de estar a cargo, pensó, y se animó. *Misericordia o matanza*: el pensamiento se le cruzó por la mente. Nunca se sabe en St. Giles, y ella ya se había aventurado demasiado lejos.

"Una mujer con un cuchillo, hmm," dijo el hombre con voz profunda, dando una calada al cigarro. "Billy," miró al joven que Ginger tenía bajo el cuchillo "¿te estás divirtiendo?"

Los hombres a su alrededor rieron.

Sus ojos volvieron a Ginger, y levantó las cejas en dirección a su rehén. "Le gusta un poco rudo."

Los hombres rieron de nuevo.

Billy rodó los ojos, avergonzado.

"Tsk. No quería herirla," dijo. "Pero está bien, señorita."

En ese momento, su mano se deslizó bajo la muñeca de Ginger en su cuello, rápidamente torciéndola, lo que provocó un grito de ella, y el cuchillo cayó al suelo. En otro segundo, tenía las muñecas de ella torcidas detrás de la espalda y la presionaba contra la pared con todo su peso.

"Sí, fue bueno mientras duró," dijo Billy, con una sonrisa tan cerca de Ginger que podía oler su aliento a ginebra. El resto de los hombres se rieron, y ella quería arrancarles la cara. Estaba enojada. Asustada. Incierta de cualquier cosa ahora.

"Muéstrale cuán rudo te gusta, Billy," dijo alguien.

En ese momento, el hombre de negro se dio la vuelta para retirarse a la oscuridad cuando escuchó un golpe sordo, un colectivo "Epa" y un silbido: Billy se estaba deslizando por el cuerpo de Ginger con la boca en un silencioso "oh" y una mueca en su rostro mientras su rodilla con falda dejaba su entrepierna.

"Necesito mi dinero," dijo ella bruscamente, mirando al hombre de negro. Hizo un movimiento en su dirección, pero Billy agarró su falda y la tiró hacia atrás.

"Pícara," siseó.

"¡Basta!" El hombre elevó la voz, y la mano soltó su falda. "¿De qué está hablando?" Miró a los hombres, y se encogieron de hombros y apartaron la mirada, sonriendo con suficiencia.

Ginger dio un paso adelante.

"El chico," dijo, mirando al hombre con desesperación. Por lo que parecía, él era la autoridad aquí, pensó. "Se llevó mi bolso." Dio otro paso adelante. "Y el dinero que había dentro. Lo vi correr aquí dentro, explicó en voz alta, insistente, aunque su cuerpo temblaba de enojo y miedo.

El hombre exhaló fuertemente y la miró de arriba abajo otra vez. Con una mirada irritada, sin decir una palabra, asintió para que lo siguiera y, sin esperar, caminó hacia la oscuridad del pasillo, seguido por el grandullón, y abrió una de las puertas.

Billy chasqueó la lengua con decepción, apoyándose contra la pared.

Ginger levantó la barbilla, alisó su falda, arregló su gorro, lanzó una mirada ardiente a los hombres y caminó rápidamente hacia la puerta iluminada.

Ginger entró en la habitación tenue y se encontró en una gran oficina, o una sala de contabilidad, o un estudio, aún no entendía bien. La luz entraba por una pequeña ventana con persianas de hierro e iluminaba el humo que flotaba en el aire rancio. Otro hombre estaba sentado en un sillón con las piernas cruzadas, fumando un cigarro, escudriñándola.

Espera un segundo...

Ginger no necesitaba mucha luz para ver que la habitación era demasiado lujosa y elegante para St. Giles. Demonios, incluso para el West End.

Un sofá de cuero y sillones, un escritorio de roble rojo macizo y una estantería, un bar con botellas y vasos demasiados para contar. Y cajas fuertes. Demasiadas para un bloque de apartamentos entero.

La puerta detrás de ella estaba cerrada, y el hombre corpulento encontró un asiento en el sofá. El hombre de negro caminaba lentamente alrededor de ella, cogió un vaso del escritorio y, sin apartar los ojos de ella, se apoyó en el escritorio y dio un sorbo. Luego inclinó la cabeza, mirándola con sus fríos ojos, esperando.

No mucho más alto que Ginger pero bien construido, el hombre tenía cabello negro azabache, rasgos afilados y fuertes, y cicatrices en su rostro, varias de ellas: en su mejilla, en el lado de su mandíbula, una sobre la ceja derecha. Eso le daba a su rostro una sensación irregular, junto con la nariz fuerte que debía haberse roto más de una vez. Y los ojos del color del metal. ¿Azules? ¿Gris? Ginger no podía distinguirlo claramente. Giró ligeramente la cabeza, y reflejaban la luz como espejos, el loco color del metal líquido.

Sus ojos aún estaban sobre ella, recorriéndola de arriba abajo. Tensos. Como si buscaran algo. ¿Un cuchillo? ¿Un arma?

"¿Le gustaría presentarse, señorita?" preguntó, su voz baja, su rostro carente de emociones o cualquier indicio de interés.

"Maude," respondió Ginger. "Maude Daly."

El hombre asintió.

"Me llamo Lucky," dijo, y esbozó una breve sonrisa que desapareció en un segundo.

Ginger levantó una ceja.

"¿En serio?"

Con esto, los dos hombres detrás de ella estallaron en risas, y el hombre de negro rio, con su rostro mostrando por primera vez un destello de diversión. Se apartó del escritorio y, con una mano en el bolsillo, dio varios pasos hacia Ginger, y sus ojos se encontraron con los suyos.

"Mi nombre es Frank Handley," dijo, sus ojos se desplazaron hacia los hombres y luego hacia ella. "Me llaman Lucky."

La boca de Ginger se congeló en un silencioso "oh", y de repente, se sintió avergonzada.

"Ahora, ¿qué es exactamente lo que está buscando aquí, señorita Daly?" preguntó, dando un trago de su bebida.

Ginger se puso rígida. Su discurso y apariencia pulidos no encajaban con este lugar, los barrios bajos, y ese hecho no se le escapó.

"Uno de tus muchachos me robó el bolso en la calle," explicó. "Había una gran suma de dinero dentro, destinada a otra persona. Alguien... importante." Hizo hincapié en la palabra. "Necesito recuperarlo, Sr. Handley."

"Dinero..." el hombre repitió y dio otro trago, sus ojos se dirigieron a la ventana como si estuviera contemplando el significado de la palabra.

Ginger se sintió inquieta. Estar en una habitación con tres hombres en medio de los barrios bajos de St. Giles ya era bastante malo. Perder sus ahorros por un carterista, bueno, eso fue estúpido de su parte.

Estudió al hombre, la ropa, toda negra pero no barata. Los anillos que adornaban sus dedos.

Justo en ese momento, sus ojos recorrieron sus antebrazos musculosos desnudos y se detuvieron justo donde la piel se encontraba con la manga remangada.

Un tatuaje, viejo y azul oscuro.

Ginger miró mejor.

No solo cualquier tatuaje.

Una cruz envuelta en cuerdas...

Su corazón dio un vuelco. Había pasado suficiente tiempo en los barrios bajos como para saber qué representaba y quién llevaba eso.

Se sintió débil en las rodillas.

"Dijiste que querías recuperar tu dinero," escuchó que el hombre decía.

Sus ojos se encontraron con los suyos, y él la miraba fijamente. Lucky, había dicho él. Él vio que ella miraba su tatuaje. Ella sabía que lo había hecho. Y el breve pánico en sus ojos le dejó saber que ella sabía lo que significaba.

Ginger asintió tímidamente mientras los labios de Lucky se curvaban en una sonrisa burlona.

Oh, estaba en problemas.

Los Bankee Boys.

Todos los conocían.

La mayoría deseaba no hacerlo.

Ginger tragó saliva.

Oh, demonios...

La historia de los Bankee Boys, o los Bankees, la notoria pandilla de St. Giles, se remontaba varias décadas.

A medida que la ciudad de Londres crecía y se expandía, también lo hacían los barrios bajos.

Pero mientras el público en general disfrutaba de los beneficios de la Revolución Industrial, los barrios bajos se volvían más superpoblados y caían en una pobreza más profunda. Muchos niños, a menudo sin hogar y hambrientos, sobrevivían con lo que podían robar a otros. "Los niños de las alcantarillas," como a menudo se les llamaba. Sus trabajos no pagaban lo suficiente, pero el gin era barato, al igual que sus vidas, que eran un intento diario de llegar al siguiente día. Se agrupaban, para protección y diversión mutua. Derramaban su embriaguez y su ira en las calles y ocasionalmente causaban disturbios para demostrar a los demás que tenían poder, por pequeño que fuera. Una vez que se unían a una pandilla callejera, adquirían una especie de familia, por pésima que fuera, pero para algunos, era la única que tenían. Sabían que, si las cosas se ponían peor, siempre podrían encontrar algo para comer y un lugar donde pasar la noche. Y en su tiempo libre, ganaban un poco de dinero a través de delitos menores y se entretenían causando disturbios en las calles y participando en peleas violentas. La lucha era un rito de iniciación y un medio de supervivencia, y a menudo obligaban a los más jóvenes a pelear entre ellos para entretener a los chicos mayores. Muchos de estos "entretenimientos", alimentados por la ira, la cerveza barata y el gin, se convertían en violentas peleas callejeras, cien hombres peleando a la vez mientras la pandilla desfilaba por las calles y golpeaba despiadadamente a cualquiera que se atreviera a detenerlos.

Una de esas pandillas callejeras era de Old Bankee Lane en St. Giles. No era muy diferente de muchas otras en barrios pobres excepto por su líder: el joven adolescente Rocco, despiadado y hambriento de poder y de una familia más acomodada, lo cual era inusual. Él no estaba allí por entretenimiento. En cambio, lo que veía a su alrededor eran jóvenes peleadores hambrientos: demasiados para contar, demasiado intrépidos en su pobreza, demasiado enojados por el abuso, pero demasiado ignorantes para hacer algo al respecto excepto blandir sus puños. Varios años después, Rocco estaba a cargo de la pandilla, que controlaba el vecindario.

Uno podría preguntarse qué podrían encontrar en los peores barrios bajos de Londres. Bueno, ese era precisamente el punto. Nadie se aventuraba en los barrios bajos para buscar algo o investigar. A los guardias parroquiales y a los vigilantes no les importaba mucho al principio, y cuando la pandilla ganó más influencia, no se atrevieron a intervenir y pronto se les pagó para hacer la vista gorda a los negocios de los Bankees, sacando provecho de ellos tanto como ellos. Pasaron los años. Los Bankee Boys crecieron en número. Muchos de ellos ya no eran adolescentes. Graduados del robo menor y la disipación, pasaron al chantaje y a los asaltos de "golpe y huida" a pequeña escala en los distritos más prósperos. Después de otra década, la pandilla era bien conocida y tenía poder sobre St. Giles y los distritos adyacentes.

Fue alrededor de ese tiempo que Lucky, de catorce años, se unió a los Bankees. Se podría decir que era un Rocco más joven, porque Lucky siempre había creído que había una vida mejor que la de un criminal de poca monta en las calles. Excepto que él era de las calles y, a diferencia de Rocco, no tenía familia, y había visto lo suficiente como para ser más ambicioso de lo que Rocco había sido nunca.

Varios años después de que Lucky se uniera a los Bankees, un gran robo en el distrito de joyerías de Clerkenwell ocupó titulares en el Gazette. Un hombre fue asesinado, se robaron joyas por valor de £15,000 libras, pero los ladrones nunca fueron encontrados. Fue uno de los robos más grandes en décadas. Rápido, sin dejar rastro. Varios hombres sospechosos capturados en el vecindario fueron detenidos, pero no se encontró nada en ellos. No solo eso, se dirigían a una cafetería no lejos del lugar robado, con dos damas en la tienda para confirmar la reunión. Las damas tenían una profesión dudosa y, al igual que los hombres, resultaron ser de St. Giles. Los cuatro fueron seguidos durante varias semanas, pero no hubo señales del botín, como si hubiera

desaparecido en el aire. El crimen estaba extremadamente bien pensado y ejecutado. Los hombres sospechosos eran de los barrios bajos, considerados chusma sin valor por muchos, y de hecho, se rumoreaba que eran los Bankees. Estaban demasiado lejos de su territorio en el momento del crimen, lo cual era sospechoso. Pero después de semanas de reflexionar sobre el caso, aún no había ni una sola pista de evidencia. Los inspectores no consideraban que los matones callejeros de St. Giles fueran lo suficientemente inteligentes como para llevar a cabo algo remotamente sofisticado como el robo de Clerkenwell. Durante algún tiempo, se señaló a la gran pandilla de Birmingham, pero después de un tiempo, todo murió, y el botín nunca apareció.

¡Oh, qué ciegos pueden ser los hombres! Los Bankees ya no eran matones callejeros desde hacía bastante tiempo. Y la Policía Metropolitana subestimó la astucia de los hombres hambrientos de poder. Específicamente uno: Frank "Lucky" Handley. Fue el robo de Clerkenwell lo que cambió las fuerzas en las filas, y Lucky se convirtió en parte del grupo principal de Rocco. Varios años después de eso, los Bankees adquirieron dos edificios en St. Giles y comenzaron nuevos desarrollos.

Oh no, los Bankees no cambiaron sus formas. Todo lo contrario. El chantaje, las apuestas, el robo, la falsificación y el fraude florecían más que nunca y en una escala más grande. Pero en lugar de desgarrar St. Giles, los Bankee Boys se convirtieron en sus protectores. Se habían ido los tiempos en que eran simplemente matones callejeros desfilando por las calles en grupos grandes, insultando y agrediendo a cualquiera que se atreviera a mirar en su dirección. Excepto en el Día de Guy Fawkes, cuando aún había disturbios ebrios ocasionales y peleas más feroces que nunca, la calle exhalaba un alivio inusual. La pobreza no dejaba de acechar en sus calles, pero el caos a menudo iniciado por la pandilla había desaparecido, y los Bankees llevaron los crímenes fuera de su territorio: a lugares más prósperos, y por lo tanto, más rentables.

Al frente de todo estaba aún el hombre que lo había comenzado todo: Rocco. Y a su lado estaba nada menos que Frank "Lucky" Handley. Todavía residía en St. Giles. Pero como dijo una vez un hombre sabio, cuidado con los hombres que adquieren un gran poder, que se mantienen humildes y no lo ostentan, porque son los más peligrosos.

Lucky caminaba lentamente alrededor de Ginger, con una bebida en una mano y la otra en el bolsillo. Tenía otras cosas que hacer que resolver crímenes callejeros, pero la chica era atractiva. El vestido desaliñado no ocultaba sus modales refinados, y Lucky era demasiado observador para pasarlo por alto.

Ginger lo observaba atentamente. Sus ojos indiferentes la desconcertaban. Podía saber si los hombres estaban interesados en ella por cómo la miraban: con qué frecuencia, cuándo y en qué. No este. Era como si nada alterara su compostura. Eso no le gustaba ni un poco.

"¿Para qué es el dinero, señorita Daly?" preguntó, balanceando la bebida en su vaso.

"Para pagar una deuda," dijo sinceramente. "Cien libras," agregó, y las cejas de Lucky hicieron un ligero movimiento apenas perceptible.

"¿Su deuda?"

"No. De otro hombre."

"¿Y el dinero también es de él?"

Ginger vaciló. No se veía bien, se dio cuenta.

"Es mío," dijo más tranquila.

"Está pagando por él. Interesante," dijo sin emoción y la miró. "¿Y él es?"

Ella vaciló por un segundo.

"Mi prometido," mintió. Él sabía que lo hacía. Sus ojos se estrecharon ligeramente sobre ella.

"¿Y estás aquí en lugar de él, por qué exactamente?"

"Él tenía...otros compromisos."

Mentiras, de nuevo.

"¿Nombre?"

"El señor Richard Whates," dijo, preguntándose si era sabio involucrar a Richard en esto.

"Richard Whates. Hmm..." Lucky asintió como si reconociera el nombre.

¿Era posible? Ginger contuvo el aliento.

"Richard Whates," repitió. "Entonces, ¿no le molesta, señorita Daly?" Lucky la miró sin pestañear, "que hace algún tiempo, otra mujer estuvo aquí pagando su deuda?"

"Mentiras," dijo Ginger en voz baja, pero su espíritu se hundió. No estaba segura. Su corazón comenzó a latir violentamente.

Oh, Lucky era un hombre inteligente. Había visto esto antes. Demasiadas veces. No había muchas variaciones. Solo tenía que adivinar, y había acertado.

"¿Cuántas prometidas tiene?" Los ojos de Lucky la escudriñaban, y vio la vacilación en los suyos. Eso era todo. "Ninguna mujer en su sano juicio pondría un pie en una pocilga con una cantidad tan grande de dinero. Es una suma considerable para St. Giles." Encendió un cigarro y exhaló ruidosamente. "¿Dónde vive, señorita Daly?"

"No es asunto suyo, señor Handley," dijo y levantó la barbilla defensivamente.

Él levantó las cejas.

"¿Le gustaría salir de aquí hoy?" Se acercó.

Ella no se inmutó.

Se detuvo frente a ella, y ella pudo olerlo. Cigarros y whisky.

"Entonces, ¿dónde estábamos? ¿Dónde vive, señorita Daly?" Sus ojos no se apartaron de los suyos, y ella no apartó la mirada.

"Piccadilly," respondió, y él levantó las cejas.

Caminó alrededor de ella, como un lobo rodeando a su presa.

"Pic-ca-dilly." Su boca se curvó en una sonrisa. "¿Qué hacemos en... Pic-ca-dilly, señorita Daly?"

¿Se burlaba de ella? Ginger sintió un rubor de enojo. Podría mentir, pero él podría descubrirlo, y perdería su dinero. Si aún no lo había perdido.

¡Maldita sea!

"¿Qué fue eso?" preguntó como si pudiera leer sus pensamientos.

Hizo un círculo completo alrededor de ella y se detuvo frente a ella, mirándola a los ojos. Sus ojos eran hipnotizantes, como si cambiaran de color dependiendo de la luz.

Ginger levantó más la barbilla y miró la profundidad metálica de ellos.

"La Belle House."

Escuchó una risa desde el hombre en el sillón.

Lucky asintió.

"La Belle House," repitió, sonriendo con malicia. "Entonces, déjame entenderlo bien, señorita Daly. Este Richard, que dice que es su prometido, la *folla* gratis," Ginger se estremeció ante las palabras, "a usted," señaló con la bebida en la mano, "la dama de la Belle House," la miró intensamente, "gratis," levantó una ceja, "y ahora lleva sus ahorros para pagar su deuda y, por su cuenta, se aventura por las calles de St. Giles, porque su... *prometido*," subrayó la palabra y la miró desde debajo de las cejas, aun sonriendo con malicia, "tiene otros compromisos."

Hizo una pausa.

"¿Es así?"

Inclinó la cabeza.

Sonaba patético, tuvo que admitir Ginger. ¡Oh, qué mal sonaba viniendo de boca de alguien más! Estar parada aquí, en la habitación con los miembros de los Bankees, Ginger se dio cuenta de que tal vez había tenido un lapsus de juicio.

"Mi relación con el señor Whates no es asunto suyo, señor Handley," dijo ella a la defensiva.

"Excepto que ahora lo es. Si tuviera más sentido de la razón, tal vez no se encontraría en una situación como esta," dijo con frialdad, caminando de regreso a la mesa y sacando un cigarro de una pequeña caja de madera.

"Si tuvieras más sentido de la razón, tal vez, no estarías en St. Giles," replicó Ginger e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

Encendió el cigarro, exhaló con fuerza y se volvió para mirarla.

"No sabes lo que hago en St. Giles."

"Y tal vez no sepa mucho sobre las emociones humanas."

"¿Y aprendió sobre las emociones humanas abriendo las piernas?"

Áspero.

Pero ella lo tomó con un grano de sal.

"Tienes una comprensión muy limitada de mi línea de trabajo." Ella le devolvió la sonrisa.

"Quizás, podría mostrármelo." Él le devolvió la sonrisa.

"Tal vez, no es de mi gusto," se atrevió a decir, y los dos hombres en el fondo se rieron.

"Oh, ¿es así?" Lucky esbozó una sonrisa, fría y calculadora. A él le divertía, de nuevo, se daba cuenta. "¿Desde cuándo tiene otra opción, señorita Daly? Sería muy cuidadoso con mis palabras si fuera usted." Entrecerró los ojos mientras chupaba su cigarro, el metal de los anillos de sus dedos se reflejaba en el peligroso brillo de sus ojos.

"Quiero mi dinero," dijo Ginger. Esta conversación no iba a ninguna parte, y se dio cuenta de que tenía que cambiar eso.

"Tendrás que trabajar para ello."

"Ya trabajé para ello."

"Lo perdió."

"Se lo ha robado."

Sus ojos se volvieron más fríos.

"No robé nada, amor."

¿Amor?

A Ginger no le gustó nada su tono informal. Se dio cuenta de que se estaba impacientando.

"De todos modos, uno de sus pequeños salvajes lo hizo," dijo en voz más baja.

Lucky también se estaba cansando de este juego. La anda por las ramas, la actitud de una prostituta de lujo que le exigía dinero con un sarcasmo que estaba fuera de lugar y fuera de su alcance. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo en algo como esto?

Apartó el escritorio con impaciencia y apagó el cigarro en el cenicero rebosante.

"¿Sabe dónde está, señorita Daly?" Él la miró con irritación y se encontró con su silencio. "Exactamente quiero decir. La gente que viene aquí con demandas no se va de una pieza. Y estás siendo difícil."

El corazón de Ginger se detuvo.

"¿Me está amenazando?" preguntó.

"Dando un ejemplo."

"Necesito su ayuda," dijo rápidamente y lo miró a los ojos. Necesitaba cambiar sus tácticas. "Necesito su ayuda para conseguir mi dinero y pagar la deuda a un hombre que podría enojarse mucho si no lo hago. La vida de un hombre está en juego, señor Handley. Por favor," agregó.

Lucky la miró de arriba abajo. Oh, era una zorra rápida, sin duda, pensó, y buena para trabajar con los demás. Al menos entendía que no tenía nada que decir aquí.

"Eso es mejor," dijo finalmente. Tenía otros asuntos que atender. "Hagámoslo rápido, señorita Daly. Localizaré su dinero. Mientras tanto, llegaremos a un acuerdo. Eres una dama de la Belle House. Conoces a los clientes. También conozco a algunos de ellos. Necesito información y usted tiene acceso a ella. Cada uno de nosotros puede beneficiarse de ello. No hace falta que la señora Sharke lo sepa."

Sra. Sharke...

El hecho de que conociera a la señora de la Belle House sorprendió a Ginger y se puso rígida.

El hombre la miró en busca de confirmación, aunque ella sintió que no aceptaría un no por respuesta. Si quería volver a ver su dinero, era eso.

"¿Qué tipo de información?" preguntó con mansedumbre.

"Se lo haré saber."

"¿Y si no lo consigo?"

Él sonrió.

"No tenga una comprensión tan limitada de su línea de trabajo," se rio. "Quiere que le devuelvan su dinero, ¿verdad? Si me consigue lo que quiero, me aseguraré de que suceda, señorita Daly. Además, le pagaré por sus servicios. Y probablemente más de lo que cobra a sus clientes."

Volvió a sonreír. Ella asintió. No tenía sentido discutir.

"Eso está resuelto, entonces. ¿Quién era la persona a la que le estaba entregando dinero?"

"El señor Josel Skrillerman."

El cuerpo de Lucky se congeló ante la mención del nombre y sus ojos se volvieron del color del hielo.

Un hombre dio un silbido bajo.

"Oh, Frank," dijo el otro con una sonrisa.

Ginger se giró para mirarlos con confusión en los ojos, luego se volvió para mirar a Lucky, pues era la primera vez que su expresión mostraba algún cambio de emociones, por pequeña que fuera.

"Interesante," murmuró, y su boca se frunció en una sonrisa. "¿Aquí, en St. Giles?"

Él la miró con curiosidad y ella asintió.

Otro día de suerte, pensó. La dama de Belle House definitivamente podría ser útil. Pero ese no era su principal interés. El Sr. Josel Skrillerman, o Skriller como se le conocía mejor, lo era. El hecho de que esta mujer estuviera entregando dinero a un Smethwick en el territorio de los Bankees lo desconcertó. Iba a asegurarse de que el hijo de puta no recibiera ni un centavo. Richard Whates, quienquiera que fuera —y no, Lucky no lo conocía, le importaba un bledo—, no conseguiría que se pagara su deuda. Este pequeño incidente empezaba a parecer un acontecimiento interesante, y Lucky tenía más interés en él de lo que Ginger podía imaginar.

"Bueno, señorita Daly, creo que hemos terminado." Apartó el escritorio, se acercó a la puerta y se la abrió, pero ella no se movió.

"¿Y el dinero?" Ahora lo miraba con desesperación.

"Lo resolveré y se lo haré saber. Uno de mis chicos la visitará en breve. No nos gustaría que volviera a este horrible lugar. ¿O sí?" Sus ojos se fijaron en los de ella y se entrecerraron en una

sonrisa burlona.

Ginger exhaló con frustración. Quería abofetear al hombre. Toda esta charla y aún no le habían devuelto el dinero. ¿Y qué le pasaría a Richard si ella no pagaba su deuda?

De repente, una ola de ira la atravesó.

¡A la mierda Richard!

Le habían robado. ¡Podría haber sido golpeada, violada, incluso asesinada! ¡Oh, cómo quería salir de este lugar!

Entonces se le ocurrió una idea.

"Sus perros..." Hizo un gesto con la cabeza hacia la entrada del edificio.

"Estás bien," dijo el hombre.

"¿Me van a atacar de nuevo?"

"Señorita Daly," dijo en voz más alta y parpadeó lentamente, "que tenga un buen día."

Miró a su alrededor como para despedirse, luego asintió y salió al pasillo.

La puerta detrás de ella seguía abierta. El hombre la estaba observando, ella lo sabía. Apretando los dientes, con una mirada hostil, se acercó a los hombres de la entrada, que la observaron con curiosidad. De repente, uno de ellos le abrió la puerta.

¿Qué sabes? Pensó y salió al callejón oscuro.

"Una pelea con un mordisco, eh," oyó una voz y un estallido de risa colectiva detrás, y la puerta se cerró de golpe.

Después del edificio oscuro y rancio, incluso el callejón oscuro se sentía como un escape de la cárcel. Ginger exhaló ruidosamente. No pudo evitar sentirse decepcionada por todo el calvario. Sin embargo, caminaba por las calles de la colonia a paso ligero, con la extraña sensación de que algo más grande se agitaba en los rincones sucios de sus habitaciones.

Y así, debido a un gato maloliente en los barrios bajos de St. Giles, Ginger no llegó a conocer a Skriller.

Todavía no.

Pero si no fuera por el gato, o por la criada que había barrido a la criatura del alféizar de la ventana con una escoba, o por el ama de llaves que le había gritado a la criada, o por el trozo de pan seco que se había metido en la garganta del ama de llaves durante el desayuno y la había irritado más allá de cualquier razón, Ginger no habría conocido a Frank Handley.

¿Suerte?

¿Providencia?

¿Destino?

¡Oh, Ginger! No tenía ni idea. Porque, tan pronto como salió de aquella habitación llena de humo, los dos hombres miraron a Lucky con las cejas arqueadas.

"Podría ser una ramera útil, Frank," dijo uno de ellos.

"Útil es un eufemismo." Brindó por ellos con un vaso de whisky.

En efecto.

No le importaba mucho la chica. La Belle House era de gran interés, por supuesto. Pero Skriller era una historia diferente. Lucky daría su dedo por la oportunidad de arruinar cualquier cosa posible en la vida de Skriller. Porque ese diablo no era sólo un hombre importante de la banda rival de Smethwick. Era el mayor enemigo de Lucky.

¡Oh, qué suerte! Poco sabía que Ginger no sería solo una pequeña ramera por mucho tiempo. En cambio, ella cambiaría su vida como ninguna otra cosa lo había hecho desde la primera vez que conoció a Skriller.

Ginger regresó al West End a primera hora de la tarde. Su mente se tambaleaba, le dolían los pies de tanto correr y quería quitarse la ropa vieja que ahora le recordaba su desventura. El recuerdo del dinero perdido y la posibilidad de no recuperarlo nunca la atormentaba. Estaba enfadada con el mocoso que le había robado el bolso, enfadada con Frank Handley, o Lucky, o como quiera que se llamara, y enfadada con Richard por meterse en problemas. Podía culpar a cualquiera, pero sabía que ella misma se lo había provocado. Todo lo que quería era tener un hombre decente en su vida.

Espera...

¿Cuándo los hombres decentes pedían dinero a sus mujeres, y luego, y *luego* les pedían que se lo entregaran a un ladrón en los peores barrios bajos de Londres?

¡Oh, qué estúpida, qué estúpida era!

Ginger sintió un nudo en la garganta cuando salió del coche y cerró la puerta tan fuerte como pudo.

¡Maldita sea!

Era una cortesana. Hacía lo que los hombres querían, pero obtenía de ellos lo que necesitaba. ¿Cómo había acabado en este lío?

Las palabras del hombre resonaron en su cabeza.

¿Te parece bien?

Oh, seguro que no. Su sangre hervía de ira. ¿Cómo era posible que ella, Maude Daly, no viera a Richard por lo que era?

Llegó a la Belle House de muy buen humor, pasando por delante de Gilbert, el portero, sin siquiera reconocerlo, y, por supuesto, la persona que la esperaba en el salón no era otra que el propio Richard.

"¡Mi amor!"

Le dedicó una mirada de sorpresa que no se le escapó y se lanzó sobre ella con un abrazo. Se deshizo de él y subió las escaleras.

"¡Oh, estaba fuera de mí de preocupación, cariño!" gorjeó mientras trotaba detrás de ella. "Mi mente se tambaleaba, y me maldije a mí mismo cien veces por dejarte pasar por una experiencia tan horrible."

Él la siguió hasta el interior de la habitación.

"¿Dejarme?" Ginger se dio la vuelta. "Me lo *has pedido*, Richard. ¡Me lo suplicaste, incluso!"

"Lo sé, lo sé, cariño." Le cubrió las manos con besos descuidados hasta que ella se las quitó. "¡Fui tan tonto!" continuó. "¡Oh, cómo me arrepentí!" Dejó caer el sombrero y los guantes sobre el sofá, se arrojó junto a ellos, se tapó teatralmente los ojos con la mano y sacudió la cabeza. "¡Quería correr a ese lugar abandonado buscándote! ¡Si algo te hubiera sucedido, nunca me lo perdonaría!"

Ginger se quedó en medio de la habitación, mirándolo con asombro.

¿Cómo no iba a verlo antes?

Alto y esbelto, con las facciones más hermosas y el tacto más suave, Richard Whates la había tomado por sorpresa hacía dos meses. Educado y respetuoso, la había encantado con sus ojos honestos y la declaración de que la salvaría de esta vida y le daría todo lo que se merecía.

No es que no hubiera escuchado esto tantas veces antes.

No es que no fuera lo suficientemente inteligente como para ver a través de él.

Ella era una cortesana, pero él era el primer hombre que había tocado una fibra sensible en lo más profundo de su ser, y su corazón palpitaba con la esperanza de que tal vez este, este hombre, pudiera ser uno de esos que ocasionalmente alejaban a las cortesanas de este estilo de vida y las llevaban a la sociedad noble. Arrastrada, Ginger no pestañeó cuando Richard, con la expresión más grave, le informó el otro día de que había perdido una cantidad significativa de dinero en el juego. ¡Por primera vez! ¡Qué mala suerte! ¡Estaba condenado! Ella no se había inmutado cuando él le dijo que su dinero estaba inmovilizado en bonos y que no lo recibiría a tiempo. Ella se había ofrecido a ayudar. ¿Qué importaba el dinero si iban a estar juntos? A ella le había parecido extraño que él le rogara que fuera a St. Giles, pero él le explicó que, si iba él mismo, tal vez no volvería con vida. Al fin y al cabo, ella se había criado en sus calles y las conocía mejor.

Ahora, Ginger miró a su amante, recorrió el escenario en su mente y estaba disgustada consigo misma.

¡Oh, Maude! ¿Cómo pudiste ser tan estúpida?

Lentamente, se quitó el gorro y los guantes. La ira hervía en su interior, pero trató de mantener la calma.

“¿Quién es la otra mujer que pagó tu deuda antes, Richard?” preguntó, y la habitación se sumió en el silencio.

Se revolvó. La mano que le cubría los ojos se sacudió y él la miró boquiabierto en estado de shock.

Ladeó la cabeza hacia un lado.

“Maude, querida,” murmuró y empezó a levantarse lentamente del sofá, pero el pánico en sus ojos lo traicionó.

Su corazón se hundió.

“¿Quién. Es. Ella?” preguntó Ginger con frialdad, puntuando cada palabra, la ira hirviendo en ella como un volcán.

Richard agitó las manos como si se rindiera.

“Maude, mi amor, no hay nadie a quien quiera más que...”

“¿Quién es, Richard?” La voz de Ginger subió un escalón.

“No importa, mi amor. ¡Porque no hay nadie a quien quiera más que a ti!”

¿Cómo podía estar tan ciega?

Siguió gorjeando, lanzándose sobre Ginger, cayendo de rodillas, besándole las manos, balbuceando como un niño.

Cerró los ojos.

Esto es todo.

La sangre corrió a sus oídos, ensordeciéndola, agarrando su corazón con un puño de hierro y enviando lágrimas a sus ojos.

“Eres mi ángel, mi valiente guerrera, mi salvadora...” Richard no dejaba de murmurar.

“Tu deuda no ha sido pagada,” dijo en voz baja, tratando de contenerse, pero temblando de rabia.

El alboroto de Richard se detuvo. Se quedó paralizado, mirando fijamente a Ginger.

Ella lo miró con sus ojos fríos y vidriosos.

“Perdí el dinero,” dijo ella y vio que algo cambiaba en su rostro.

Se levantó lentamente, con la boca abierta, las cejas fruncidas por la conmoción y luego por la sorpresa. Se llevó las manos a la cabeza y se enroscó los dedos en el pelo.

“Pero... ¿cómo voy...?” Su rostro se contorsionó con la expresión más fea que Maude había visto en él, y su boca se curvó en una sonrisa. “¡Pero si lo prometiste!” exclamó él, mirándola

con sorpresa y acusación, y algo se rompió en ella.

“Fuera,” dijo con severidad.

“Dijiste que lo harías...”

"He dicho. ¡Fuera!", gritó Ginger, y el hombre se agachó como si estuviera en peligro inminente. “¡Fuera!” rugió con toda la ira que se había acumulado en ella, asustándolo a él, a sí misma y a las palomas que estaban fuera de la ventana.

Richard retrocedió, cogió su sombrero y, mirándola conmovido como si viera al mismísimo diablo, desapareció detrás de la puerta.

Ginger se dejó caer en el sofá que hacía apenas un minuto había ocupado su apesadumbrado amante y exhaló ruidosamente, mirando fijamente a la pared del otro lado de la habitación.

Por lo tanto, era cierto.

Había sido engañada por un hombre.

Esa fue la primera vez.

¡Ah!

¿Cómo pudo haber dejado que esto sucediera?

Permaneció callada durante algún tiempo, calmándose a sí misma, a sus pensamientos, por todas partes, hasta que regresaron a los callejones de St. Giles y al hombre de los ojos del color del acero.

Entonces, tenía razón, pensó.

¡Qué día tan extraño! Se había despertado con un amante, sus ahorros y un sueño sobre el futuro. Y esta tarde, no tenía nada de eso.

Ese matón Frank Handley tenía razón. Si no fuera por él, habría perdido el dinero de todos modos y habría seguido como una maldita tonta. ¿Y quién sabía en qué podría haberla metido ese sinvergüenza de Richard?

Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

Miró su viejo vestido y recordó por qué lo llevaba puesto.

No, no se desharía de él. En su lugar, se aferraría a él. Y los zapatos viejos, tenía la sensación de que los necesitaría de nuevo.

Frank Handley...

Quería volver a ver al hombre. Por qué, ella no lo sabía.

Pero una cosa sabía con certeza: quería que le devolvieran su dinero. Se lo había ganado con esfuerzo, y ella iba a hacer que sucediera.

La vida de Frank "Lucky" Handley había empezado en las afueras de Londres. O eso pensaba. No sabía la fecha. Tampoco recordaba la fecha asignada por la parroquia a la que fue llevado cuando era niño. Fue encontrado en uno de los establos de Rotten Row, cerca de Hyde Park. Encontrado por una mujer, llevado a la parroquia por uno de los mozos de cuadra, así que, naturalmente, su nombre era el del sirviente, Frank, y el de la mujer que lo encontró, Handley. Fue enviado al campo al cuidado de las nodrizas. Varios años después, una de las enfermeras, con el pretexto de llevarlo a una posible familia, lo llevó con ella a ver a su amante. Esa noche, la residencia de ancianos se quemó hasta los cimientos. Solo unos pocos sobrevivieron, entre ellos la amorosa enfermera y el bebé Frank. Ese fue su primer golpe de suerte.

Fue enviado a un orfanato en la ciudad, luego a otro, y a la edad de siete años se encontró en la parroquia de St. Giles-in-the-Fields en el centro de Londres. Nunca le molestó su destino, ni de dónde había venido. Si sus padres no lo querían, él tampoco los quería a ellos. Si no estaban vivos, entonces no importaba. Adoptó esta perspectiva realista de la vida a una edad temprana, así como sus hábitos de meter su pequeña nariz en los asuntos de todos y buscar problemas. Era un niño curioso. Aunque se le enseñó a una edad temprana a aceptar la humildad y a practicar la máxima obediencia, sus acciones parecían ser todo lo contrario, como si hubiera algo en su sangre que se rebelara contra sus desafortunadas circunstancias. La misma palabra "desafortunado" no existía en su mente, aunque lo golpeaban constantemente por su mal comportamiento, siempre en problemas por aventurarse en lugares en los que se suponía que no debía hacerlo, siempre con los ojos hambrientos y ardientes y una mente curiosa. Encontró las formas de superar las cerraduras, los cerrojos y las reglas mezquinas que parecían matar a más niños de los que salvaban y se acostumbró a escabullirse de la parroquia. Un día sombrío, fue vendido a una casa de trabajo, y su vida se convirtió en un infierno interminable de trabajo duro durante el día, cayendo de agotamiento y hambre por la noche, luego despertando y repitiéndolo todo de nuevo. Encontró mejor comida en las sobras detrás de los restaurantes del West End. Las calles de la ciudad parecían estar llenas de vida y acción. Y aunque los barrios bajos no prometían mucho en términos de perspectivas, las paredes de la casa de trabajo eran asfixiantes, su estómago siempre estaba hambriento y pasar su vida en tal miseria no era nada que esperar. La curiosidad de Frank lo estaba metiendo en todo tipo de problemas. Entonces, cuando tenía alrededor de diez años, se escapó y nunca miró hacia atrás.

La vida no era fácil en los barrios marginales. A veces, era miserable e insoportable. Pero Frank aprendió el significado de la libertad. Nunca había tenido una familia, ni se preocupaba por ella, pero en su caso, encontró una felicidad improbable en estar solo e ir a donde la vida lo

llevara. Golpeado, sucio y hambriento la mayoría de las veces, estaba convencido de que la vida tenía mucho más que ofrecer. Solo tenía que buscar en los lugares correctos.

Los lugares en los que miraba no eran encantadores, por decir lo menos. Se aventuró al centro de Londres muchas veces, pero con su aspecto desaliñado, no llegaba a ninguna parte. Necesitaba dinero. Y sólo podía llegar al lugar que mejor conocía: los suburbios de St. Giles.

Carteristas, hurtos menores, estafas callejeras. A la edad de doce años, lo había intentado todo. Fue una alondra de barro por un corto tiempo, caminando hasta la cintura en el barro en la orilla del Támesis, recogiendo cualquier cosa de valor que pudiera venderse o intercambiarse. Tuvo la suerte de encontrar un brazalete de oro una vez. No le molestó que estuviera pegado a la mano de un muerto. Cuando no pudo quitársela, llevó el brazalete junto con la mano a la tienda del comerciante. El dueño lo miró horrorizado mientras Frank permanecía de pie con indiferencia, con las manos en los bolsillos, tan orgulloso como podía estarlo, esperando su paga.

Una vez, hizo un trato con los dueños de las jaulas de peleas de perros y vino a limpiarlas cada dos días, luego recolectó las heces de los perros y las vendió a la curtiduría local en las afueras de St. Martin's.

¡Qué cosa no había intentado!

Era un buscavidas nato. No tenía casa, y durante un tiempo, por una pequeña cuota semanal, durmió con otros niños de la calle en el ático de un edificio en ruinas con goteras en el techo y los vientos tan fríos en invierno que tenían que encender hogueras en láminas de metal allí mismo. Hasta que un día, el suelo cedió por el tiempo y el calor, y se cayó, enterrando a quien estuviera allí en ese momento.

Frank no era uno de ellos.

A la edad de doce años, probó el juego. Había observado a los hombres en las casas de juego locales el tiempo suficiente para aprender el juego. Era un estudiante rápido. Después de dos meses de lograr no perder el poco dinero que tenía, finalmente ganó a lo grande. Eufórico, se emborrachó con ginebra. Esa misma noche, al cruzar el puente sobre el río, por alguna razón impía que fuera, fue asaltado y arrojado por el puente a las frías aguas del Támesis. Lo sacaron una hora después, con las costillas rotas y todo el cuerpo magullado. Su cuerpo sin vida yacía en la orilla mientras el pescador local y un transeúnte curioso buscaban su pulso, pero no lo encontraron. Llamaron al vigilante de la ciudad. Pero antes de llegar, Frank movió los dedos de su mano. Dos semanas después, estaba de nuevo en pie, tambaleándose, marrón por los moretones, pero vivo y sin un centavo para su alma. Pensó que era una señal y nunca volvió a apostar ni a tocar la ginebra. El curioso transeúnte, Gnarly Dod, como se presentó más tarde, era el que lo había llevado a una pensión para niños de la calle.

"Chico, ¿tienes suerte?" le dijo Gnarly Dog a Frank el día en que el niño logró volver a ponerse en pie. "A veces, los dioses te sonríen, ¿no?"

"¿Pueden sonreírte *todo* el tiempo?" preguntó Frank, apenas capaz de respirar por el dolor.

Gnarly Dog se echó a reír.

"Tú en los Giles, chico. A veces los dioses no pueden ver a través de todo el humo de las fogatas."

Lucky no lo creía.

"¿Por qué no?" preguntó.

El hombre no tuvo una respuesta y solo negó con la cabeza con una sonrisa.

Frank tenía su propia teoría, aunque endeble. Pero el nombre de Lucky se quedó. Y el chico se pegó a Gnarly Dog.

Resultó que la pensión no era solo para cualquier niño de la calle, sino para los que

trabajaban para los Bankee Boys, una pandilla local liderada por un hombre llamado Rocco.

La vida de Lucky no cambió mucho al principio, excepto que sintió que había adquirido una familia lejana que se expandía constantemente y cambiaba de rostro. Descubrió el amor por la lucha. Era una parte necesaria de la educación de un niño cuando uno crecía en las calles. No solo para protegerse y sobrevivir, sino, lo que es más importante, para adquirir una reputación que, con el tiempo, le valió el respeto y la atención. Aprendió a manejar bien los puños a temprana edad. De hecho, se sabía que era capaz de vencer a cualquiera varios años mayor que él desde que era un niño pequeño.

"Un cachorro salvaje," se rio un hombre cuando Lucky, de diez años y recién llegado a la calle, se peleó con un niño de doce años que le robó. Cuando lo patearon en el suelo, Lucky agarró el pie del niño, lo mordió tan fuerte como pudo y no lo soltó, subiendo hasta la rodilla hasta que los hombres que los rodeaban, riéndose a carcajadas, lo arrancaron del tipo que gritaba.

La infancia de Lucky no fue bonita. Tampoco lo era su rostro cuando llegó a la adolescencia. Pero una cosa que aprendió en las calles fue que la lucha feroz podía catapultarte en la vida mucho más rápido que cualquier otra habilidad o educación. Al menos en Londres, la ciudad más grande del mundo. Al menos en los barrios marginales. Definitivamente en los barrios marginales.

Cuanto más envejecía, más feroz se volvía y más agudas se volvían sus habilidades de lucha. A menudo se decía riendo que podía amordazar a un puñado de muchachos antes del desayuno.

Y así fue cuando una fatídica noche se metió en una pelea en un bar. Estaba con Gnarly Dog y varios otros hombres en Old Billy Tavern en Church Street. Reconoció a los hombres que entraron, lanzándoles miradas arrogantes. Sabía que pertenecían a la banda rival, los Smethwick. Lucky y los hombres estaban en territorio neutral, pero muy superados en número.

Recordaba exactamente cómo había sucedido todo. No fue su culpa cuando uno de los hombres, varios años mayor que él y treinta centímetros más alto, comenzó a insultar a los hombres en la mesa cercana. Nadie se atrevió a decir una palabra. Nadie se atrevió a intervenir, ni siquiera cuando el hombre golpeó al inocente borracho y lo pateó en el suelo. La taberna guardó silencio ante el despliegue innecesario de crueldad y poder. Pero Lucky no era un don nadie. Tampoco le gustaba la innecesaria muestra de crueldad. Tampoco le gustaba la fea sonrisa del tipo de ojos saltones. Así que intervino. Lo siguiente que supo fue que el feo idiota sacó un cuchillo y lo cortó en la mejilla, y...

Bueno...

Si Lucky no podía soportar una crueldad innecesaria, definitivamente no dejaba que nadie lo lastimara, y mucho menos que le tallara la cara. Así que se arrojó sobre el hombre con la fiereza de un gallo en un foso de peleas de gallos. En todo caso, pensó más tarde, había practicado durante quince años para este mismo momento, porque pateó al hombre al suelo y arrojó a la mitad del resto con tanta ferocidad que incluso Gnarly Dog se quedó boquiabierto de sorpresa, y el resto de la gente aplaudió.

Esa noche, apenas pudo salir con vida. Pero al día siguiente, por primera vez, vendado y cortado, pero con la sonrisa habitual en su rostro, se paró frente a los ojos escrutadores e inquisitivos de nada menos que Rocco, el líder de los Bankee Boys.

Aquella tarde se produjo el caos en los barrios contiguos a St. Giles. Nadie sabía muy bien cómo comenzó el motín, excepto que comenzó con una docena de Smethwicks buscando a los Bankees y peleando por el bar la noche anterior. Lo que comenzó como una pelea, con piedras y palos lanzados en todas direcciones, se extendió a las calles. Y cuando se corrió la voz, varios cientos de jóvenes Bankees y Smethwicks estaban en ello, rompiendo ventanas, destrozando todo

a su alrededor, atacándose unos a otros y atrayendo a los transeúntes. El motín se prolongó hasta altas horas de la noche. Se realizaron varias detenciones. Los rumores cambiaron de manos y, al final del día siguiente, parecía que las dos pandillas habían decidido golpearse mutuamente hasta la extinción.

¡El daño que puede hacer una pelea de barra!

Ese día comenzó una guerra silenciosa. Pero también marcó el comienzo de la nueva vida de Lucky. Porque en tres años, no estaba peleando mucho. En cambio, era una de las manos derechas de Rocco.

El hombre al que se enfrentó esa noche no lo olvidó, y siempre recordó la cara de Lucky. Ese hombre no era cualquiera. Era el peso mayor en Smethwick Gang. Lo llamaban Skriller.

El incidente había ocurrido hace más de una década. Los tiempos estaban cambiando. Los Bankees ya no eran solo una pandilla callejera. Tampoco los Smethwick. Surgieron nuevas oportunidades de negocio que requirieron una cuidadosa reflexión, diplomacia y alianzas, incluida la que se dio entre los Bankee y los Smethwick, de la que se hablaba en voz baja pero que aún no era algo seguro.

Pero una cosa que al tiempo no le importaba era el odio. Y se gestó silenciosamente en los corazones de los dos hombres, esperando el momento adecuado para atacar. Poco sabían que el momento sería marcado por una cortesana de Belle House que un día llegó a St. Giles.

Apenas unos días después de la desventura de Ginger, Finn, un adolescente y chico de los recados de Lucky, apareció en la puerta trasera de Belle House en Piccadilly. Se encontró con Krissy, una sirvienta de la misma edad que él, que lo miró de arriba abajo y, frunciendo la boca como si estuviera molesta, le espetó: "¿Puedo ayudarte?"

Ahora, Krissy era solo una sirvienta, pero con las aspiraciones de una joven duquesa, nada menos. Tenía solo dieciséis años, pero después de haber sido sirvienta en Belle House durante varios años, había aprendido bastante. Krissy no era educada, ni muy inteligente, pero era una criatura astuta y decidida. Una chica de la calle con el ingenio de un intrigante de primera clase. Así que cuando consiguió un trabajo en el famoso burdel, decidió que era su oportunidad de oro. Incluso llegó a preguntar a la señora Sharke, la señora de Belle House, si podía convertirse en una de las damas, ante lo cual la señora Sharke casi se atragantó con el dulce pastel que estaba desayunando y miró a la niña, asombrada de tanta audacia. Incluso consideró pagarle a la sirvienta su salario y despedirla. Pero la chica era rápida y estaba lista para cualquier cosa. A la Sra. Sharke le gustaba este tipo y definitivamente podía usarla para las noches de actuación y las fiestas de disfraces, cuando luchaba por convencer incluso a las nuevas damas de la casa de que condescendieran a ser meras marionetas en exhibición para que todos las vieran. Entonces, la Sra. Sharke decidió quedarse con la niña para futuros esfuerzos. Krissy recibió un duro "no" y un más prometedor "el tiempo lo demostrará". Ella vio una oportunidad en todo, y el "tiempo lo mostrará" de la Sra. Sharke le dijo que definitivamente tenía una oportunidad.

Mientras tanto, fregaba las habitaciones, cambiaba las sábanas y servía la comida, pero empleaba cada minuto libre en su «educación», ya fuera observando a las damas con sus clientes a través de las mirillas, observándolas en los salones, ayudándolas a arreglar sus armarios o peinarse, o aprendiendo los trucos del oficio. Pensó, observando a las damas lo más de cerca posible, tratando de aprender sus hábitos, modales, la forma en que caminaban y hablaban. Krissy no era tonta. Sabía que las damas de la casa no eran prostitutas normales. Tenían más educación de la que Krissy jamás recibiría. Pero tampoco tenía cara de burro, pensó. Bastante atractiva y bien construida, estaba segura de que, con el tiempo, al menos podría atrapar a uno de los clientes decentes y, usando su ingenio, tener su boleto para salir de este pésimo trabajo y entrar en el mundo de la comodidad. Un cliente respetable dijo una vez que tenía "potencial", y que los ricos sabían lo que era mejor.

Krissy nunca se cansó de mejorar sus modales. Varios años la convirtieron en "toda una dama", como dijo el resto del personal. O una "media dama", como algunos se reían a sus espaldas. Vigilaba su postura, imitaba los modales de las damas, aunque fuera en el lavadero, o

mientras lavaba los platos o limpiaba las mesas del salón. Servía las habitaciones con la elegancia de una dama de la corte, y más de una vez captó las miradas inquisitivas de los clientes.

Entonces, cuando Finn llamó a la puerta ese día, ella respondió con la actitud de la dueña de la casa.

Finn, por su parte, nunca había visto o conocido a una sirvienta con modales tan refinados. Si no fuera por el uniforme y el delantal, habría pensado que era una de las damas. Finn era un adolescente valiente y no solía perder el rumbo. Eso fue, hasta que vio a Krissy y pensó que acababa de conocer a su diosa, hermosa, pero bastante a su alcance y posición social. Si el burdel tenía sirvientas así, su cabeza daba vueltas al pensar en cómo eran las damas.

“¿Te tragaste la lengua?” preguntó Krissy, irritada. "No tengo tiempo para que me comas con los ojos."

Golpeó el pie con impaciencia, un hábito que tomó prestado de Eliza, una de las damas.

“Un mensaje para la señorita M-Maude," tartamudeó Finn y sintió que la temperatura acababa de subir diez grados, luego miró la nota en su mano y miró a Krissy. “La señorita Maude Daly.”

“¿Qué quiere usted con la señorita Daly?” preguntó Krissy con recelo.

"Esto." Finn, sin apartar los ojos de su diosa, le mostró la nota que tenía en las manos.

Estiró la mano para cogerla.

“No.” Sonrió. "Tengo que dársela en persona."

Krissy puso los ojos en blanco.

"¿Qué tal si cierro esta puerta en tu cara sucia y engreída?" dijo con la jerga tan natural y la arrogancia que hizo que el corazón de Finn se acelerara.

Esta actitud estimuló su confianza.

“¿Qué tal si traigo a un montón de Bankees a esta puerta para que hagan lo que me han mandado a hacer, y cuando me vaya, los llevo conmigo?”

Él sonrió aún más, ahora estudiándola de la manera más descarada.

Krissy jadeó ante tal grosería. Sabía quiénes eran los Bankees. Y si este muchacho era uno de ellos, podría, de hecho, traer problemas. Por otro lado, nadie la había mirado con tanto enamoramiento en mucho tiempo. Y el muchacho era un tipo guapo. Y un Bankee. Ante este pensamiento, su corazón palpitó con una emoción inusual y se olvidó por completo de su actitud femenina.

"¿De quién es el mensaje?" preguntó, todavía con obvia condescendencia, pero manteniendo sus ojos un poco más en los de Finn.

A estas alturas, ya había recuperado el rumbo.

“Sí, cariño, no es tu asunto.”

No dejaba de sonreír a Krissy, que levantó la nariz con indignación y con las palabras: «Se lo diré a la señorita», desapareció detrás de la puerta.

Ginger no lo hizo esperar mucho. Y cuando bajó, Finn se olvidó de Krissy por un momento y miró fijamente a la mujer que había visto hacía unos días en el pasillo de la habitación de los Bankee. Ahora, sin sombrero, con un vestido caro con encaje, botones y diseños intrincados, con las joyas decorando su cuello, estaba deslumbrante. El aroma de un perfume caro flotó en él cuando ella apareció en la puerta, y Finn pensó que incluso Lucky no tenía ninguna oportunidad con esta.

Ginger miró a Finn de arriba abajo. Pero a diferencia de la de Krissy, la suya era ansiosa e inquieta.

Hojeó la nota de Frank Handley.

Nombre.

Fecha.

Instrucciones.

¿Cómo diablos iba a saber alguien el día exacto en que cierta persona iba a visitar la Belle House? Ginger pensó con asombro, pero no lo demostró.

“¿Y el dinero?” Ginger miró fijamente al chico, que se encogió de hombros. “Muy bien,” dijo finalmente con fastidio y dobló el papel en sus manos, a punto de darse la vuelta.

“Um, necesito que me lo devuelva, señorita.” Finn asintió con la cabeza hacia el papel y luego vaciló. “¿Cree usted que podría tomar algo, señorita? Tengo sed,” dijo con una sonrisa mientras sus ojos parpadeaban hacia algo detrás de Ginger. Se giró y vio a Krissy, que estaba de pie en una pose perfecta con la gracia de un cisne, con las manos agarradas justo debajo del pecho, los labios fruncidos, tratando de reprimir una sonrisa.

“Eh...” Ginger le dio a Finn otra mirada y se dio la vuelta. “Krissy, dale un trago al joven y envíalo de regreso,” dijo y desapareció por el pasillo.

Oh, Krissy era una criatura curiosa. Si no fuera por su curiosidad, Finn nunca habría tenido la oportunidad de ganarse su afecto. Pero cuando Krissy regresó con una jarra de cerveza y se paró en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, no pudo evitar preguntar: “¿De quién es el mensaje?”

Finn entrecerró los ojos y la miró.

“Si sales conmigo, podría decírtelo,” dijo y sonrió.

“No importa, entonces,” resopló y desvió la mirada.

“¿Sabe qué hacía la señorita Daly en el Giles el otro día?”

Sus ojos no se apartaron de Krissy ni siquiera cuando estaba bebiendo de la taza, lentamente, tomándose su tiempo.

Krissy se dedicaba a saber todo lo que pudiera sobre las damas de la casa. De vez en cuando sabía más que la propia señora Sharke. Este conocimiento y los favores ocasionales la ayudaban a rastrillar una moneda adicional aquí y allá. Giró lentamente la cabeza hacia el joven y arqueó una ceja.

“¿Qué?”

“¿Cuándo podré volver a verla?” Sonrió descaradamente.

Ella resopló y le arrebató la taza de las manos.

“¡Mi nombre es Finn!” dijo en voz alta mientras Krissy le cerraba la puerta en las narices. Sonrió y escupió en el suelo mientras Krissy, al otro lado de la puerta, se alejaba con una sonrisa en la cara.

El resto del día, Ginger no podía quitarse el evento de la cabeza.

Así empezó, pensó, recordando el acuerdo con Frank Handley y la nota que había recibido. No es que no hubiera jugado a estos juegos antes. Pero hacerlo por un matón de St. Giles definitivamente la hacía sentir incómoda. Eso y la idea del dinero perdido que aún no había recuperado.

Los pensamientos la preocupaban incluso durante la cita con su encantador Sir Wakefield, un complaciente, como llamaba a los hombres a los que les gustaba complacer a las mujeres antes de sí mismos. Estaba más hablador que nunca y se tomó su tiempo para desnudarla. Yacía en la

cama con las piernas abiertas y de vez en cuando producía sus bien practicados gemidos de placer mientras Sir Wakefield participaba de su sexo con su habitual implacabilidad. Pero sus ojos miraban fijamente al techo, y no podía apartar su mente de la tarea y de su irritación con el hombre que tenía sus ahorros en sus manos. Finalmente, molesta, conjuró una serie de gemidos lujuriosos, se apoderó de Sir Wakefield y se sentó a horcajadas sobre él, acabando con él con tanto vigor que el hombre, aunque bastante joven y sólo en sus cuarenta, jadeó y resopló durante algún tiempo y pensó que su corazón iba a fallar.

Tan pronto como Ginger terminó con la charla de cortesía, revisó a Bonnie, una de las damas, pero la encontró ocupada con un cliente. Ginger bajó al Gran Salón, jugó un par de partidas de cartas con los otros benefactores, y luego caminó por la Belle House durante un buen rato, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el mensaje.

Finalmente alcanzó a Bonnie en la cocina de atrás.

"Bonnie," dijo y miró a su alrededor, ahuyentando a una de las sirvientas con una mirada para asegurarse de que nadie la escuchaba. "Necesito un favor."

Bonnie, desaliñada, sin corpiño sobre el corsé y sin falda, se sentó en el banco, apoyada perezosamente en la mesa del comedor y comiendo cerezas. Miró a la otra chica inquisitivamente, y Ginger se sentó a su lado.

"El barón Carlile es uno de los tuyos, ¿verdad?"

Bonnie asintió, parpadeando lentamente, metiéndose otra cereza en la boca y chupándola del tallo.

"Necesito algo de información," dijo Ginger y sacó una cereza del cuenco. "La pagaré," agregó con una sonrisa traviesa, mirando a la otra chica con complicidad y metiéndose la cereza en la boca.

"Eh," dijo Bonnie como si lo contemplara por un segundo y levantó una ceja hacia Ginger. "¿Algo que me meta en problemas?"

"No si mantienes contento al barón Carlile," dijo Ginger y escupió un carozo de cereza en un cuenco.

Bonnie puso los ojos en blanco.

"¿Cuándo no lo hago?"

Ella también se sacó un carozo de cereza de la boca como si estuviera haciendo un punto.

"Vendrá a verte mañana por la noche." Ginger se acercó a Bonnie y vio sorpresa en sus ojos. "Es verdad." Ella asintió, sabiendo que tenía la sartén por el mango, y tamborileó con los dedos sobre la mesa. "Saca lo que necesito de él, y te pagaré. Un ganar-ganar para ti. Y no necesitas hacer nada fuera de lo común. Excepto," Ginger esbozó una sonrisa cómplice "lo que mejor sabes hacer."

Bonnie se lamió los labios manchados de cereza y Ginger casi pudo ver girar las pequeñas ruedas de la cabeza de la ramera.

"¿Cuánto?" Bonnie miró a Ginger con los ojos entrecerrados y la pelirroja sonrió.

Varios días después, Finn, con una mano en el bolsillo, estaba apoyado contra la pared de ladrillos cerca de la entrada trasera de la Belle House. Era otro caluroso día de verano, y mantenía la cabeza baja, la gorra protegiéndole del sol. Estaba fumando un cigarro, observando a un gorrión que gorjeaba salvajemente, saltando y agitando sus alas a otro gorrión, de menor tamaño.

Este juego de amor de los pájaros lo divertía mucho, ya que él mismo se sentía orgulloso, las comisuras de su boca luchaban por ocultar una sonrisa. Acababa de convencer a Krissy para que lo acompañara a una cafetería y diera un paseo por Covent Garden al día siguiente. Eso había requerido toda su persuasión, la sonrisa más encantadora y la promesa de «parecer un ser humano» y tener algo de dinero para gastar, que no dudaba que obtendría de Frank. Recibió un vacilante "tal vez" de Krissy, pero había estado rodeado de mujeres el tiempo suficiente para saber que si "no" podía significar "tal vez", entonces, con el enfoque correcto, este último era definitivamente un "sí". Mientras tanto, no pudo ocultar una sonrisa, disimulándola con la succión demasiado intensa del cigarro, esperando a que la señorita Maude Daly bajara las escaleras.

Ginger salió por la puerta con el mismo vestido con el que Finn la había conocido en St. Giles. Atrás quedaron los cordones, las mangas abullonadas, los hombros descubiertos, como si se hubiera bajado del escenario. El aroma del costoso perfume era el único recordatorio de quién era ella.

Ella lo miró y puso los ojos en blanco.

“Podría haberle enviado un mensaje a tu grandullón,” dijo con fastidio, caminando por la parte trasera del edificio hasta una de las calles laterales para coger un carruaje.

“Si quisiera un mensaje, no tendría que llevarla,” dijo Finn, siguiéndola como un guardia, fumando, con una mano todavía en el bolsillo y un sombrero bajo sobre la cara.

“¡Llévame!” Ginger resopló con furia.

Silenciosamente se enfureció por las palabras, irritada en su postura decidida, sus zapatos como disparos golpeando furiosamente los adoquines.

¡La caradurez!

¿Quién se creía que era Frank Handley?

Un matón, un criminal, un bruto, un extorsionador y...

Y tenía el dinero que Ginger había perdido tan vergonzosamente.

Ardía de frustración, pero el hecho seguía siendo el mismo: tenía que enfrentarse al hombre y exigirle su dinero. Tendría que volver a pagar a la señora Sharke la cuota de ausencia, por no hablar de echar de menos a sus clientes. Si no fuera por Richard —Ginger pensó ahora en el hombre con amargura—, no estaría metida en este lío. Y si Frank Handley no fuera un cabrón...

“Cuando Frank quiere algo, lo consigue,” añadió Finn, interrumpiendo sus pensamientos. Tiró la colilla del cigarro al suelo y miró a Ginger de arriba abajo con una sonrisa. "No lo culpo."

“¡Oh, Señor!” Ginger sacudió la cabeza con molestia. “¡Joven! Frank Handley y el resto de los suyos están fuera de su alcance aquí.”

“Ya veremos.” Finn escupió en voz alta a un lado y se encogió de hombros con indiferencia. Nunca discutía, porque la vida era la única que juzgaba. Frank se lo había dicho una vez, y hasta ahora había dado la razón.

“¿Te despediste de tu sirvienta Krissy?” Ginger lo miró con los ojos entrecerrados.

“¿Qué pasa?” dijo Finn, esta vez más tranquilo, se sonrojó, y Ginger soltó una risa victoriosa.

Pero el hecho seguía siendo el mismo: fuera del alcance de Lucky o no, Ginger se dirigía de nuevo a los barrios bajos de St. Giles.

High Holborn era ruidoso y estaba abarrotado. Ginger se estremeció al salir del carruaje. Pero cuanto más caminaban, más se acercaban a las partes profundas de St. Giles, que parecían como

si los más pobres y los más desafortunados se reunieran para una fiesta macabra que nunca se detenía.

Ginger siguió a Finn a través de un estrecho callejón, bajo un arco que parecía una madriguera de conejo, y entró en otro callejón. Sus zapatos resbalaban y se tambaleaban en terrenos irregulares, pero no prestó atención a las muecas de angustia y desgracia que estaban por todas partes. Mantuvo la cabeza gacha y la mente puesta en encontrarse con Frank Handley de nuevo cuando Finn silbó y escuchó una risa y un grito. Miró en la dirección del ruido y se detuvo tan bruscamente que alguien detrás de ella se estrelló contra su espalda, casi derribándola y profiriendo un insulto.

Sus ojos estaban fijos en los niños sentados en las cajas al costado del edificio. Reconoció a uno de ellos: ¡el ladrón, la causa de sus desgracias! Sus labios se abrieron con sorpresa, y la repentina ira recorrió su cuerpo cuando el chico la vio entre la multitud y se congeló como si recordara. Ginger entrecerró los ojos y dio un paso en su dirección, pero el chico saltó de la caja y se lanzó en la dirección opuesta tan rápido como una bala. Sintió el impulso de volver a correr tras él, pero recordó a dónde iba. El chico no tenía su dinero, pero ella sabía quién lo tenía. Decidida a recuperarlo, volvió a perseguir a Finn, que estaba bastante por delante de ella.

Pronto se acercaron al callejón familiar y al edificio y entraron en su pasillo oscuro y lleno de humo.

Varios hombres descansaban en sillas como si siempre estuvieran allí de guardia.

"Ha vuelto la peleadora," dijo un hombre con voz ronca, y el resto se rio.

"¿Ya nos echas de menos?"

"A nosotros no, a Lucky."

Hubo otra risa mientras los hombres veían a Ginger seguir a Finn por el pasillo con la barbilla levantada.

"¡Ah, suerte!"

"¡Oh, suerte!"

"¡Que tengas suerte!"

Los comentarios tontos y burlones, apenas audibles pero destinados a ella, quedaron atrás mientras echaba humo en silencio por el hecho de que ahora estaba al servicio de los criminales.

Había más puertas en el pasillo, notó Ginger esta vez. Detrás de algunas de ellas se oían ruidos apagados: el sonido de mecanografías, pasos e incluso voces femeninas. Había más cosas sucediendo en este edificio de lo que había pensado al principio.

Al llegar a la puerta familiar de la oficina, Ginger disminuyó la velocidad vacilante y miró a Finn. Pero siguió adentrándose en la oscuridad del pasillo que parecía no tener fin.

"Sígueme," dijo sin volverse como si tuviera los ojos en la nuca, y Ginger lo hizo con una extraña sensación de inquietud que hizo que su cuerpo se tensara.

Atravesaron la puerta del final del pasillo y entraron en un pequeño pasillo oscuro que debía de conectar dos edificios con otro pasillo oscuro. Parecía haber un laberinto de puertas y pasadizos que apestaban a desechos humanos, madera podrida y humedad subterránea. Los ratones correteaban por el suelo oscuro y Ginger se estremeció de disgusto.

Si uno pensaba que las calles de los barrios bajos eran malas, era obvio que nunca había puesto un pie dentro de la colonia, las casas de habitación y los bloques de viviendas, o los refugios para personas sin hogar llenos de ataúdes lo suficientemente baratos como para ser utilizados como camas, pero demasiado caros para los entierros. Por no hablar de los fumaderos de opio, los cuarteles, los desvanes que se caían y los sótanos húmedos y mohosos, las mazmorras y los túneles subterráneos de todo tipo, todos ellos repletos de cuerpos humanos más

numerosos que roedores o insectos.

Ginger había visto muchas cosas en su infancia, aunque la vida le había perdonado lo peor. La oscuridad no la asustó mucho con el joven a la vista. El moho, el hedor, la pintura descascarada, la madera agrietada y podrida era todo lo que había visto a lo largo de sus años de crecimiento. Pero cuando Finn la guio a través del oscuro pasillo y subió a las escaleras que conducían a la bajada, Ginger contuvo la respiración.

Las escaleras, oscuras y chirriantes, conducían a la oscuridad total. Y mientras Ginger trataba de advertirle que descendiera con una mano en la pared viscosa, Finn se hundió en la oscuridad con una confianza que le decía que había marchado por allí muchas veces.

Buscó a tientas a Finn y encontró su hombro, agarrándolo con fuerza mientras sus pies subían los escalones.

Sonidos.

Ella los escuchó primero.

Un ruido sordo.

Un murmullo bajo.

Un gemido ahogado.

Tu-Tuu-Tuuuu.

Más sonidos.

Parecido a un animal.

Alguien gruñendo de dolor.

Ella se estremeció.

“¿Finn?” dijo ella mansamente, pero el joven no se detuvo, y cuando finalmente, con un manso crujido, abrió la puerta al pie de las sucias escaleras, vio una luz tenue, y el olor que flotaba en ella la hizo sentir arcadas.

Dulce, mohoso, metálico, como una mezcla de sudor, sangre y miedo.

"¡Ah, mierda! ¡Ahí va mi camisa!"

La voz irritada le resultaba tan familiar, que Ginger vio a un hombre en el centro levantar del suelo un cuerpo encogido y lloriqueante y arrojarlo sobre la silla.

Un gemido ahogado.

Y el suelo.

Con el corazón retumbando en su pecho, entró.

Una deslumbrante lámpara de gas iluminaba la oscura y sombría habitación llena de cajas, barriles, cadenas y cuerdas. Varios hombres estaban parados apoyados contra la pared y sentados en cajas, fumando, pasando una botella con una indiferencia escalofriante, solo lanzando una mirada a Ginger cuando Finn se acercó a uno y tomó el cigarro pasado.

El hombre en el centro de la habitación: Frank Handley.

De espaldas a ella.

Su silueta oscura y siniestra contra la tenue luz de la lámpara.

Mangas arremangadas.

Los dedos de una mano se mueven ligeramente como si se calentaran para convertirse en puños.

Un cigarro en el otro.

Una silla con el hombre desplomado y ensangrentado frente a él.

El rostro del hombre golpeado estaba oscuro por la sangre. También lo estaba su camisa, sus manos flácidas en su regazo, su cabeza balanceándose sobre su cuello como si fuera demasiado pesada.

Había salpicaduras alrededor, el suelo oscuro con las costras de la violencia.

El hombre gimió, y Ginger se olvidó de respirar, con el rostro pálido y aterrorizado.

“Bueno,” Lucky sollozó y se quedó inmóvil por un segundo, “tengo otros compromisos.” Chupó el cigarro y exhaló ruidosamente. “Malditos hermanos,” habló despacio, como si escupiera cada palabra, “si llegan a aparecer en las calles,” hizo una pausa con el cigarro apuntando a la cara del hombre, “si los oigo toser demasiado cerca, muchachos,” se inclinó hacia el hombre ensangrentado que estaba en la silla, “pondré una jodida sonrisa en tu cara,” La cara de Lucky, a centímetros de la del hombre, se contorsionó en un peligroso gruñido, y el hombre ensangrentado gimió, “mientras arranco tus tripas,” Lucky se enderezó lentamente y dio otra calada al cigarro, “y te cuelgo delante de tu casa para que puedas sonreír a tus pequeños hijos de puta y a tu esposa. ¿Entendido?”

Arrojó la colilla del cigarro a la esquina oscura y, sin esperar respuesta, aplastó con el puño la cara ensangrentada del hombre. El puñetazo hizo que el hombre cayera al suelo con la silla, y se quedó allí gimiendo.

Eso era lo que era el hedor: sangre humana y desechos, se dio cuenta Ginger, boquiabierta por la conmoción. Tenía la intención de entrar en presencia de Frank Handley con el aire más digno. Pero ahora, al ver la matanza humana en una lúgubre habitación subterránea, se sentía más petrificada que nunca. Esta violencia, esa jerga callejera con la que de repente hablaba como si fuera un hombre diferente, la asustaba. No se movió, no emitió ningún sonido.

“¿Me oyes *ahora*, carajo?” Lucky siseó en voz baja como para sí mismo y se puso de pie, con la cabeza ladeada, los hombros encorvados y las manos cerradas en puños mirando el cuerpo.

El hombre gimió. Un silbido o un susurro salió de su boca rota, y Lucky escupió en el suelo. Empezó a darse la vuelta y se miró las manos y la camisa.

“¡Ah, mierda!” dijo, poniendo los ojos en blanco y moviendo la cabeza con irritación, e hizo un gesto a uno de sus hombres. El muchacho sacó su chaqueta y, con dos dedos, Lucky sacó un pañuelo del bolsillo delantero, se limpió las manos ensangrentadas y arrojó la tela arrugada hacia el cuerpo ensangrentado, luego miró sus zapatos ensangrentados y suspiró molesto.

“Saquen a esta maldita escoria de aquí. Déjenlo en Queen Street.”

Se dio la vuelta y sus ojos furiosos, afilados como hojas de afeitar, se detuvieron en Ginger mientras ella lo miraba conmocionada sin pestañear. Se acercó lentamente y se detuvo justo frente a ella.

“Señorita Daly,” dijo en voz baja, “aquí está usted de nuevo.”

Él ajustó los labios en una sonrisa fría, y ella pudo jurar que vio un destello de algo siniestro en sus ojos. “¿Buscamos un lugar más amable para hablar?”

Parpadeó y abrió la boca, pero las palabras se le atascaron en la garganta. En lugar de eso, asintió repetidamente y, con las rodillas temblorosas, siguió al hombre escaleras arriba lejos de la matanza.

“No estoy segura de que necesitara ver eso,” dijo Ginger, hurgando en sus guantes mientras Lucky se lavaba las manos, luego se sirvió un trago y encendió un cigarro. Estaban de nuevo en su despacho. Podía oír las risas de los hombres desde el pasillo, los niños más pequeños gritando y descargando un carro de mercancías. Pero la habitación estaba en silencio. Solo Lucky y ella por primera vez. No podía quitarse de la cabeza la escena: la brutalidad, la sangre. Pero más que

nada, la forma en que este hombre hablaba. Abajo, en el sótano, era como cualquier otro ladrón callejero: el tono, la rabia áspera en su voz. Aquí arriba cambió, los modales cambiaron a los de un caballero. Parecía culto y educado, y eso la desconcertó. Como si hubiera dos Frank Handley diferentes.

Lucky se apoyó en el escritorio, cruzó los pies a la altura de los tobillos y estudió a Ginger, con sus movimientos nerviosos, sus ojos que esta vez no eran tan atrevidos. Quería que viera la escena en el piso de abajo. Aunque era bastante raro en estos días que el propio Lucky se viera involucrado en tales líos innecesarios, quería que ella presenciara algo de eso para silenciar su arrogancia.

Ahora se veía muy hermosa, pensó. Todavía altiva, pero atenta a mantener la boca cerrada. A él le gustó y la estudió durante algún tiempo, ya que sus ojos estaban fijos en él.

"Ya veo, está guardando su mejor atuendo para nuestro encantador vecindario, señorita Maude," dijo finalmente.

"¿Ha terminado de mirar?" preguntó, aunque con menos descaro que la última vez.

"¿Y usted?" sonrió y bebió un trago de la bebida, sin apartar los ojos de ella.

"¿Qué hizo?" Hizo un gesto en la vaga dirección donde había tenido lugar la paliza.

"Nada."

"¿Nada?" Ella levantó una ceja.

"Sin embargo, sus hermanos sí lo hicieron. Y él pagó."

"Así que no los lastimó a ellos. En cambio, lastimó a la familia."

Él asintió, fumando el cigarro con buen gusto.

"No se puede castigar más a una persona que lastimando a sus seres queridos," explicó.

"Ajá," dijo ella, y se acercó unos pasos más. "¿Tiene algún ser querido, señor Handley?"

"No."

"Así que debe ser fácil para usted lastimar a otros sin saber lo que hace."

"Oh, sé lo que hace."

"¿Lo sabe?"

"¿Tiene usted algún ser querido?" Acentuó la palabra.

Ginger lo miró en silencio. Tenía una madre en alguna parte. Quizás. No estaba segura y no le importaba mucho. Y Lucky lo sabía muy bien por la indiferencia de sus ojos.

"¿El señor Richard Whates, quizá?"

Los ojos de Ginger parpadearon con ira, y él se dio cuenta y se rio suavemente.

"Por cierto, ¿cómo está el precioso Richard?" Sus labios se estiraron más en señal de burla.

"No lo sabría," dijo con frialdad, desviando la mirada.

Él asintió con complicidad.

"Pero me gustaría saber si puedo recuperar mi dinero." Terminó la frase con suavidad, sabiendo que no le correspondía exigir. "Espero que sí," añadió y trató de esbozar una sonrisa.

"¡Ah! Dinero. Espero que tenga alguna información para mí, señorita Daly."

La tenía, por supuesto. Bonnie había hecho lo que le había pedido, pero cuando Ginger le contó a Lucky lo que había descubierto, él escuchó sin mucho entusiasmo. Cuando terminó, él asintió en silencio, caminó hacia una de las cajas fuertes y sacó una pequeña bolsa.

"Tome." Lo puso sobre el escritorio a su lado. "La tarifa por la información, y la mitad del dinero que perdió."

"¿La mitad?" Ginger frunció el ceño, sin entender.

"Señorita Maude, no asuma que la ayudaría sin esperar que usted me ayude a cambio. No hemos terminado del todo con el negocio de Belle House. O tal vez disfruto de su sonrisa

genuina, que ilumina esta parte oscura de la ciudad."

Ella sonrió y se acercó al escritorio, con la intención de tomar la bolsa, cuando él se paró frente a ella, bloqueando su camino.

Se detuvo y los latidos de su corazón se aceleraron.

Tomó un sorbo de su bebida, mirándola como si la estuviera bebiendo, con su cuerpo tan cerca del de ella que ella podía oler el licor y el tabaco en él, y la sangre del otro hombre, cuyo olor aún permanecía en su piel. Pudo ver las gotas carmesí en su camisa y chaleco y alzó los ojos para encontrarse con los suyos, metálicos y juguetonamente peligrosos. Su cuerpo estaba a centímetros del de él, y se sentía extrañamente íntimo en esta habitación de silencio. Su corazón retumbó y tragó saliva.

Había una oscura confianza en Frank Handley, una especie de magnetismo animal. Era peligroso, y Ginger se sentía débil a su lado, como se siente uno cuando es arrastrado por fuerzas poderosas. No era un peligro brutal, aunque lo que había visto en el calabozo podía demostrar lo contrario. En cambio, era como una fuerte marea con sus suaves caricias que te arrastraban a un abismo de placer.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos, incapaz de apartar la mirada.

Él guardó silencio, devolviéndole la mirada con un agudo destello de depredador.

Se dio cuenta de que sus ojos eran de un verde suave. La impecable piel blanca de su rostro estaba salpicada de pecas y enmarcada por una capucha del color esmeralda oscuro que acentuaba su belleza. Podía oler su perfume, un aroma caro que no combinaba con su ropa raída.

"Mmm," dijo él, estudiando su rostro, y ella bajó los ojos, que no tenían a dónde ir más que a su ancho pecho y hombros frente a ella.

Lucky se sentía excitado. Era bastante común después de un ataque de violencia que lo ponía nervioso y exigía la liberación de la tensión con el sexo. Era una buena criatura, pensó. No le importaría verla desnudarse para él.

"Podríamos hacer que nuestro arreglo fuera más placentero," dijo él en voz baja, y ella lo miró con sorpresa en los ojos. Sabía lo que decía, lo que insinuaba: lo hacía para ganarse la vida con cualquiera que pagara una tarifa considerable. Pero sus palabras le calentaron el cuerpo y le provocaron escalofríos de placer. Le gustaría tener un hombre así. Oh, sí, Ginger lo haría. Sin embargo, estaba jugando con ella, usándola como cualquier otra persona en su vida, cambiando una cosa por otra. Ella no le daría lo que él quería. Era una mujer que se hacía cargo de los hombres. Quién prestaba los servicios, pero elegía cuándo, cómo y a quién. Y este hombre del fondo de los suburbios le hablaba como si el mundo girara a su alrededor, o como si pudiera girarlo a su antojo con los dedos revestidos de anillos de metal.

"Señor Handley..."

"Frank," la interrumpió. "Puede llamarme Frank."

"Frank," repitió ella en voz baja, aclarándose la garganta, y él se sintió aún más excitado al oír su nombre en sus carnosos labios. "Preferiría mantener nuestro acuerdo como está. Seguro que tiene muchas mujeres agradables en este maravilloso vecindario para satisfacer sus necesidades."

Ella apartó la mirada de él y pasó junto a él para agarrar el paquete cuando él dio un paso lateral, bloqueando su camino nuevamente.

Ella levantó lentamente los ojos para encontrarse con los de él, que la miraron con una sonrisa.

¡El bastardo estaba sonriendo!

Y eso la enfureció.

"Tenía la impresión de que le gustaba el dinero, amor."

Otra vez esa palabra. Eso la enfureció, y se notó en sus ojos, que ahora lo miraban fijamente.

Tomó otro sorbo de su bebida como si ella ya estuviera allí para su servicio. Su otra mano se acercó lentamente a su cara, y su dedo índice anulado acarició el costado.

Una sacudida recorrió su cuerpo, pero se apartó bruscamente y dio medio paso atrás.

Sus ojos risueños.

Su boca se curvó en una sonrisa.

Quería darle una bofetada. Quería decirle que no se metía con los gánsteres en las sucias habitaciones de los barrios bajos. Sin embargo, su cuerpo la traicionó con el pecho agitado, el corazón retumbante, la ola de excitación que la invadió, y se sintió sin palabras.

"¿Es un sí?" Él arqueó una ceja, con sus ojos peligrosos fijos en ella.

Eso es un no, amor, ella pensó.

"Creo que estarías más interesado en otros servicios que pueda prestarte," dijo ella, tratando de sonar profesional, "Frank," añadió con una sonrisa, luego se acercó un paso más, extendió la mano y, pasando junto a él, cogió la bolsa del escritorio.

"Estoy seguro de que pensará en esta propuesta."

Oh, ¿estaba seguro?

¿Esta propuesta?

El corazón de Ginger latía como un tambor.

"Mientras tanto, tengo otro nombre para usted," dijo.

Lucky se acercó al escritorio, sacó un cigarro y lo encendió sin rastro de emoción en su rostro, como si olvidara la conversación. El interés en sus ojos pareció desvanecerse tan rápidamente como la propuesta que había planteado antes. Para alivio de Ginger. Y para su decepción. No podía entender muy bien qué la atraía de este hombre y qué la alejaba de él al mismo tiempo. Hablaba ahora con su habitual indiferencia, como si un momento antes no hubieran estado discutiendo la posibilidad de la intimidad. Pensar en ello le produjo un extraño temblor en el cuerpo mientras escuchaba su voz baja.

Cuando Lucky terminó de hablar, llamó a Finn a la habitación. El muchacho estaba muy bien vestido. Lucky lo estudió con la indiferencia habitual, Ginger con curiosidad.

"Ve a asegurarte de que la señorita Daly llegue sana y salva a High Holborn y tome un carruaje."

Ginger lanzó una mirada de sorpresa.

Se dio cuenta.

"Es un mundo de hombres," explicó. "No tiene nada que hacer aquí a menos que quiera que la lastimen o la roben de nuevo. Y no queremos eso, ¿verdad?"

"Este es su barrio. Si algo sucediera, lo sabría, ¿verdad?" dijo con descaro.

Sonrió.

"Sí. Pero no queríamos que la violaran o la golpearan y desapareciera por mucho tiempo, ¿verdad?"

"¿Y a usted le importaría?" Sus ojos sonreían juguetonamente.

"Tenemos un acuerdo que, tengo que admitirlo, resulta ser bastante útil," dijo con una sonrisa. "Para la línea de trabajo que hace, está actuando demasiado independiente. Pensé que no tenía reservas en aceptar ayuda." Él esbozó una sonrisa y la de ella se desvaneció.

“No lo sé.”

“Sí, Frank.” Finn sonrió. “¿Por qué no la manda sola si ella quiere?”

La mano de Lucky se estrelló contra la parte posterior de la cabeza de Finn, haciéndolo tropezar.

“Si quisiera tu opinión, te la pediría,” dijo Lucky con frialdad, y Finn resopló decepcionado.

Ginger no dijo nada, pero reprimió una sonrisa, mirando al niño, que bajó los ojos e hizo un puchero.

Los dos caminaron por el pasillo, Ginger con la barbilla levantada, evitando las sonrisas y las miradas. Pero una mirada de reojo, y sus ojos se encontraron con el hombre mayor llamado Gnarly Dog, quien se inclinó y dijo: “Buenos días, señorita,” y le guiñó un ojo.

En la calle, Finn se chupó los dientes.

“Tiene algo, ¿eh?” preguntó con una sonrisa.

Finn escupió en el suelo sucio, murmuró: “¿Qué hay de nuevo?” y puso los ojos en blanco.

“Está bien, chico,” dijo Ginger mientras se desviaban hacia otro callejón con niños corriendo y mujeres lavando la ropa. “Simplemente te levantas y sigues moviéndote.”

“Debe saberlo,” resopló Finn. “Pasa su tiempo de trabajo boca arriba.”

“Oye.”

“No son mis palabras.”

“Déjeme adivinar, Frank...”

La amargura curvó sus labios.

“No, le gustan las mujeres de espaldas.” La sonrisa de Finn se hizo más grande.

“Bueno, mejor que con la nariz en el lodo o hasta las rodillas en la inmundicia.” Asintió con la cabeza hacia el cuerpo harapiento, con los brazos envueltos alrededor del torso, encogiéndose en el suelo a un lado del edificio. “Eres demasiado joven para saber que incluso los hombres ricos, más a menudo que los pobres, les gusta que los tomen por detrás.”

“¡Ja!” Finn pareció animarse.

“Es verdad.”

Ginger sonrió. Empezaba a gustarle aquel joven, que rondaba los quince años, pero era demasiado listo para su propio bien. “Para proteger su riqueza,” continuó, “o adquirir más. Las riquezas crecen proporcionalmente a lo mucho que estás dispuesto a dejar que otros te jodan de todas las formas imaginables.”

“Debe saberlo.” Finn la miró con una sonrisa que no era hostil o burlona, sino alegre.

“Lo convertí en arte, amigo mío,” dijo Ginger con un brillo igualmente alegre en los ojos.

Siguieron caminando por los callejones, laberintos de tiendas de ginebra y burdeles, cervecerías y casas de empeño. Estaba oscureciendo, y las esquinas estaban repletas de todo tipo de criaturas y pululaban con hazañas que solo tenían lugar en la oscuridad. Ginger se alegró de que el chico estuviera con ella. De alguna manera, ese hombre, Frank Handley, tomó mejores decisiones para ella que ella para sí misma.

Alzó los ojos hacia el edificio más nuevo, un poco más adelante, que sobresalía entre los tejados en mal estado y las estructuras en ruinas. Finn siguió su mirada.

“Es nuestro,” dijo con orgullo.

“¿Qué?”

“El edificio.” Hizo un gesto hacia atrás. “Nos pertenece.”

“¿Quiénes sería 'nosotros'?” Ginger frunció el ceño.

“Los Bankee. Lucky. Rocco. Todos nosotros.”

“¿A qué se refiere?”

"Compramos el edificio viejo, lo derribamos. Conseguí que los lugareños construyeran un nuevo 'uno más grande." Ya no estaba encorvado. En cambio, caminaba con la barbilla levantada y los hombros echados hacia atrás con orgullo. "Estamos trasladando a mucha gente allí, y el alquiler es barato." Finn asintió, caminando rápido, pero sin apartar la vista del edificio como si estuviera contemplando su sueño. "Eso es lo que hacemos por aquí. Vamos a comprar otro, luego otro, y luego otro, y poco a poco, poco a poco, vamos a tener un buen barrio para vivir. Ese es el plan. Estamos subiendo."

"¿De quién es el plan?" Ginger sintió curiosidad.

"De Lucky. Su idea. Él está a cargo. Él tiene esta cosa: quiere construir más. Traer estudiantes, médicos, maestros, para que vivan al lado de la gente pobre y vean cómo están. Ayudarlos. Enseñarles. Tiene a un anciano que vive en el almacén de Li'l Earl Street. Nos enseña a leer. Una vez a la semana." Finn levantó la barbilla aún más como si él mismo fuera un profesor. "No es una gran cosa, pero Lucky dice que es una oportunidad, ya sabe. No discutimos. Ayudó al Sr. Fielding a reconstruir la tienda después del incendio. Está ayudando a algunas personas a pagar el alquiler, para que no terminen en las calles. Me gusta por aquí."

"¿Frank Handley? No lo dice en serio." Ginger miró al chico con recelo.

Finn asintió y la miró con una extraña chispa en sus ojos que contenía orgullo y triunfo como si le estuviera contando un secreto.

"Es un criminal," resopló Ginger y desvió la mirada.

"¿Quién no lo es?" Finn sonrió en respuesta y escupió al costado de la carretera.

Siguieron caminando. Ginger trató de concentrarse en la carretera, en busca de cualquier problema antes de entrar en ella. Parecía que tenía que bañarse cada vez que regresaba de este lugar.

La gente se agitaba. Un bebé lloraba cerca. Las calles eran cada vez más anchas y ruidosas. Los indigentes se sentaban y se acostaban a los lados del edificio, negros de moño y suciedad.

Finn asintió en su dirección.

"Construimos un refugio para personas sin hogar. Pero si uno va a dormir allí, tiene que trabajar. Entonces, los tienen en el almacén ensamblando botellas de ginebra. Y whisky ahora. Eso es lo nuevo."

"Suenan a esclavitud," sonrió Ginger.

"I-gual-dad-e-qui-ta-ti-va" dijo Finn lentamente, repitiendo las palabras de otra persona.

"Ya veo," dijo con amargura y algún otro sentimiento extraño en su corazón. Había algo inusual en la forma en que las cosas estaban saliendo de Frank Handley.

Finn parecía estar fascinado con el hombre.

"Ya sabe, Frank es la cara de este lugar," dijo el chico como si pudiera leer sus pensamientos. "Tus hijos se están muriendo de hambre, vas a ver a Lucky. Te metes en grandes problemas, vas a Lucky. Él te ayudará. La gente mataría por él, es lo que estoy diciendo." El chico se echó a reír y volvió a escupir a un lado, con las manos en los bolsillos como si fuera el dueño del barrio. "Es por eso que lo hacemos. Él es el nuevo rey. De este lugar de todos modos. Y Rocco, por supuesto."

Vaya lugar, pensó Ginger con sarcasmo.

"Y así es como planeamos hacerlo. Vamos a convertir a los Giles en un buen lugar. A una milla de los ricos, pero ellos beben vino de copas de oro, y nosotros nos pudrimos en nuestra propia inmundicia. Así que esa es la cuestión. Este lugar," Finn giró la cabeza, señalando los alrededores "nos hace ganar dinero, pero lo volvemos a poner en él."

Alguien chocó con él y empujó a la persona con el hombro.

De hecho, pensaban que eran los dueños del lugar, pensó Ginger divertida mientras veía a Finn marchar a su lado con más orgullo y confianza de lo que haría alarde de un vestido nuevo. Se dio cuenta de que estaba medio pie por delante de ella. Y aunque era mucho más joven, parecía ser el que guiaba a Ginger a través de los barrios bajos.

"Sabe, son leales," continuó Finn de la nada.

"¿Quiénes?"

"La gente a la que Frank ayuda. Muchos. ¿Oyó hablar del judío?"

Ginger no lo había hecho. "¿El judío?"

"Ya sabe, el que me ayudó y me enseñó cosas."

¡Ajá! Ginger lo vio ahora: la forma de hablar, la etiqueta adecuada. Por supuesto, no venía de St. Giles, ni de las calles.

"Hace algunos años, el judío estaba en problemas. El mercado de precios, o algo así, el proveedor, no soy bueno en eso, no sé qué pasó. Pero Lucky lo respaldó, lo ayudó a salir adelante. El judío y varios otros en Whitechapel. ¿Adivine qué? Si alguna vez le pasa algo a Lucky, harán que los yiddishers persigan a quien quiera hacerle daño. ¿Y las otras pandillas? Nunca van a poner un pie aquí. Ellos lo saben."

Finn resopló fuertemente, aspiró el resoplido y lo escupió de su boca con un sonido espeso y pesado. En cualquier otro momento, Ginger pondría los ojos en blanco. Pero en ese momento, esquivando a los desagradables transeúntes, borrachos y vendedores ambulantes, abriéndose paso por las calles fangosas y viscosas, su mente se tambaleaba.

Robin Hood, nada menos, pensó con sarcasmo, sabiendo que Finn estaba lleno de sí mismo. Pero detrás de todo esto había una admiración por alguien que intentaba cambiar las cosas a su alrededor. Pensó en Frank Handley. Lucky. Con todo lo que representaba su nombre, no era quien era por suerte. Era un hombre inteligente, sin duda. Sin una educación adecuada. Sin embargo, en este mundo sombrío y miserable de los barrios bajos, se las arregló para representar a los pobres y su fuerza, o lo que quedaba de ella. Parecía ser un rostro de esperanza. Por ridículo que pareciera, estos chicos —se dio cuenta por la admiración de Finn— crecieron en esta pobreza queriendo ser como Lucky: un criminal, pero un hombre digno. Un luchador y un asesino también, no lo dudaba, pero un hombre que tenía sueños para su pueblo. Funcionaran o no, él se esforzaba. Y en un lugar como St. Giles, un esfuerzo contaba mucho. Era un mundo extraño. Y ese mundo tenía un rostro. El de Lucky.

Los dos llegaron a High Holborn, y Ginger miró a su alrededor. Espiando un carruaje al otro lado del camino, se volvió hacia el niño.

"Bueno, joven, esta vez disfruté bastante de su compañía," dijo ella y estaba a punto de alejarse, pero notó vacilación en su rostro. "¿Qué sucede?"

Finn estaba de pie con las manos en los bolsillos, los ojos fijos en la punta de su zapato que estaba cavando algo en el suelo.

"¿Le importa si la acompaño?" Él la miró y entrecerró los ojos.

"¿Dónde?"

"Sí, a su casa."

Las cejas de Ginger se levantaron sorprendidas.

"¿Qué negocio tiene en la Belle House?"

Finn sollozó, mirando hacia otro lado con vacilación y hacia Ginger.

"Esa doncella suya. Iba a volver a verla," respondió y bajó la mirada.

Ginger soltó una risita.

"Krissy, ¿quieres decir? ¡Eh! Así que a usted también le gustan las mujeres de espaldas,

¿eh?” Ella estalló en una carcajada alegre y le dio un codazo.

“Vamos,” dijo con una sonrisa y señaló con la cabeza hacia el carruaje.

Esa noche Finn pudo ver a Krissy. Limpió su chaleco y su chaqueta de antemano. Lustró los zapatos. Alrededor de su cuello llevaba atada una corbata, robada, por supuesto, al igual que el resto de su ropa, y bastante fuera de lugar, lo que le daba aún más encanto. Krissy contempló su aspecto con curiosidad, asintió con satisfacción y le hizo esperar en el callejón trasero durante más de una hora. Finalmente, salió con un sencillo pero pulcro vestido azul, un gorro a juego y guantes. Finn, a su vez, quedó impresionado y la aduló toda la noche.

No era un caballero, pero el enamoramiento puede hacer un Don Juan hasta al pretendiente más pésimo. Finn ignoró las miradas arrogantes de los dueños de la tienda cuando le compraba pasteles a Krissy o la llevaba a tomar el té. Actuaba como si hubiera nacido en la ciudad, y Krissy sentía que por fin era importante para alguien.

Observaron a un artista callejero. Luego tomó las monedas y le mostró a Krissy los trucos que había usado tantas veces en el juego de “las tres monedas” en las calles. Finalmente la hizo sonreír, balanceándose en el borde de una fuente, casi cayéndose, ante lo cual Krissy se rio incontrolablemente, agachándose y casi perdiendo su sombrero. Finn se sonrojó de vergüenza y enojo, pero ella rozó su mejilla con su mano enguantada con cariño, y esos segundos lo convirtieron en el tipo más feliz de todos. Y cuando, más tarde, Krissy enganchó su brazo en el suyo, sintió que era un verdadero caballero, y durante el resto de la noche, su pecho sobresalió con orgullo como el de una paloma pomposa.

“¿Puedes ver cosas en la Belle House?” preguntó mientras daban de comer migajas a los pájaros en Haymarket.

“No quieres saberlo,” Ella resopló y lo miró a los ojos decepcionados.

Oh, Krissy no sería ella misma si su boca no se abriera finalmente a lo mejor que estaba haciendo: hablar. Le contó a Finn sobre la madame y las fiestas. Brevemente y sin detalles, para no asustarlo. Y los ojos de Finn, abiertos de par en par por la fascinación, la estimularon aún más. Por supuesto, le habló de Maude Daly y de su negocio en St. Giles. Por supuesto, Krissy descubrió quién era Frank Handley. Y así los dos jóvenes intercambiaron historias, algunas de las cuales eran demasiado escandalosas para la primera cita, y otras no estaban destinadas a ser compartidas. Pero Finn y Krissy eran más parecidos de lo que creían, y al final de la noche, parecía como si se conocieran de toda la vida.

Ya era de noche cuando la acompañó a la entrada trasera de la Belle House. Las farolas estaban encendidas, y se maravilló del hecho de que se pudiera caminar tranquilamente después del anochecer. Que las calles de aquí, al anochecer, eran más luminosas que las habitaciones de los barrios bajos durante el día, y que se podía respirar el aire sin atragantarse por el hedor.

Cuando se detuvieron en la puerta, el corazón se le subió a la garganta, pero en lugar de hablar, la agarró por la cintura y apretó su boca contra la de ella.

Ella lo empujó y lo abofeteó.

“¿Quién crees que soy?” exclamó indignada y se arregló el sombrero de un tirón.

“Lo siento, mmm...” susurró Finn, desconcertado, ardiendo de vergüenza. Bajó los ojos y comenzó a clavar la punta de su bota en el suelo con tanta vergüenza en cada uno de sus movimientos que Krissy se sintió incómoda por su rápida respuesta.

La verdad era que Krissy no había tenido un noviazgo así en mucho tiempo. Pensándolo

bien, nunca había tenido noviazgo, nunca la habían llevado, excepto a pequeñas habitaciones sucias por varios chicos antes y algunos de los clientes. Y este chico, el rudo que era, la miraba con más fascinación que nadie en su vida. De pie en el callejón oscuro detrás de Belle House, se dio cuenta de que le gustaría mucho volver a verlo. Trabajaba en el establecimiento más excitante de Piccadilly, pero aquella noche con él era lo más excitante que le había sucedido en mucho tiempo.

“¿Puedo volver a verte?” dijo finalmente y alzó sus ojos esperanzados hacia ella.

"Tal vez," dijo tímidamente.

“Tsk, dime, Krissy. Si no, no te molestaré, ¿sabes?”

Eso hizo que el corazón de Krissy latiera más rápido de lo que funcionaba su astuto cerebro.

“Sí,” dijo rápidamente, y permanecieron un minuto en silencio, Finn fumando, Krissy apoyada en un costado del edificio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

"Pero quiero saber cosas," dijo con una sonrisa astuta.

“¿Cómo?”

“Por ejemplo, lo que hace la señorita Maude con el señor Handley.”

¡Oh, Krissy! Nunca dejaría pasar la oportunidad de meter su pequeña nariz en los asuntos de los demás.

Pero Finn no sería un estafador callejero si no supiera cómo intercambiar cosas.

“¿Me besas?” dijo con una sonrisa, recuperando el valor.

Krissy levantó la barbilla con indignación, lo pensó un segundo y dijo: "Bien."

Pero cuando Finn estrelló su insistente boca contra la de ella, ella lo empujó de nuevo.

"¿Qué te pasa?" preguntó con frustración.

“No soy una chica de la calle de St. Giles,” dijo con aire de superioridad. "Déjame enseñarte cómo se hace."

Una cosa que Krissy había aprendido en Belle House era que, si querías estar contento, le decías a uno cómo te gustaba. Y cuando se lo mostró a Finn, su cabeza se derritió por lo bien que se sentía, como si estuviera complacido por una de las damas de Belle House. Cuando Krissy se alejó, Finn aún no estaba listo para dejarla ir.

"Espera, espera, déjame ver si lo hice bien."

Y practicó sus nuevas técnicas de besos con Krissy hasta que la ciudad se quedó profundamente dormida, los únicos sonidos, el interminable negocio del placer dentro de la Belle House.

Comenzaron a saber sobre del judío con su hijo, Reuben. Lucky lo encontró algún tiempo después del desafortunado incidente de ser arrojado del puente y su milagrosa resurrección.

Un día, Lucky se dirigió a Whitechapel. Aunque era tan malo como St. Giles-in-the-Fields, era el nuevo territorio, y Lucky siempre estuvo convencido de que alguien con una mirada fresca podía ver más potencial que los habitantes locales.

Era un cálido día de primavera, y Lucky estaba sentado en un barril vacío en uno de los callejones, contemplando otros planes de acción y masticando un panecillo recién hecho que había robado de un carrito callejero. No ha tenido mucha suerte hasta ahora, pero eso nunca fue algo que le deprimiera el ánimo. Masticaba ruidosamente y observó a un chico fornido al otro lado del camino, varios años mayor que él, torpe pero de aspecto limpio, que estaba sentado en el porche trasero de una puerta, murmurando algo para sí mismo y moviendo una baraja de cartas en sus manos. El chico era judío, Lucky se dio cuenta por la peculiar forma en que iba vestido. Lucky había terminado con el pan y había encendido el tabaco enrollado, sin dejar de mirar al niño gordo, cuando éste lo miró desde el otro lado del callejón y arrugó la nariz como si estuviera contemplando algo, pero con dudas.

"Eh, judío, ¿tienes dinero?" Gritó Lucky desde el otro lado y escupió un trozo de tabaco en el suelo. "¡Vamos a jugar cartas!"

El chico miró a su alrededor.

"Tengo una mejor idea," dijo con vacilación. "Te mostraré un truco de magia. Si lo descubres, te daré un penique; si no, gano yo."

Lucky resopló de risa. Nunca había visto trucos de magia, ni le interesaban las cosas intelectuales. Tampoco tenía un penique. Pero dijo: "¡De acuerdo!" y se acercó. Y cuando el chico gordito, emocionado ante la idea de presumir sus habilidades, hizo que las cartas aparecieran y desaparecieran y cambiaran de palo justo ante los ojos de Lucky, la mente de Lucky quedó atónita.

"¿Mi penique?" dijo el chico con una sonrisa.

"Le dirás a tu padre que hiciste esto. ¿Cómo lo tomará tu rabino?" dijo Lucky con una sonrisa burlona.

El chico se ruborizó y frunció el ceño.

"A mi padre no le importará. Él es dueño de una joyería."

Las palabras golpearon a Lucky, cuyos ojos se iluminaron ante la perspectiva de hacerse rico. Podría ser su día de suerte, después de todo.

"¿Quieres ver magia?" preguntó Lucky al chico. "Puedo hacer que las cosas desaparezcan."

Podía, claro, a su manera callejera.

Pero el chico inclinó la cabeza, y sus ojos se abrieron ante la posibilidad de haber conocido a otro mago.

"¿Dónde está tu tienda?" preguntó Lucky con una sonrisa.

No hacía falta ser adivino para saber cuál era el plan de Lucky cuando entraron en la tienda del Sr. Szold. Excepto que el Sr. Szold, un hombre corpulento con un grueso bigote y una barba igualmente espesa en la que podrías esconder una fortuna, echó un vistazo a Lucky vestido de harapos y lo echó de su establecimiento. Pero no antes de que Lucky intentara entablar conversación, cogiera un objeto de aspecto valioso que colgaba del lado de la puerta y saliera corriendo.

Su carrera criminal duró varias cuerdas, después de lo cual fue capturado por un joven local y devuelto al Sr. Szold. El dueño de la tienda estaba más entretenido que molesto, mientras que su hijo estaba sonrojado de vergüenza y decepción. Pero el Sr. Szold no sería judío si no viera el potencial en las personas. Escuchó la historia de Lucky, entrecerró los ojos sobre las pequeñas gafas que llevaba en la nariz, y se acarició la barba, apareciendo una sonrisa astuta en sus labios carnosos. Le daría a Lucky un pequeño pago por mover cajas en la tienda de su vecino, anunció.

"De acuerdo," asintió Lucky, y durante las próximas horas sudó como un cerdito, haciendo el trabajo adecuado que no había hecho en mucho tiempo. Cuando terminó, recogió su modesto salario y le dio un penique al chico gordito.

"Reuben," se presentó el chico.

"Lucky," respondió el otro.

"¿Soy yo?"

"No, ese soy yo. Puedes llamarme Lucky."

"¿Eres tú Lucky?"

"Así es."

Y así, Lucky adquirió un amigo llamado Reuben, y un empleador ocasional y un maestro, el Sr. Szold, al que simplemente llamaba el Judío a sus espaldas. El Sr. Szold jugó un papel mucho más importante en la vida del chico de lo que Lucky hubiera esperado. El hombre le enseñó a leer, escribir y hablar "como una persona civilizada", como le explicó a Lucky. Lucky nunca había sido aficionado a la educación, pero al aprender nuevas habilidades, veía potencial, y esa palabra dorada, potencial, también la aprendió del Sr. Szold.

Lucky se convirtió en el protector de Reuben, ya que el chico gordito era constantemente golpeado y burlado por otros. Su cuerpo regordete no estaba hecho para pelear, así que Lucky lo hacía por él, y pronto, el rumor corrió por Whitechapel de que Reuben Szold tenía un ángel guardián con los puños de un diablo y un ejército entero en St. Giles.

El primer regalo que Lucky había recibido en su vida, y había recibido muy pocos, fue del Sr. Szold. Era un anillo con la Estrella de David y una piedra en el centro. Sencillo, no de mucho valor, pero Lucky nunca había recibido nada de nadie antes.

"Pero no soy judío," dijo, estudiando el nuevo adornito con el diseño intrincado.

El Sr. Szold lo miró por encima de las gafas.

"Pero yo no soy judío," se corrigió Lucky.

"Dios mira de la misma manera a todos, hijo mío," respondió el Sr. Szold.

Lucky lo miró con sospecha.

"¿Incluso en St. Giles?" verificó.

"Incluso en St. Giles," sonrió el hombre.

Frank "Lucky" Handley siempre decía que nunca había sido bautizado, llevaba la Estrella de

David, era mejor amigo de un mago, pero había conocido suficientes diablos y brujas en su vida como para creer en la brujería.

Quince años después, él y Reuben seguían siendo mejores amigos. Reuben mejoró mucho con los trucos de magia y ahora era dueño de un pequeño teatro. Lucky era miembro de la banda de los Bankees, se había convertido en un hombre peligroso y respetado, pero guardaba parte de sus ahorros con el Sr. Szold. Los viejos hábitos no morían rápido. Los viejos amigos no traicionaban. Y la confianza era una palabra que no se mencionaba con demasiada frecuencia. Ahora, a sus veintitantos años, Lucky podía contar con los dedos de una mano a las personas en las que confiaba, y dos de ellas eran del barrio judío de Whitechapel.

Lucky y Reuben estaban sentados en el salón trasero del Daphne's Theatre en Leman's Street.

El teatro, aunque pequeño y no exitoso —"todavía no", como Reuben tenía la costumbre de decir— fue la empresa de Reuben. Le puso el nombre de su difunta madre y empleó a los actores, la mayoría de los cuales procedían de las calles. "El talento sin explotar", los llamaba Reuben, y Lucky a menudo pensaba que debía ser algo judío encontrar potencial en los lugares más inverosímiles. "El talento sin explotar" carecía de las habilidades adecuadas para una actuación de calidad, pero le daba cierto encanto y la confianza vulgar que atraía a cierta clientela y ocasionalmente llegaba a la Gaceta por su "moda escandalosa y sus espectáculos de magia bastante ingeniosos." Aunque los principales ingresos provenían de esas obras groseras, Reuben acariciaba el sueño de que un día Daphne se convertiría en un imaginario de grandeza y asombro invisibles. Por ahora, inventaba trucos, conjuraba artilugios extravagantes, buscaba a los artistas callejeros más extraños e incansablemente pensaba en nuevos números mágicos que interpretaba todos los viernes y sábados por la noche antes de la obra. Esos por sí solos no fueron suficientes para llenar el tiempo de actuación durante toda la noche. Pero, curiosamente, la mayoría de la multitud acudía a Daphne's principalmente por esos espectáculos de magia —los objetos que desaparecen, las cabezas parlantes, los árboles que crecen— que los dejaban hablando durante días.

El salón, una especie de gabinete de curiosidades, estaba ubicado detrás de la sala verde. Era bastante grande, pero estaba tan abarrotado de accesorios, disfraces y todo tipo de obras de arte imaginables que parecía que apenas tenía espacio para moverse. Funcionaba como sala de recepción, almacén, sala de vestuario, tienda de artesanías, guarida de artistas y, muy a menudo, el lugar donde Reuben dormía cuando estaba tan absorto en la conjuración de nuevos espectáculos para asombrar a la humanidad que trabajaba hasta el amanecer y, estaba demasiado agotado para volver a casa, se desplomaba en el sofá.

Fue en ese mismo sofá en el centro del salón donde una noche, cerca de la medianoche, Lucky se sentó a fumar, con Reuben en un sillón frente a él. Habían bebido una botella de brandy, hablando de dinero y de mujeres. Lucky estaba encorvado en el sofá, con una pierna sobre otra. Al menos aquí no tenía que vigilar lo que hacía o decía. Ruby, grande y pesado, el sillón casi demasiado pequeño para él, estaba sentado con la camisa desabrochada en el cuello, mostrando una gruesa cadena de oro y un pelo rebelde en el pecho. Le estaba contando a Lucky sobre la nueva inversión que había hecho en cierto artilugio que estaba siendo enviado desde París y que había pertenecido nada menos que al profesor Pinetti, el famoso mago que realizó "la ilusión del naranjo."

"Oh," suspiró Reuben finalmente, terminando su relato, y encendió un cigarro. "Cuando

amas algo, Frankie, ámalo con pasión, de verdad, locamente." Se golpeó el corazón con el puño. "Cuando te fascina tanto que no solo quieres quedártelo para ti, sino que quieres compartirlo con el mundo, entonces el dinero no importa. El fracaso no importa. Porque mientras tengas este fuego en tu corazón, siempre generará nuevas oportunidades. ¡Puede poner a miles de personas de pie! El Gran Rumi dijo: "Prende fuego a tu vida. Busca a los que avivan tus llamas'."

"¿Seguimos hablando de magia?" Lucky, con los ojos aún más brillantes por las horas de consumo de brandy con su amigo, miró a Reuben con los ojos entrecerrados.

El grandullón le señaló con el dedo anular.

"Eso también." Él asintió con una sonrisa. "Sea lo que sea por lo que haga arder tu corazón."

Guiñó un ojo, alzó su vaso de brandy en el aire y se lo bebió, exhalando con un elegante «¡Ah!», y rápidamente lo volvió a llenar.

En ese momento, la puerta se abrió con un ruido teatral.

"¡Ruby!"

El cabello rojo parpadeaba en la tenue luz, y por un segundo, el cerebro de Lucky se sacudió de sorpresa al pensar que era Maude Daly. Pero no, era solo Bella, la actriz principal de Ruby y su antiguo amor, que una vez había ardido pero, como la mayoría de los fuegos, fue apagado por el tiempo.

"¡Ah! ¡Frank!" Bella caminó rápidamente hacia Lucky, le metió la mano en la cara para un beso, rápidamente se acercó a Ruby y se arrojó sobre su regazo. Después de la actuación, ahora estaba vestida con uno de sus mejores vestidos, azul oscuro con ribetes ocre, un gran collar de granate amarillo, cortesía de Szold's Jewelry, en el centro de su pecho.

"Ruby, cariño," la actriz tomó una copa de brandy de las manos de Reuben, se la tomó de manera ya un poco borracha y se la devolvió "¿cómo se supone que voy a impresionar a nuestros preciosos invitados si no tenemos suficiente champán y brandy en el almacén?"

Arregló la corbata alrededor del cuello de Reuben y, con los dedos jugando con los botones de su chaleco, le hizo una mueca.

"Cariño, no necesitas impresionar," el hombre suspiró ruidosamente, "y regalar alcohol gratis no es la manera de impulsar el negocio."

"¡Ah, Ruby!" Ella lo apartó con la mano. "Están pagando por algo de ello. Además, están trayendo más gente a nuestras obras. ¿Cómo no es mejor para nosotros?"

"Son gorriones, cariño. Ese champán es mucho más caro que el precio de la entrada."

"Tsk, ¡Ruby!" La mujer hizo pucheros. "¡El avaro que eres, nunca haremos una fortuna! ¡Qué tonta fui al comprometerme con este negocio cuando no entiendes los conceptos básicos de..."

"¡Está bien, está bien!" Reuben tocó repetidamente su mejilla con la palma abierta como si calmara a un niño. "¡Hay una caja detrás del telón de fondo del Infierno! Solo, cariño..."

"¡Querido, eres una mascota!" Ella tocó la punta de su nariz con el dedo índice, saltó de su regazo y se alejó como un pájaro, ya hablando con alguien en cuanto salió por la puerta.

Lucky sonrió.

"Jaja. Pelirrojas, ya sabes, Frankie. Tsk," Ruby dijo con una sonrisa. "Una vez que ponen sus lindos deditos en ti, es como si estuvieran hechos de fuego, ya sabes. Empieza quemándote por fuera, y si no lo apagas a tiempo, se mete dentro, como si tuvieras un campo de carbón dentro de ti. Se prende fuego, y luego..."

"Puede hacer que miles se pongan de pie, lo sé, lo sé," Lucky terminó con una sonrisa.

"O te reduce a cenizas."

Reuben sacudió la cabeza, sirvió más brandy en ambos vasos y se lo tomó.

Lucky sonrió.

"Eres un mago, Ruby, ¿verdad? Conviértelo en agua," dijo Lucky. "O en palomas, o mariposas. Lo que sea que hagas. Eres uno de los mejores de la ciudad. Quizás el menos exitoso, tal vez," se rio, "pero el mejor en los trucos del oficio."

"Oh, Frankie. Si fuera tan fácil con las mujeres."

"Entonces deberías encontrar mujeres fáciles." Lucky guiñó un ojo.

Ruby lo ignoró y como si recordara algo miró a su amigo.

"¿Cuál es la historia con esa," asintió hacia atrás y chasqueó los dedos, recordando, "¿cómo se llamaba? ¿Esa encantadora chica de Piccadilly? ¿Cómo terminó esa historia?"

Lucky entrecerró los ojos y dio una larga calada a su cigarro.

"No terminó," dijo, exhalando el humo.

Reuben, sabiendo del aprecio de Lucky por las mujeres, levantó una ceja.

"¿Y luego?"

"Ella me trae buena información."

"¿Y?"

"No hay y, Ruby."

"Casi siempre hay un 'y' contigo y las mujeres. Especialmente con una tan sabrosa como esa pelirroja. De la Belle House." Reuben estudió a Lucky con sus ojos centelleantes de brandy, y su gran figura tembló en una risa baja. "No rechazarías la oportunidad de meter tu nariz en ese establecimiento," señaló con el cigarro entre sus dedos a Lucky "por toda la vida."

Fue el turno de Lucky de reírse mientras miraba hacia abajo y estudiaba el líquido oscuro en su vaso como si estuviera pensando en algo.

"No te escuché contradecirme, Frankie," el hombre grande se inclinó y apoyó los codos en sus rodillas gigantes. "¿Eh?" Presionó dos dedos en su oído como si fuera difícil de escuchar. "¿Tengo razón? ¿O tengo razón?"

Lucky negó con la cabeza con una sonrisa.

"¿Es buena?" Reuben entrecerró los ojos al hombre frente a él.

Lucky negó con la cabeza con una sonrisa.

"Es un asunto de negocios. Por ahora."

"Por ahora, ¿eh?"

"Ella necesita aprender su lugar."

"Oh, te encanta enseñar, chico Frankie." Una risa salió de su boca.

"Ah, déjalo, Ruby. Hay muchas alrededor."

Era hora de Lucky moviera la mano en señal de despedida, pero los pensamientos sobre la pelirroja no lo abandonaron. Su mente pesada por el alcohol y su cuerpo necesitado de atención conjuraron las imágenes de la pelirroja de la Belle House. Quería verla de nuevo, se preguntaba cómo sería en la cama. Y para cuando salió del Teatro de Daphne, ya vacío de cualquier sonido de fiesta, su mente estaba en el West End, deslizándose por Piccadilly y hacia las brillantes luces de la Belle House.

No fue hasta varios días después que Finn, lleno de datos curiosos e historias de la parlanchina Krissy, mencionó la fiesta de "Los Eroles" en Belle House. Llamó la atención de Lucky.

Una fiesta privada.

Interesante.

Lucky había visto muchas cosas en su vida: los horrores y la extravagancia que solo se podían ver en los círculos más altos y más pobres de la sociedad. A este respecto, los polos opuestos de la humanidad eran los más similares en el absurdo y los extremos a los que llegaban en el entretenimiento: los ricos por aburrimiento, los pobres necesitados de dinero, ambos por la falta de moral, como los ricos estaban por encima de ellos, y los pobres por debajo.

Pero la Belle House mantenía ocupada la mente de Lucky. Era un lugar que atendía a sus clientes, no a hombres comunes, con gusto y elegancia, y un evento como este definitivamente costaría una fortuna. Pero Lucky no había estado en los círculos superiores desde hacía algún tiempo, y tenía mucha curiosidad.

Eventos como este eran raros para Frank Handley, pero no del todo inexistentes. Ocasionalmente era traído al mundo de la élite por los socios o conexiones, generalmente por una razón, y tenía suficientes modales y tacto para no revelar sus antecedentes. Es fascinante la cantidad de buena ropa, dinero, algunos modales y mantener la boca cerrada que pueden disfrazar las verdaderas intenciones y la clase de uno.

Años atrás, durante una de las primeras fiestas en el City de Londres, a las que había asistido el joven Frank Handley, fascinado por el mero hecho de mezclarse entre los ricos y los millonarios, había visto a un hombre cuyo rostro le resultaba tan familiar, pero no de los círculos adinerados.

Todo lo contrario.

Hasta que se acordó.

Tenía unos catorce años, vagaba por las calles con los Bankees, cuando un día se encontraba en Dorset Street, Whitechapel, apoyado en el costado de un edificio, fumando, viendo a los muchachos más jóvenes meterse con los vagabundos. Uno en particular, sucio, apestoso, vestido con harapos, que se cae, pero joven, tal vez de poco más de veinte años. Los muchachos lo maldijeron. Gritó algo y lo atacaron con toda la intensidad del aburrimiento y el derecho de ser dueño de las calles. No pasó mucho tiempo antes de que sacaran los cuchillos, agitándolos contra el hombre, que no parecía demasiado ansioso por defenderse.

Pero los ojos del hombre eran lo que desconcertaba al joven Lucky. Había cinismo en ellos, burla, como si no estuviera siendo atacado, sino simplemente viendo una representación teatral.

Esos ojos no pertenecían a un hombre de la calle. Demonios, no pertenecían al East End. Lucky dio un fuerte silbido y asintió con la cabeza a los chicos para que dejaran al hombre en paz, pero lo observó durante algún tiempo hasta que se aburrió.

Esos eran los ojos, pero años más tarde, que lo miraban fijamente en esa fiesta, aunque pertenecían a un hombre del que se rumoreaba que era tan rico como el monarca reinante. Lord Ashbee, alguien dijo que se llamaba. Un Lord. Lucky estaba intrigado. Si un hombre de los suburbios de Whitechapel pudo llegar tan lejos en la vida, también podría hacerlo él, Frank "Lucky" Handley. No le gustaba ponerse ropa elegante ni organizar fiestas, pero el poder y el dinero estaban definitivamente en su lista.

Y así, la noticia de una fiesta peculiar en la Belle House lo intrigó, y un pensamiento curioso entró en su mente y no lo soltó: tenía que encontrar la manera de asistir. Si no fuera por el entretenimiento, sin duda de mal gusto y demasiado visual para su gusto, entonces para ver la expresión en el rostro de la cortesana pelirroja cuando se encontraba entre los clientes que la acompañaban, Maude Daly, a su servicio.

Mientras tanto, Ginger estaba al servicio de Sir Biggette.

Hubiera preferido no hacerlo, porque era cliente de Odaley y un hombre desagradable. Pero Odaley estaba comprometido con otra persona, y Sir Biggette era infamemente impaciente. Ginger, por otro lado, tenía una tarea. Ella le sonrió y lo arrulló de la manera más amable, ganando su atención y finalmente llevándolo a la habitación.

No había nada simpático en el hombre de unos treinta y tantos años, bastante atractivo y delgado, pero cuya arrogancia y pomposidad ya estaban haciendo que Ginger se atragantara. Tan pronto como entró en la habitación, se desnudó de cintura para abajo y se arrojó sobre la cama, con los brazos detrás de la cabeza, las piernas cruzadas, su virilidad erguida en el aire como un poste de calle, delgado y largo.

“Puede dirigirse a él como «Su Majestad»” dijo Sir Biggette, lanzando una mirada condescendiente a Ginger.

Ella sonrió para sí misma, pero sin embargo sonrió dulcemente e hizo una reverencia.

“Arrodílese,” ordenó el hombre, y Ginger hizo exactamente eso: se arrodilló frente a la cama e hizo una reverencia, con la frente tocando el suelo y la boca apenas capaz de contener una risita.

¡Oh, cuántos hombres exageraban la importancia de su sexo! Lamentables, en su mayor parte, en realidad. Ginger aún no había encontrado a un hombre que adorara su polla hasta un punto ridículo y fuera capaz de satisfacer a una mujer o presumir de cualquier habilidad en el dormitorio. Cuando el sexo de un hombre era la herramienta de su vanidad, era como si su carácter careciera de algo digno de admiración.

Se levantó y se quedó de pie con las manos entrelazadas al frente y los ojos bajos, como si estuviera en la corte real.

“¿Últimamente Su Majestad se ha ocupado de algún asunto importante?” dijo en voz baja.

“Su Majestad *solo* tiene asuntos importantes.” Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa condescendiente.

“¿Algo que fascinaría a una humilde servidora como yo?”

“Su Majestad está bastante impaciente, como ve.” Sir Biggette asintió ante su erección y arqueó una ceja hacia ella.

Ginger caminó lentamente hacia la mesita de noche y tomó un condón.

“Estoy segura de que sus historias superarán en su grandeza a las de un tal Lord N, de quien se dice que hizo las mayores inversiones en las existencias de té la semana pasada,” dijo cortésmente, sabiendo perfectamente que Lord N era el rival de Sir Biggette. Su comercio con Nueva York...

“¡Pff! ¡Ese pavo real! ¡No tiene nada que ver conmigo, cariño!” la interrumpió, y Ginger no pudo evitar notar su reacción demasiado tensa.

“La Gaceta dijo,” Ginger se acercó a la cama mientras una sonrisa astuta se dibujaba en sus labios, “seguro que se convertirá en el más...”

“Si tan solo,” la cabeza de Sir Biggette giró bruscamente en dirección a Ginger, y sus ojos se clavaron en ella con ira, “ese imbécil pomposo supiera lo que estoy haciendo, se arrancaría el pelo y saltaría del puente al Támesis.”

“¡Cuénteme!” exclamó Ginger y, con un brillo en los ojos, añadió: “Su Majestad.”

Oh, ella iba a tomarse su tiempo con “Su Majestad.” Siempre y cuando necesitara sacar la información de la pomposa charlatanería. Porque cuando los hombres se llenaban de lujuria, abrían sus bocas. Y cuando sus mentes estaban dominadas por la vanidad, tendían a revelar sus secretos. Y solo un tonto podría pensar que un secreto revelado en la cama en el calor del momento pasaría desapercibido.

Al día siguiente, sin esperar a Finn, Ginger se dirigió a St. Giles.

Vaya, vaya, si no era otra sorpresa en la guarida de los Bankees, pensó Ginger mientras la conducían al despacho de Frank Handley. Encontró al hombre mismo en el sillón. Junto al escritorio estaba una joven, vistiendo solo una falda, con el resto de su vestido y ropa interior bajados y colgando sueltos alrededor de su cintura, exponiendo su cuerpo desnudo sobre él. Sus pequeños pechos redondos miraban a Ginger sin pudor, al igual que la chica, que tenía una mano en la cintura y la otra sostenía un cigarro mientras estudiaba a Ginger con curiosidad.

Ginger se detuvo por lo inesperado de la visión, luego puso los ojos en blanco y se volvió para mirar a Lucky.

“Señorita Daly,” dijo sin levantarse del sillón, con los ojos brillantes de picardía. “Ally y yo,” señaló a la muchacha con la cabeza, “estamos en medio de algo. ¿Le importaría unirse?”

Ally, la flaca ramera, de apenas veinte años por lo que parecía, sonrió y caminó perezosamente en dirección a Lucky.

“Qué amable de su parte,” sonrió Ginger. “Desafortunadamente, no estoy de humor. Estoy aquí por una razón diferente.”

Ally se acercó a Lucky, se recogió la falda y se sentó en su regazo, dejando al descubierto sus medias y sus muslos desnudos por encima de ellas.

Ginger se contuvo de mirar en su dirección y no apartó los ojos de Lucky.

“Tal vez le gustaría ver,” dijo Lucky mientras su mano se deslizaba entre las piernas de la chica y subía hasta el punto entre sus muslos. Chupando un cigarro, la chica se movió ligeramente y giró su pierna hacia el otro lado de la suya, mirando a Ginger y abriéndose. La mano de Lucky movió la falda hacia arriba y, en la periferia, Ginger pudo ver el sexo de la chica y los dedos de Lucky, que comenzaron a frotarla lentamente.

Oh, Ginger hizo todo lo posible por no estremecerse ni revelar su irritación e inquietud. Y Lucky no apartó la mirada mientras sus dedos jugaban con el coño de la ramera. Ginger trató de

no sonreír cuando la chica inclinó la cabeza hacia atrás sobre el hombro de Lucky, gimió, moviendo las caderas en movimientos circulares y, sin mirar, llevó el cigarro entre sus dedos a los labios de Lucky y lo dejó dar una calada.

Solo una fracción de segundo de curiosidad, y los ojos de Ginger parpadearon hacia abajo, luego volvieron a levantarse y se encontraron con la mirada de Lucky, burlándose como de costumbre. Su mano entre las piernas de la muchacha abandonó su sexo y subió hasta sus labios, y ella los lamió sensualmente, con un gemido, antes de que la mano volviera a deslizarse hacia su sexo.

"Uf." Ginger apartó los ojos, enfurecida por esta exhibición innecesaria. "Lo dejaré terminar sin mi presencia," dijo con fastidio y se volvió hacia la puerta, solo para descubrir que el cerrojo estaba abierto pero no se abría. Empujó y tiró de la manija de la puerta con fuerza, pero fue en vano.

Oh, demonios.

Se dio la vuelta y miró al hombre.

La boca de Lucky besaba el cuello de la ramera, y su mano todavía se movía entre los muslos de la chica, pero sus ojos estaban fijos en Ginger.

Sin pestañear.

Riendo.

Burlón.

Ginger cruzó los brazos sobre su pecho y miró hacia otro lado, hirviendo de ira, mordiéndose el interior de la mejilla, todavía en la puerta, con sus ojos vagando por la irritación. Se quedó así durante un minuto, sin saber dónde mirar, ardiendo de furia con los sonidos de los besos y la respiración agitada. Pasaron los minutos cuando la ramera finalmente gimió en voz alta, luego chilló como un ratón y se rio: la escapada había terminado.

"No estoy seguro de qué es lo que tienen de especial en la Belle House," oyó decir Ginger en la voz de Lucky, "pero para ser una ramera, la señorita Daly parece estar demasiado inquieta." Empujó a la niña de su regazo.

Ginger finalmente movió sus ojos hacia él.

"Tal vez la señorita Daly tenga miedo de contraer una enfermedad." Ella escupió las palabras. "El aire parece estar lleno de eso por aquí."

La pequeña ramera resopló, subió la parte superior del vestido y se lo abotonó más rápido de lo que uno podría ponerse un par de guantes. Besó a Lucky en la mejilla, dijo: «Adiós, Frankie», y, dirigiendo otra mirada curiosa a Ginger, desapareció detrás de la puerta, que esta vez pareció abrirse rápidamente.

"Frankie," repitió Ginger y resopló. "Ya que ha terminado con su pequeño entretenimiento, ¿sería tan amable de darme un minuto de su tiempo para que pueda salir de este lugar podrido?" dijo con todo el veneno que pudo en su voz.

Lucky se levantó del sillón, se sirvió una bebida, encendió un cigarro y se volvió hacia Ginger.

"Le sugiero que se lave las manos," dijo con amargura. "No queríamos que contrajera ninguna enfermedad, ¿verdad?"

Sonrió.

"¿Hay un *queríamos*? Arqueó una ceja.

Empezaba a gustarle tener a esa mujer cerca, pensó, fumando, tomándose su tiempo. Podría ser una buena actriz. Un día era obediente, otro día estaba llena de rencor y amargura. Disfrutaba de ambos lados. Pero lo que más le gustaba era ver la desnudez de la gente. Cuando eran

desnudados hasta la médula. Cuando decían cosas que querían decir: las verdades abiertas, aterradoras, crudas que uno diría solo en la oscuridad, o escupiendo sangre, o empapadas en lágrimas de dolor, en ira, en rabia. Había visto todo lo anterior, pero al ver a esta ramera, que había descendido del lujo de su elegante burdel a sus calles, se preguntó qué podría hacerla hablar con su propia voz. Quería despojarla de su actitud fingida y descubrir cómo era realmente.

Su ropa, por supuesto, también tendría que desaparecer: esa parte lo excitaba cada vez más.

Se volvió hacia el escritorio y apagó el cigarro que había en el cenicero. Lentamente, dejó la bebida a un lado, se metió las manos en los bolsillos y se volvió para mirar a Ginger.

"Entonces," dijo, sin rastro de emoción en sus ojos. "¿Sir Biggette?"

Sir Biggette era tan repulsivo como los planes que tejía entre sus socios, implicados en el comercio con Nueva York. Si Ginger llevara la información a las personas adecuadas, Sir Biggette perdería a sus socios, se convertiría en un borracho, se volvería impotente y nunca más podría enviar a "Su Majestad," a la gloria. Ginger, por supuesto, se saltó esa parte cuando le contó a Lucky todo lo que había podido averiguar.

"¿Qué es lo que quiere con el cargamento de Nueva York?" Ella arqueó una ceja hacia él.

"Nada que necesite saber," respondió.

"Bueno, espero no volver a ver su cara nunca más," concluyó Ginger con una sonrisa.

"No le pedí que lo atendiera. Aunque eso es lo que hace para ganarse la vida." Los ojos de Lucky estaban fijos en ella.

"¿Qué le importa?"

"Es escoria."

"He conocido peores. *Conozco* peores," dijo con una sonrisa amarga y desvió la mirada demasiado rápido.

No se le escapó. Incluso los mejores burdeles estaban llenos de clientes repugnantes que, sin embargo, tenían que ser atendidos y complacidos. Lucky apenas conocía al hombre, cuya mera apariencia le daba ganas de romperse la cara. Pero la imagen de Maude Daly sirviendo a ese "idiota," como Reuben llamaba a los hombres repulsivos, despertó la ira dentro de él.

"¿Cuánto cobras en la Belle House?" Se acercó a ella lentamente y ella puso los ojos en blanco.

"Está muy lejos de Belle House," dijo. "Frankie," añadió y esbozó una sonrisa juguetona.

Ni siquiera estaba segura de por qué lo había dicho, pero tener que ver su pequeña escapada con una ramera local la puso nerviosa.

"Usted también, cariño," sonrió. "Estoy seguro de que después de Sir Biggette, nada está fuera de los límites."

Oh, eso fue duro. Ginger no se ofendía fácilmente, pero el fuego odioso en sus ojos le hizo saber que había tocado la cuerda correcta.

"Usted lo está," susurró ella.

"Podemos llegar a un acuerdo. Puede que le guste." Volvió a sonreír y se acercó un paso más. Su mano salió del bolsillo, subió a su cara y le acarició la barbilla. "¿Le gustaría empezar con los juegos previos?"

"Váyase al infierno," siseó con una mueca rencorosa.

"¿Por qué no modera la actitud, amor?"

"¿Por qué no consigue que sus putitas callejeras lo sirvan como es debido, cariño?"

Apenas parpadeó cuando él la agarró por la cintura y, haciéndola retroceder a través de la habitación con su cuerpo, la golpeó contra la pared.

Se quedó sin aliento ante lo inesperado de todo aquello.

La acción súbita.

Su brazo alrededor de su cintura.

La otra mano en la pared justo al lado de su cara.

Sus ojos, que brillaban con picardía, hacían temblar sus entrañas.

Acercó su rostro al de ella. Ahora podía oler su perfume, y era delicado y dulce. Oh, a él le hubiera gustado que ella no usara nada más que ese perfume en este momento.

“Es demasiado arrogante para ser una ramera,” siseó.

Ella le dio un codazo en la ingle, y si no hubiera sido por su reacción, se habría inclinado para gemir. Pero ella falló, y su lucha lo conmovió aún más.

La empujó aún más fuerte contra la pared, apretándola tan cerca que no había espacio para que se moviera.

Sus labios y su nariz se deslizaron a lo largo de un lado de su cara, casi tocándose como si estuviera tratando de olfatear su miedo.

El corazón de ella le latía en el pecho con una mezcla de ira y extraña excitación, pero también la de él. El suyo resonaba en su cuerpo con la excitación que lo endurecía en los pantalones.

“Seguro que tiene una especialidad en ciertas partes, ¿verdad, cariño?” dijo en voz baja, sus labios rozando el costado de su cara.

Ella se sacudió violentamente, tratando de escapar, pero él la sujetó con el peso de su cuerpo, presionando aún más fuerte.

“¿Le gustaría áspero o tierno?” susurró con una sonrisa, su voz era una caricia peligrosa.

“Me gustaría que estuviera fuera de mi vida,” susurró ella.

“¿En serio?” Movié la cabeza, de modo que sus ojos estaban frente a ella, a centímetros de distancia. “¿Sabe lo que dicen los judíos? A veces, no conseguir lo que quieres es el mayor golpe de suerte. ¿Le apetece un golpe de suerte, Maude?”

Una comisura de sus labios se alzó al pronunciar su nombre, sus ojos a centímetros de su rostro, estudiándolo.

Sus ojos se clavaban en los de él, sus fosas nasales ardían de furia, sus mejillas enrojecidas y sus labios entreabiertos. Eran brillantes, como si estuvieran manchados de vino, y la idea hizo que la comisura de la boca de Lucky se contrajera en una sonrisa.

Como capullos de rosa, pensó, y de repente, sus labios chocaron contra los de ella, presionando con firmeza. Sus bocas permanecieron cerradas por un segundo, pero ella se sacudió y, con todas sus fuerzas, lo apartó de un empujón, con los ojos desorbitados como si tuviera fiebre.

Se miraron el uno al otro por un segundo, ella con vacilación, él con un brillo depredador en sus ojos. Cuando se volvió hacia la puerta, él la agarró por el brazo, le dio un giro y, con un gruñido, la volvió a presionar contra la pared.

“No tan rápido, cariño,” susurró.

Su cara estaba a un centímetro de la de ella, tan cerca que podía ver sus cicatrices, la profundidad y la textura de las mismas, oler el tabaco en él. Oh, quería abofetearlo, darle una patada, arrancarle la cabeza de un mordisco, por su excesiva confianza y por el hecho de que le producía un temblor en la espalda, un calor en su cuerpo, que se acumulaba en el intenso palpitir entre sus muslos.

Ella se sacudió, pero apenas podía moverse en sus brazos, su cuerpo estaba tan apretado alrededor del suyo que apenas podía respirar.

Podía sentir su peso sobre ella.

Su fuerte forma contra ella.

Sus brazos alrededor de su cintura.

Su aroma almizclado y embriagador.

Sus manos presionaban contra su ancho pecho y, de alguna manera, era excitante que ese hombre salvaje estuviera tan cerca de ella.

“Alejese de mí,” siseó ella, sin embargo.

Trató de sonar enojada, pero Lucky vio lo contrario en sus ojos. Oh, había pasado suficiente tiempo en las calles, toda su vida, de hecho, para saber leer rostros. Y los ojos, sí, podían mentir, excepto que las mujeres nunca eran buenas en eso. Incluso las ramera.

“¿Está tan segura de que quiere irse?” susurró él, sus labios flotando alrededor de los de ella, sus ojos penetrando en los de ella con su agudo brillo.

Ella los miró como hipnotizada, quiso responder, pero las palabras se congelaron en sus labios.

Eso era todo lo que necesitaba.

Le llevó la mano a la cara y le recorrió la mandíbula con el pulgar.

Le producía escalofríos y le iluminaba los ojos de deseo. Lo vio. Volvió a sacudirse, pero esta vez sin apenas esfuerzo.

“Shh, tranquila,” susurró, su voz como el susurro de las olas.

Bajó los ojos para mirar sus labios y, al momento siguiente, la besó.

Una vez.

Suavemente esta vez.

Hizo una pausa, como si esperara su respuesta.

Luego la besó de nuevo.

Suavemente.

Separando los labios.

Deslizó la suave punta de su lengua con precaución, con cuidado de no asustarla con demasiada insistencia esta vez.

Luego, más profundamente, recogiendo su lengua con la suya, tirando de ella en una ola de calor y humedad, su mano, acariciando su mejilla...

¡Oh, mujeres!

Un beso es la clave de todo. Uno insistente, y puedes hacerlas correrse. Uno suave, y ceden.

Y Ginger lo hizo...

Su lengua se encontró con la de él, cediendo a sus suaves caricias.

La curiosidad, el impulso, como quiera que se llame, sólo se cede cuando se ve vencido por la necesidad. Lucky lo sabía y sintió que el cuerpo de Ginger se ablandaba en sus brazos. La resistencia de sus manos sobre su pecho se debilitó. Siguió besándola, la sensual suavidad de su lengua era tan hipnotizante que Ginger olvidó dónde estaba o con quién.

Pero de repente, como si recordara, volvió a presionarle el pecho con las manos y empezó a apartarlo.

Y de repente, lo soltó, dando un paso atrás. Tan abruptamente que Ginger perdió el equilibrio y tropezó de lado, jadeó y se congeló por un segundo con una mirada de sorpresa en su rostro.

Ese momento lo dijo todo. A él, que ella quería más, tan simple en sus impulsos femeninos. A ella, que él lo sabía con precisión.

“Bastardo,” susurró ella, mirándolo con el ceño fruncido, luego se arregló el sombrero de un tirón y salió por la puerta mientras su risa victoriosa la seguía por el pasillo.

Se quedó dentro, sonriendo para sí mismo, con el recuerdo del inocente incidente resonando

en la erección de sus pantalones.

¡La ramera se había olvidado por completo de su dinero!

Se rio al pensarlo, se dejó caer en la silla detrás del escritorio, cruzó los pies sobre él, sacó un cigarro de una caja y se encendió.

Oh, quería follársela. Inclinarla y comerse su coño, luego lamer su camino hasta el orificio de su espalda, comiéndola como se limpia un delicioso postre con la lengua, directamente de un tazón. Quería separar sus piernas y clavar su hambrienta erección justo en el centro de ella. Quería oírla gemir, pedir más. Y...

Y él quería que ella lo deseara a él como él la quería a ella en ese momento. Para complacerla como si fuera una gata hambrienta que pide comida.

Miró alrededor de la habitación vacía, deseando que ella siguiera allí. Le dolía la polla de la necesidad, y no solo de cualquiera, sino de esta misma ramera que acababa de salir de su oficina. La erección se estaba tensando dentro de sus pantalones, y se la ajustó con la mano, pensando en cómo se vería Ginger balanceándose encima de ella.

Llamaron a la puerta.

"¡Frank!"

¡Maldita sea!

Puso los ojos en blanco.

"¡Sí!"

La cabeza de Finn apareció en la rendija de la puerta.

"Le dio una patada a Billy en las bolas," dijo y sonrió.

"¿Qué hizo?"

"Le preguntó cuánto."

Lucky soltó una risita.

"Asegúrate de que llegue al carruaje sana y salva."

"Sí, Frank," asintió el chico.

"¿Y Finn?" La sonrisa de Lucky desapareció. "Díselo a Billy y a todos los demás: a cualquiera que le ponga un dedo encima, le enterraré su puta cara en el suelo. ¿Entendido?"

Finn asintió con una expresión seria, pero tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, una sonrisa iluminó su rostro. Le dijo eso al resto, y comenzó a correr la voz de que Lucky tenía una nueva niña. Y nada menos que una dama de la Belle House.

Ginger no era su chica.

Y Lucky tenía muchas mujeres en su vida.

Pero a una persona le pareció interesante el rumor.

Skriller.

Las mujeres eran frecuentes en la vida de Frank Handley, los Smethwick lo sabían. Pero bastaría con una para que se convirtiera en su punto débil. Skriller había estado esperando encontrar el punto débil de Lucky durante mucho tiempo. Pero Skriller era un hombre paciente. Tendría que esperar y ver.

Ally, la criatura que Ginger había encontrado en el despacho de Frank, estaba de pie detrás de la esquina, fumando un cigarro.

Esperándome, sin duda, pensó Ginger mientras caminaba por el callejón.

Ginger, todavía furiosa por el incidente con Lucky, le dio a la chica una mirada hostil y pasó

junto a ella, solo para escuchar el trote detrás hasta que la chica la alcanzó.

"Eres de Belle House, ¿verdad?" preguntó Ally, caminando junto a Ginger y agachándose un poco como si tratara de mirarla a la cara.

Así que los rumores seguirán, pensó Ginger, preguntándose qué decían ya de ella.

"¿Estás con Frank?" preguntó la chica sin escuchar la respuesta, y Ginger sonrió.

"El señor Handley y yo tenemos ciertos acuerdos comerciales," dijo en su lugar. Eso, lo sabía, era sin duda una forma de decirlo.

La muchacha la miró de arriba abajo como si estuviera celosa, aunque siguió caminando, tratando de seguir el ritmo de Ginger.

¿Qué era lo que quería? se preguntó Ginger.

St. Giles, como cualquier parte de Londres, estaba lleno de burdeles. Los baratos. Sucios, en su mayor parte. Las prostitutas eran en su mayoría andrajosas, sucias, empolvadas y ruidosas, con la costumbre de atraer más clientes con su voz que con su apariencia. O, por el contrario, demasiado calladas, sucumbiendo a la miseria de la profesión, o a una de las enfermedades que abundaban en los barrios asolados por la pobreza. Había algunas que estaban mejor vestidas. La señora Sharke, después de todo, había venido de aquí. Esas eran más inteligentes. Determinadas. Con sueños más grandes, si uno pudiera soñar en los barrios marginales. Ginger sabía que no tocaban el alcohol ni el opio, usaban preservativos y se limpiaban en consecuencia. Gastaban su dinero modestamente, elegían los mejores clientes y, después de un tiempo, se mudaban a mejores vecindarios. La carrera de una prostituta, si una quería y era lo suficientemente inteligente, era una escalera interminable que se podía subir o bajar, dependiendo de las circunstancias o de los caprichos de la fortuna.

Ésta -Ginger ya había tenido la oportunidad de echar un vistazo a la chica de la oficina, parecía bastante agradable. Un poco flacucha, pero no estaba mal. Estaba mejor vestida que algunas rameras de Piccadilly o de Covent Garden. Definitivamente podría elegir un mejor lugar para los negocios que St. Giles.

"¿Te gusta?" Ginger finalmente preguntó por curiosidad más que nada.

La muchacha la miró como sorprendida de que la mujer tuviera algún interés en ella.

"¿Frank? Sí. Es un buen hombre," dijo la chica con una sonrisa.

Ante eso, Ginger levantó las cejas y quiso reírse. Últimamente se habían dicho demasiadas palabras rebuscadas sobre un matón como Frank Handley.

"Es un bruto," dijo Ginger y, metiéndose en un charco de grasa, maldijo en voz baja.

La ramera llamada Ally se echó a reír, y su risa era inusualmente clara y alegre, casi contagiosa, una risa que no se veía agobiada por la sombría vida de la vida.

"Claro que sí." Miró a Ginger con una sonrisa. "Es un Bankee. Pero es un ángel."

Ginger casi se atragantó con las palabras y miró a la chica con sorpresa.

"Salvó mi vida, ¿sabes?" explicó Ally. "Si no fuera por Frankie, me estaría pudriendo en una de las guaridas del muelle. O hubiera saltado de un puente hace mucho tiempo. Es verdad." Siguió hablando rápido, como si por fin hubiera encontrado los oídos que la escucharan. "Claro, me usa. Hago algunos recados para él aquí y allá. Y... Ya sabes," le dedicó a Ginger una sonrisa cómplice, "pero yo lo uso más a menudo de lo que él cree. Quiero decir, él lo sabe todo, ya sabes. Es Frank. Pero él siempre está ahí. Si tengo problemas. Mucha gente estaría mucho peor si no fuera por él."

Ginger siguió girando entre la gente, la chica la seguía como un perro, y siguió mirando a su alrededor. Los pobres, los lisiados, los moribundos, todos los desafortunados, ¿cómo podrían estar peor? Sin embargo, estaba desconcertada por lo que acababa de escuchar.

“Me casaría con él, ¿sabes?” continuó la muchacha, soltando una breve carcajada, y Ginger se rio para sus adentros al oír estas palabras. “¡Ja! ¡No te rías! Sé que es una tontería. Pero lo haría, es verdad. Ningún hombre cuidaría de mí como Frankie. Lo sé...”

Ally guardó silencio.

“Pero él no lo pidió,” comentó finalmente Ginger. Se estaba cansando de esta conversación y de la chica, que era casi demasiado pegajosa, aunque el por qué era un misterio para Ginger.

“No,” La niña negó con la cabeza y su sonrisa se desvaneció. “Pero estaría asustada de todos modos. Si algo sale mal, los Bankees y todo, siempre van tras la familia.”

Hasta aquí la admiración, pensó Ginger con amargura.

Estaban casi en High Holborn, y Ginger no podía esperar para salir del lugar cuando la chica de repente estaba demasiado cerca de ella, su codo y hombro chocaron con Ginger entre la multitud.

“¿Y tú de Belle House?” volvió a preguntar la muchacha.

Ginger asintió.

“Entonces, ¿qué tendría que hacer una chica como yo para ser una de las damas allí?” Ella sonrió dócilmente y volvió sus ojos de cachorro hacia Ginger.

Ginger se detuvo bruscamente y miró a la niña.

Veamos: aprender a leer, a escribir, educarte, con suerte, aprender los conceptos básicos de otro idioma, leer el periódico, mantenerte al día con las noticias y aprender a leer a las personas, a los hombres, a comprender su naturaleza, al menos tanto como para poder decir que hombres como Frank Handley nunca se casarían y no eran ángeles.

Pero ella no dijo todo eso.

En cambio, miró a la niña sin sonreír y soltó: “La Belle House no acepta nuevas damas en este momento,” luego se dio la vuelta y siguió caminando.

La niña no la siguió, y Ginger no necesitó mirar hacia atrás para ver que la pequeña ramera estaba decepcionada, mirándola con envidia. A Ginger no podría importarle menos. Tal vez esto llenaría el corazón de la muchacha de odio hacia las hermosas y exitosas cortesanas de la Belle House. O bien, vería a la hermosa Ginger todas las noches mientras dormía, aspirando a ser como ella algún día.

Ginger regresó a Belle House inusualmente conmovida y con pensamientos extraños. No paraba de repetir los acontecimientos en su cabeza.

Frank “Lucky” Handley.

Un hombre.

Un misterio.

Claro, tenía una reputación, las historias que harían que una se estremeciera y deseara nunca haberse cruzado con él. Pero Ginger siempre tomaba sus propias decisiones sobre la gente. Había sido cortesana el tiempo suficiente como para saber que los hombres buenos podían ser brutos y sádicos, y que los monstruos a veces tenían un lado más vulnerable que ocultaban de los ojos de los demás, pero que se manifestaba en una ternura inusual en la cama. Después de todo, para algunos, Lucky era un héroe anónimo de los barrios bajos. Algunos incluso rezaban por él. ¿Por qué? La desconcertaba. Pero por mucho que quisiera abofetear al bastardo por asumir su tono suelto con ella, por mucho que temblara en su presencia, por mucho que ella, una cortesana, se sintiera incómoda bajo los ojos de este hombre, esos ojos llegaron a lo más profundo de su

corazón, tirando de hilos invisibles que sentía pero que no podía explicar del todo. Su aire y la confianza con la que se comportaba, la intrepidez con la que vivía y el poder que tenía sobre la gente, eran magnéticos.

A Ginger le gustaban los hombres poderosos. Ese poder era contagioso. Uno de sus primeros clientes, un marqués, le había dicho: "Si tienes miedo de algo o de alguien, arremete contra él como si ya hubieras ganado la batalla. Cuando alguien piensa que es un ganador, lo es. Antes de que comience la batalla."

Ginger se sentía atraída por Lucky. No podía mentir. No, no. Cuantos más encuentros tenía con el hombre, más intrigada se sentía. A pesar de su orgullo, su vanidad, su independencia, siempre era honesta consigo misma. Por más que trató de ser altanera, el beso no abandonó su mente. Era peculiar que pudiera abrir las piernas para ganarse la vida a cualquiera que llamara a la puerta, pero un beso podía conmovirla de una manera tan inusual.

Oh, ella quería besarlo de nuevo. Era una mujer. Y él era un hombre poderoso. Y nada la conmovió tanto como el hecho de que sus encantos fueran derribados por un hombre poderoso que quería jugar. Pero ella no quería ser uno más de sus juegos.

¿O sí?

Su mente volvió a la conversación con la pequeña ramera, y un pensamiento peculiar se metió en su cabeza.

¿Sería capaz de casarse con un hombre como Frank Handley?

¿O cualquier hombre peligroso como él?

Si tuviera dinero...

Si ella lo amaba y todo...

Los labios de Ginger se estiraron en una sonrisa, y cuando la señora Boot, el ama de llaves, vino a anunciar la llegada de su cliente, lo saludó con más entusiasmo que nunca.

"¡Mi Señor! ¡Cuánto me alegro de verlo hoy!" exclamó ella, de muy buen humor, y al poco rato montó al hombre con más entusiasmo del que jamás había visto en ella, de hecho, con más pasión y entusiasmo de lo que había tenido con nadie antes, sin la menor sospecha de que, mientras ella le servía con tanto entusiasmo, el rostro frente a ella no era el suyo, sino el de otro hombre. Tenía cicatrices en la cara, ojos del color de la plata pulida y de los peores barrios bajos de Londres.

La fiesta en Belle House no abandonaría la mente de Lucky. Todavía no se daba cuenta de lo peculiar que era que, mientras estaba preocupado por los asuntos de los Bankee, su mente a menudo vagaba por los pensamientos sobre la ramera. Cuando supervisó el reclutamiento de los reclutas para los almacenes, no fue tan minucioso como de costumbre, dejándolo en manos de los otros hombres. Cuando tuvieron una reunión sobre los proveedores de whisky, hablando de un viaje al norte, Lucky se preguntó cuánto tiempo tomaría y si Ginger notaría su ausencia. Habló con los hombres en el almacén, y uno de ellos pidió un minuto para hablar, llorando por el desalojo de su esposa e hijos y si Frank podía ayudarlo, darle más horas y tal vez algo de trabajo para su hijo de ocho años. Escuchando a medias los balbuceos del hombre, Lucky pensó en Ginger y en lo que había tenido que hacer a una edad temprana para sentirse atraída por la profesión.

No perdía el foco. Lucky nunca lo hacía. Pero los pensamientos sobre Maude Daly se abrieron paso en su rutina diaria como las gotas de lluvia encuentran su camino para recordarte la lluvia pasada, goteando de los aleros de los edificios sobre los alféizares de las ventanas de metal con su agudo *tintineo*, tomándote por sorpresa. Los pensamientos eran inesperados, aleatorios, en los momentos más inapropiados, y a menudo le quemaban la mente con su insistencia excitante, resonando en su inglés.

Y eso fue lo que finalmente lo llevó a un viaje al West End.

Para ser exactos, a la Belle House.

Cuando la señora Boot anunció a Frank Handley, la señora Sharke contuvo la respiración.

Maldita sea.

Por supuesto, un burdel, incluso uno tan exclusivo como el suyo, era definitivamente un lugar que atraía a todo tipo de personas. Pero un criminal de los barrios bajos era demasiado incluso para ella.

Pero cuando el hombre entró en su tocador, ella ajustó su rostro en una sonrisa.

"Bueno, bueno. Frank Handley. ¿A qué le debo este honor?" dijo con sarcasmo. "¿Desde St. Giles, y aquí, en nuestro modesto establecimiento?"

A Lucky le gustaba el sarcasmo y la gente que tenía la audacia de usarlo con él. Sonrió, sus ojos brillaron mientras besaba la mano de la señora Sharke. Le resultaba divertido estar en la

habitación excesivamente decorada y amueblada, con su gruesa alfombra de felpa, cortinas rojas y espejos por todas partes. El burdel era apto para servir a la realeza, nada menos, y probablemente lo hacía a veces.

“La tierra natal la echa de menos, señora Sharke,” dijo con una sonrisa fría. “Pensé en pasar por aquí para recordarle sus humildes comienzos.”

Salomé Sharke, en efecto, era de St. Giles. Oh, ella no necesitaba que le recordaran esos tiempos. Cuando eras una ramera callejera, llegabas a conocer todos los aspectos de la vida callejera. Porque no se podía sobrevivir sólo sirviendo a los hombres. Al menos no en los barrios bajos, y no si querías escapar. Conocía a Rocco, el líder de la banda de Bankee. Y no de oídas. El recuerdo le hizo sonreír. Había algo en los criminales y las rameras que iban bien juntos. Ahora tenía su propio burdel exitoso en Piccadilly, y Rocco todavía estaba tratando de ser el rey de los barrios bajos. Pero ahora, tsk, un Bankee estaba aquí en su tocador. Y no solo uno de los perros leales de Rocco, nada menos que su mano derecha.

“¿Cómo están las Bellas Flores en estos días?” preguntó Lucky, enfocando sus ojos en la señora para ver su reacción.

Salomé Sharke miró hacia otro lado y sonrió, pero su cuerpo se tensó por la irritación.

Está bien, pensó.

Sus habitaciones en Baker Street no eran un secreto. Las muchachas, vírgenes, que ella embarcaba allí eran preparadas para la subasta y luego eran introducidas en la Belle House. La subasta de la virginidad era un secreto bien conocido y bien guardado. Una contradicción, sí, porque no muchos lo sabían, pero los que lo sabían esperaban el evento anual con la mayor anticipación.

Pero, ¿cómo sabrían personas como Frank Handley las partes intrincadas de su negocio? La irritaba. La enfureció. Por un lado, obtenían este tipo de información con un solo propósito: querían algo a cambio.

“Veo que está muy interesado en mis asuntos,” dijo la señora Sharke, levantando los ojos hacia Lucky y estudiando al hombre.

“Oh, en realidad no, señora Sharke. Solo dos, en realidad.”

“¿Cuáles son?”

“Los Erotos' y la señorita Maude Daly.”

«Oh, demonios», pensó la señora Sharke, y eso se reflejó en su rostro. Ahora tenía delincuentes de los barrios bajos interesados en sus hijas.

“Me siento halagada de que muestre su interés por nuestro entretenimiento, señor Handley,” dijo con voz metálica, “pero, por desgracia, la fiesta está llena y la señorita Maude está comprometida con otra persona.”

Lucky esperaba esa respuesta.

“Me gustaría que cambiara eso,” dijo, y la señora Sharke se maravilló de la calma y el derecho con que lo dijo.

“Yo no haré tal cosa.”

“Y me gustaría que lo reconsiderara.”

“Señor Handley,” suspiró, sin poder ocultar su irritación. “¿Por qué demonios haría algo así por un hombre como usted, que no es mi cliente, pero tiene intenciones de interferir en mis asuntos?”

“Porque se lo agradecería mucho,” dijo con una sonrisa que ahora ponía a prueba la paciencia de la señora Sharke.

“¿Le ha preguntado la señorita Maude?” preguntó, adivinando.

"Ella no lo sabe. Y no *debe* saberlo."

"Oh, ya veo," sonrió la señora Sharke.

"Ajá."

"Ahora se está metiendo con mis chicas."

"¿Es así como llamas a su negocio?"

"Jugando, ¿no?"

"Quizás."

"¿En mi casa?"

"Ajá."

"A mis expensas."

"Corrección. Será a mis expensas."

Ella soltó una risita.

"¿Por qué demonios" dijo, poniendo los ojos en blanco teatralmente "iba a hacer eso?"

"Sería un buen favor para Rocco."

"Oh, está apostando aquí, joven. Rocco no tiene nada que ver con nada de esto. Usted lo sabe muy bien. Además, es una historia pasada y olvidada."

"¿Pero lo es?"

"¿Disculpe?"

"No se ha olvidado de Emily, ¿verdad?"

El nombre atravesó su corazón como una flecha en llamas. Se quedó helada al mencionarlo. A la memoria. Al recordar cómo se sentía cada vez que releía las cartas de América. Por el hecho de que podía contar con los dedos de una mano el número de personas que lo sabían, y de alguna manera, este hombre era uno de ellos.

¿Cómo?

¿Quién?

Trató de actuar indiferente, pero no sabía qué decir. No era común que se quedara sin palabras.

"Actuar no es su fuerte, señora Sharke," dijo Lucky después de un breve silencio, como si leyera sus pensamientos.

Vete al infierno, pensó y esbozó una sonrisa torcida.

"No era mi intención despertar recuerdos dolorosos," dijo, sabiendo muy bien que esta poderosa información podría hacer callar a la señora para siempre, "pero le agradecería que accediera a mi petición."

Bastardo. Apretó los dientes.

"Y," esbozó una sonrisa fría, clavando los ojos en la mujer, "la señorita Maude Daly, por supuesto. Preferiría que no se lo dijera."

En ese momento, sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta, lo dejó sobre la mesa, asintió con la cabeza y se fue sin decir una palabra más.

La señora Sharke cerró los ojos, sintiendo que una ola de frustración se apoderaba de ella, tratando de evitar que estallara en un ataque de ira. No era el chantaje, la forma lamentable de entrar o el hecho de quién era y de dónde venía lo que le molestaba. No. Era el hecho de que su suerte había extendido sus tentáculos hasta su nueva vida y había logrado poner sus dedos sucios en la parte más vulnerable de su pasado. Como si no hubiera escapatoria de las partes terribles de la ciudad de las que tanto se había esforzado en escapar.

Oh, la señora Sharke estaba furiosa. Le tomó algo de tiempo, varias copas de brandy y algo de contemplación para finalmente calmarse. Era una mujer con mucha experiencia y sabiduría.

Había crecido en los barrios marginales. Y no había forma de burlar a un estafador de los barrios bajos. Eso era, hasta que conocías a otro.

Pero Emily...

Su Emily...

El corazón de Salomé Sharke se encogió de tristeza al pensar en la niña. Los secretos no permanecían ocultos por mucho tiempo. Ella lo sabía mejor que nadie. Y aunque el suyo estaba profundamente enterrado, se remontaba a St. Giles. Y gente como los Bankees, oh, sabían cómo desenterrar la tierra.

Pero ahora la señora Sharke tenía otras cosas de las que preocuparse.

Fiesta "Los Eroles." Alguien se las había arreglado para meter las narices en su negocio. Tenía que ser obra de las sirvientas. Incluso podría señalar a una en particular.

Frank Handley. Esta parte era complicada. Sabía que los Bankee ya no eran solo chicos de la calle. Sus aventuras llegaban de vez en cuando al West End y, casualmente, a algunos de sus clientes. Tendría que acomodar al hombre, pensó a regañadientes. Rezó a Dios, oh, si tan solo fuera buena orando, para que no hubiera rumores ni encuentros desagradables entre él y los demás invitados.

La pregunta que le inquietaba, y que aún no podía hacerle a Maude, era qué quería Frank Handley con la chica. La señora Sharke estaba segura de que podría encontrar una pareja mejor en otro lugar. Maude Daly era una elección extraña, y la señora Sharke se preguntó si había algo más grande sucediendo a sus espaldas de lo que no era consciente. Debería interrogar a Krissy. Esa pequeña comadreja tenía más ojos que un cubo de sapos. Y la señora Sharke se sentó en su tocador durante algún tiempo, preguntándose por qué algunas de sus chicas más guapas no tenían tanto ingenio como algunas de sus criadas.

Mientras tanto, Krissy charlaba con Finn, quien había seguido a Lucky al West End por sus propias razones amorosas. Quería volver a ver a Krissy. Más que nada, quería que sus manos estuvieran en los lugares donde ella las había dejado entrar la última vez, aunque ella no lo dejaría ir más lejos. Ya la había visitado varias veces y, vaya, tenía más chispa de la que le había hecho creer la primera vez que la vio.

Así que ahora, escabulléndose de la sirvienta mayor y del resto, Krissy empujó a Finn por las escaleras oscuras y chirriantes hasta la habitación en el piso superior en la parte trasera. Era una habitación diminuta que compartía con otra sirvienta. Todo estaba en pares: dos camas, dos baúles, dos sillas. Un espejo y un simple lavabo. Una pequeña ventana apenas dejaba entrar la luz del día, pero eso era muy apropiado para lo que la joven pareja pretendía hacer.

Finn comenzó a besar a Krissy insistentemente tan pronto como entraron en la habitación. Y tan pronto como ella apoyó la silla contra la puerta, pues las habitaciones de las sirvientas no tenían cerrojos, él la atacó por detrás, sus manos impacientes le subieron la falda, su cuerpo presionó el de ella, tratando de doblegarla.

"¡Finn!" exclamó y se liberó de su abrazo impaciente. "¿Dónde crees que estás?"

Ella lo miró fijamente como un maestro estricto mira a un alumno en la escuela.

Finn, a su vez, le dio una mirada perdida llena de confusión. No podía hacer ni pies ni cabeza con esta chica. ¿No era esto justo lo que iban a hacer?

"No soy un perro," dijo.

"Tsk, ¿vamos a hacerlo o qué?" respondió tímidamente, dándole una mirada de animal

acorralado debajo de sus cejas.

Ella levantó la barbilla y asintió con la cabeza.

“Quítate la ropa,” dijo, y sus ojos se iluminaron con picardía.

La polla de Finn se puso tan dura como una barra de hierro y, tanteando y tropezando, se quitó toda la ropa y se paró frente a Krissy, temblando de anticipación. Caminó alrededor del joven, estudiando su figura, y cada caricia de su falda contra su piel le provocaba escalofríos. Así que cuando ella hizo un círculo completo, puso su mano sobre su polla, acariciándola, acercó su cara a la suya y susurró: "Entonces, ¿cuánto me quieres?" Finn tembló, haciendo un sonido inaudible como si se estuviera ahogando, y su mano sintió el calor de su semen derramado.

Ella lo miró conmovida.

“Krissy...” murmuró él avergonzado, y ella se echó a reír.

Él se sonrojó con toda la pasión de la juventud, y ella lo besó para enjugar su vergüenza. Se quitó la ropa, tratando de hacerlo lentamente al igual que las damas lo hacían con sus clientes mientras luchaba contra los besos apresurados de Finn. Con la impaciencia de un joven amante y el suave cuerpo de Krissy en sus manos, Finn tomó un segundo aliento y, con su renovada fuerza, le demostró lo mucho que la deseaba.

Esa fue la iniciación de Finn en la Belle House. Y aunque fue en la pequeña habitación de los cuartos de servicio y no exactamente con una señora de la casa, esta fue, sin embargo, la experiencia más espléndida de su vida.

"Los Eroles" era un gran evento anual. Llamado así por los dioses griegos del amor y el placer, era uno de los muchos que la Sra. Sharke organizaba para entretener a sus clientes y obtener un ingreso considerable.

Se necesitaban días para preparar todo, hacer los arreglos, hacer los pedidos a los carniceros, panaderos y vendedores de frutas, para entrenar a los chefs, sirvientas y animadores, ya que algunos eran reclutados en otros lugares. La sirvienta mayor, Martha, pasaba dieciséis horas al día ladrando órdenes, enviando a las criadas y a los chicos de los recados aquí y allá. La señora Boot, el ama de llaves, era la mano derecha de la señora Sharke y tampoco dormía mucho en la semana anterior al evento, porque si algo salía mal, su cabeza sería la primera en rodar. No es que haya sucedido durante su mandato.

El día del evento, la Belle House estaba alegre y ruidosa, abarrotada de sirvientes y repartidores. La tarde estuvo ocupada por los preparativos y los ensayos. Varias habitaciones del piso de arriba se convirtieron en vestidores, y la casa se llenó de un aire de celebración. Se colocaron flores en todos los rincones. Los inciensos y los aceites aromáticos ardían, esparciendo los aromas celestiales por todo el edificio. Se invirtió tanto tiempo, esfuerzo y dinero en ello que cuando oscureció afuera, el lugar parecía digno de una visita de la propia reina. Los clientes comenzaron a llegar, y el personal exhaló aliviado, aunque duró poco: había mucho más trabajo por hacer, ya que la fiesta duraba hasta la mañana.

A la cabeza de todo estaba la señora Sharke. La negociadora. La mente maestra detrás de todo. La conocedora de todas las cosas caras y dignas. La complaciente de los hombres y la vendedora de las mujeres.

Esta noche parecía una reina. Con su mejor vestido. Con sus joyas más caras alrededor de su cuello y muñecas. En un buen día, Salome Sharke podía parecer de treinta y tantos años. En uno malo, cerca de cincuenta. Así que uno podría adivinar correctamente que estaba en algún punto intermedio. Estaba convencida de que, si una mujer no necesitaba trabajar por dinero, se veía tan bien como su dinero se lo permitía. Dicho esto, esta noche, la señora Sharke parecía joven y deslumbrante.

Al anoecer, la mayoría de los invitados ya habían llegado, mareados, agitados, excitados. Comiendo, bebiendo, fumando, estaban acompañados por las damas de la Belle House que hoy lucían sus mejores galas.

La señora Sharke escudriñó el salón: su pequeño reino iba muy bien.

Se había asegurado de que todas las chicas estuvieran bien preparadas, había comprobado sus atuendos y había vuelto a examinar la lista de clientes, contemplando el curso de las

conversaciones y si había algún enfrentamiento entre ellas o entre las chicas.

Todo parecía estar en orden. Excepto...

Argh, la señora Sharke odiaba que una pequeña cosa estropeará la imagen perfecta. Esta vez, esa cosa pequeña, o no tan pequeña, era Frank Handley, que era el único que aún no había mostrado su presencia. Oh, cómo detestaba esta situación. No dudaba de que Handley podía encajar perfectamente: lo conocía, o sabía de él, lo suficiente como para confiar en sus modales. Pero había algo inquietante en los criminales. Los tenía entre sus clientes, sí. ¡Pero los de St. Giles! Lo que fuera que lo había atraído a Maude Daly en primer lugar la desconcertaba, porque no conocía toda la historia.

Es probable que la pequeña descarada lo hiciera: la señora Sharke vio a una de las criadas, Krissy. Ella y varias otras jóvenes que habían sido reclutadas para interpretar el papel llevaban corsés negros, los calzones muy cortos a juego que cabalgaban sobre sus muslos, diseñados específicamente por la costurera de la casa para ese propósito. Las medias oscuras. Llevaban el pelo recogido en la parte superior de la cabeza y unas ondas sueltas y rizadas caían sobre sus hombros. Krissy era la única que actuaba como si se vistiera así todos los días. Segura de sí misma y siempre sonriente, se movía con gracia entre los invitados con una bandeja de bebidas en las manos, captando los asentimientos de aprobación de algunos de los clientes.

Mmm, pensó la señora Sharke, la chica estaba preparada para todo.

El lugar parecía encantador, el aire cargado con el aroma de las flores frescas y las velas encendidas. Un hombre joven y una mujer estaban de pie a cada lado de la puerta, con máscaras negras de carnaval y elegantes trajes negros que se aferraban a su piel, una especie de bodys, pero los pechos y los sexos estaban expuestos como si esas partes en particular estuvieran cortadas. No había ni rastro de pelo alrededor de sus sexos. Una vista extraña. Como si hubieran bajado de una versión gótica de la pintura de Adán y Eva. Permanecían inmóviles, como guardias, con los pezones duros, la piel expuesta brillante por los aceites aromáticos e hipnotizante con sus sexos desnudos. Algunos clientes miraron la desnudez de la chica, como sorprendidos al ver su sexo sin pelo que parecía el de una niña pequeña.

Un violinista, vestido de traje y con una máscara, estaba sentado en un rincón tocando, acompañado por dos violinistas que llevaban batas translúcidas sobre sus cuerpos desnudos. La señora Sharke asintió con la cabeza. La próxima vez, pensó, encontraría a un músico callejero en las partes más bulliciosas de la ciudad, guapo, joven, saludable y dócil. Lo haría tocar desnudo. Pero esto sería suficiente por ahora.

En el centro de la sala había un pequeño escenario improvisado, elevado a varios pies del suelo y cubierto de terciopelo rojo. A cada lado había una caja negra con dos mujeres desnudas escondidas dentro de cada una. Alrededor de todo, había sillones emparejados, sofás, camas de amor en la alfombra de felpa y almohadas esparcidas por todas partes.

La sala de juegos...

La señora Sharke volvió a escudriñar el salón.

Un poco demasiado brillante. Pero perfecto por ahora. El candelabro brillaba con docenas de diminutas llamas de velas. Arrojabán la luz sobre las joyas y las gafas y se reflejaban en los espejos. El salón estaba empapado con el olor de la buena comida y el alcohol, la decoración deliciosa y sensual como la noche que se avecinaba.

Los hombres, altos, bajos, delgados, pesados, flacos, gordos, dispersos por el salón. Ropa fina. Colonia y perfume en el aire para irradiar riqueza y ocultar el aroma de la lujuria más tarde. La señora Sharke escudriñó sus rostros, uno por uno, sin pasar por alto a nadie, asegurándose de que no había inquietud en ellos. Todo parecía estar bien. El zumbido de la charla, las risas y las

carcajadas llenaban la habitación. Lo que a uno le encantaba de los burdeles de lujo era que aquí se pasaba más tiempo descansando, hablando, jugando a las cartas, comiendo y bebiendo que en el acto mecánico de satisfacer las necesidades de uno. Un hogar lejos de casa. Y algunos de sus clientes, de hecho, encontraban un hogar dentro de sus muchachas. El pensamiento le dio una agradable caricia.

Las damas de la casa se mezclaban con todos, aunque cada una de ellas estaba asignada a un hombre en particular. A excepción de unos pocos que estaban libres por la noche y podían unirse si un cliente lo deseaba, por lo que, por supuesto, luego se le facturaría extra.

Algunas mujeres estaban vestidas con sus mejores galas.

Eva estaba guapa, notó la señora Sharke. Lástima que se jubilara pronto. Era inteligente, también.

Eliza llevaba un vestido semitranslúcido a través del cual se podían ver sus partes íntimas. Estaba hipnotizante como siempre. Había sido elegida por Sir Reignham. Si era lo suficientemente inteligente, podría conseguir un contrato con el hombre, que estaba enamorado de ella. Pero pensó que podría encontrar una pareja más rica. Sería mejor para la señora Sharke.

La señora de la Belle House caminaba despacio, asintiendo con la cabeza a algunos, deteniéndose para charlar un poco con otros. No estaba muy conversadora esa noche: el evento era demasiado provechoso para distraerse. Cada cliente pagaba treinta libras para asistir. Comida y bebida incluidas. Y eso era solo para estar en el salón. Las chicas, por supuesto, eran extras. Otros cuarenta, y estarían disponibles hasta el amanecer. Una tarifa considerable. Alguien como el Sr. Morley definitivamente obtendría el valor de su dinero, trabajando duro hasta el primer rayo de luz. Sir Coleridge probablemente se iría antes de medianoche. El Baron Russell comenzaría antes de que terminara la actuación. El Sr. Jarvis no tocaba a su chica hasta que estaban escondidos de los ojos de todos en una habitación del piso de arriba.

La señora Sharke sonrió.

Oh, ella conocía muy bien a los clientes. Aunque ya no servía a nadie —bueno, casi nunca, excepto casos raros y viejas amistades,— conocía todos los detalles sobre los hombres —y, ocasionalmente, las mujeres— que entraban en su establecimiento. Su vida social y, lo que es más importante, su vida íntima.

El violinista lo llevó a un nivel superior con una melodía más alegre.

Clara y Blanche llevaban corsés bordados, cortados tan bajo que se les veían las areolas. Bien. Bienvenidos de nuevo al siglo XVIII, pensó la señora Sharke con una sonrisa burlona.

Yasenska, la chica nueva, era hermosa pero fría como el hielo, al igual que el lugar de donde venía. A algunos clientes le gustaba. Si tan solo la señora Sharke pudiera encontrar un buen benefactor ruso que la aflojara...

Mansah, la princesa de ébano, llevaba un vestido corto de color rosa oscuro, y el color jugaba tan bien con su piel oscura que incluso la señora Sharke la miró por un breve momento con fascinación. La muchacha se estaba volviendo popular, pensó. Ya sea por su aspecto exótico u otras razones que la señora Sharke no entendía.

Marilyn llevaba un traje estilo Badlah: una tela que cubría los pechos y los bombachos cortos que hacían juego, rematados con una falda translúcida de cuerpo entero. El cinturón de cadera estaba decorado con lentejuelas brillantes cosidas a las telas y colgando, traqueteando como monedas en un frasco. Sin duda, el señor Morley disfrutaba del sonido, del bastardo codicioso, tanto como disfrutaba de las deliciosas formas de Marilyn, su cuerpo dos veces más grande que el de él. Escupía el dinero solo por el hecho de que disfrutaría de sus grandes nalgas frente a él toda la noche, sus dedos codiciosos ya exploraban sus pliegues con anticipación. Lo que el Sr.

Morley disfrutaba más que nada era hacer que Marilyn llegara al clímax, lo que lograba con éxito a veces. Cuando lo hacía, le arrojaba sus jugos de la manera más fascinante. El señor Morley nunca se había encontrado con un fenómeno semejante, y le excitaba enormemente. ¿Podría Marilyn usar su gran forma? ¡Absolutamente! La señora Sharke nunca había visto a ninguna de las chicas flacas balancear sus traseros y caderas y frotar sus pechos en la cara de un hombre con tanta elegancia y confianza como Marilyn con su forma voluminosa.

La mirada de la señora Sharke se desplazó aún más por la habitación. Kat y varias otras llevaban los nuevos trajes que la costurera había tomado prestados de la literatura india: los cordones que hacían de ropa interior, arneses humanos destinados a llamar la atención sobre determinadas partes. Y, ¡oh, lo hacían! Endebles, casi inexistentes, esos pedazos de tela hacían que los hombres miraran con anticipación como si la ropa interior estuviera a punto de caerse.

«Buenas chicas, buenas chicas», pensaba la señora Sharke, evaluando a la multitud con una sensación de satisfacción. Veinte o más de sus mejores chicas, y todas luciendo hermosas y haciendo felices a los hombres. Excepto...

Sus ojos se detuvieron en Maude Daly.

Estaba llena de vida, riendo y bromeando en compañía de varios hombres. Con una sonrisa coqueta en su rostro. Esa sonrisa le hacía ganar más dinero que cualquier habilidad. Estaba vestida para impresionar, sin duda, aunque todavía no tenía a su cliente aquí.

La señora Sharke frunció la boca con irritación.

Ginger se divertía, aunque no le gustaban las sorpresas. No saber quién era su cliente no le molestaba tanto, siempre y cuando no fuera extremadamente repulsivo o inmanejable. Toda la noche con este tipo podría ser agotadora. Pero el dinero era dinero, y fiestas como esta eran una buena adición a sus ahorros. Bueno, lo que pudo recuperar del sinvergüenza de los barrios bajos.

Para relajarse, tomó otra copa de champán de la bandeja que flotaba junto a ella. Esta era la tercera, pero a ella no le importaba.

Llevaba un atuendo abierto, pero apropiadamente modesto para la ocasión: una hermosa falda, un corsé revelador que apenas llegaba por encima de sus pezones, sin corpiño, sin tirantes. Mostraba sus brazos desnudos, hombros y la parte superior de sus senos. Nunca entendió por qué este estilo había pasado de moda, porque siempre pensó que el cuello y los hombros de una mujer eran las partes más elegantes.

Tuvo una pequeña charla con el señor Welch. Deseaba que la hubiera elegido para pasar la noche. Era un buen caballero, amable y considerado, pero siempre alguien era más rápido si el señor Welch no la hubiera reservado a tiempo.

Eva estaba guapa, pensó Ginger, estudiando a la mujer. Eva siempre fue una criatura elegante, ya que venía del dinero. Pero había algo en su rostro como si estuviera perdida en sus pensamientos, en algún lugar de una tierra o tiempo diferente, soñando. La hizo aún más hermosa.

Bonnie estaba en el mismo pequeño grupo, riendo y frotándose contra un hombre alto y corpulento, que parecía demasiado tímido para la fiesta y el establishment. El hombre, aunque estaba con Bonnie, lanzaba miradas ocasionales a Eva y la miraba durante demasiado tiempo. Tsk-tsk, Ginger sonrió: la dama equivocada, el cliente equivocado.

Yasenska, la nueva chica del Este. Joven y exquisitamente bella. Cabello largo y oscuro, suelto hasta la cintura, su cabeza coronada por una diadema intrincadamente decorada, como una

corona. Llevaba un sencillo vestido ajustado que la hacía parecer aún más joven, y el anciano benefactor, varias veces mayor que ella, parecía el mismísimo diablo, que había venido a Belle House para reclamar su alma.

Ginger estaba de muy buen humor. Era el champán. Aunque probablemente debería tomar un poco de vino de coca, pensó. Escudriñó la habitación: las mujeres estaban en su mejor momento, y pronto los hombres estarían en su peor momento. Pagaban una suma considerable por ello, y las mujeres trabajaban el doble de duro y con más placer. Una cortesana preferiría pasar toda la noche con un benefactor que hacer malabarismos con varios, cada uno con energía fresca.

Había un calor intenso en el lugar, no por la temperatura sino por la anticipación del sexo, los ojos vagando, estudiando a las parejas de los demás, las manos acariciando los cuerpos de las parejas, pero de vez en cuando y con menos insistencia en este momento.

Entonces salió una mujer, vestida con un vestido escotado y con una mascarilla. No era joven, pero no estaba allí por su apariencia. Porque cuando abrió la boca, su voz se unió a los violines y flotó por la habitación como el hechizo más mágico. Durante varios segundos, el parloteo y las risas se detuvieron, e incluso las manos insistentes dejaron de abrirse paso hacia los puntos dulces.

Durante un minuto, Ginger se quedó paralizada en la cantante mientras la dulce voz la transportaba a algún lugar lejano de este lugar.

“¿Te estás divirtiendo?”

La señora Sharke entró en su campo de visión con una sonrisa fría.

Ginger le devolvió la sonrisa.

"Esperando a mi cliente. Parece que llega tarde de manera poco elegante."

“Poco elegante sería una buena manera de describirlo.” La señora Sharke sonrió, y Ginger frunció el ceño confundida, sin entender muy bien la razón del tono de la señora Sharke.

"¿Me estoy perdiendo algo?" Frunció el ceño mirando a la mujer.

“Yo me estoy perdiendo algo, de hecho,” dijo la señora Sharke con un ligero gesto de irritación y un movimiento de cabeza, y miró a su alrededor. “¡Ah! ¡Ahí!” Sus labios se estiraron en una sonrisa que no llegó a sus ojos. “¡Aquí está!” y dijo, añadiendo con un silbido: “¡Qué honor!”

Pasó junto a Ginger hacia la puerta, y la pelirroja se giró para ver finalmente quién era su cliente.

Su cuerpo recibió una repentina e intensa oleada de calor.

Su corazón latió con fuerza.

Tragó saliva y miró fijamente al hombre que había entrado en la habitación.

Frank "Lucky" Handley.

Qué diablos...

La habitación estaba demasiado iluminada para no notar el asombro en el rostro de Ginger cuando Lucky entró en la habitación con una sonrisa y saludó a la señora Sharke besándole la mano con tanta gracia como si hubiera nacido en ella.

Ginger nunca había visto a muchos hombres lucir tan deslumbrantes y elegantes. Corrección: nunca había visto criminales que parecieran nobles. Y Lucky definitivamente parecía un dandy: los pantalones oscuros y la chaqueta que el sirviente se llevó rápidamente, una camisa más clara, un chaleco lujoso con una cadena de oro enrollada en él, y una corbata de seda envuelta

alrededor de su cuello y cuidadosamente metida dentro de la camisa.

«Dios mío», pensó Ginger, tratando de ahogar su asombro con sarcasmo, pero no pudo evitar admirar el aspecto de Lucky.

Él se acercó y extendió su mano, y ella se perdió por un segundo, antes de darse cuenta de que quería besar la suya.

Esa fue la primera vez.

“Señor Handley.” Ella sonrió, hipnotizada.

“Señorita Maude,” dijo con su habitual sonrisa, sus ojos metálicos se centraron en ella.

Ninguna ropa elegante podía ocultar su actitud, pensó.

“Bueno.” La señora Sharke los miró con ojos inquisitivos y una leve sonrisa. “Estamos encantados de verlo en nuestro humilde establecimiento.” Sus ojos se clavaron en Lucky.

“Señora Sharke.” Se volvió hacia ella y le devolvió la mirada. “Estoy seguro de que otros huéspedes requieren su atención. No me gustaría hacerle perder su valioso tiempo. A la señorita Maude le irá muy bien.”

Él esbozó una sonrisa traviesa, y su rostro se congeló por un segundo ante la cortés, pero obvia despedida.

Cuando se alejó, Ginger se inclinó.

“¿De quién era el armario que saqueó esta noche?” se enderezó, y sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica.

Lucky soltó una risita, y sus ojos recorrieron su vestido, luego subieron hasta la parte superior de sus pechos y sus hombros desnudos, las joyas que colgaban de sus orejas, el cabello pelirrojo que estaba recogido con las horquillas en la parte superior, colgando suelto en la parte posterior más allá de sus hombros, recogiendo los reflejos de las luces. Tenía un aspecto maravilloso, admitió. Nada que ver con el modesto atuendo que había usado en St. Giles.

“Parece que usa demasiada ropa para la ocasión,” dijo finalmente con un brillo en los ojos. “Pero eso lo arreglaremos más tarde, ¿no?”

Sus ojos se cruzaron y una ola de calor recorrió el cuerpo de Ginger mientras sentía que se sonrojaba.

El bribón finalmente se salió con la suya.

Oh, Ginger quería abofetear al hombre. Quería enfurecerse por el hecho de que él había encontrado una manera de reservarla para pasar la noche. Que había llegado hasta aquí, hasta su lugar de trabajo, y que había pagado la cuota, para hacerla tan obediente como quisiera.

Pero la verdad era que, en cambio, la excitaba.

Esta sensación era peculiar.

Confusa.

Se dio cuenta de que Ginger se sentía excitada y se maldijo a sí misma por ello.

Se miraron el uno al otro durante un breve momento hasta que oyeron a la señora Sharke anunciar el comienzo de la actuación.

Las lámparas más brillantes se apagaron, hundiendo el salón en el calor amistoso de los apliques y el candelabro.

Krissy apareció junto a Ginger con una bandeja de brandies, y Lucky tomó un vaso. La doncella lo miró con un ligero asombro. Entonces sus ojos se dirigieron a Ginger y se dio la vuelta con una sonrisa cómplice. Pero antes de que Lucky y Ginger tomaran sus asientos, una mano apareció en el hombro de Lucky.

“Frank, me encanta encontrarte aquí,” dijo uno de los invitados con una sonrisa, y Ginger lanzó una mirada de sorpresa a Lucky. ¿Cómo iba a conocer alguien en su mundo, entre estos

hombres, a Frank Handley?

Si uno decía que había algo que podía avergonzar o sorprender a una ramera, la ramera se reiría. Sin embargo, al sentarse junto a Lucky, Ginger sintió una ligera inquietud. No se trataba de la actuación que estaba a punto de tener lugar en el escenario, sino del hecho de que la estaba viendo Frank Handley, un Bankee.

Con la voz más alegre de la cantante, cuyas canciones con muchos "ahs" y "ohs", acentuadas con fuerza, hundieron la sala en una tensión sensual, la actuación comenzó con la pareja vestida de negro que estaba de pie junto a la puerta. Subieron al escenario y, besándose sensualmente, comenzaron a desnudarse el uno al otro, deslizando las ajustadas prendas negras desde los hombros hacia abajo, sus bocas besando cada parte recién expuesta de sus cuerpos. La polla del hombre se estaba poniendo erecta, y cuando la chica se quitó el resto de su prenda, se quedó de rodillas. Agarró su erección y se la llevó a la boca, luego la soltó y la volvió a tomar, chupando y lamiendo mientras sus manos acariciaban su trasero.

Ginger trató de ocultar una sonrisa y no mirar a Lucky, que observaba la actuación con una extraña indiferencia.

No es que no la disfrutara. Era un acto excitante, y Lucky pensó que podría poner fácilmente a Maude sobre sus manos y rodillas y hacerlo en unos pocos minutos. Pero no le gustaban las exhibiciones públicas de actos sexuales. Y verlo con un grupo de personas definitivamente no era de su agrado.

Mientras tanto, el hombre y la mujer en el escenario intercambiaron los papeles. El hombre bajó a la muchacha sobre su espalda, levantó las piernas en el aire y las abrió lentamente, separándolas, casi hasta el suelo, mostrando su perfecta flexibilidad gimnástica y su sexo desnudo, sin pelo y a la vista con toda su complejidad. Se puso a cuatro patas, y su lengua le dio un sensual lamido a su sexo abierto.

Suaves jadeos flotaban por la sala, disfrazados por los violines y el canto sensual que daba a la actuación un cierto encanto artístico. El hombre en el escenario repitió el movimiento, y los gruñidos de aprobación recorrieron la audiencia mientras los ojos de los clientes permanecían pegados al sexo desnudo y la lengua lamiéndola.

La pareja en el escenario no tenía la intención de detenerse, y el hombre acercó su polla erecta a la hendidura entre las piernas de la chica y lentamente, muy lentamente, la penetró, hasta que desapareció por completo de la vista. Con la misma lentitud, lo sacó y luego repitió el acto.

Los gemidos se mezclaron con la música, y Ginger miró al otro lado de la habitación para ver a una de las chicas sentada a horcajadas sobre el barón Russel, con la mano entre sus piernas, mientras la pareja se besaba febrilmente.

Ginger sonrió y miró a Lucky. Giró la cabeza para mirarla a los ojos, encendió un cigarro y se volvió hacia el escenario.

La actuación continuó. Pero ahora, varias señoras condujeron a sus clientes a las dos cajas negras a un lado del escenario y las invitaron a meter los brazos dentro a través de los agujeros recortados. Un grito de sorpresa de un hombre que, con la boca en un silencioso "oh", parecía estar bastante entretenido con lo que sucedía con su mano dentro de la caja, instó a varios otros a acercarse con curiosidad y hacer lo mismo con las risitas traviesas de sus escoltas. Dentro de las cajas había varias mujeres desnudas que hacían con las manos intrusivas lo que les daba la gana: lamer los dedos, colocarlos sobre sus pechos, acariciarse con ellos, guiarlos hacia su sexo,

dejarlos explorarlo o incluso meterlos en sus orificios.

Cuando los sorprendidos "ahs" se calmaron y las cajas se quedaron solas, varios jóvenes desnudos entraron en el salón, uno por uno. Se acercaron a las cajas negras, abrieron los laterales y revelaron a las mujeres desnudas que había dentro. A continuación, el grupo se trasladó al escenario. Las mujeres cayeron de rodillas, pero en lugar de atender a los hombres en el escenario, extendieron sus manos a los invitados más cercanos en los sillones. Las cortesanas dieron codazos a sus clientes y, finalmente, tres hombres subieron al escenario. Sus costosos chalecos fueron desechados, las camisas desabrochadas, al igual que los pantalones. Y pronto, sus pollas, erectas y listas, fueron manipuladas por las mujeres desnudas. Mientras atendían a los invitados, los jóvenes los acariciaban y los tomaban por detrás.

"Debería unirse," dijo Ginger juguetonamente, señalando con la cabeza el escenario, y Lucky se giró para mirarla.

Su mirada la hizo temblar. Sabía que él podía hacer lo que quisiera con ella allí mismo, delante de todo el mundo. Había pagado por ello. No era tímido, pero se abstenía de exponerse innecesariamente, y odiaría que Frank Handley la follara delante de toda la sala.

"¿No es eso por lo que pagué por usted? sonrió él, y ella tragó saliva, pero le puso la mano en el muslo, frotándolo suavemente de arriba abajo, dirigiéndose a los botones de sus pantalones. Tenía curiosidad por saber si estaba tan excitado como todos los demás.

Entrecerró los ojos y le cubrió la mano con la suya, deteniéndola.

"No soy una persona de exhibición pública," dijo, y Ginger sonrió dócilmente con alivio.

En lugar de eso, su mano se acercó a su cara, tomó su barbilla y la acercó más, y sus labios se hundieron en los de ella para besarla.

En cualquier otro momento, Ginger se alejaría. Rechazaría al hombre solo por el mero hecho de que hubiera logrado ganar ventaja de una manera tan astuta.

Sin embargo, había pagado por ella.

Ella era suya por la noche.

Y eso la emocionó.

Las bebidas hicieron su magia, y ella se soltó, se entregó a lo que él iba a hacer con ella. Su lengua se encontró con la de él, y ella sintió un espasmo traicionero entre sus piernas, se inclinó hacia él para darle un beso más profundo, queriendo mucho más que un beso, pero él se apartó y frotó su pulgar en sus labios.

"¿Qué más hay en el menú?" Hizo un gesto con la cabeza hacia el escenario como si tratara de evitar más contacto con ella y, para su decepción, la soltó.

"Está en un burdel. Aquí el dinero lo compra todo," respondió ella, sin apartar los ojos de él, esperando a que él la besara de nuevo.

Este hombre la enfurecía con su indiferencia. Se había esforzado por venir aquí, había pagado el dinero, pero se comportaba como si fuera una chica de la calle que no merecía su atención. Pero ella lo quería, lo sabía. Oh, quería otro beso y se dio cuenta de que no podía esperar.

"¿Hace algo por dinero?" le preguntó y le dedicó una sonrisa cómplice.

"¿No lo hace *usted*?" replicó ella con una ceja levantada.

Sonrió y volvió a mirar al escenario.

Le hizo un gesto a la criada para que le sirviera un vaso de vino de coca. Necesitaba más coraje e insistencia con este hombre. Y el vino de coca era un buen remedio. Había una explicación de por qué sentía el calor entre sus piernas y quería encontrarse a solas con él. Pero no por eso su corazón palpitaba y su cuerpo estaba tenso y sus ojos tomaban nota de cada uno de

sus movimientos mientras ella era tan consciente de los suyos.

Los libertinajes en el escenario estaban acelerando el ritmo, derramándose en la sala.

Las mujeres se vertían vino de coca en los pechos y conseguían que los clientes dispuestos se lo lamieran, y luego hacían lo mismo con sus sexos empapados de vino.

Algunas señoras de la casa estaban sentadas a horcajadas sobre sus clientes, que ya estaban excitados.

Se quitaban más prendas.

Más piel quedó expuesta.

Los gemidos se hundían en el aire, entrelazados con los sonidos de la música y el canto, que eran más rápidos, más intensos y ásperos: la inteligente planificación de la señora Sharke, que estaba convencida de que el ritmo más rápido del entretenimiento instaba a los clientes a beber más, follar más y gastar más. Y aunque la velada, en su mayor parte, era un asunto de una sola tarifa, el buen ritmo y el espíritu siempre eran un éxito.

Clara ya estaba entre las piernas de su benefactor, abriéndole los pantalones. Sir Corkery estaba desnudo de cintura para abajo con Kat en su regazo, desnuda hasta las medias y los zapatos. La habitación estaba perdiendo su modestia. Los dedos acariciaban pollas y coños, los pechos se movían, los pezones eran chupados, las bocas cerradas en otras bocas y en la piel, ansiosas de lujuria y liberación. Algunos invitados ya se habían retirado a las habitaciones, y lord Russell, con los pantalones bajados y las grandes nalgas a la vista, estaba en el suelo entre las piernas abiertas de su dama, follándola locamente delante de los músicos y el cantante, que ni siquiera se inmutaban.

Ginger miró alrededor del salón: Eva se había ido, también Bonnie, y el pequeño grupo del que formaban parte.

El evento se intensificó más rápido de lo habitual. Ni siquiera era medianoche y algunos estaban borrachos, otros agotados. Desde el comienzo de la noche, entre otras bebidas, las sirvientas sirvieron vino de coca. La señora Sharke había comprado la costosa bebida a un importador francés. El vino era de calidad mediocre, pero había sido empapado antes de embotellarlo con hojas de coca, lo que le daba a uno un vigor inusual y una mente clara. De hecho, cuanto más bebías, menos probabilidades tenías de tener resaca, y uno parecía ganar fuerza a medida que avanzaba la noche.

Ginger se bebió el segundo y miró intensamente a Lucky, que no solo no se había desabrochado el chaleco todavía, sino que ni siquiera había intentado besarla de nuevo. Tampoco aceptó el vino de coca cuando Ginger se lo ofreció. Siguió fumando, bebiendo brandy y observando a todos los que lo rodeaban como si estuviera investigando.

En el escenario, un hombre estaba tendido en el suelo rojo, boca arriba, sosteniendo a una de las chicas, boca arriba, desnuda, con las manos frotando sus pechos, sus extremidades sujetas por diferentes personas. Otra chica estaba a cuatro patas, lamiéndole el coño. Ella, a su vez, estaba siendo golpeada por la espalda por otro invitado, mientras un hombre, de rodillas y con los calzones bajados, introducía su polla en la boca de la chica sujeta. Con una mano tocaba a otra chica, que estaba sentada sobre sus nalgas, con las rodillas dobladas, empujando las caderas con los dedos, con la otra mano masturbando a un hombre completamente vestido con solo su virilidad al descubierto.

Era demasiado difícil ver todo lo que sucedía a la luz de las lámparas, que parecían volverse aún más tenues. La habitación olía a licor y se hundía en la densa nube de humo de cigarro. El escenario era una maraña de piernas, manos, pollas, bocas.

Varias horas después, los músicos seguían tocando, aunque torpemente y sin las notas.

La voz de la cantante era más áspera.

Había gafas, ropa y preservativos usados por todas partes.

Risas.

Gemidos.

Gruñidos.

Aullidos.

Las sirvientas parecían no poder hacer frente a la limpieza y traer más bebidas. Krissy, con una sonrisa en el rostro, ayudaba a contener a Sir Russell, que se sacudía convulsionando sobre la alfombra de felpa mientras una ramera lo cabalgaba salvajemente, sin dejar que la tocara.

Frank Handley lo observaba todo con cierta diversión sardónica, bebiendo brandy tras brandy, fumando un cigarro tras otro. Ginger trató de entablar una pequeña charla, pero las conversaciones no llegaron a ninguna parte o se convirtieron en comentarios sarcásticos. Ella se inclinó de nuevo, tomó su barbilla entre la suya, imitándolo, y lo besó. Pero no lo dejó durar. En cambio, se apartó y sonrió.

"Está dedicada a su trabajo, ¿no?"

Ginger, con las mejillas brillantes por la mezcla de champán y vino y el calor de la habitación, lo miró fijamente a los ojos, tratando de averiguar qué quería el hombre.

"¿No es eso lo que pagó?" dijo Ginger, parpadeando lentamente y estudiando su rostro.

Estaba cansada del libertinaje que los rodeaba. Desanimada por la indiferencia del hombre. Para su sorpresa, ella quería estar con él uno a uno. Se sentó a su lado, observando el escenario y a los invitados a su alrededor, pero su mente estaba en el dormitorio y no podía esperar a desnudar a Frank Handley. Era el alcohol, lo sabía. Rara vez bebía con los clientes, a menos que fueran tan desagradables que quisiera ahogar el disgusto. Esta vez trató de ahogar su desasosiego y nerviosismo. Era inusual, porque por lo general no había mucho por lo que se sintiera nerviosa. El alcohol la calmó, pero hizo que la atracción por Frank Handley fuera aún más intensa. Sintió que la lujuria la quemaba con un profundo dolor y la necesidad de sentir sus manos sobre ella.

"¿Le gustaría subir a mi habitación?" preguntó finalmente.

Para sorpresa de Ginger, Lucky no era muy hablador esta noche. Estaba más callado que de costumbre y no hacía ningún movimiento hacia ella. Estaba confundida. De vuelta en St. Giles, parecía más que dispuesto a intimar con ella, y aquí, en una fiesta que estaba diseñada para sacar a relucir las fantasías sexuales más profundas, parecía inusualmente comedido.

¿Intimidado?

¿Decepcionado?

Ginger no podía entenderlo. Tal vez solo necesitaba tiempo. Tal vez, solo necesitaba desnudarlo en la cama. Los hombres eran más vulnerables y abiertos con los pantalones bajos. También lo eran las mujeres con las faldas levantadas. Excepto las ramera, que se ganaban la vida quitándose la ropa.

Así que cuando Ginger y Lucky entraron en el dormitorio, ella se giró para mirarlo con una mirada seductora.

Hubo un momento de silencio, porque ella esperaba que él dijera algo, pero él se quedó callado, como si la noche lo aburriera. Excepto por sus ojos que no se apartaban de los de ella.

La habitación era oscura y cálida, iluminada por la luz de las velas y empapada de un fresco aroma floral. Sobre la mesa de café había colocado una selección de juguetes, y como Ginger no

sabía quién era el cliente, se había asegurado de poder atender a todos los gustos. Pero Lucky se quedó de pie sin siquiera echar una mirada a su alrededor, con los ojos fijos en Ginger. Y eso la desconcertó aún más.

“Frank Handley,” dijo ella en voz baja, encontrándose con su oscura mirada y pensando en cómo empezar. “¿Cómo te gustan tus mujeres?”

No pestañeó.

“Desnudas,” dijo él, señalando su ropa con la cabeza. “Sácatela.”

Ginger sintió un temblor de excitación y una ligera timidez, como si tuviera algún pudor que proteger. Podía caminar desnuda por una habitación llena de hombres sin una pizca de vergüenza. Sin embargo, este hombre frente a ella era jodidamente intimidante.

Pero ella hizo lo que le dijo. Bajo su intensa mirada, se quitó la falda, las medias y los zapatos con la gracia de una cortesana entrenada y se puso de pie con su corsé y ropa interior.

Lucky la miró de arriba abajo, y sus ojos se detuvieron en un trozo triangular de tela que cubría su sexo y estaba sujeto por una cuerda alrededor de sus caderas.

Observó cómo su mirada se fijaba en ella y lentamente giró en círculo completo para mostrar que esa misma pieza en la parte de atrás se convertía en una cuerda que se deslizaba entre sus nalgas y se encontraba con la que estaba alrededor de sus caderas.

“¿Te gusta lo que ves, Frank?”

Lentamente se acercó a él y, sin apartar los ojos de él, comenzó a desabrocharle el chaleco.

Sus manos tomaron sus muñecas y tiraron suavemente de sus manos.

“No soy yo el que necesita estar desnudo aquí, cariño,” dijo en voz baja, dando un paso hacia ella. Su mano se deslizó hasta su cintura y comenzó a apoyarla suavemente con su cuerpo, cada vez más lejos, sus ojos estudiando su rostro, hasta que sus nalgas golpearon el alféizar de la ventana.

Solo entonces sus labios tocaron los de ella. Su lengua recorrió la costura de ella y las separó, deslizándose hacia adentro.

Oh, Ginger había esperado esto toda la noche y, para satisfacción de Lucky, respondió de muy buena gana. Finalmente, podía besar al hombre sin mirar a su alrededor ni contenerse. La besó mucho más tiempo esta vez, explorando su cálida boca, y ella se hundió en ella con toda la sensualidad de una ramera borracha, sintiendo el calor subir en la parte inferior de su vientre, sintiendo su cuerpo apretado contra el de ella.

Sus manos palparon los cierres que sujetaban su corsé en la parte delantera, como si fuera un experto en ropa de ramera. Los deshizo uno por uno, y Ginger arqueó la espalda, anticipándose a sus manos sobre ella. Sus bocas seguían una sobre la otra, sus lenguas se derretían, y la cabeza de Ginger giraba ante el placer de su beso y sus manos, tan sorprendentemente suaves.

Cuando el corsé estuvo suelto, Lucky se apartó de ella, se lo quitó del torso y lo dejó caer por sus piernas hasta el suelo.

Ella lo miró con audacia.

Ella amaba su cuerpo, y los hombres también. Sus manos se aferraron al alféizar de la ventana y arqueó su cuerpo hacia él. Vio cómo sus ojos se deslizaban por su cuerpo y sintió una oleada de excitación. Sus manos se acercaron a sus pechos y los rodearon, y a Ginger se le puso la piel de gallina de placer. Ella se inclinó y atrapó su boca con la suya, tratando de besarla, pero la palma de su mano atrapó su barbilla y la apretó con fuerza.

Se apartó y, sin dejar de sujetarle la cara con su mano de hierro, le recorrió el torso con la otra mano, sus ojos seguían sus movimientos, sus dedos se movían hacia arriba y rozaban su pezón.

Alzó los ojos hacia ella. Oscuros en la penumbra, tenían el familiar y peligroso destello en ellos.

"Me gustan mis putas mojadas y listas. ¿Lo estás?" susurró mientras su dedo índice se deslizaba por su vientre, más allá de su ombligo y hasta el pequeño trozo de tela entre sus piernas.

Ella tembló y sintió la ola de placer que siguió a su dedo hasta el lugar entre sus piernas. Sus ojos se quedaron fijos en ella. Tragó saliva y contuvo la respiración, sintiendo que su dedo índice movía la tela hacia un lado, dejando al descubierto su sexo. Ella no apartó los ojos de los suyos, que brillaban de lujuria, cada uno de sus toques resonaba en esa mirada. La palma de su mano todavía sostenía su barbilla. Su cara estaba a centímetros de la de ella. El índice de su otra mano rozó sus suaves vellos púbicos y tocó el clítoris sin apenas presión, y Ginger jadeó. Ella parpadeó y sus ojos se entrecerraron en una sonrisa. Acercó un centímetro más la cara. Sus labios y su lengua rozaron los de ella en un suave beso, y sus dedos trazaron la costura entre los labios de su sexo.

Despacio.

Suavemente.

Volvió a jadear. Era confuso. Se suponía que ella debía *complacerlo*, no al revés.

Se detuvo un segundo, estudiando su rostro. Sus dos dedos se hundieron a cada lado de su clítoris y se movieron más abajo entre sus piernas, más profundamente en sus pliegues, en el charco de su humedad.

Su boca se abrió en un silencioso "ah", y él sonrió.

"Estás empapada, cariño," susurró él, y su boca se estrelló contra la de ella, con su mano aun sosteniendo su rostro, con la suya, sintiendo su sexo, acariciándolo rítmicamente, insistentemente, en sincronía con su lengua, que la acariciaba con su calor aterciopelado.

El cuerpo de Ginger se arqueó, su sangre estaba llena de lujuria. Sus manos se movieron hacia los botones de sus pantalones y palpó el bulto. Ella gimió, mareada por el alcohol y el placer de sentir su lengua en su boca, sus dedos entre sus muslos y el fuerte deseo de ver su polla.

Ella buscó a tientas los botones, y cuando liberó su erección, fue ella quien se apartó y miró hacia abajo.

Frank Handley...

En sus manos...

El tamaño perfecto y rugiendo para llamar la atención.

Deseaba que hubiera más luz en la habitación para poder estudiar su polla como se estudia una obra de arte. Sus dedos acariciaron su punta y Lucky exhaló de placer.

Ella levantó la vista y se encontró con sus ojos que se acercaron a ella. Volvió a besarla, ahora con más insistencia, excitado por sus manos sobre su carne. Le metió la lengua en la boca como si tratara de aferrarse a él mientras su mano subía y bajaba por su erección, y la otra le acariciaba los testículos, apretándolos.

Oh, ella sabía que él la quería. Podía sentirlo en la insistencia de su lengua. En la forma en que sus manos se movían y apretaban sus nalgas y pechos. En la forma en que movía las caderas. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sostenía su sexo en sus manos, y su mente estaba mareada por el deseo. Casi nunca tenía impulsos tan intensos con sus clientes. Pero este hombre la hacía temblar de necesidad y rebosar de humedad como ningún otro. Y ella llevó su lujuria a su polla, trabajando más rápido, con más presión, sintiendo que él la empujaba hacia ella.

De repente, sus manos se engancharon bajo sus muslos por detrás, y la levantó, plantando sus

nalgas en el alféizar de la ventana. Luego, con una mano alrededor de sus caderas, se acercó y, con un fuerte empujón, empujó su erección dentro de ella.

Ella gritó de placer ante la repentina contundencia cuando él se apartó un poco y, con un gruñido, la empujó de nuevo, esta vez más profundamente.

Su boca volvió a encontrar la de ella y la atacó con una nueva furia. Siguió empujándola, deslizándose dentro y fuera de su húmedo núcleo. Apoyó los pies en el borde del alféizar de la ventana para mantenerse en su sitio, abriéndose más para él. Sus caderas se empujaron hacia adelante para encontrarse con las de él mientras sus cuerpos se balanceaban en sincronía. Cada embestida de él enviaba una nueva ola de placer a través de su cuerpo. Y gimió por el intenso placer que le producía.

De repente, ella empujó sus manos contra su pecho.

"Detente, detente," jadeó. "Un preservativo."

Su boca se acercó a la de ella, tratando de evitar que hablara, pero ella se apartó de nuevo.

"Frank..." Ella negó con la cabeza.

"Shh, no te preocupes por eso," susurró él, comenzando a empujar su erección hacia ella.

"Frank," insistió ella.

Oh, le encantaba el sonido de su nombre en sus labios, pero no le gustaban las interrupciones.

Con un rápido tirón, la sacó del alféizar de la ventana, la puso de pie, la volteó y la embistió por detrás.

"¡Ah! ¡Frank!" exclamó y jadeó al sentir su polla dentro de ella de nuevo.

Hizo una pausa.

"Tendré cuidado, cariño," dijo con voz áspera. "Te lo prometo," añadió en un susurro.

Se deslizó hasta la mitad y la empujó con fuerza, haciéndola perder el equilibrio y agarrarse al alféizar de la ventana con las manos.

Su lujuria se volvió loca al sentir sus nalgas contra su ingle, la forma en que su polla se sentía dentro de ella. Empezó a empujarla con más fuerza, gruñendo a cada empujón, manteniéndola en su sitio, aumentando la velocidad, yendo más rápido.

Ginger lo siguió, disfrutándolo, drogada con el vino de coca y la sensación de su abrazo. Ella gimió.

De repente, Lucky se detuvo y acercó sus labios a su oído.

"Si quisiera que disfrutaras de esto, lo harías," susurró. "Y si realmente lo hicieras, lo sabría. No hay necesidad de actuar, amor."

Y con estas palabras, volvió a meterse dentro de ella, con más fuerza aún, empujándola con rudeza como si necesitara ser castigada.

Enfurecida por las palabras, Ginger se sacudió, pero él la mantuvo en su lugar, con una mano envuelta con fuerza alrededor de su cintura y la otra en sus pechos. Siguió adelante, jadeando en su cabello, moviéndose más rápido, pronto golpeándola con todas sus fuerzas, y en un breve momento, se retiró y con un gruñido animal, derramó su semen sobre sus nalgas.

"Joder," exhaló, presionó su frente contra su espalda desnuda y jadeó durante varios segundos. Luego metió su hombría en los pantalones, volteó a Ginger y la besó en los labios.

Rápido y furioso, así le gustaba.

Cuando se alejó, vio confusión en sus ojos. No entendía cómo su dulzura había terminado tan rápido. Por qué había dicho las palabras que había dicho. Los hombres estaban impacientes, pero Frank Handley era un fenómeno inexplicable.

Cuando dio un paso atrás, encendió un cigarro y se quedó estudiando a Ginger, calmando sus nervios.

“Para una ramera de Belle House, podrías hacerlo mejor, cariño,” dijo a través del humo, y sus ojos brillaron con una sonrisa burlona.

La mente de Ginger estalló de conmoción.

¿Mejor?

Ella se paró desnuda frente a él, todavía completamente vestido, y lo miró sin pestañear. Una punzada de decepción la atravesó. ¿Era su costumbre humillar y burlarse de la gente, o simplemente era completamente infeliz en su vida?, se preguntó. ¿Qué hacía allí, entonces? Uno recibe lo que se merece, quiso decir, pero se mordió la lengua. Tal vez tenía razón. Tal vez no estaba haciendo su trabajo lo suficientemente bien. Las únicas veces que aflojaba era con los clientes que venían a follar sin sentido. Sus clientes habituales, oh, nadie podría llamarla aburrida. Pero este hombre de aquí —sonrió Ginger, de pie desnuda frente a él con la barbilla levantada— era diferente.

Tenía varios problemas con él, lo sabía.

Uno, la ponía nerviosa.

Dos, la ponía nerviosa.

Tres... ¡la ponía nerviosa!

No nerviosa de chica nueva, sino nerviosa asustada. No sabía lo que él quería, qué esperar, y tenía miedo de decir o hacer algo malo. Y su carisma era tan abrumador que le resultaba difícil respirar a su alrededor. Lo odiaba. No, no era eso. Solo deseaba tener el coraje suficiente para encantarlo, mostrarle sus caminos, borrar su cinismo. En el dormitorio, ella estaba a cargo de los hombres. Y este hombre no la dejaba ser ella misma. La molestaba, la enfurecía y...la molestaba. En el torbellino de estos sentimientos, sabía una cosa: quería a Frank Handley.

Se miraron el uno al otro, él esperando una respuesta, ella recuperando su confianza.

Iba a enseñarle el arte del placer, pensó. Al final de esa noche, Frank Handley sería su humilde sirviente.

Levantó la barbilla, con la intención de tomar el asunto en sus manos, o entre sus muslos, o lo que fuera necesario para impresionarlo.

“¿Te gustaría...?”

Un fuerte golpe en la puerta derribó sus palabras.

Lucky se giró en la dirección del sonido, luego miró a Ginger desnuda de arriba abajo, sonrió y fue a abrir la puerta.

“Un mensaje para el señor Handley,” dijo una voz, y Lucky leyó un pequeño trozo de papel que tenía en las manos.

Cerró la puerta y se quedó de espaldas a Ginger, ocultando la frustración en su rostro. Luego se dio la vuelta lentamente y se acercó a ella, exhalando ruidosamente el humo del cigarro.

“Me temo que tengo que acortar nuestra pequeña fiesta,” dijo con una sonrisa, fría e indiferente de nuevo, y estudió el cuerpo de Ginger.

Ella parpadeó y él pudo ver la decepción en sus ojos.

“Estoy seguro de que te veré pronto,” dijo, le tomó la barbilla entre los dedos y la besó. Se aferró al beso un poco más, como si tratara de conseguir el último segundo de Maude Daly. Pero en un minuto, se había ido, y Ginger estaba en la habitación vacía perdida y confundida por lo que acababa de suceder.

Se sirvió un vaso de brandy, recorrió la habitación, apagó las velas y se acercó a la ventana.

Estaba oscuro y el edificio temblaba con gritos ahogados, risas y gemidos. La fiesta continuaría hasta el amanecer, pues incluso a los clientes ricos les gustaba obtener el valor de su dinero.

Pero Ginger se sentía extrañamente abandonada. Dos preguntas la atormentaban: si Frank Handley se sentía atraído por ella y, si no, qué estaba haciendo gastando todo ese dinero y marchándose antes de que empezara nada. No, definitivamente le gustaba, pensó y miró hacia la oscuridad de la noche como si la respuesta estuviera en algún lugar, dirigiéndose a St. Giles. Pero qué lástima que todo hubiera sucedido de la manera en que lo había hecho y tan rápido.

La única persona que seguía desconcertada por este misterio era la señora Sharke, que había observado la breve interacción a través de la mirilla de una de las paredes. No obtuvo ninguna información sobre por qué el gángster de St. Giles había pagado todo ese dinero para acostarse con su muchacha. Para colmo, para su asombro, él se había marchado sin apenas haber pasado tiempo con ella. Después de su partida, la señora Sharke regresó a su tocador y se sentó en un sillón durante bastante tiempo, bebiendo brandy y pensando en la vida. Sabía mucho sobre los barrios marginales como para saber que las intenciones de algunas personas allí eran difíciles de descifrar. Sobre todo, las de los delincuentes. Especialmente los poderosos como Rocco o Frank Handley. Especialmente cuando tenían dinero, pero no lo convertían en su prioridad. ¿Tenía Maude Daly algún secreto que el hombre buscaba?

Cosas más extrañas...

Pero pensamientos similares estaban molestando a Ginger después de que Lucky se hubiera ido.

Frank Handley...

El que ella pensaba que tenía menos dinero en la fiesta era el que apenas había conseguido el valor de su dinero.

Vaya, vaya.

La verdad era que Lucky no había venido a obtener el valor de su dinero, ni creía que gastar tanto en el servicio de una mujer estuviera justificado. Y si una mujer valía la pena, uno debería ser lo suficientemente inteligente como para obtenerlo gratis. Y Lucky sí que podía.

Su jueguito era para su propia diversión, y su propósito estaba bien logrado, ya que Ginger repetía los eventos en su cabeza muchas veces.

Sus besos.

Sus ojos.

Su toque.

El hecho de que él hubiera dado este paso para acostarse con ella era un misterio para ella. Un misterio agradable, pensó con una sonrisa. Pero la rapidez con que se acabó la trastornó. La confundió. Le hizo sentir que había asuntos pendientes entre ellos.

Estaba desnuda junto a la ventana, bebiendo brandy, y cerró los ojos, recordando la noche.

Una y otra vez.

Sus labios.

Su voz.

La forma en que se veía, que, a pesar de sus comentarios sarcásticos, la dejó boquiabierta.

Imaginó su mirada en su cuerpo desnudo, sus manos en sus pechos y nalgas, y su polla en sus manos...

Dios, ¿qué era lo que la conmovía tanto de aquel hombre?

Una y otra vez repitió ese momento en particular, excitándose, imaginando cómo podría haber hecho que la noche fuera mucho mejor si no fuera por el misterioso mensaje, por su actitud que no había logrado sacudir. Deseaba poder complacer al hombre despiadado. Con la luz de la luna brillando en la habitación oscura y arrojando un resplandor nebuloso sobre sus pechos desnudos, imaginó las manos de Frank Handley sobre ellos.

Esos no eran los pensamientos de una ramera, sino de una mujer que se sentía atraída por un hombre mucho más de lo que ella había reconocido hasta entonces. Pero los ojos de Frank Handley, del color del acero, sus labios con sabor a humo de cigarro, sus manos ásperas, su hombría no se apartaban de su cabeza. Su mano se metió entre sus piernas y encontró el lugar empapado. Exhaló con tensión y, frustrada, se acercó a la cama y sacó un juguete de madera con forma de pene de la mesita de noche. Aunque no era la suavidad del sexo de Frank Handley, lo hizo bastante bien al liberar la lujuria de Ginger en la oscuridad de la noche.

Los pensamientos sobre la noche con Frank Handley siguieron a Ginger durante los siguientes días. No hubo noticias del hombre. No vio a Finn. Esperó otra asignación, pero no era el dinero que buscaba; más bien era un motivo para otro encuentro.

Pero da la casualidad de que a veces la mala suerte crea buenas oportunidades.

Esta vez, fue el desafortunado encontronazo de Lucky con los forasteros. Cómo se encontraban los hombres en los suburbios de la ciudad desconocida no era un gran misterio. La vida a menudo llevaba a las personas por caminos extraños. Pero la razón por la que comenzaron problemas en lugares en los que no tenían nada que hacer era una simple estupidez.

Pero nadie empezaba a tener problemas con los Bankee en su propia casa.

Lucky estaba de muy mal humor mientras él y varios otros hombres se sentaban en el Moseley's Pub en Seven Dials. Así que cuando entraron los dos extraños, ruidosos y desagradables, chasqueó los dientes, bebió un vaso de whisky y miró a los hombres, que eran demasiado bocazas y lo irritaban mucho.

"¿Qué pasa, Frank?" preguntó Sam, mirando a los hombres. "Déjalos. Solo son escoria."

"Sí, no es por ellos. ¿No, Frank?" Billy soltó una risita, entrecerrando los ojos.

"¿Qué?" preguntó Gnarly Dog, mirando con curiosidad a Frank, que encendió un cigarro y exhaló ruidosamente.

"Parece que tienes un problema, ¿verdad, Frank?" Billy soltó una risita, y también los demás, excepto Lucky.

"Con esa falda elegante de Piccadilly, ¿eh?" Sam asintió, y los demás se rieron de nuevo.

Frank sacudió la cabeza con fastidio y siguió lanzando miradas furiosas a los recién llegados.

Los dos hombres comenzaron a molestar a una joven ramera que parecía no estar dispuesta a hacer negocios con ellos. Pero no la dejaron ir.

No se necesitó mucho whisky o irritación para que esto se convirtiera en una pelea.

"¡Déjala en paz!" gritó Lucky, advirtiéndoles.

Se volvieron para mirarlo.

Estaba sentado con un cigarro en la mano, el codo apoyado en el respaldo de la silla, y los miraba como un halcón.

"Ocupate de los malditos asuntos," le gritaron y siguieron agarrando y acariciando a la chica.

Oh, ahora era asunto de Lucky. Y el pub también. Así que cuando la chica gritó, arrancándose de las manos de los chicos, y uno de ellos escupió y dijo: "Putá", Lucky se levantó, tirando de su silla, se acercó a él y con las palabras: "No repito dos veces", golpeó su puño en la cara del hombre.

No terminaba con un puñetazo.

Nunca lo hacía.

Y nunca cuando los hombres agredidos eran mucho más grandes.

Y nunca cuando sacaban cuchillos.

Pero los puños de Lucky eran conocidos por su ira. Y su ira era conocida por ser despiadada. Y antes de que se sirviera otra ronda de bebidas, los hombres tenían la cara rota, las costillas rotas y no tenían más dinero, que se llevaron y se lo dieron a la ramera, y fueron arrastrados fuera de la taberna con la advertencia de que nunca pusieran un pie en el Giles.

Lucky estaba furioso, jadeante, sudoroso, ensangrentado y con varios cortes y moretones nuevos. Volvió a la mesa y se bebió un trago.

"Malditos cabrones," siseó, con el cigarro flotando entre sus labios recién magullados. Revisó su camisa empapada de sangre y el cuello rasgado. "¡Ah, mierda!" suspiró, irritado, y se sirvió otro trago.

"Sí, Frank..." Billy, que había observado la pelea sin interferencias, como era la regla, sacudió la cabeza y miró a los otros hombres.

"Esa falda elegante debe de ser una buena falda," dijo Sam. Los hombres miraron a Frank maltratado, luego se miraron unos a otros, y se echaron a reír.

Esa noche Finn llegó a la Belle House.

Él y Krissy funcionaban como un sistema de campanas de muelles bien engrasadas, cada uno para su propio beneficio. Le contó a Krissy lo que había sucedido. Nada nuevo, en realidad. Pero cuando subió a la habitación de Ginger, su mensaje fue: "Frank Handley está en problemas."

¡Oh, hizo que el corazón de Ginger latiera fuerte como un tambor de orquesta!

En cuestión de minutos, estaba abajo y salió por la puerta trasera, hablando con Finn.

"¿Cortado y magullado?" La boca de Ginger se abrió en estado de shock.

"¿Qué hay de nuevo?" Finn se encogió de hombros con indiferencia.

Oh, él sabía lo que estaba diciendo. Podría ser que la actitud de Krissy se estuviera contagiando. O ahora que tenía una buena chica que le gustaba, sabía cómo funcionaba todo. En realidad, Frank Handley era su héroe y, más que nada, el padre que Finn nunca había tenido. Seguía a Lucky como un perro leal y lo observaba con admiración, deseando algún día ser como él. Así que, si los Bankees decían que su héroe necesitaba una mujer, Finn le conseguiría una. Si a su héroe le gustaba la ramera en particular, Finn iría hasta la Belle House y la engañaría para que fuera a St. Giles.

"¿Has llamado al médico?" Ginger estaba de pie en la puerta, entre la tenue luz del pasillo trasero y la oscuridad del callejón.

"No."

"¿Por qué?"

Un encogimiento de hombros.

"Está bebiendo. Estará bien," dijo Finn. "Tal vez," añadió, bajando teatralmente los ojos. "¿Quién sabe?" añadió en un susurro que debía llegar a oídos de Ginger.

"¡Ah, Dios!" exhaló, sus ojos se movieron a su alrededor y se detuvo en Finn de nuevo. "¿Por qué no le conseguiste un médico?"

"¿Por qué no va a verlo?" preguntó Finn y la miró.

"¿Cuándo?"

"Sí, ¿ahora? ¿Cuándo si no?"

Evocó una expresión importante.

¿Por qué iba a ir a los barrios bajos por la noche a ver a Frank Handley?

¿Por qué estaba ella parada aquí hablando con un rudo de St. Giles? pensó.

¿Por qué estaba preocupada por el hombre?

¿Por qué fue a ella a quien el chico le dio la noticia?

Tantos porqués, pero su corazón estaba inquieto por la preocupación.

"¿Por qué no? ¿Si quiere verlo? Sobre todo, cuando está así."

"¿Quién dijo que quiero verlo?"

"Sí, ¿por qué tiene que ser tan rígida?"

"¿Rígida?" Ella frunció el ceño, sin entender.

"Si Krissy quiere verme, lo dice. Cuando quieres algo, vas a buscarlo."

"¿Quién dijo que lo quiero?"

Se encogió de hombros.

"En todo caso, él la quiere."

Su corazón se estremeció.

"¿Quién dice?"

"Estaba preguntando por usted." Finn miró hacia abajo, tratando de reprimir una sonrisa.

"Quiere más información, entonces," dijo con una sonrisa.

"Lo mío es el dinero." Su sonrisa desapareció.

"¿Qué es lo que te importa esto, de todos modos?" replicó ella, pero Finn permaneció un rato en silencio, pateando tierra con su bota.

"En habitaciones elegantes, sirviendo a hombres elegantes," dijo finalmente. "Piensan que son mejores que nosotros." Él la miró por debajo de las cejas y volvió a bajar los ojos. "De todos modos. Lo mío es el dinero."

"No lo es."

"Tsk. Él vino para esta fiesta porque quería verla. Usted lo sabe. Estaba todo enojado y sombrío la noche que se fue de aquí. Casi le da una paliza a Jim, que le metió el lío en vano y lo llevó hasta los Giles." Finn soltó una risita. "Debería haber visto la cara de Frank cuando se enteró de que no tenía que venir. ¡Ja!"

Finn soltó una carcajada, pero Ginger lo miró sin rastro de sonrisa, y la suya se desvaneció con la misma rapidez.

"De todos modos," se revolvió, "digo que le encantaría verla, eso es todo."

Suspiró y miró más allá de ella: Krissy estaba de pie junto a la entrada de la cocina en una pose de la mayor modestia.

"Debería irme. Señorita." Él asintió, y Krissy se acercó, mirando inquisitivamente a Ginger.

Ginger dudó un segundo.

"Muy bien, entonces." Se decidió, se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo hacia el Gran Salón.

Miró hacia el pasillo, pero oyó el susurro y la puerta trasera cerrarse. Tragó saliva, frustrada e insegura sobre lo que se suponía que debía hacer. Los clientes estaban en el Gran Salón. Necesitaba entretenerlos. Pero la idea de Lucky, herido y posiblemente en mal estado, no abandonó su mente.

Siguió caminando. Sin duda, Sir Welch la esperaba con impaciencia. Pagaba bien. Era uno de los mejores clientes, pensó, mientras caminaba hacia las risas y el tintineo de las copas que se oían más adelante.

Pero su mente se tambaleaba, dibujando imágenes de Frank, sus ojos burlones esa noche, su "podrías hacerlo mejor" que aún hería su orgullo.

Orgullo...

¿Cuándo lo hizo bien? La había traído a la Belle House, sin duda, y ese era el fin del orgullo tal y como lo conocía. El resto era un juego. Todo era un juego en la Belle House. Hasta que conoció a Richard. Pero también estaba jugando. Resultó que era un cabrón tonto que no valía ni un minuto de su tiempo.

¿Era Frank Handley?

Caminaba por el oscuro pasillo hacia la luz y la alegría lujuriosa más ruidosa que tenía delante.

Sabía que los juegos de Lucky eran peligrosos. Y era un jugador sucio.

¿Le importaba?

¡Oh, ella quería jugar a sus juegos!

El pecho de Ginger se agitó con la frustración que se estaba acumulando dentro de ella. Podía ver la abertura de la sala, a los clientes, a las damas que los adulaban con sus modales arreglados, sus sonrisas fingidas y su dulce perfume cuyo olor parecía empapar cada rincón del burdel. Y quería llorar, no estaba segura.

Disminuyó la velocidad. Su mente era un torbellino de pensamientos.

Sí, quería ver a Frank Handley. La idea la golpeó como un martillo de cien libras.

Quería estar con él.

Ella lo quería.

No importaba el costo, ni las consecuencias.

¿Qué más tenía en esta lujosa casa de clientes interminables, sexo sin sentido y juegos de lujuria?

¿Qué quería con el criminal en las partes de la ciudad en las que ninguna mujer honorable pondría un pie?

¿Un soplo de aire fresco?

¿Una vida fuera de un burdel?

Trató de apartar su vanidad y responder a una pregunta.

¿Quería al hombre, tan oscuro y peligroso, que tiraba de su corazón de una manera extraña que no podía entender y no lo haría a menos que lo volviera a ver?

Sí.

Sí.

¡Sí!

Y antes de dar un paso hacia el salón, Ginger se dio la vuelta y marchó, casi corriendo hacia la puerta trasera.

¡Si tan solo Finn todavía estuviera allí!

Abrió la puerta de par en par hacia el callejón trasero.

"¡Finn!" exclamó en la oscuridad, su corazón latía con fuerza con esta repentina decisión y esperanza.

Hubo una ligera conmoción detrás de la puerta, y Finn emergió de la oscuridad, arreglándose el sombrero.

"¿Señorita?" dijo sorprendido, jadeando cuando Krissy apareció detrás de él, ocultando sus ojos y arreglándose la falda.

"Yo..." Ginger perdió la noción de sus pensamientos, momentáneamente perdida en la confusión y la incomodidad, tratando de mirar hacia otro lado como si no supiera qué decir. Ella

sonrió, luego levantó los ojos hacia Finn, quien la estaba mirando, esperando.

"Finn, ¿lo harías, mmm ... ¿Me acompañarías a St. Giles?", preguntó vacilante. "¿Esta noche?"

Ella lo miró con ojos esperanzados y su expresión se suavizó.

"Claro." Él asintió y sonrió, pero rápidamente ocultó su rostro. "La esperaré aquí."

Y mientras Ginger, tan rápida como el viento, corrió escaleras arriba para cambiarse y tomar su sombrero y guantes, Finn tuvo que luchar contra la frustración de Krissy.

"Tsk, déjala hacer lo suyo. ¿Por qué tienen que irse ahora?" La doncella hizo un puchero de decepción por su propio asunto amoroso inconcluso.

"Es por Frank."

"Todo es por Frank." Krissy hizo otro puchero.

Pero Finn la rodeó con sus brazos y la besó de la manera que a ella le gustaba.

"La próxima vez que venga, será mejor que estés lista."

"¿Para qué?"

"Para mí, dulce, para mí," sonrió y la besó con toda la pasión de un nuevo amante.

Era cerca de la medianoche cuando Ginger y Finn llegaron al callejón, que apenas era perceptible en la oscuridad de la noche, con solo una farola solitaria de gas. Era inusual, porque no había farolas en estas partes de la ciudad. Excepto en este callejón. La regla tácita era que, si la luz estaba apagada, había problemas, y había que usar otras formas para entrar en el edificio.

Esta noche, la tenue luz de gas apenas iluminaba la oscuridad, y estaba inusualmente tranquilo alrededor, excepto por los ladridos de los perros en la distancia y los gritos aleatorios desde el interior de la colonia.

A Ginger le sorprendió que la puerta del edificio de los Bankee estuviera cerrada con llave. Después de que Finn llamara a la puerta, se abrió una pequeña ventana desde adentro para echar un vistazo a los visitantes, y después del sonido del cerrojo y la cadena al ser retirados, se les permitió entrar, y la puerta fue cerrada y encadenada detrás de ellos.

Solo dos hombres estaban detrás del pasillo, en la oscuridad iluminada por una sola lámpara, ambos sombríos, oliendo a licor, y asintiendo en voz baja a Ginger y Finn mientras el chico encendía una lámpara asentada en el suelo y caminaban por el pasillo para subir las escaleras al piso superior.

Se detuvieron ante una de las viejas puertas, el edificio inusualmente silencioso en la oscuridad de la medianoche.

Un golpe.

"Frank," dijo detrás de la puerta.

"Tienes una visita," dijo Finn, asomándose por el oscuro hueco de la puerta entreabierta de la casa de Lucky.

"Uf. ¿Quién coño es en este momento?" dijo irritado.

"Mau... la Señorita Maude," dijo, y vio un atisbo de sorpresa en los ojos de Lucky.

"Déjala entrar. Y cierra la puerta detrás de ti," dijo, y Finn dejó entrar a la mujer, desapareciendo con una sonrisa de suficiencia en su rostro.

"Bueno, bueno," dijo Lucky. "Mira quién está hurgando en St. Giles por razones desconocidas a estas horas de la noche. ¿Buscas problemas?"

Se tumbó a medias en la cama, con la espalda apoyada en la almohada mientras estudiaba a

Ginger con una sonrisa, pero no se levantó.

Su lugar era pequeño. Una habitación. Apenas tenía muebles. Sin decoraciones. Una chimenea, un sofá, una mesa, una cama, en la que él estaba sentado sobre un cojín, y una pequeña mesita de noche junto a ella con un cenicero y una botella. No se podía decir a quién pertenecía el lugar. Parecía casi inhabitado, al igual que la mayoría de los demás en los barrios bajos. Sin embargo, era mucho más grande, demasiado grande para una sola persona en esta parte de la ciudad.

Parecía vacío, y la luz solitaria de una lámpara de gas que hacía que las sombras se encogieran en los rincones lo hacía algo fantasmal. Esta simplicidad tenía sentido. Nunca sabías quién vendría a buscarte a ti o a otra cosa. En el peor de los casos, había que viajar ligero.

Los ojos de Maude evaluaron rápidamente los alrededores y regresaron al hombre.

Parecía estar lejos del valiente e intrépido Frank Handley, al que estaba acostumbrada. Como un oso herido de las jaulas de cebo de osos, herido después de una noche dura destrozando perros, estaba sentado en la cama de un rincón, encaramado contra las almohadas y la cabecera, con el pelo sudoroso alborotado, la mano con la colilla de cigarro quemada apoyada en la rodilla levantada que se apoyaba en la pared.

No se levantó, y eso no molestó a Ginger. La habían tratado peor.

Su ropa estaba esparcida por el suelo. El propio Lucky estaba descalzo y sin camisa, y su pecho peludo se elevaba lentamente a un ritmo pesado. Era la primera vez que lo veía sin camisa, aunque habían compartido un encuentro íntimo, y eso lo hacía parecer expuesto. Herido y aparentemente borracho, parecía más bien un obrero o un marinero.

Estaba bien formado, su torso esculpido y tonificado, con cortes viejos y frescos por todas partes. Un gran hematoma púrpura cubría sus costillas izquierdas como una mancha de tinta. Pero eran las cicatrices las que la conmovieron: nunca antes había visto tantas. Su cuerpo estaba grabado con ellas: cortes, puñaladas, quemaduras y varios tatuajes, deformes y de mala calidad. Encendió un cigarro y fumó, mirándola fijamente, con la cabeza ladeada y los ojos fijos en ella con sardónica diversión. Podía ver el dolor en cada uno de sus movimientos, la forma en que levantaba la mano lentamente como si fuera demasiado pesada, la forma en que sus labios magullados se cerraban cuidadosamente en la punta del cigarro.

Poco a poco se acercó. Se dio cuenta de que algunos cortes en su cuerpo seguían abiertos, demasiada sangre en su piel para el daño. Probablemente no la suya, pensó.

“¿Y bien?” Él la miró fijamente, fumando lentamente.

Estaba enojado, molesto sin ninguna razón en particular. Se sentía perdido, y nunca se le ocurrió que uno solía llamar a esto soledad. Estaba borracho. Y en esta borrachera, vio a Ginger, que de alguna manera era parte de sus emociones que aún no podía entender.

Se quitó el sombrero y el chal, escudriñó la habitación, se acercó al lavabo, revisó los varios trapos que había allí, olfateó algunos de ellos, luego tomó uno y regresó a la cama. Se sentó a un lado de la cama junto a Lucky, cogió la botella de la mesita de noche, la abrió y salpicó un poco de whisky sobre el paño. Ella vaciló por un momento, luchando contra el nerviosismo y el miedo dentro de ella, luego examinó sus hombros y presionó el paño húmedo sobre la herida allí.

Hizo una mueca y sonrió, pero no movió un músculo.

"¿Estás interpretando a una enfermera ahora?"

Ella no respondió, ni siquiera lo miró.

Aspiró cuando ella tocó otra herida, y ella hizo una mueca como si fuera suya.

Lucky podía manejar mucho. Hace una década, podía meterse en una pelea brutal, romperse la nariz y las costillas, y al día siguiente sentir que podía lanzar a otra docena de hombres. En

estos días era diferente. La edad, decían. Lucky tenía apenas treinta años, pero los años duros pasaban factura.

Ginger siguió haciendo lo que hacía, moviéndose de herida en herida. Al cabo de un minuto, volvió a coger la botella.

Se sacudió de repente y se la arrancó de las manos, se la tragó durante varios segundos, se la arrancó de los labios y la dejó en la mesita de noche con un golpe.

Lo recogió lentamente, sin mirarlo, salpicó más licor sobre el paño y lo apretó contra el gran hematoma sangriento de sus costillas.

Aspiró aire entre los dientes.

"¿Qué haces aquí?" dijo con voz tensa, luego terminó su cigarro y lo apagó en el cenicero de la mesita de noche.

Ella no respondió, no levantó la vista, pero siguió atendiendo sus heridas, salpicando más líquido sobre la tela, la única luz de la habitación era la de una lámpara tenue. Los únicos sonidos, sus cuidadosos movimientos.

"¿No tienes clientes a los que entretener en tu palacete?"

Él sonrió.

"No tienes que ser siempre malo, Frank." Ella se detuvo y lo miró, encontrándose con su mirada hostil, los ojos brillando por la embriaguez. Se dio la vuelta y escudriñó la habitación como si alguien estuviera allí, luego se volvió para mirarlo.

"No veo a nadie más aquí cuidando de ti," dijo.

"No necesito a nadie."

"Todo el mundo necesita a alguien."

"Oh, Dios," exhaló. "Perdóname, amor. Si realmente quieres ayudar, ¿por qué no me abres los pantalones y cuidas a mi soldado? Probablemente necesite más alivio que tú interpretando a una enfermera."

Él soltó una risita, sin apartar los ojos de ella, y ella bajó los suyos.

Por lo general, le decía a la persona que se fuera a la mierda, o que te follen, dependiendo de la paga. Pero las palabras de Lucky la cortaron como una cuchilla. Sintió un nudo en la garganta. ¿Por qué? Ella no lo sabía. Quería cuidar al hombre, pero sus palabras siempre respondían dolorosamente. No había muchas cosas que pudieran molestarla, ni los insultos, ni la humillación, ni los abusos ocasionales. Entonces, ¿qué era?

Miró a Lucky, con sus ojos burlones y la ceja levantada. El hecho de que la tratara como a una puta le dolía, porque se daba cuenta de que quería más de él. Ella había venido hasta aquí en medio de la noche para verlo, asegurarse de que estaba bien, preocupada, con ganas de...

Oh, ¿qué quería, tonta mujerzuela?

Se dio cuenta de que lo había hecho por capricho.

Estúpida Maude. Oh, estúpida Maude Daly, pensó.

"¿A qué has venido aquí?" preguntó como si leyera sus pensamientos.

Ella se miró las manos por un momento, luego levantó los ojos para mirarlo.

"Estaba preocupada," dijo en voz baja.

Él soltó una risita, pero ella lo miró con una tristeza que él no entendió.

"¿Por el dinero?" No se rendía.

"No."

"¿Entonces?"

Ella vaciló.

"Si te dijera," dijo en voz más baja, "que quiero asegurarme de que estés bien, pensarías que

quiero algo. Entonces, ¿qué quieres escuchar?"

Su pecho se sacudió en una risita silenciosa. ¿Estaba adoptando un enfoque diferente? se preguntó. ¿Estaba interpretando a él?

Puso los ojos en blanco. "Piérdete, cariño," dijo bruscamente.

"¿A qué le temes, Frank?"

"Sal," dijo más alto y la miró con frialdad, luego sonrió. "A menos que quieras cuidarme de otra manera." Hizo un gesto con los ojos hacia la ingle.

Tragó saliva, guardó el paño y lo miró fijamente. Le devolvió la mirada, expectante, burlona, pero vacilante. No lo decía en serio, pensó. ¿O sí? Con Lucky, ella nunca sabía lo que él quería, lo que quería decir, como si la vida fuera solo un gran juego para él. Pero ella sabía lo que quería. Ella lo quería. Y ella quería que él la deseara a ella. Pero, Dios, tenía miedo, como si el hecho de que él le dijera que no o la alejara fuera su mayor fracaso hasta el momento.

Bien, entonces, pensó. Ella cuidaría de él. Era una ramera, ¿qué hay de nuevo?

Se acercó a él por el lado de la cama, se inclinó y lo besó suavemente en los labios, que no se movió para responder.

Cuando ella se apartó, él arqueó una ceja, sin dejar de mirarla burlonamente, aunque con cierta vacilación.

Lo hizo de nuevo, besándolo más largo esta vez, separando sus labios, encontrándose con su lengua. Su mano encontró su ingle, con su virilidad suave y nada de soldado, y siguió frotándola a través de sus pantalones, sintiendo que se abultaba. La esperanza revoloteaba en su corazón mientras seguía adelante, los movimientos de sus dedos coincidían con el ritmo de sus labios y su lengua, que acariciaba la suya, ahora más insistente. Sabía que se estaba comunicando con él. Al menos de esta manera. Definitivamente estaba llegando a sus propias necesidades, sintiendo el calor entre sus piernas. Ella se apartó, se movió hacia atrás a lo largo del borde de la cama y le desabrochó los pantalones.

Él la miraba sin pestañear, tenso por la excitación que se estaba acumulando en él, pero tratando de no mostrarlo. Puso un brazo detrás de su cabeza y bajó la pierna, dejando que ella le bajara ligeramente los pantalones, y finalmente liberó su erección.

Contuvo la respiración, temeroso de traicionarse a sí mismo con un jadeo. Pero él estaba tenso por un placer que lo abrumaba mientras ella le acariciaba la polla de arriba abajo varias veces, luego la soltó, se levantó, recogió la parte inferior de su falda y se subió encima de él, sentándose a horcajadas sobre él.

Ella estaba a punto de hacer lo que él quería cuando él la agarró por la muñeca y sus ojos se dispararon hacia él.

Un gesto de asentimiento hacia atrás.

"Quítate la ropa," dijo en voz baja, como si la desafiara.

Tragó saliva. Se sintió excitada, aunque era una sensación extraña, mezclada con miedo. Miró a Lucky y se levantó de la cama.

Con un brazo todavía detrás de la cabeza, observó en silencio cómo ella se tomaba su tiempo para quitarse el vestido y el corsé y los dejaba caer al suelo. Se quitó los zapatos, se quitó las medias y dudó un momento antes de coger la parte inferior de la camisa y quitársela.

Ella estaba desnuda frente a él, agradecida por la tenue luz de la lámpara que ocultaba su tensión. Estaba sorprendida de sí misma: una cortesana de Belle House que se sentía incómoda frente a un matón de St. Giles.

Sus ojos se deslizaron por su cuerpo como si la evaluaran y se detuvieron en sus partes íntimas.

Como es arriba, es abajo, pensó, mirando el triángulo rojo que cubría su sexo. Tan limpio y bien formado. Las cortesanas de Belle House sabían cómo cuidar sus cuerpos, pensó y sintió que una ola de deseo recorría su cuerpo hasta su polla. Era hermosa. No era la primera vez que la veía desnuda, pero ahora estaba en su habitación, en sus propios términos, y ahora, borracho y descuidado, se tomaba su tiempo para estudiarla. Sus ojos se deslizaron hacia arriba, deteniéndose en sus pechos, y volvieron a subir a su rostro.

“¿Es esto lo que quieres?” preguntó ella en voz baja y dio un paso hacia él. Lentamente tomó su mano y deslizó sus dedos entre sus muslos, presionándolos contra su sexo, cálido y húmedo, haciéndole saber que estaba lista.

Su sonrisa la siguió mientras ella se subía encima de él de nuevo, con su polla en el aire frente a la unión de sus muslos. Sin romper el contacto visual, se levantó y se puso encima de él, hundiéndose en él solo un centímetro, luego más y más profundo, volvió a subir y se hundió sobre él de nuevo. Sus ojos estaban fijos en los de él mientras continuaba el ritmo, su cuerpo estaba tenso, sin saber qué esperar, conteniendo la respiración, con sus dedos acariciando tímidamente la piel magullada de su estómago.

No se quitaban los ojos de encima, como si trataran de leer los pensamientos del otro. Ella levantó la barbilla, mirándolo a la defensiva mientras subía y bajaba por su erección. Iba despacio, sus caderas hacían un balanceo circular mientras bajaban a la base. Su espalda estaba erguida como si estuviera montando a caballo, y su corazón estaba en su garganta como si fuera una cortesana en entrenamiento.

No entendía por qué este simple acto sexual era tan diferente esta vez. Por qué su corazón se aceleraba ante la mirada de este hombre. Quería mostrar confianza, pero su mirada la derribó en cuestión de segundos. No podía hacer nada bien con él. Y sus ojos parecían estar juzgando, como si ella no fuera lo suficientemente buena. Indiferente a lo que ella estaba haciendo, excepto por su polla, dura como una roca.

Oh, Lucky no era indiferente. Sus ojos estudiaron su cuerpo y se maravillaron al verlo, el contraste de su piel blanca con la de él, más oscura, ensangrentada y magullada. Una bella y una bestia. La sensación de su coño en su polla envió un temblor de placer a través de su cuerpo, sin embargo, trató de no gruñir, ocultando su excitación como si ella no lo estuviera complaciendo, sino que estuviera allí para su mero entretenimiento.

¿Lo hacía?

Se lo follaba como si estuviera haciéndolo con otro cliente, con cuidado y sin ningún rastro de emoción.

¿Por qué estaba aquí?

Finalmente se dio por vencido y exhaló con satisfacción.

"No te pagaré por esto," dijo con amargura y sonrió. Su único brazo todavía estaba detrás de su cabeza, pero los dedos estaban curvados en un puño, la única señal de su tensión.

Todavía no la había tocado. Había un destello de vacilación en sus ojos, pero no se detuvo.

"Si no te estás complaciendo a ti misma, ¿qué estás haciendo, entonces?"

Sus palabras la golpearon como hondas. Bajó los ojos. ¿Por qué no iba con él? Una punzada de dolor le atravesó el corazón, pero ella siguió subiendo y bajando por su polla, haciendo lo que mejor sabía para complacerlo. Era todo tan extraño: su sexo se excitaba, se frotaba contra el de él, pero el resto de su cuerpo estaba tenso por el nerviosismo, su corazón pesado y su mente confundida. Trató de parecer indiferente, pero sintió un nudo en la garganta.

"¿Crees que no tengo suficientes mujeres que hagan esto para mí?" preguntó, estudiando su cuerpo sin tocarla como si fuera una prostituta más que lo sirve.

De repente, ella se detuvo y levantó los ojos hacia él.

Sintió una ola de desesperación, de tristeza, lo que fuera que la estaba asfixiando, aferrándose a su corazón. Si ella no podía complacerlo y él no lo necesitaba de ella, entonces ¿qué estaba haciendo aquí, realmente?

Tragó saliva, se levantó un poco para dejar que él se deslizara fuera de ella, desvió la mirada, luego se levantó de la cama y recogió su camisa del suelo.

Sus palabras dolían. Había sido tratada peor por los demás. Pero las palabras venían del hombre que ella quería y por el que se preocupaba, y vino hasta St. Giles para verlo en medio de la noche. Pero él no quería que volviera, y la idea la hirió.

¡Oh, Ginger! Después de todo lo que había pasado en su corta vida, nada podía derribarla fácilmente, pero este matón y su actitud descuidada llegaron a lo más profundo de ella.

Tsk, tsk.

Rameras.

Abrían las piernas con facilidad, pero tenían cuidado de a quién le abrían el corazón. Y ése era el problema de Ginger, porque le dolía el corazón por Lucky, y se dio cuenta de que el suyo no le dolía por ella.

Había terminado aquí, pensó. Al diablo con el hombre que no le daba valor a nada más que a los sueños rotos de los barrios bajos. Trató de recomponerse, pero las lágrimas le asomaron a los ojos y le temblaron las manos mientras buscaba a tientas su camisa.

Pero en ese mismo momento, tan rápido como un perro callejero, Lucky se abalanzó sobre ella y la tiró de sus pies tan rápido que ella no se dio cuenta de lo que había sucedido hasta que estuvo boca arriba en la cama junto a él, con su brazo envuelto alrededor de su cintura.

Ella lo miró conmovida y se encontró con sus ojos, brillando con un brillo peligroso.

“Quítate de mí,” siseó ella y lo apartó con todas sus fuerzas, tratando de levantarse. Pero él luchó contra ella, la agarró por las muñecas y le sujetó las manos por encima de la cabeza, ahora con su cuerpo encima de ella.

“Déjame ir, bastardo,” se esforzó por decir, retorciéndose, tratando de liberarse.

“Oh, ¿ahora te quieres ir?”

Era más fuerte que ella. No tenía ninguna posibilidad, pero se retorció bajo su peso, tratando de escapar. Ella ya no quería esto. No quería a ese hombre vil, sus sonrisas, sus comentarios condescendientes. Herían sus sentimientos, y los sentimientos eran las únicas cosas que las rameras no tenían a la venta.

Ella siguió retorciéndose mientras él le sujetaba las muñecas con una mano mientras la otra se deslizaba hacia su cara, palmeando su barbilla, forzando su rostro hacia él. Ella lo miró, se encontró con su mirada y él lo vio: las lágrimas brotaban de sus hermosos ojos verdes.

De repente, su agarre se suavizó.

Su corazón se hundió.

No estaba muy seguro de lo que estaba sucediendo y de por qué este juego se había convertido en algo que la hacía llorar. Los años en las calles le habían enseñado a Lucky cómo era el dolor, y ahora le devolvía la mirada, emociones que no había visto antes en nadie porque nunca había sido la causa.

“Te odio,” susurró ella, mirándolo a los ojos, tratando de no pestañear, sus ojos, charcos de agua.

Ella volvió a sacudirse, pero él la mantuvo en su sitio, con la mano todavía acariciándole la cara.

“No, no,” susurró él, con el corazón repentinamente cargado por algo desconocido.

No esperaba estas palabras, ni le gustaban. Le dolía el cuerpo, pero no lo sentía. No era nada comparado con las repentinas emociones que lo inundaron. La quería a ella, a esa belleza pelirroja. Su cuerpo sentía el de ella debajo de él, su piel apretada contra la de ella, su erección aún estaba libre y palpitaba para la acción. Pero eso no era lo único que quería. De repente, se dio cuenta de que podía perder este momento y no volver a tenerlo nunca más. Si la dejaba ir con todo ese dolor y malentendido, es posible que nunca la volviera a ver. Lucky no tenía miedo de mucho, pero este pensamiento repentino de una fracción de segundo lo asustó.

Mentiría si dijera que su corazón no se estremeció con una extraña alegría cuando ella entró en su habitación.

Mentiría si dijera que no se alegraba de que ella no se hubiera marchado cuando él se lo había dicho.

No, no quería dejarla ir.

La quería aquí.

En sus brazos.

Con él.

Encima de él.

A su lado.

"Te odio," susurró de nuevo, parpadeando, y las lágrimas se deslizaron por sus sienes. Pero no había odio en sus ojos, solo dolor. Y lo vio.

"No, no lo haces." Él negó con la cabeza, queriendo que ella se retractara de sus palabras.

¿Podría ser que ella no quería nada, solo a él, Lucky?

Ella se sacudió de nuevo, tratando de liberar sus muñecas, sus pechos llenos se movieron contra su pecho. Parecía tan tímida y vulnerable ahora que él quería castigarse a sí mismo por haberle hecho esto. Más que nada, la quería en sus brazos, tocándolo suavemente como lo había hecho minutos antes, antes de que lo arruinara.

Acercó su rostro al de ella y la besó.

Suavemente.

Tan suavemente como pudo.

Luego se apartó y la miró.

Ginger aún no sentía el cambio en él. Sacudido de nuevo. Pero él volvió a besarla en respuesta.

"Shh," le susurró en la boca mientras sus labios rozaban los de ella.

Se apartó y, sin apartar los ojos de los de ella, le soltó las muñecas y la cara.

Usó sus manos libres para empujar su pecho. Pero él envolvió sus dedos alrededor de sus muñecas, esta vez suavemente, y sacudió la cabeza, parpadeando lentamente.

"Shh, detente," susurró y vio que algo cambiaba en su rostro.

"Detente," susurró de nuevo, acariciando sus dedos presionados contra su pecho.

Captó la sorpresa en sus ojos, porque su mirada también era diferente. Ya no era enojo ni burla. En cambio, buscó algo en sus ojos, como si pudieran explicar lo que sentía sin palabras.

Sus manos se soltaron. La sumisión y la esperanza en sus ojos atrajeron algo en él, y su mano se deslizó hasta su cuello y volvió a acariciar su rostro mientras sus labios se apretaban contra los de ella en un beso.

A veces, el punto de quiebre puede ser tan invisible como un parpadeo en el ojo, o un beso que es tan diferente a cualquier otro anterior.

Lucky siguió besando a Ginger, primero suavemente, luego con más insistencia, su pulgar acariciando su mejilla. Sintió que su cuerpo cedía, se ablandaba, y sus manos se envolvían

tímidamente alrededor de su espalda. Su mano se deslizó hasta su pecho, lo apretó suavemente, y su boca captó su tímido gemido, su lengua que se encontraba con la suya con más intensidad. Algo se liberó dentro de él. Sintió una ola de deseo tan fuerte que le dio vueltas en la cabeza más rápido que el alcohol. Su mano se deslizó para envolverla alrededor de su cintura, apretándola más cerca de él, y sus piernas se abrieron para dejarlo entrar. Sus caderas se acercaron a las de él. El núcleo palpitante entre sus piernas buscó su erección, que era más dura que una roca, hasta que se encontraron, y él se abrió paso a empujones.

Exhaló con un gruñido, finalmente se dejó llevar, se retiró un poco y esta vez metió su polla aún más profunda, sintiendo cómo sus rodillas se elevaban y sus muslos se abrían más. Volvió a meterse. Su placer encontró el de ella en su gemido, suave y sumiso. Su boca se amoldó a la de ella, su lengua se encontró con la de ella, y se fundieron en un beso tan intenso como si pudieran alcanzar con él la profundidad de sus sentimientos. Su mano ahuecó la parte posterior de su cabeza, empujándola como si sus bocas pudieran acercarse más. Metió su polla más profundamente en su núcleo, haciéndola gemir, apretando su cuerpo entre sus brazos en un abrazo sofocante como si pudiera follarla a través de ella, y se detuvo durante varios segundos en esta cercanía. Luego movió las caderas para deslizarse hacia afuera y empujarla de nuevo, deteniéndose de nuevo por un momento. Cuando empujó la siguiente vez, no se detuvo. No la miró para ver su reacción, sino que siguió empujando, ganando velocidad, más rápido y más profundo, sin miedo a sus propios gemidos, que se entrelazaban con los de ella. Podía sentir cómo ella le acariciaba el pelo con una mano, la otra en la espalda, se deslizaba hasta la cintura, le apretaba las nalgas y las presionaba con más fuerza contra ella, y gruñó. Este placer era embriagador, devorador, cegador. Le besó la boca, las mejillas, las sienes, tratando de alejar con un beso el dolor que era tan bueno infligiendo a los demás, porque era su trabajo. Y a cambio, ella apretó su cuerpo con más fuerza contra el suyo, sus manos se deslizaron por toda su piel, las cicatrices, los moretones, los cortes que parecían doler menos, como si su tacto tuviera poderes curativos. Él estaba empujando con fuerza, delirando en su lujuria entre sus muslos, como si tratara de joder el malentendido, y llegó al clímax con un fuerte gemido que era casi vergonzoso. Jadeó en su cuello y se quedó así, tratando de orientarse, asombrado por esta pasión incontrolable, besando suavemente la piel de Ginger. Era tan diferente a él, estas caricias, que se sentía avergonzado. Se apartó de ella, se hizo a un lado, se subió los pantalones y se detuvo, mirándola a los ojos.

Ella le devolvió la mirada, en silencio, con los ojos muy abiertos y brillando con algo febril, como si lo viera bajo una luz diferente.

Así, todo cambió como si hubiera sido volteado por una fuerza extraña y enviado en una dirección diferente.

Sin palabras.

Sin comentarios.

El duelo había terminado.

El silencio que duró algún tiempo fue más fuerte que cualquier palabra que pudiera explicar lo que acababa de suceder.

Finalmente, Lucky se movió. Sus dedos alcanzaron su rostro y le acariciaron la mejilla.

"No quise herirte, cariño," dijo en voz baja. "Es solo un mal hábito mío."

Era un esfuerzo, por pésimo que fuera, de enmendarlo, porque esta criatura pelirroja frente a él estaba haciendo una extraña magia en él. Oh, cómo quería mantenerla cerca, se dio cuenta. Él le dedicó una sonrisa de borracho.

Se alzó sobre el codo para ponerse a su nivel.

"Disculpas aceptadas," dijo.

"¿Fue una disculpa?" preguntó. Sin sonrisas. No quería arruinar esto.

"¿No lo fue?" Ella lo miró a los ojos, pero sin sonreír.

"Tal vez, solo un poquito," dijo, con los ojos suaves por la calidez.

"Tomaré un poquito," respondió ella, pero aun así no sonrió. Lo decía en serio. Él la vio y la acercó para darle un beso cuidadoso.

Cuando ella se alejó, finalmente vio una sonrisa tímida en sus labios. Las sonrisas tímidas de las rameras eran peligrosas, pensó.

"Tengo curiosidad por saber cuál es tu buen hábito." Ella levantó la mano vacilante y le acarició la mejilla, pasando ligeramente el pulgar por su labio magullado, imitando su caricia.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

"¿Te gustaría saberlo?" dijo en voz baja.

"¿Me gustaría?"

¿Le gustaría? Ella lo miró vacilante.

Sonrió con picardía. Oh, él se lo iba a mostrar. Quería complacerla, ver cómo se veía cuando llegara al clímax, porque aún no lo había hecho. Puede que Lucky no fuera el mejor de los amantes, pero había tenido muchas mujeres que aprendían lo que querían y cómo dárselo. Si estaba de humor, eso era. Si valían la pena. Y Maude Daily era definitivamente todo lo que quería en ese momento. Quería volver a oír sus gemidos y ver su sonrisa satisfecha. Porque ese era uno de los poderes de los hombres: poder complacer a las mujeres. Las mujeres lo tenían fácil: los hombres eran criaturas simples y no requerían mucho. Sin embargo, al revés...

La atrajo hacia él y la besó con avidez, esta vez con la lengua en su boca insistente y contundente. Ambos de costado, apoyados en un codo, tenían una extraña simetría, ella blanca y grácil, él más musculoso, con la piel oscura por el pelo y los moretones.

Sus labios se movieron hacia su cuello, sus hombros, su clavícula y hasta sus pechos. Sus dedos jugaron con uno de ellos, rodeándolo y apretándolo, su boca montando su pezón. Ginger jadeó de placer, deslizó sus dedos en su cabello, pero no le quitó los ojos de encima mientras él lamía su pezón, luego subió a su pecho con sus labios, tratando de tomar todo lo que pudo en su boca. Su mano abandonó el pecho y se deslizó hasta la unión entre los muslos de ella y el triángulo rojo. Ginger exhaló pesadamente y cerró los ojos. Lucky se apartó y observó su rostro mientras sus dedos acariciaban su sexo.

Estaba mojada, desbordada. Le hizo sonreír mientras sus dedos, cubiertos de sus jugos, se deslizaban más profundamente, se abrían paso entre sus nalgas y hasta el orificio de su espalda, haciéndola gemir. Le cogió la boca entre las suyas, le chupó el labio inferior y la soltó, con los ojos entrecerrados de nuevo clavados en ella. Sus dedos volvieron a subir hasta su clítoris, luego, presionando con más fuerza, volvieron a bajar hasta la entrada trasera de ella.

"Ah," exhaló Ginger en su boca y empujó su sexo en su mano mientras sus dedos seguían mojado toda la hendidura de sus nalgas.

De repente, se detuvo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

"¿Te gusta?" susurró y le rozó los labios con la lengua.

"Sí," susurró ella.

"Entonces quiero que te pongas de rodillas," dijo.

Sus ojos se clavaron en los de él, pero no se movió.

"¿Señorita Daly?" Ladeó la ceja con un peligroso brillo en los ojos. "No tengas miedo. No te haré daño," dijo él, añadiendo en voz baja, "a menos que eso sea lo que te guste," y a ella se le

puso la piel de gallina.

Vaciló un segundo más, luego, despojándose de la timidez, se levantó de la cama e hizo lo que él le dijo.

Al cabo de un segundo, estaba de rodillas detrás de ella, estudiando sus nalgas y su sexo, con todos sus encantos a la vista frente a él.

Hermoso, pensó. Sus labios se abrieron en una sonrisa traviesa y sus manos comenzaron a acariciar sus muslos.

Vio que el cuerpo de Ginger se movía al tocarlo, y su polla se endurecía de deseo. Quería clavársela, primero en el coño y luego invadir el capullo de rosa entre sus nalgas. Pero tenía que ser paciente, lo sabía. Esperaba que volviera. Quería que volviera. Entonces haría todo lo que quisiera con ella.

Ahora, le acariciaba los muslos y las nalgas, excitado al verlo, notando cada leve respuesta de su cuerpo. Oh, ella tenía un lindo trasero, blanco, lleno y redondo. Sintió que su polla se endurecía dolorosamente al pensar en él dentro de ella, y deslizó sus dedos entre sus piernas, queriendo volver a sentir su sexo en su mano. Ella exhaló de placer y separó un poco más las piernas, acercando las caderas a él, ansiosa por tocarlo. No se detuvo. Sus dedos exploraron suavemente su sexo, deslizándose en su humedad, palparon el tejido sensible de sus pliegues, los suaves montículos alargados de sus labios, la protuberancia entre ellos. Sus dedos se ralentizaron, frotando el clítoris hinchado mientras Ginger gemía y arqueaba la espalda.

Oh, apenas podía contenerse. Una mano se deslizó hasta su ingle y frotó su polla, esforzándose de deseo en sus pantalones, mientras la otra seguía complaciendo a Ginger, sus dedos se deslizaban a cada lado de su clítoris, rozándolo, luego retrocediendo hasta sus pliegues y presionando ligeramente la entrada de su núcleo.

Sus dedos se movieron hacia arriba y se deslizaron entre los dos montículos de sus nalgas, mojando la rajadura.

Ginger arqueó la espalda y le empujó la mano.

"¿Te gusta esto?" susurró.

"Sí," exhaló, arqueando la espalda con placer.

Por supuesto que le gustaba. Lucky sonrió, luego la miró por detrás con un brillo diabólico en los ojos y se inclinó.

Al segundo siguiente, sus manos agarraron sus dos mitades, las abrieron y su lengua se hundió en el capullo de rosa entre ellas, cubriéndolo con su lengua.

Ginger gritó de placer.

No la soltó, sino que movió la lengua y cerró los labios alrededor de ella.

"¡Ah! Ginger," exhaló de placer.

No se detuvo. Sabía lo que hacía, lo que más le gustaba, y se le daba bien. Empezó a mover la lengua, subiendo de vez en cuando por el orificio de la espalda con la boca, y Ginger gimio una y otra vez. Débil de placer, se agachó hasta los codos y enterró la cara en la almohada, con el trasero en el aire y aún más expuesto para Lucky, que pasó la lengua por la hendidura del centro, haciendo que Ginger gimiera en la almohada. Una mano se deslizó entre sus piernas, acarició su sexo, rodeó su clítoris. Pero su boca y su lengua no dejaron de trabajar furiosamente en el punto oculto de placer entre sus nalgas.

Desvergonzada en su placer, Ginger se empujó contra su cara. Ella gimio en sincronía con sus caricias, los golpes de su lengua, y los destellos cegadores de placer. Con una mano acarició sus nalgas mientras los dedos de la otra se abrían paso lentamente hacia la entrada oculta dentro de sus pliegues. Deslizó la punta de un dedo dentro de ella, empujando hacia adentro, no

demasiado profundo, y siguió haciéndolo mientras la punta de su lengua empujaba repetidamente su otro orificio. Ella gimió, fuerte e incontrolablemente, su cuerpo tembló de tensión y estalló en una serie de gritos. Siguió invadiéndola, captando los últimos espasmos de su clímax, luego cubrió sus nalgas con los últimos besos hasta que Ginger se calmó y se levantó de los codos sobre sus manos nuevamente.

Lucky la soltó, se limpió la boca con el dorso de la mano, recogió la botella de la mesita de noche y tomó un gran trago de whisky. Luego se dejó caer con cuidado en la cama, encendió un cigarro y, dando una calada, miró a Ginger.

Seguía respirando con dificultad, aunque más tranquila, más hermosa que nunca. Estaba sentada sobre los talones, con las manos en las rodillas como una mascota. Un rubor de placer manchó sus mejillas, sus ojos brillaban de lujuria y su cabello pelirrojo era un desastre. No necesitó preguntar para saber que lo había disfrutado. La estudió en silencio a través del humo del cigarro, tratando de calmar la tensión en sus pantalones que era casi dolorosa.

Era una ramera, pensó, porque sus ojos se deslizaron por su cuerpo y se detuvieron en el bulto de sus pantalones. Sus ojos volvieron a mirarlo. Estiró la mano y se la metió en los pantalones abiertos.

Sus ojos no se apartaron de los de ella cuando su mano encontró su virilidad dura como una roca y ella sonrió.

Parpadeó lentamente y exhaló al sentir sus dedos sobre su carne.

No se le escapó. Oh, ella quería complacerlo. Quería estar cerca de él, aunque solo fuera por una noche.

Le bajó los pantalones y se los quitó.

¡Finalmente!

¡Frank Handley en toda su majestuosa desnudez frente a ella!

Su erección rugiente estaba en el aire, el cigarro aun ardiendo entre sus dedos, y sus ojos seguían clavados en ella tan intensamente como si pudieran obligarla a hacer lo que él quería.

Se arrodilló entre sus piernas, abriéndolas más, y colocó los dedos de ambas manos por encima de sus rodillas.

Lentamente, sus dedos subieron por sus muslos.

Apenas aplicando presión.

Como si examinara la piel.

Como si buscara el camino en la oscuridad.

Hasta la ingle.

Lucky apenas respiraba, congelado por la expectación.

Los pulgares de Ginger rozaron sus testículos, rodearon su polla hambrienta, evitándola, como si se abrieran paso a través del pelo grueso hacia sus caderas, y luego bajarán por los lados.

Ella lo miró fijamente.

“Puede que termine antes de que tú empieces,” susurró y se rio. Quería que se fijara su virilidad, pero en su lugar dio otra calada al humo, con los ojos fijos en la mujer que tenía entre las piernas.

Las manos de Ginger volvieron a subir hasta sus caderas. Ella se inclinó hasta su erección, y sus labios dieron un ligero tirón a la punta.

El gruñó.

Lo hizo de nuevo, luego pasó la lengua por la sensible parte inferior de la coronilla, la besó suavemente y levantó los ojos hacia él.

“¿Te gusta?”

“Sí,” susurró, con los ojos ardiendo de deseo. “No te detengas,” murmuró y sintió la necesidad de meter su erección en su hermosa boca hasta la empuñadura.

Una sonrisa parpadeó en sus labios y su lengua rodeó la punta de su dureza. Nunca antes Ginger había servido a un hombre con tanta moderación y cautela. Nunca antes había tenido miedo de hacer algo malo. Pero lo iba a hacer a *su* manera. No tenía prisa, o tal vez era uno de sus juegos, pues era lenta, trazando la longitud de su polla con los besos, mordiéndola con los labios. Su lengua lamió la parte inferior de su pene y los testículos, jugando con él, y eso volvió loco a Lucky.

El gruñó.

“Maude...” exhaló, apagando con impaciencia su cigarro y agarrándole la cabeza con ambas manos. Pero antes de que pudiera mostrarle lo que quería, ella lo agarró de las manos y las sujetó a la cama a cada lado de sus caderas, levantando los ojos hacia él.

“Tranquilo,” susurró ella, sus labios tocando la punta de su polla mientras hablaba.

Exhaló ruidosamente, frustrado por la tensión y deseando que ella lo acogiera. Él quería que fuera rápido, pero ella se estaba tomando su tiempo. Mordisqueando la piel de su virilidad, con la punta de la misma, bajando hasta la base y la piel sensible en la unión de sus muslos. Y había un placer palpitante en su lentitud, pero él apenas era capaz de contenerlo. Su boca volvió a subir y se acercó a la punta de él. Movié las caderas hacia arriba, presionando ligeramente su erección en su boca. Ella lo atrapó, presionó sus manos con las suyas y envolvió su polla en su boca. Sus gruñidos de nuevo, ella sabía que él lo quería rápido, pero disfrutaba de este poder suyo, así que volvió a levantarse y comenzó a besar su polla de nuevo, suavemente, acariciándola con su lengua.

Él gimió, y sus manos bajo las de ella agarraron la sábana. La presión se estaba acumulando en su ingle y pensó que iba a estallar.

“Maude...” exhaló.

Era una súplica, lo sabía, y no quería molestarlo más de lo debido. Así que envolvió su boca sobre la punta de su virilidad y lo aceptó, hundiéndose más, bajando casi por completo, sintiéndolo en el fondo de su garganta. Volvió a levantarse y se hundió sobre él de nuevo. Podía oír su respiración entrecortada, podía sentir cómo le retorció la pelvis, levantando las caderas de la sábana. Ella soltó sus manos y usó una de las suyas para mantener su erección en su lugar, mientras la otra tomaba sus testículos, apretándolos suavemente.

Él gimió, y ella aceleró la velocidad, llevándolo tan profundo como pudo, sus mechones rojos sueltos tocando sus rizos oscuros. Tomó su cabeza entre sus manos, pero no la empujó, solo la guio suavemente y cerró los ojos, cediendo al placer celestial. Le dolía el cuerpo por las heridas, y le dolía la ingle por la ola de placer que se apoderó de él mientras Ginger tomaba su virilidad. Mantuvo el ritmo, sus dedos acariciando la carne, con su boca húmeda y cálida, succionándolo hacia el placer más profundo hasta que su cuerpo se puso rígido, el agarre de sus manos se apretó y el líquido tibio llenó su boca mientras Lucky prorrumpía en una sucesión de gruñidos repetidos.

Permaneció inmóvil durante un breve rato, con los ojos entrecerrados fijos en el techo, como si viera a Dios.

Ginger se acercó y se apoyó en el codo a su lado, mirándole a la cara.

Sus dedos le rozaron el pecho y él se movió por fin. Cogió un cigarro, lo encendió y dio una calada profunda, exhalando ruidosamente con alivio.

Se miraron el uno al otro durante un minuto, con el humo y la tenue luz de la lámpara entre ellos. Se oyeron voces afuera, un perro ladró, pero no pronunciaron una palabra. En cambio, se

miraron profundamente a los ojos como si este silencio contara su historia. Su arrogancia desapareció en el momento en que se dio cuenta de que su hostilidad era como su lucha: protegerse a sí mismo. Y comprendió que, para ser una ramera, ella era más vulnerable de lo que intentaba aparentar.

La comisura de la boca de Ginger se torció en una sonrisa. Estudió el rostro de Lucky: las cicatrices, el labio magullado. Los hombres tenían cierto temperamento en la cama. Casi nunca cambiaba. Como comer. Como caminar. Como la forma en que uno se reía. Lucky era un hombre rudo. Sus movimientos eran bruscos y rápidos. Pesado. Fuerte. Incluso cuando trataba de ser amable. Follaba como vivía: rápido, puntual y siempre al mando. Como si temiera que este momento se le escapara. Que, si mostraba ternura, se vería como una debilidad. Ginger se preguntó si podría hacer que lo soltara. Haz que confíe en ella. Dejar que ella dirija. Tal vez no ahora, pero sí más adelante.

Quizás...

Ojalá...

Todo el mundo tenía un punto de quiebre. Ginger no quería romperlo, pero se preguntaba si podría cruzar al otro lado, donde podría verlo todo. Era un hombre rudo, pero defenderse con la misma arma era inútil, así que ella usó la suya propia: ternura.

Ella sonrió al pensarlo, luego se inclinó y besó sus labios magullados. Ahora se sentía en paz, sabiendo que su lado áspero era solo una tapadera. Que las duras palabras que le lanzó fueron un escudo contra sus propios sentimientos. Ella lo miró sin miedo, le acarició los labios con el dedo índice y los besó de nuevo. Luego le plantó besos como plumas en la barbilla y a lo largo de la mandíbula, rozando su suave piel contra la suya, áspera y magullada. Notó que Lucky se tensaba y levantó la vista para mirarlo a los ojos.

“No te detengas,” dijo él en voz baja, y ella siguió besándolo.

Exhaló con satisfacción, pero, impaciente de nuevo, la agarró por la nuca, la apartó, encontró su boca con la suya y la besó con avidez.

A ella también le gustó. Pero eso no era lo que ella quería.

“Tan impaciente,” susurró ella, riéndose. Le quitó suavemente la mano del cuello y acercó los labios a la clavícula. “Relájate, Frank,” dijo ella, ganando confianza.

Oh, era una ramera, de acuerdo, que ya estaba haciendo sus pequeños trucos, pensó Frank. Esta inusual sensación de dulzura le resultaba incómoda, pero la disfrutaba. Una ola de placer se apoderó de él mientras Ginger se movía a lo largo de su pecho, besando sus cortes, heridas, quemaduras. El placer no era tan excitante como calmante, como una canción de cuna. Cerró los ojos, quería decirle que se sentía bien, pero en un minuto, estaba profundamente dormido.

Ginger escuchó sus ronquidos silenciosos y casi se echó a reír. Frank Handley se había quedado dormido con ella en su cama, demasiado para sus habilidades en el dormitorio. Ella sonrió, le quitó el cigarro caído y aún encendido de sus dedos inmóviles y se sentó un minuto a fumar como si le devolviera el sabor de él una vez más.

Frank "Lucky" Handley...

Ahora lo estudiaba libremente: sus manos, cortadas y llenas de ampollas, los anillos en los dedos, los brazos, el cuerpo musculoso, cubierto de moretones, viejas heridas, quemaduras y tatuajes. Un hombre de guerra. Este tipo necesitaba más cuidado y atención que otros. Porque sólo un suave toque podía curar las heridas.

Un pensamiento curioso cruzó su mente. Ya no le preocupaba el dinero. Sabía que lo recuperaría. Lo que ella quería era conocer mejor a este hombre. Había algo oscuro, pero intrigante y desconocido en él, que la atraía. Tirando de ella como una marea. Como una fuerte

corriente. Su mano acarició lentamente la piel de su torso como si al tocarlo, pudiera entenderlo. Ahora, dormido, finalmente estaba desarmado frente a ella.

Ella sonrió al pensarlo, apagó el cigarro y, en silencio, para no despertarlo, se acostó a su lado.

Al amanecer, los barrios marginales ya estaban despiertos. Quizás, nunca dormían. Los trabajadores de la basura ya se agitaban cuando Ginger se dirigió apresuradamente a High Holborn y tomó un carruaje.

El West End, por supuesto, seguía dormido. Ni siquiera los obreros de las fábricas o los barrenderos salían a esa hora intempestiva, cuando el sol apenas iluminaba la ciudad.

Pero Ginger estaba despierta. Más que nunca.

Frank Handley no se apartaba de su mente.

La tomó por una simple ramera, sin duda. Ella lo era, y no le importaba. Lo que quería era disfrutar de su tiempo con el hombre que le gustaba.

¿Gustaba?

Ginger lo pensó por un minuto. Le gustaban algunos de sus clientes. De hecho, los disfrutaba en la cama. Algunos hombres se sentían más poderosos al poder complacer a las mujeres. Y unos pocos eran buenos en eso.

No, no solo le *gustaba* Frank Handley. No solo estaba cautivada con la idea de él. Lo suficientemente lejos de ella como para no representar ninguna amenaza, era un héroe oscuro de las partes de la ciudad que no tenían espacio para héroes. Sin embargo, Ginger quería estar con él, fuera lo que fuera lo que significara ese «estar»: un día, una semana, un mes. Quería conocerlo todo, porque sentía que había un lado tierno en él que esperaba que la quisiera cerca de él también.

Cuando llegó a casa, miró alrededor de su habitación vacía, todavía oscura, incluso al amanecer. Estaba inusualmente tranquilo. En momentos como este, era fácil olvidar dónde vivía y trabajaba. Un lugar donde los hombres podían entrar a cualquier hora del día o de la noche y pagar para ser atendidos.

Encendió varias velas, pero no pudo deshacerse de la sensación de vacío que la rodeaba. El lugar en el que vivía era cálido y cómodo, incluso lujoso. Sin embargo, sentía que preferiría estar en el cuarto oscuro de los suburbios. Con Frank Handley.

Rameras...

Cuando dejaban de preocuparse por el dinero y en su lugar involucraban sus corazones, era cuando se metían en problemas.

Porque cuando salía del barrio de los Bankees, una figura se había apartado del edificio de enfrente y había salido de la sombra para seguirla. Siempre había alguien vigilando a los Bankees. Y ahora, este alguien estaba mirando a Maude Daly.

PARTE II

SINTIÉNDOSE AFORTUNADO

La primera experiencia amorosa de Lucky fue a la edad de doce años, cuando la señora Fumbly, una anciana ama de llaves del edificio que ocupaban Lucky y muchos otros jóvenes banqueros, le trajo un pastel. Tal vez tuvo algo que ver con que Lucky la ayudó a mover una gasa pesada el día anterior. Casi se había olvidado de ello. Entonces, le arrebató el pastel de las manos como si lo hubiera robado sin siquiera darle las gracias. Pero al día siguiente, regresó con otra golosina.

Gnarly Dog, de quien se rumoreaba que tenía mucho más que un "gusto mutuo" regular con la Sra. Fumbly, le dio un codazo al niño.

"Sí, ella te ama. Por qué... no sé," dijo, mostrando una sonrisa y un diente faltante.

Lucky no entendía la palabra *ama*, pero cuando los extraños le daban comida sin ninguna razón en particular, eso era una muestra segura de afecto.

La siguiente vez que experimentó el amor fue ese mismo año. Fue en la plaza de San Jorge. La muchacha era joven y hermosa, con el pelo alborotado y despeinado bajo la gorra, caminando con sus padres por la calle con la gracia de un cisne bebé. La siguió durante algún tiempo, acercándose tanto que podía oler los jabones florales que flotaban en su piel. Iba de una tienda a otra. Y aunque Lucky no podía acercarse a las tiendas porque estaba vestido con harapos, la observó pacientemente hasta que el grupo desapareció en uno de los edificios, para no volver a salir nunca más.

La muchacha despertó algo en su mente que entendía por qué los hombres querían estar con mujeres. Esa misma noche, algo le removió en la ingle e hizo que su virilidad se endureciera dolorosamente hasta que, débil con pensamientos salvajes en su mente, se liberó. Siguió pensando en la niña durante semanas, aunque nunca la volvió a ver. Este amor fue duradero y con mucho trabajo manual.

Su siguiente amor fue el verdadero. No muy alto, pero de complexión fuerte, para entonces, Lucky ya se había establecido como un "tipo con el que no te puedes meter". La ira y la violencia eran quizás más comunes en los barrios bajos que la pobreza, y el temperamento de Lucky tenía una reputación. Tenía solo catorce años, y Hazel, una lugareña, era dos años mayor que él. Pero cuando ella le disparó sus hermosos ojos oscuros, su mundo se puso patas arriba. No quería meterse más en peleas ni golpear a otros hasta que la sangre salpicara. En cambio, quería conquistar el mundo para poder mostrarle a Hazel lo que valía.

Pero por mucho que Lucky fuera bueno peleando, era inútil con las mujeres. La siguiente vez que vio a Hazel, frunció el ceño y le dijo: "¿Por qué no acercas estos bonitos ojos? Creo que veo algo en ellos." Y cuando ella se acercó, pestañeando hacia él, y le preguntó: "¿Qué ves?", él dijo: "¡Hermoso! ¡Veo el reflejo de mí mismo!"

Oh, ella quería abofetearlo y lo habría hecho si no tuviera miedo de su reputación. En lugar de eso, dio un pisotón y se alejó, frustrada, mientras Lucky se reía a carcajadas.

Fue una decisión equivocada. Los otros chicos lo sabían. Gnarly Dog lo sabía. Lucky también lo sabía. La siguiente vez que vio a Hazel, ella no le prestó atención. Estaba molesta. Oh, quería tirarle del pelo. Quería azotarla y apretar esos maravillosos labios contra los suyos. En cambio, cada vez que se topaba con ella, ella miraba más allá de él como si no existiera.

Pero entonces, Lucky no sería Lucky si no volviera a tener suerte. Sus puños le resultaron útiles, porque cuando su hermano, un deshollinador endeble, se metió en una pelea en las calles, Lucky estaba allí y lo salvó de ser pateado contra la tierra.

¡Ta-da!

La siguiente vez que se encontró con Hazel, ella lo miró directamente, se acercó, bajó los ojos y dijo: "Gracias por lo que hiciste."

Quería decírselo. "Me lo debes, cariño. Demonios, tal vez podamos dar la vuelta a la esquina."

Pero él no lo hizo. No solo porque era virgen y no sabía nada sobre las mujeres. No quería enojarla. La quería cerca de él, mucho. De hecho, nunca había deseado nada tanto como tener a Hazel junto a él. Así que, en lugar de eso, la miró con la mayor paciencia y sumisión que sus catorce años de pobreza y astucia callejera podían manejar, y dijo: "Con gusto. Si tienes algún problema, solo avísame." Luego se dio la vuelta y se fue, dejando a Hazel boquiabierta.

Oh, no fue idea de Lucky. Eso era lo último que quería hacer. Pero eso fue lo que Gnarly Dog le enseñó. Le había explicado a Lucky el día anterior:

"Cuando vas tras una mujer, es como si ella ya te tuviera en el bolsillo. Puede que te retenga si te necesita, si no hay nada más alrededor. Así que, si te gusta, dale espacio, déjala ir. Mantén tu ojo vigilante sobre ella en todo momento. Conoce todo lo que puedas sobre ella. Pero nunca dejes que sepa que estás interesado hasta que ya esté chupándote la polla."

Lucky se sonrojó con la intensidad de un virgen. Pero cuando ese día se dio la vuelta y se alejó de Hazel, el resto sucedió tal como dijo Gnarly Dog.

Al día siguiente, Hazel se tomó el tiempo de detenerse y hablar con él.

Oh, ella tenía una reputación. "Fácil", decían. Lucky no sabía qué significaba eso, pero dos días después, ella lo besaba apasionadamente detrás de la taberna en Queen Street. Tres días después, en una pequeña habitación sucia del barrio bajo, ella le quitó la virginidad. Fue incómodo, pero lo hizo como una chica de la profesión. Lucky descubrió más tarde que lo era. Y tal como predijo Gnarly Dog, durante los siguientes varios meses, Hazel estuvo chupando la polla de Lucky como una ninfómana en celo.

Lucky estaba enamorado. Pensaba que Hazel también lo estaba. Pero ella solo amaba el hecho de que cuando estaba con él, ni una sola persona se atrevía a lanzarle un piropo o una mirada más larga de lo necesario. Eso era todo. Varios meses después, fue vista corriendo con otro tipo.

Oh, Lucky se volvió loco. Prometió romperle la cara a cualquiera que fuera atrapado con ella.

"Déjala ir," dijo Gnarly Dog. "Encontrarás muchas. Nunca querrás una mujer que ande por ahí con otros hombres porque no eres suficiente."

Varios meses después, Hazel estaba embarazada. No de Lucky. Y Lucky se sintió realmente afortunado.

Pronto, había otra chica del lugar lamiendo su polla, y Lucky se dio cuenta de que las mujeres estaban en abundancia, la suerte no lo estaba, y el amor era algo que iba y venía.

Pasó más de una década y nada demostró que estuviera equivocado.

Así que, cuando Ginger entró, o más bien, se coló, en su vida con un cuchillo y la actitud de Belle House, no le prestó mucha atención.

Otra falda.

Posiblemente un buen polvo.

Era encantadora, lo admitió. Sus delgados dedos blancos y su tacto resonaban en su cuerpo con terminaciones nerviosas que se erizaban. Y lo mismo ocurría con su polla cada vez que pensaba en ella.

¿Qué era ese toque?

La mente de Lucky no había sido cautivada por ninguna mujer en mucho tiempo.

Y ahora esto, una prostituta. Y de ningún otro lugar que no fuera Belle House.

Pero de alguna manera, esta vez se sentía diferente. No podía poner el dedo en ello aún, pero los pensamientos sobre ella lo conmovían de una manera extraña. La noche en que ella entró en su habitación cambió todo.

Su toque cariñoso.

Sus ojos llenos de dolor.

Sus palabras, tan sumisas y tímidas esa noche.

"Tomaré un poquito," había dicho como si estuviera dispuesta a aceptar lo que Lucky le diera.

¿Una chica de Piccadilly?

¿De él, Lucky?

¿Por qué?

Su mente buscaba respuestas y no encontraba ninguna.

Ella descendió a la noche con su toque gentil y sus ojos amables, y retorció el corazón de Lucky de una manera en la que nada lo había hecho antes. Lo desconcertó. Y cuando se despertó al día siguiente con su cuerpo tan rígido como una barra de hierro, un dolor de cabeza punzante y una cama vacía, se sintió incómodo, desprovisto de algo, pero con un impulso inusual de volver a ver a la chica. Intentó ahuyentar esos pensamientos, pero cuando su mente comenzó a divagar, había una persona que se cernía en sus rincones más ocultos: Maude "Ginger" Daly.

Nada había cambiado en la vida de Ginger desde esa noche, excepto... todo dentro de ella. Ginger caminaba, hablaba y reía, pero su mente estaba en Frank Handley. Repasaba constantemente el recuerdo de sus ojos sobre ella, tan diferentes esa noche, y cómo su actitud había cambiado como si se hubieran abierto las cortinas. Las imágenes de él complaciéndola hacían que su sexo palpitara por más, lo inundaban con el deseo, que ella tan ansiosamente otorgaba a sus clientes. Sin embargo, todo se trataba de Frank Handley, los pensamientos sobre él eran un escape poco probable de la rutina del burdel. Ginger caminaba por los lujosos salones del establecimiento, pero su mente estaba en la pequeña y desaliñada habitación en los barrios bajos de St. Giles.

Una de esas tardes, Ginger estaba abajo en el Gran Salón, charlando con clientes que habían pasado por allí sin ningún propósito en particular, excepto para tomar unas copas y jugar a las cartas. Estaba tratando de ser ella misma, pero había un resplandor radiante en su rostro, sus ojos apagados con pensamientos como si estuviera en otro lugar.

Krissy entró en el salón para informarle a Ginger que tenía visitas.

"En la parte de atrás, señorita," agregó con un susurro.

El corazón de Ginger se aceleró.

"¿Finn?" Los ojos de Ginger se levantaron hacia la criada con esperanza.

Krissy negó con la cabeza.

Era Billy, el hombre que había tenido un encuentro desagradable con su rodilla el día que se había encontrado por primera vez con los Bankees. Otro hombre, uno que no había visto por allí, estaba con él.

"¿Señorita?" Ambos asintieron, parados en el callejón trasero, fumando.

Billy le pasó un bolsillo.

"De parte de Frank," dijo, tocó su sombrero y, sin decir otra palabra, los dos hombres se dieron la vuelta y desaparecieron de la vista.

Ginger abrió el pesado bolsillo para encontrar el dinero, su mitad faltante y la cantidad adicional que él le había prometido.

Se quedó sin palabras en la puerta por un tiempo, observando a los transeúntes llevar a cabo su rutina diaria. Una sonrisa torcida curvó un lado de su labio.

Entonces, él lo había devuelto como había prometido.

No le había dado otro nombre.

No hubo ninguna palabra sobre nada. Como si la noche en su habitación nunca hubiera sucedido. Como si hubiera terminado con ella.

¿Lo había hecho?

El corazón de Ginger se llenó de pesadez.

¿Vendría aquí a verla? Por supuesto que no. Él era Frank Handley. Era de St. Giles.

¿Iba ella a verlo a él en su lugar? Oh, su corazón estaba allí cada hora de cada día. Pero sus rodillas aún estaban débiles, y su corazón latía con fuerza ante la idea de que sus sentimientos fueran unilaterales.

Pasaron varios días más cuando Ginger finalmente vio a la persona que le dio un rayo de esperanza en el corazón.

Era solo Finn, que se quedó torpemente frente a ella, con las manos en los bolsillos.

Los ojos de Ginger buscaron un papel, un mensaje, algo que había estado esperando todos estos días.

"Frank dijo que le gustaría verla," dijo, y sus ojos se desviaron más allá de Ginger.

Ella se dio la vuelta y vio a Krissy, quien sonrió y desapareció en la cocina.

"¿Ningún mensaje?"

"No."

"¿Por qué no vino él mismo?" preguntó ella.

"Ah, dijo que lo preguntaría," Finn sonrió. "Dijo que solo va a los burdeles en ocasiones especiales."

Por supuesto.

"Ya veo." Ginger conjuró una expresión seria, pero su corazón latía más rápido. "¿Dijo cuándo?"

Finn encogió los hombros.

"Dijo que cuando tenga tiempo para él."

Miró a Ginger desde debajo de sus cejas y frunció los labios, tratando de reprimir una sonrisa.

Ginger dio un ligero asentimiento hacia atrás. "¿De qué te estás burlando?"

Pero sus labios tampoco lograban ocultar una sonrisa, y cuando se alejó, ambos sonreían ampliamente por la misma razón.

Ginger no podía esperar mucho tiempo. Un día era más de lo que podía soportar, y al día siguiente por la tarde, sus pies apresurados la llevaron a St. Giles. Nada nuevo, excepto el perfume que se roció y la minuciosidad con la que estudió su apariencia en el espejo, arreglándose el cabello más cuidadosamente de lo habitual. El mismo vestido y sombrero desaliñados, su uniforme de St. Giles. Sonrió, evaluándose antes de salir.

Su corazón latía con anticipación mientras caminaba rápidamente por las calles de los suburbios sin prestar mucha atención a los habituales asuntos sucios de sus residentes.

En la casa de los Bankees, los hombres parecían observarla con curiosidad y aprobación, al menos así le parecía a ella. Se acercó a la oficina y se detuvo por un segundo antes de entrar. Su corazón latía con fuerza.

¿Qué encontraría aquí esta vez?

¿Otra prostituta?

¿Sangre?

¿Otros hombres?

¿Qué iba a decir?

De repente, su valentía se había ido. Y cuando finalmente entró, fue con el mayor sentido de lo desconocido.

Frank Handley.

Solo.

Semisentado en el escritorio.

Con sus mangas arremangadas como de costumbre, sus fuertes manos sosteniendo una bebida y un cigarro.

Sus ojos en ella.

¿Burlones?

¿Desafiantes?

No podía decirlo, porque su corazón latía tan rápido que pensó que se desmayaría.

La puerta se cerró tras ella.

"Maude," dijo suavemente y asintió.

"Frank." Ella hizo lo mismo.

Se miraron por un momento, ambos perdidos por las palabras. Era la primera vez que su encuentro no implicaba dinero o negocios, su noche juntos era lo único en sus mentes y en sus miradas, que eran como un destello de relámpago.

"Te ves mucho mejor," dijo ella con una rápida sonrisa, y él respondió con una breve sonrisa propia.

"¿Planeas irte de inmediato?" preguntó él a su vez.

Un destello de vacilación recorrió su rostro.

"Deberías quitarte el sombrero," explicó él. Apagó el cigarro en el cenicero, dejó la bebida, y se bajó del escritorio.

Ella tragó saliva, se quitó el sombrero y los guantes, se acercó a él y los puso en el escritorio, sin romper el contacto visual en ningún momento.

Él dio un paso más cerca de ella, levantó su mano y acarició su mejilla, notando cómo sus labios se separaban ligeramente en un pequeño jadeo y sintiendo su propia excitación.

Sus ojos no estaban burlones, no. Estaban extrañamente brillantes. Había calidez en ellos que Ginger nunca había visto antes. Y tal vez vacilación, como si hubiera algo no dicho entre ellos.

"Hoy estás callada," dijo suavemente. "Para variar," añadió con una rápida sonrisa.

Y antes de que ella pudiera responder, sus labios estaban sobre los suyos, besándola. Su mano acunó su rostro, la otra se envolvió alrededor de su cintura, presionándola más cerca, y sus manos se deslizaron alrededor de su torso, tratando de aferrarse a este momento. Pero no había necesidad, porque esta vez Lucky no quería dejarla ir, con su lengua fundiéndose con la suya, ola tras ola, con la pasión estimulada por el recuerdo de la otra noche. Ella gimió, y sus labios se separaron de los suyos por solo un segundo, luego los tocó de nuevo, con su lengua abriéndolos, luego otra vez, encontrándose con la suya impaciente en un trazo de terciopelo, burlándola. Su mano se deslizó hasta su rostro, palmeó su mejilla y la atrajo más cerca. Ella hundió su lengua en su boca con una pasión nunca antes vista en esta habitación.

Él gruñó y respondió demasiado dispuesto, envolviendo su palma alrededor de la parte posterior de su cuello, presionándola más fuerte contra él, su boca contra la suya, sus caderas contra su erección, que latía dolorosamente en sus pantalones. Su cuerpo empujó el suyo, chocaron contra el escritorio y el cenicero de cristal en el borde se cayó al suelo y se rompió en cientos de pedazos. Pero no se detuvieron, con sus manos sobre los cuerpos del otro tirando, halando, apretando, sus bocas y lenguas febriles de deseo como si fueran el único medio de liberación.

Hubo una repentina conmoción detrás de la puerta, un quejido y un golpe.

Se separaron.

Jadeando, se miraron el uno al otro, la mandíbula de Lucky apretada como si estuviera conteniendo su impaciencia; los labios de Ginger entreabiertos, su pecho subiendo y bajando.

Su mano se deslizó de nuevo hasta la nuca, apretándola y acercándole la cara.

"Prefiero esto a cualquier otro saludo anterior," dijo en voz baja, con los labios tan cerca que su aliento parecía acariciarla.

Ella soltó una risita, todavía jadeando, y estrechó sus labios con los suyos para darle un breve beso.

"Ven aquí," susurró.

La llevó al sofá y se sentó. Pero antes de que Ginger pudiera parpadear, de repente tiró de ella con fuerza de la mano hacia él. Ella gritó por lo inesperado y, perdiendo el equilibrio, aterrizó boca abajo sobre su regazo, con las nalgas justo delante de él.

"Frank," jadeó sorprendida, tratando de levantarse, pero él le apretó la mano con fuerza en la espalda, sujetándola.

"Shh. Tranquila, amor. Aquí no hay nada de malo." Su voz era suave, tranquilizadora.

Su mano levantó el borde de su falda y la deslizó hasta su cintura, exponiendo sus medias, la piel blanca de sus muslos y las nalgas desnudas que estaban justo frente a él, levantadas por sus piernas debajo de ellas.

"Perfecto," susurró, deslizando ambas manos hacia sus nalgas. "No te muevas." Sus palabras eran tan suaves que un escalofrío recorrió el cuerpo de Ginger, y sintió sus manos en su piel y jadeó de placer. Bajó la cabeza sobre sus antebrazos, cerró los ojos y se quedó quieta, sintiendo la oleada de placer mientras las manos de Lucky acariciaban sus nalgas, en círculos, deslizándose por sus muslos hasta las medias y volviendo a subir.

"Buena chica," susurró y se recostó hacia atrás, empujando sus caderas hacia arriba para que la erección en sus pantalones pudiera sentir la presión de su cuerpo.

Sus ojos se fijaron en sus nalgas. Sus manos seguían acariciándolas. Sus pulgares trazaban la deliciosa separación entre ellas, abriéndolas.

Ginger seguía quieta como un ratón, exhalando ruidosamente de placer mientras una de las

manos de Lucky se deslizaba entre sus piernas.

"¡Ah!" gimió cuando sus dedos se sumergieron en su humedad. "Frank," exhaló mientras se deslizaban más profundamente en sus pliegues. Ella chilló tímidamente y abrió un poco más las piernas para permitir que sus dedos se adentraran más mientras encontraban su clítoris, hinchado de tensión. Lo rodeó y volvió a subir, llevándose la humedad con ellos mientras su dedo medio se hundía profundamente en la separación entre sus nalgas, aplicando presión en su orificio posterior.

"Frank," exhaló en un susurro, y sus nalgas se levantaron buscando más presión de sus dedos. Pero él las presionó hacia abajo, balanceando sus caderas y la erección palpitante contra su cuerpo, con una mano aun apretando su carne mientras la otra se abría camino hacia su sexo, los pliegues empapados de humedad, luego subiendo entre sus nalgas y bajando de nuevo. Su dedo se deslizó dentro de su núcleo solo un poco, y eso fue suficiente para que Ginger gimiera, y Frank lo empujara más adentro, gruñendo traviesamente, con su miembro dolorosamente latiendo por la acción.

Oh, quería morder estas deliciosas nalgas, jalarlas hacia el aire y devorar su sexo con su boca. Pero su pene estaba a punto de explotar. Así que su mano seguía apretando las nalgas de Ginger, presionándola sobre su erección, su otra mano frotando su sexo.

Ella gimió y movió las caderas, luego deslizó la mano a lo largo del sofá y entre sus caderas y las suyas, encontró su abultamiento, escuchándolo jadear mientras lo hacía. Comenzó a buscar frenéticamente los botones mientras él empujaba su bulto hacia su mano, gruñendo.

De repente, hubo un fuerte golpe en la puerta.

"¡Frank!" Un grito fuerte en el pasillo, y otro golpe.

En ese mismo instante, como un gorrión asustado del alféizar de la ventana, Ginger saltó del sofá y se puso de pie, jadeando y arreglándose la falda frenéticamente. Sus ojos estaban salvajes de pánico y aún dilatados de placer mientras se alejaba del sofá, arreglándose el cabello.

"¡Sí!", ladró Frank, sentándose con los antebrazos sobre sus rodillas, pasando una mano por su cabello negro.

La cara de Finn apareció en la puerta agrietada.

"Billy, Sam y todos están listos, Frank. Rocco te busca."

Sin mirarlo, Frank exhaló, "Voy," y lo despidió con un movimiento de dedos.

Cuando la puerta se cerró, exhaló pesadamente, tratando de calmarse.

"¡Argh! Tengo que irme."

Se levantó, miró el cenicero destrozado, luego a Ginger, sus ojos aún ardían de lujuria, los de ella con picardía.

Ella se acercó a él, agarró la parte posterior de su cuello y lo besó. Su mano encontró el bulto en sus pantalones nuevamente, y lo apretó con fuerza, haciéndolo gruñir en su boca, sus manos en sus nalgas presionándola contra él.

Un golpe en la puerta.

"Voy a matar a alguien," siseó él y giró la cabeza hacia la puerta.

"¡Voy enseguida!" rugió, luego se volvió hacia Ginger, sus ojos verdes ardiendo con el deseo. "Tengo que irme, cariño," susurró.

Ella estrelló su boca contra la suya, impaciente, ambas manos desabotonando frenéticamente sus pantalones con rapidez practicada.

Gruñó de nuevo y se apartó.

"No tenemos tiempo," susurró.

"Haz tiempo," susurró ella de vuelta. Su mano se sumergió en sus pantalones y encontró su

pene, que seguro no quería que ella se detuviera. Lo sacó, frotándolo hacia arriba y hacia abajo, hundiéndola hasta sus testículos.

"Tú..." sisó, incapaz de contener la tensión.

En ese mismo instante, enganchó sus manos detrás de sus muslos, la levantó y la arrojó sobre su espalda en el sofá. Levantó su falda, tiró de sus muslos hacia él con un tirón, abriéndolos más, y hundió su pene entre ellos.

Ella gritó.

La atrajo más hacia él y empujó aún más profundo, llenándola, cubriendo su boca con la suya en un beso.

Un empujón.

Luego otro.

Su lengua trabajó en sincronía con sus caderas mientras aumentaba su velocidad y comenzaba a golpearla con todo el deseo acumulado durante días. Su polla palpitaba tanto, que pensó que iba a explotar de inmediato, pero siguió adelante, moviendo su cara hacia el hueco de su cuello, gruñendo, mordiéndole la oreja. Se estrelló contra ella una y otra vez, cada embestida provocaba un gemido de la boca de Ginger, hasta que finalmente explotó en un orgasmo, y sus caderas se detuvieron, con su polla aun profundamente dentro de ella.

Jadeó en su cuello. Su boca, como si jadeara por aire, besó su cuello y luego se cerró alrededor del costado de su mandíbula en un suave mordisco. Su mano encontró la parte posterior de su cabeza, la tomó del cabello y la atrajo para darle un beso, torpe y sofocante mientras ambos trataban de calmar su respiración.

En un minuto, se enderezaron.

Ginger se puso el sombrero y los guantes, lanzando una mirada y una sonrisa al cenicero destrozado en el suelo.

"Me encantaría volver a verla, señorita Daly," dijo Lucky con un brillo familiar en los ojos, casi blancos por el reflejo de la luz de la ventana cuando se acercó de nuevo a ella.

"Me gustaría mucho que terminaras lo que empezaste," señaló el sofá con la mirada, "allá atrás," arqueó una ceja, sin interrupciones.

Sus labios comenzaron a abrirse en una sonrisa, al igual que la de él.

"Si dejas libre tu noche este sábado, me encantaría entretenerte," dijo él, con los ojos fijos en los de ella, y el corazón de ella se estremeció al pensarlo.

¿Frank Handley quería una cita?

"No puedo esperar," susurró sin apartar la mirada, su sonrisa se hizo más grande.

"Eso está resuelto, entonces," dijo. "Tengo que irme ahora."

Estrelló su boca contra la de ella para darle un breve beso como si pudiera chupar las sobras de placer y, sonriendo, se dirigió hacia la puerta.

Finn se quedó esperando detrás de él.

Lucky chasqueó los dedos en dirección a Ginger. "Que llegue a casa. ¿Entendido?"

Finn asintió.

"¿Y Maude?" Lucky se dio la vuelta en la puerta y miró a Ginger de arriba abajo. "La próxima vez, por favor, usa un mejor vestido, amor."

"¿Cómo?" Ella arqueó una ceja, pero Lucky se había ido, lo único que tenía en frente era la sonrisa de Finn.

"Déjate de tonterías." Ella puso los ojos en blanco y pasó junto a él, tratando de ocultar la suya.

La quería con él, a su alrededor, debajo de él, de cualquier manera y forma. Los recuerdos de ella eran como un relámpago en su mente, enviando escalofríos por su espalda y directamente a su polla.

Oh, Lucky vio la ironía. Sin duda. Que quería que ella sufriera por él, por su atención. Lo hacía. Lo vio en sus ojos, en sus movimientos, en cómo se derretía en sus manos, en cómo su cuerpo deseaba su lengua, en cómo marchaba sin miedo por la colonia más sucia de Londres para verlo. Esa noche, cuando a nadie más le había importado, le contó todo lo que necesitaba saber. Que había caminado a través de la suciedad y la oscuridad para asegurarse de que él estaba bien, y que ella era la única persona en su vida que lo hacía.

Pero ahora él, Frank Handley, pensaba en ella más que en nada. Él también la quería en su vida, más que a cualquier otra mujer antes. Y si ella no venía a verlo, él quemaba el camino a través de St. Giles para ir a buscarla. Por suerte para él, y para St. Giles, Ginger estaba ansiosa.

Estar con ella se sentía diferente a estar con otras mujeres. Le sorprendió. Lo confundió. Era un fuego anaranjado en las piernas, y era lo más precioso que Lucky había encontrado en su vida.

Una ramera, también.

Cada vez que estaba solo, lejos de los asuntos de los Bankee, de los interminables problemas, reuniones, arreglos y envíos, su mente se hundía en el recuerdo de sus breves escapadas con Ginger: su boca suave, sus caricias cuidadosas, sus ojos escrutadores y, por último, la pasión que se abalanzó sobre ellos como una tormenta. Pensó en su cuerpo con el vestido y el corsé de la fiesta, en la deslumbrante belleza con la que brillaba, y su hombría se endurecía cada vez.

Había algo en ella que lo mantenía despierto por la noche.

¡Ja!

Gnarly Dog lo había dicho una vez: "Las mujeres pueden hacer que te sientas confiado, satisfecho, miserable, enojado. Pero no te quitarán ni un minuto de sueño. La que lo hace, cuidado. Ten mucho cuidado, chaval. Porque ella te hará feliz o te arruinará."

Ginger era hermosa, de esa manera en que las mujeres irradian el resplandor que proviene del profundo afecto y la felicidad. Cuando salió de la Belle House ese sábado hacia la carroza y Lucky, quien la esperaba afuera, él no dijo nada, pero admiró en silencio su belleza: el vestido

azul y el sombrero que acentuaban su cabello y ojos verdes, el collar de perlas que se enrollaba con gracia alrededor de su delgado cuello, la forma en que sus labios se estiraban en una sonrisa que hacía latir más rápido su corazón.

"¿A dónde vamos?" preguntó ella, con los ojos brillando de emoción.

"A un lugar al que no irías con nadie más," se rio él.

"Ningún lugar donde haya una oportunidad de que me roben, espero," sonrió ella.

"No conmigo, cariño."

Sus ojos se encontraron, y ella quiso quedarse dentro de la carroza para siempre, solo ella y él.

Lucky tenía razón. Porque había estado en muchos teatros en su vida, pero nunca en los de mala muerte. Ni en el East End. Ni con la dudosa multitud apiñada afuera, las lámparas de gas brillando, el vendedor con aspecto monstruoso con la cara pintada y un ridículo disfraz, atrayendo a los transeúntes.

"Hum." Ginger miró el lugar con curiosidad cuando bajaron de la carroza en Leman's Street. No estaba impresionada, pero todo lo que quería era tener a Frank Handley a su lado. Por eso, estaba dispuesta a aventurarse en los rincones más oscuros de la ciudad. Y, de hecho, ya lo había hecho muchas veces.

Dentro, el lugar era bastante cutre, aunque no del todo desagradable, ya que tenía algo de misterio. Estaba sorprendentemente lleno. Ella y Lucky se sentaron en un palco privado y observaron cómo se llenaba la galería y la platea de gente, una multitud variada, en su mayoría de tercera categoría, pero algunos vestidos con buen gusto. Las chicas del teatro paseaban vendiendo naranjas y cerveza de jengibre, y había bastante bullicio detrás de las cortinas rojas del escenario.

"¿Te gusta este lugar?" preguntó Ginger, mirando a su alrededor con curiosidad.

"No especialmente, no," dijo Lucky, y eso desconcertó a Ginger. El hombre estaba callado como siempre, aunque la observaba intensamente. Le gustaban sus ojos en ella, aunque la hacían sentir más consciente de sí misma. "Prometí que te traería aquí a Ruby," explicó, fumando un cigarro. "Lo conocerás. Es todo un personaje. Si te hubiera llevado a otro lugar, no dejaría de recordármelo."

Cuando las luces se atenuaron y un hombre alto y pesado apareció en el escenario, Ginger lo reconoció de inmediato. Su chaqueta bordó, para ser exactos. Era el hombre que había visto en St. Giles ese día.

Miró a Lucky con una sonrisa, y él asintió. Y pronto, Ginger se sumergió en el mundo mágico de Daphne's.

Lucky lo había visto todo muchas veces, pero encorvado en su silla, una pierna cruzada sobre la otra, fumaba y observaba a Ginger con satisfacción. Ella no había apartado los ojos del escenario desde que el hombre grande apareció en él. Tampoco lo había hecho el resto del público, que permanecía en silencio excepto por los suaves vítores cuando Reuben Szold comenzó con trucos más pequeños: el conejo en el sombrero, los objetos que desaparecían, los vasos. La forma en que se movía, las asistentes extrañamente vestidas que sacaban varios objetos, los colocaban y se deslizaban graciosamente alrededor mientras el hombre grande los hacía desaparecer, transformarse en algo diferente o aparecer en otros lugares, las luces tenues, los inusuales aromas que se extendían por el teatro, la música, suave y melancólica, que una pequeña orquesta tocaba en ciertos momentos como si estuviera coordinada, todo se transformaba en una extraña y mágica actuación que sumía al público en un estado de asombro aturdido.

Cada truco era acompañado por un breve interludio de piano y los aplausos, débiles al principio, ganaban fuerza a medida que avanzaba la actuación.

Finalmente, el telón se levantó, y una joven con una capa suelta y grande fue presentada a la multitud. Se sentó con las piernas cruzadas en tres tablones de madera colocados a varios pies en el aire sobre dos bancos que se encontraban en un escenario portátil y redondo sobre ruedas. Su mano extendida se aferraba a una viga de madera varios pies más alta. El mago comenzó la ceremonia quemando inciensos especiales con propiedades mágicas. El olor flotaba por el teatro, y el público, una vez más, se sumió en un silencio total mientras todos los ojos estaban puestos en el escenario. Con la voz baja y fuerte del hombre, la asistente quitó primero una tabla, luego otra, y finalmente la del medio de debajo de la mujer mientras ella continuaba sentada, suspendida en el aire.

El público jadeó y miró con asombro, y lo mismo hizo Ginger, mientras la asistente giraba el escenario móvil, luego subía a él y se arrastraba debajo de la mujer sentada para asegurar al público que la mujer estaba, de hecho, sentada en el aire.

Ginger se volvió para mirar a Lucky con asombro en los ojos, y él asintió con una sonrisa.

La actuación de levitación fue seguida por una ronda de aplausos salvajes, y el telón bajó para un intermedio que fue seguido por el primer acto de una obra mucho menos emocionante que iba a durar un par de horas.

Durante el intermedio, el propio Reuben Szold se acercó al palco para saludar a la pareja.

“¡Señor Szold! ¡Es un placer!” exclamó Ginger, mirando al gran hombre de bigote espeso y ojos amables e inquisitivos que se inclinó con gracia para besarle la mano.

“El placer es todo mío, señorita Maude,” retumbó él, haciéndole cumplidos, preguntándole si se estaba divirtiendo.

“No estoy seguro de la obra, señor Szold, pero sus trucos de magia... ¿Me dirá cómo se las arregla para engañar a la audiencia?”

“¿Engañar?” El hombre jadeó teatralmente y luego miró a Lucky.

“No quise ofender, señor Szold,” se disculpó Ginger apresuradamente.

“Reuben. Por favor,” dijo y se rio de buen corazón. “No hay nada de malo, señorita Maude.”

“Maude. Solo Maude, por favor.”

“Bueno, señorita. Este es el lugar donde las cosas ordinarias son difíciles. Lo extraordinario, ¡fácil! ¿Tiene la intención de terminar la fabulosa obra, o le gustaría hacer un recorrido por el lugar donde nace la magia?” preguntó con un intrigante entrecerrar los ojos, y Ginger, sonriendo como una niña, se giró para mirar a Lucky.

Él le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza mientras Reuben le guiñaba un ojo cómplice.

Y así fue como Ginger terminó en el oscuro salón trasero de Daphne's. Mientras Lucky estaba sentado en el sofá en medio de la habitación, bebiendo coñac y fumando, Reuben le mostraba a Ginger un mundo que ella nunca había pensado que existiera. Son momentos como estos los que muestran que los lugares más improbables tienen los tesoros más grandes, y Ginger miraba a su alrededor maravillada ante la colección de todo lo misterioso que llenaba la habitación.

Cortinas rojas. Bastones. Sombreros. Cinturones. Conejos y palomas. Espejos y paneles. Baúles y armarios. Gabinetes y carritos con ruedas. Árboles en macetas. Flores en jarrones. Jaulas. Cajas. Trajes que superaban incluso a los del Belle House en sus extravagantes diseños. Cuerdas y correas. Ganchos. Tablones. Cadenas.

Cada objeto tenía una historia, cada accesorio un propósito.

Reuben era demasiado elegante para ser un hombre grande, moviendo las manos, adornado con anillos, inclinándose ante ella, agachándose hacia su corta figura para explicarle las cosas. Ginger se reía alegremente con sus chistes, daba grititos ante sus trucos y miraba sorprendida mientras escuchaba sus historias mientras él la llevaba por el salón, mostrándole los accesorios para sus espectáculos de magia. Todo era demasiado nuevo para ella, y se sentía como una niña llevada a una tierra mágica, con los ojos grandes de asombro mientras lanzaba miradas a Lucky, que estaba sentado en el sofá, fumando y bebiendo, observándola, y de vuelta a Reuben, que nunca parecía quedarse sin historias, llevándola alrededor como si fuera su invitada más honrada.

Los ojos de Lucky estaban constantemente en ella. Recorrían su vestido, observaban la forma en que se movía, cómo sujetaba graciosamente sus manos, cómo su sonrisa parecía iluminar el oscuro salón, y cómo su risa hacía que Reuben estuviera más animado y emocionado. Pero la mirada de Lucky era diferente esta vez. En lugar de eso, se olvidaba de sí mismo cuando sus ojos la seguían, perdido en pensamientos tan diferentes a los que había tenido con cualquier otra mujer. Aún no podía averiguar qué era diferente en ella, además de su toque suave, sus palabras tiernas, sus ojos amables, su cálida sonrisa y la forma en que su presencia en los suburbios hacía que pareciera un mundo diferente, como si el sol hubiera llegado de repente a los rincones oscuros y todos a su alrededor fueran más alegres. La siempre presente curva cínica de la boca de Lucky se desvanecía cada vez que Ginger estaba cerca, y eso lo decía todo. Su corazón se hinchaba de ternura por la mujer pelirroja de boca ingeniosa y hermosos ojos verdes, pero le llevaría algún tiempo ponerle el dedo encima a un sentimiento tan ajeno a él.

"¡Frankie!" La voz de Reuben sacó a Lucky de sus pensamientos. "¿Dónde encontraste a esta mujer? Las damas ya no tienen tanto encanto en estos días."

"Oh, es demasiado amable," se rio Ginger y se ruborizó.

"Ella nos encontró a *nosotros*, ¿recuerdas?" Lucky se rio, pero Reuben ya estaba entreteniéndola a Ginger con otro truco.

Sacó un mazo de cartas de su bolsillo como si siempre lo llevara consigo.

"Elija una, jovencita," dijo, pasando el mazo a Ginger.

Ella lo miró con escepticismo.

"Está bien."

"¿Me la muestra? ¡Ah! Rey de espadas," tomó el mazo y lo sostuvo frente a ella. "¿Puedes volver a colocarlo en el mazo, por favor?"

Ginger frunció los labios y deslizó la carta en el centro del mazo.

"¡Ajá!" Reuben movió el mazo de una mano a otra, observándolo intensamente como si lo estudiara, mientras Ginger nunca lo perdía de vista.

"Señorita, ¿cree que está en el centro?" preguntó, y ella lo miró con sospecha.

"En algún lugar allí, sí." Las comisuras de sus labios se crispaban.

"¿Puede cortar el mazo, por favor?" Se lo pasó de nuevo a Ginger, y ella hizo lo que se le dijo. "¿Está segura de que todavía está en el centro?" Frunció el ceño hacia ella.

Sus labios se estiraron en una sonrisa.

"En algún lugar allí, sí."

"¿Puede mirar la parte inferior del mazo para asegurarse?"

Ginger lo hizo y dio un grito de emoción: el rey de espadas era la primera carta.

"Pero ¿cómo?" Sus ojos se dispararon hacia Reuben.

"¡Ah! La pregunta no es cómo, señorita. La pregunta es cuándo."

Le guiñó un ojo, y ella estalló en risas.

"¡Eres tan fascinante, Reuben!" exclamó, entregándole el mazo, que él guardó inmediatamente en su bolsillo.

"En la Belle House enseñan a halagar para matar," bromeó Lucky desde el sofá.

Ginger frunció el ceño hacia él con desdén, pero al siguiente segundo, sonrió aún más ampliamente.

"No, en serio, Reuben. ¡Es maravilloso!"

El hombre grande se acercó más a ella.

"No le hagas caso." Hizo un gesto con la mano en dirección a su amigo. "Creció en las calles. Aprendió a morder la mano que lo alimenta. La amabilidad no le sale natural."

"Lo noté," susurró ella con una risa.

"Tiene que perdonar al pobre hombre. No es tan elegante con las mujeres," susurró Reuben pero intencionadamente alto, lanzando miradas burlonas a su amigo.

Ginger frunció los labios, intentando no sonreír.

"Cuando está con usted," continuó Reuben, llevando a Ginger del codo alrededor de la pequeña habitación, "probablemente esté tratando de ser este héroe oscuro," Reuben frunció el ceño teatralmente "rudo y duro. Pero la verdad es que tiene el corazón de un marinero, suave y romántico." Con estas palabras, sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y lo arrugó. "Solo necesita llegar a él a través de toda la basura en la que está envuelto" lo movió de una mano a otra "como esto" lo desenvolvió cuidadosamente "¡Voilà!" Y una mariposa revoloteó fuera de sus grandes manos, provocando un grito de Ginger mientras dejaba caer la mandíbula. La mariposa se perdió en la oscuridad de los rincones abarrotados.

"Temo que estás hablando de ti mismo, Ruby," se rio Lucky desde la distancia.

"Oh, no, Frankie. Tengo un corazón de oro. Adornado con rubíes. Tal vez solo un poco polvoriento." Su cuerpo tembló de risa. "Bueno, hermosa Maude," miró a la mujer con un brillo en los ojos "permítame presentarle a alguien especial."

Con la palma de la mano en su espalda, la guio hacia el rincón detrás de los percheros de disfraces, donde retiró una cortina oscura de lo que resultó ser una gran caja de altura humana con una puerta y un picaporte. "¡Espere, espere, ahí!" Recogió una lámpara del suelo, la encendió y la sostuvo frente a la caja en pie. "Señorita, me gustaría que conociera a Bartholomew."

Tiró del pomo de la puerta frente a Ginger, y reveló a un hombre.

Un poco más alto que Ginger, tenía unos cuarenta años, con cabello oscuro, un traje verde oscuro, un chaleco con hilos de oro y una corbata de lazo.

Los labios de Ginger se separaron en shock mientras miraba al hombre, que, a su vez, la miraba desde dentro de la caja.

"Um..." murmuró Ginger. No podía apartar la mirada de la figura, y tragó saliva, dándose cuenta de que el hombre no se movía.

"Bartholomew es todo un personaje, pero, temo, que nos muy hablador," dijo Reuben en voz baja, sobresaliendo sobre Ginger con una lámpara.

"¿Está muerto?" susurró Ginger, temiendo respirar.

"Bueno, no puede estarlo." Reuben extendió la mano y arregló suavemente el bigote sobre la boca del hombre. "Bartholomew es una obra de arte."

"Oh," exhaló Ginger aliviada, y sus labios se estiraron en una sonrisa. Levantó la mano y sus

dedos acariciaron la mejilla del hombre. "¿Oh?" dijo, sintiendo su suavidad y frialdad no naturales, y miró a Reuben con sorpresa.

"Sí. ¿Fascinante, no?" Reuben se rio y se quedó mirando la figura con orgullo. "Bartholomew estuvo vivo una vez. En realidad, fue mi asistente," le dijo a Ginger. "Y un gran artesano llamado Archibald hizo esta copia. Usó cera. Y cabello humano. Y otros elementos fascinantes. Oh, hicimos algunos trucos de magia con este aquí, en los viejos tiempos." Reuben asintió hacia la figura y se rio. "Pero luego, mi asistente murió hace algunos años. Fue atropellado por una carroza, pobre hombre. Sí, sí, desafortunado. Así que Bartholomew aquí no llega a ver el escenario muy seguido. Oh, oh. Y Archie... nadie podía compararse con Archie. Aún no pueden. Trabaja en la corte ahora. Sí, sí. El maestro de la ilusión. Me alegro."

Ginger dio un paso atrás y se inclinó sobre el perchero de disfraces para mirar a Lucky.

"¿Viste esto?" Amplió los ojos hacia él, luego frunció el ceño y abrió los labios en un silencioso "oh".

Reuben cerró la puerta de la caja, dejando a Bartholomew adentro, y llevó a Maude hasta la mesa y el sofá en el que estaba Lucky.

"Ves, Maude, la vida es fascinante. Las cosas no siempre son lo que parecen en la superficie. La magia lo prueba."

"¿No es engañar a la gente?" Lo miró a Reuben con curiosidad.

"Se trata de hacerles creer. Creer es algo poderoso."

"Pero ¿cuál es la diferencia entre engañar y hacerles creer en algo que no... que no está del todo ahí?"

"La perspectiva. ¿No fue esa una mariposa real?"

Ella se rio.

"Bueno, lo fue. Pero no salió así de la nada..."

"La magia es sobre un viaje," interrumpió Reuben. "¡El poder está en hacer que la gente crea en posibilidades! Eso lo cambia todo. Sin magia, señorita, la vida es sombría. Es un desierto de mediocridad sin esperanza de cambio. ¿Y si haces que alguien crea que hay poderes más allá de nuestra comprensión que gobiernan el universo y podemos conjurarlos así," chasqueó los dedos teatralmente sobre su cabeza, "y cambiar nuestro destino? ¿Qué pasaría si el niño más desafortunado en los rincones más profundos de los suburbios empezara a creer que todo es posible?"

"Pero eso podría romperle el corazón si se demuestra lo contrario."

"Señorita." Reuben sonrió tristemente. "Hay demasiados en este mundo miserable cuyos corazones se rompen todos los días, a quienes se les dice desde el nacimiento que están condenados, que viven en la oscuridad y piensan que la luz es demasiado costosa, que piensan que la mano que paga sus salarios es la mayor figura que gobierna el mundo." Reuben se detuvo por un segundo. "¿Y si estas personas comenzaran a creer que hay otras fuerzas en juego? ¿Puede imaginar lo que eso haría?"

Los ojos del hombre eran más grandes que la vida, y por un minuto, le pareció a Ginger que había un fuego ardiendo en ellos, aunque era solo el reflejo de la luz de la lámpara. Pero ardían con algo más, y Ginger se quedó callada, como si el mayor misterio estuviera a punto de revelarse.

"¿Qué?" murmuró con los labios.

"¡Darles esperanza!" exclamó Reuben.

"Oh," Ginger exhaló.

"¡Esperanza! ¡No hay nada más grande que eso! Así que cuando muestro magia a la gente,

comienzan a creer. ¡Y creer es el arma más grande de la humanidad!"

Concluyó su discurso, y Ginger le dio la sonrisa más grande que pudo.

"Señor Reuben Szold," dijo Ginger, "es un embaucador del tipo más fino."

Hizo una reverencia.

"No, no." Él negó con la cabeza. "Él," asintió hacia Lucky "es un embaucador. Yo soy un mago."

Su risa fue acompañada por la risa de Ginger y la risita de Lucky.

"Bueno, señor Mago, es la persona más fascinante que he conocido," dijo, la sonrisa no abandonando su rostro, luego se inclinó y le susurró al oído, "además de ese embaucador allí." Señaló en dirección a Lucky, y Reuben rugió de risa, guiñando un ojo a Ginger y lanzando una mirada traviesa a su amigo.

"Creo que a tu amigo le caí bien," dijo Ginger mientras ella y Lucky iban en una carroza un poco más tarde esa noche. Era cerca de la medianoche. Lucky no le estaba diciendo a dónde iban, ni a ella realmente le importaba. Pero por el aumento del número de farolas, podía decir que estaban más cerca del centro de la ciudad.

"A él le cae bien todo el mundo," se rio Lucky.

"¿Y a *ti* te gusta?" se acercó más a él, sin poder ver sus ojos en la oscuridad del espacio, solo su calor junto a ella.

"Planeo mostrarte exactamente eso hasta la mañana," dijo él, y Ginger se inclinó para besarle.

Él correspondió a sus labios y la atrajo más cerca. Finalmente, puso sus manos en ella, con su boca insistente, y su lengua trabajando su magia de terciopelo en lo más profundo de los deseos de Ginger. Se ahogó en su aroma, la mezcla de perfume, humo de cigarro y el leve olor a musgo del salón de Daphne's, y sintió como si se hubieran reunido después de una larga separación. Habían pasado toda la noche juntos, pero no habían podido tocarse, y más que nada, Lucky ansiaba su contacto, su piel contra la suya, su boca en él.

Los cascos de los caballos resonaban afuera, la carroza se balanceaba en el camino irregular, las voces de los transeúntes y los sonidos del tráfico se deslizaban en la oscuridad en la que se encontraban los dos amantes, sus cuerpos moldeados juntos en un beso, golpeándose suavemente el uno al otro al ritmo de sus sentimientos.

En un minuto, Ginger, deseando estar más cerca de Lucky, se sentó sobre él en su asiento, y su boca invadió la suya nuevamente con el hambre de una mujer hambrienta. Sus manos encontraron el borde de su falda, se deslizaron por debajo de ella a lo largo de las medias, y encontraron la carne de sus muslos, luego se deslizaron hacia arriba y apretaron sus suaves nalgas. Ella gimió en su boca, sintiéndose aún más excitada por el tacto de sus dedos en su piel. Pero sus manos no se detuvieron por mucho tiempo. Una se movió hacia adelante y se deslizó hasta la unión de sus muslos, cálida y húmeda. Con solo una ligera presión, ella gimoteó de placer y movió las caderas.

Estaba más allá de sí misma, balanceándose contra su mano, hasta que sus propias manos fueron al bulto en sus pantalones y comenzó frenéticamente a desabrocharlo.

Hubo un fuerte golpe arriba.

"¡Lombard Street!" el cochero rugió desde afuera, y Ginger se apartó de Lucky, jadeando.

"Siempre hay algo," exhaló frustrada.

"Tan impaciente," dijo Lucky en voz baja y ajustó los botones de sus pantalones. "¿Vamos?"

"Frank, veo que estás preparado para impresionar," exclamó Ginger, entrando en el espacioso salón de un amplio apartamento. No era nada exageradamente lujoso, nada como algunas de las casas adineradas a las que había ido. Pero el lugar era grande, con no mucha decoración, pero buenos muebles, candelabros ya encendidos como si alguien hubiera preparado el lugar.

Oh, alguien definitivamente lo había hecho, se dio cuenta Ginger mientras caminaba detrás de Lucky hacia el centro del salón y veía un candelabro encendido en el medio de una pequeña mesa con platos de comida, botellas de vino y brandy, y copas.

"¿Frank?" Levantó una ceja cuando él se volvió para mirarla con una sonrisa traviesa.

"Pensé que nos quedaríamos un rato," dijo y la atrajo más cerca para besarla.

"¿De quién es este lugar?" preguntó, sonriendo, ya impresionada de que él se hubiera molestado tanto por ella.

"Es mío," dijo Frank y la atrajo para otro beso.

Se apartó rápidamente.

"¿Tuyo?" Frunció el ceño.

"Sí, es mío, Maude," dijo él parpadeando lentamente con una risa. "No me mires así. Sé que no crees que un ladrón de St. Giles pueda tener un lugar decente en estas partes de la ciudad. Tienes demasiados prejuicios. Está bien. No te culpo."

Ella inclinó la cabeza, estudiándolo, con los brazos alrededor de su cuello.

De repente, se sintió tímida. De camino en la carroza, había estado ardiendo de deseo, y aquí en esta habitación, algo la estaba frenando. Había más luz, y sus ojos sobre ella eran intimidantes.

"Se siente diferente esta vez," dijo en voz baja, mirándolo.

"¿Qué?"

Sus manos, envueltas alrededor de su cintura, estaban tan quietas como las suyas.

"Esto. Nosotros."

"¿Nadie llamando a la puerta?"

Ella se rio.

"También eso," dijo y se quedó callada por un segundo, luego dijo, "No estoy discutiendo, y tú no estás presumiendo."

Fue su turno de reír, y sus manos la atrajeron más cerca.

"Porque sé que me deseas," dijo suavemente, acercando sus labios a los suyos, sus ojos centelleando con algo nuevo que no había notado antes. "Y yo también te deseo."

Ella rozó sus labios contra los suyos.

"Y no lo estás ocultando," susurró.

"Nunca lo hice." Sus labios tocaron los suyos en un suave beso. "Tú sí lo hacías, amor."

La besó de nuevo, con su lengua tan cuidadosa y hábil como sus intenciones.

Oh, ya no quería ocultar nada. Quería que él la apretara lo más que pudiera, piel contra piel, sexo contra sexo. Su lengua hizo su magia, jugando con la de ella, atrayéndola hacia la profundidad de la lujuria mientras sus manos se deslizaban por su cabello, áspero y salvaje, ahuecaban su rostro, luego se dirigían a su cuello, empujando la chaqueta por sus hombros y dejándola caer al suelo. Sus manos le desabrocharon hábilmente el chaleco, luego la camisa, haciéndole perderlos, luego le desabrochó los pantalones, se los deslizó por las piernas hasta los tobillos y volvió a subir, rozando su erección con la mano.

Incluso su desnudez era intimidante.

"Por fin," susurró ella en su boca antes de hundir su lengua mientras su mano apretaba sus nalgas y la otra su polla.

Se quitó los zapatos y salió de sus pantalones, y sus manos comenzaron a desabrochar los botones y broches de su vestido. Movi6 las caderas para empujar su erección hacia su mano, golpeando su boca con la suya.

Ginger también estaba impaciente, abrumada por el deseo, su cuerpo palpitaba con un calor que quemaba su sexo, lo inundaba como una marea alta, cubría sus muslos. Soltó a Lucky y comenzó a arrancarle la ropa, sus manos se enredaron con las de él, lo que encontró su piel expuesta y apretó sus pechos, sus nalgas, abriéndose paso entre sus piernas y encontrando ese océano, peligroso con su humedad.

Ginger, vestida solo con sus medias, gimió y se acercó más a Lucky, agarrando su erección de nuevo.

"Cariño," susurró, "quiero que te sueltes el pelo."

"Tarda demasiado," dijo ella, atrapándole la boca con impaciencia, pero él se apartó y le quitó la mano de la polla.

"Ahora mismo," susurró y sonrió, y ella abrió la boca, a punto de decir algo, pero se detuvo. Levantó las manos y comenzó a desabrochar los alfileres y los clips, tirándolos al suelo, dejando que sus mechones ardientes se soltaran uno por uno, sus ojos verdes brillando de lujuria.

Lucky bajó la cara y le cogió el pezón. Ella exhaló y soltó una risita, sus dedos tratando de trabajar más rápido, con su cuerpo arqueándose hacia el de él mientras sus labios chupaban sus pechos, y su mano se deslizó entre sus muslos y en sus pliegues, hundiéndose en su humedad.

De repente, enganchó sus manos detrás y debajo de sus muslos, la levantó y envolvió sus piernas alrededor de su cintura.

"¡Frank!" gritó encantada, soltándose el pelo, que estaba casi despeinado, y rodeándole el cuello con los brazos, chocando sus labios contra los suyos. Sus bocas y lenguas se lamían y chupaban como si buscaran la fuente de la vida, las piernas de ella alrededor de la cintura de él, los brazos de él alrededor de ella, sus cuerpos enredados en la pasión.

Se inclinó, bajándola un poco en su abrazo, luego apartó ligeramente las caderas y le metió la polla.

"Ah," exhaló. Le arrancó la boca y le besó la cara, el cuello y lo rodeó con más fuerza.

Se hundió aún más, y resonó en los gruñidos de ambos mientras se balanceaban en sincronía, con sus piernas sosteniendo sus cuerpos.

Pero no podía tomarla del todo bien de esta manera.

"Oh, Maude," susurró, impacientándose.

Se apartó de ella, caminó hacia el sofá y se inclinó, la acostó boca arriba, alejándose de ella. Pero antes de que pudiera estirarse, él le agarró las piernas por debajo de las rodillas, las empujó contra su pecho y estrelló su boca contra su sexo.

Su lengua lo lamió de un largo golpe y Ginger gimió en voz alta.

Lo hizo de nuevo, el toque aterciopelado de atrás hacia adelante terminó en su clítoris, y Ginger arqueó la espalda, lanzando los brazos por encima de su cabeza.

Sus manos seguían sujetando sus piernas cubiertas de medias mientras su rostro estaba entre ellas, con su lengua explorando sus labios, pliegues, dibujando círculos alrededor de su clítoris y sonriendo al sonido de los gemidos de Ginger.

Se detuvo un segundo.

"Maude," susurró y deslizó la punta de la lengua por la arboleda a lo largo de un lado de su clítoris. "Daly," susurró de nuevo y volvió a bajar por el otro lado. "Eres encantadora," susurró

de nuevo, y su lengua volvió a encontrarse con su clítoris.

“Frank,” susurró. “Te quiero dentro de mí,” exhaló.

Levantó la vista, le soltó las piernas y se colocó entre ellas para estar a la altura de ella. Su rostro estaba por encima del de ella, y ella lo ahuecó, con los ojos entrecerrados de placer, y deslizó ambas manos por su cabello.

Él la besó, con el sabor de ella todavía en sus labios se encontró con los labios de ella.

“¿Dime dónde me quieres otra vez?” susurró él, con los ojos brillando a centímetros de los de ella.

“Dentro de mí,” susurró ella.

Su erección encontró su sexo y se metió en ella a solo una pulgada de profundidad.

“¿Dónde?” susurró él, con una sonrisa rozando sus labios.

“Dentro de mí,” susurró ella, y él se metió más en ella.

“¿Dónde?” repitió aún más bajo.

“Adentro... Frank...” exhaló, y sus manos impacientes se deslizaron por su torso, le agarraron las nalgas y las presionaron mientras sus caderas se inclinaban hacia él, empujándolo hasta el fondo.

Él gruñó, y sus caderas comenzaron a moverse violentamente, con su polla empujando hacia ella, tratando de profundizar, con sus gemidos mezclándose con sus gruñidos, y su boca abierta como si estuviera jadeando por aire que no estaba allí. La folló como un hombre que se desliza hacia el abismo de la locura, perdiendo el control, hasta que ambos gritaron mientras sus cuerpos se apretaban el uno al otro en la unión más estrecha que un hombre y una mujer pueden tener.

La levantó y la llevó al dormitorio, tenue pero acogedor con la luz amarilla de la lámpara junto a la cama. Estos eran los únicos muebles, pero para ellos era más que suficiente. Una cama era lo que finalmente los había unido.

Volvió a marcharse, su gloriosa figura desnuda desapareció en las sombras del pasillo. Regresó con dos vasos y una botella y se detuvo frente a la cama, donde Ginger yacía tendida de lado, con su hermoso cuerpo desnudo todavía con las medias puestas, la cabeza apoyada en el borde de la cama, su cabello rojo derramándose sobre ella, con sus ojos estudiando el cuerpo desnudo de Lucky de pie frente a ella.

Dejó la botella y un vaso en la mesita de noche. Todavía con otro vaso en la mano, miró a Ginger. Su mano izquierda alcanzó su rostro y le acarició la mejilla. Sus dedos trazaron la línea de su barbilla, luego se deslizaron por su cuello, bajaron hasta sus pechos, rodearon uno de ellos, rozaron su pezón y le pusieron la piel de gallina. Ella yacía inmóvil, su pecho se elevaba lentamente, hundiéndose en el placer de su toque, tan suave para variar, su dedo jugando con su pezón como si fuera una curiosidad y luego bajando más. Sus ojos siguieron sus dedos, estudiando su cuerpo, estirado en la cama, y su polla le hizo saber que le gustaba lo que veía. A pocos centímetros de su rostro, estaba ganando fuerza mientras sus ojos se enfocaban en él, estudiando, como si esperara el ataque.

Su dedo se deslizó hacia abajo y alcanzó el triángulo rojo de pelo entre sus piernas, luego encontró la pequeña protuberancia de carne que asomaba por él y la rozó suavemente. Ella jadeó y separó ligeramente las piernas, abriéndole sus encantos para que los tomara. Pero él quería jugar con ella. Su dedo corazón le dio otra caricia al sexo húmedo, sus caderas se empujaron hacia él y sus ojos se dispararon hacia su cara. Él la miraba mientras ella lo miraba directamente

a él, sus labios se abrieron en los tranquilos suspiros de placer mientras su dedo le daba otra suave caricia sexual a su sexo. Sus ojos se dirigieron a su erección y levantó la mano para darle un movimiento lento para imitar la suya.

Era algo nuevo para Lucky, esa extraña dulzura que era tan erótica que le dolía la polla de deseo, hinchándose bajo el toque de Ginger. Sus dedos abandonaron su cuerpo mientras mojaba los dedos medio e índice en el vaso que aún tenía en la mano y se los llevó, chorreando vino, a los labios.

Ella los lamió.

Despacio.

Su lengua separó sus dedos.

Sus propios dedos acariciaron su virilidad.

Lo hizo de nuevo.

Vaso.

Vino.

Volvió a llevarle los dedos a los labios.

Los lamió y los chupó hasta dejarlos limpios.

Hizo una pausa por un segundo.

Sus ojos se clavaron el uno en el otro, sus miradas brillando con lujuria.

Volvió a sumergir los dedos en el vaso, pero esta vez, se los llevó a la polla y frotó el líquido en la punta de la misma. Una suave sonrisa apareció en sus labios mientras movía sus ojos hacia su sexo y usaba su mano para acercarlo hasta que la punta de la misma estaba contra sus labios, y su lengua le dio un suave lametón, saboreando el vino, rozando sus dedos, que aún estaban allí.

Lucky exhaló ruidosamente, tanto por el placer como por la visión erótica de su sexo, la boca de Ginger sobre ella, su lengua abriéndose paso alrededor de la coronilla y sus dedos rozando sus labios. Observaba con fascinación, como si estudiara la unión de sus carnes. Volvió a acercar los dedos al cristal, los sumergió y los llevó de nuevo a su polla, cubriéndola mientras Ginger movía la cabeza sobre la cama para meterlo más profundamente en su boca.

Lucky gruñó, una ola de placer recorrió su cuerpo, con su virilidad tan dura que parecía que iba a estallar bajo el toque de Ginger. Miró intensamente su polla con los labios de Ginger lamiendo su piel, con su lengua lamiéndola, y su mano ahuecando sus bolas como si estuviera sosteniendo un cuenco del que comía. Su cabeza estaba en el borde de la cama, el lugar perfecto, y él dejó el vaso en el suelo, tomó su cabeza con ambas manos y empujó las caderas hacia adelante, empujándose un poco más dentro de ella.

“Maude,” susurró él, cerrando los ojos de placer, metiéndose suavemente en su boca. Dobló ligeramente las rodillas, moviendo las caderas hacia ella, metiendo la polla una y otra vez, con la boca húmeda y cálida a su alrededor.

“Joder,” exhaló, luego se apartó y bajó la mirada para mirarla a los ojos. “Tengo que ir más despacio.” Él sonrió y le acarició la mejilla con el pulgar.

Se reajustó. Con una mano abandonó su rostro y bajó hasta la unión entre sus piernas.

“Ábrete,” susurró.

Ella abrió más las piernas, presentándose a su tacto, y sus dedos se deslizaron entre los pliegues empapados.

Abajo y arriba.

Ginger gimió y besó la punta de su erección aún en su boca.

Su dedo corazón se deslizó entre sus pliegues y más profundo, empujando un poco dentro de ella.

Ella gimió.

“Uno o dos,” susurró.

“Uno,” exhaló y le lamió la punta.

Deslizó el dedo dentro de ella lentamente, observando su rostro, luego lo deslizó hacia afuera y se zambulló de nuevo, repitiendo el movimiento.

Ella gimió, metiendo su erección más profundamente en su boca, y él gruñó de placer.

“Quiero que te complazcas a ti misma,” dijo él, y ella obedeció. Su mano libre se deslizó hacia su sexo, y cuando él metió su dedo dentro de ella, sus propios dedos comenzaron a frotar su clítoris con movimientos circulares.

“Perfecto,” exhaló, y sus caderas se movieron hacia delante, metiéndose más profundamente en su boca.

Se movían como un organismo intrincado, Ginger tendida a un lado de la cama y Lucky de pie a un lado de ella, como su extensión, con una mano acariciando su cabeza, con su sexo metiéndose en su boca, y su otra mano entre sus piernas, su dedo hundiéndose en lo más profundo de ella, una de sus propias manos estimulando su sexo y la otra entre las piernas de Lucky, apretando sus nalgas, empujándolo más profundamente en su boca. El placer se acumulaba en ellos como un maremoto. Ginger gruñó, su boca se llenó de la dureza de Lucky, con su mano frotando su sexo, moviéndose frenéticamente en círculos, mientras se balanceaba en su mano. Un gemido ahogado trató de escapar de su boca, luego otro, y otro. Su espalda se arqueó, sus dedos de los pies se curvaron y todo su cuerpo se congeló rígidamente en el orgasmo, su boca abierta de par en par en el gemido final. Lucky disminuyó la velocidad solo durante unos segundos, esperando a que ella alcanzara su punto máximo, con su propia polla a punto de estallar por la tensión. Su boca se suavizó y sus labios se cerraron de nuevo sobre su dureza, mientras su cuerpo se relajaba. Con ambas manos, ella agarró sus nalgas y, en solo un breve momento, su semen caliente inundó su boca mientras llegaba al clímax con un fuerte gemido.

Se apartó de ella, se inclinó, le palmeó la mandíbula y estrelló su boca contra la de ella, dándole un beso profundo, con su lengua acariciando con fuerza la de ella como si quisiera lamer su esencia de ella.

Se apartó, se subió a la cama al otro lado de ella y se desplomó sobre su espalda, exhalando ruidosamente.

“Maude Daly,” dijo, mirando fijamente al techo oscuro.

“Frank Handley,” contestó ella y se volvió para mirarle, sonriendo y mordiéndose el labio inferior. Su mano se dirigió a su pecho y lo acarició. La atrapó en la suya y giró la cabeza hacia un lado para mirarla a los ojos. No necesitaban decir nada más. Cuanto más simples sean las palabras, más brillantes serán las chispas. Y los suyos estaban provocando un incendio.

Empezaba a llover. Las pesadas gotas repiquetearon contra los alféizares de las ventanas y pronto se convirtieron en una fuerte lluvia que cayó a cántaros.

Lucky se sentó con la espalda apoyada en las almohadas contra la cabecera. Estaba cubierto con una sábana hasta la cintura, un cenicero encima, un cigarro en la mano y una bebida en la otra.

Su Frank Handley, pensó Ginger con una sonrisa mientras yacía boca abajo junto a él, con el codo en la cama y la cabeza entre la mano mientras lo estudiaba. No parecía cansarse de hacer eso, como si su cuerpo, al igual que el hombre mismo, fuera un misterio que nunca se resolvería.

"¿Traes a muchas mujeres aquí?", preguntó y sonrió. No estaba celosa, solo curiosa.

Nunca antes, quiso decir.

"Piensas demasiado," dijo en su lugar con una sonrisa.

"Sobre ti, tal vez." Ella pestañeó hacia él.

"Muy bien. Que siga siendo así."

"Si tienes este lugar, ¿por qué vives en St. Giles?"

"Porque ahí es donde elijo vivir."

"¿Por qué?" frunció el ceño. "¿Cómo puedes quedarte allí cuando tienes la oportunidad y los medios para estar en un lugar mejor?"

"Crecí allí, amor. Puedo manejarlo. Mi gente está allí. Puedo ayudar a algunos de ellos a salir y hacerlo mejor en un mundo normal."

"Pero puedes *vivir* en el mundo normal, Frank. Tienes este lugar. Supongo que tienes suficiente dinero." Ella sonrió.

Estudió su sonrisa con una mirada condescendiente. Oh, poco sabía ella. Pero no necesitaba decírselo todo.

"Maude," dijo y apagó el cigarro que tenía en el cenicero que tenía en el regazo, y luego se volvió para mirarla. "No se puede vivir en el lujo y lidiar con la pobreza. Uno pierde la perspectiva. Puedo disfrazarme e ir a un teatro, a un baile, a un evento benéfico, sí. Pero uno se acostumbra tan rápido que pronto se olvida de lo que se siente al sufrir. Y los que están aquí arriba, incluso los que intentan cambiarlo todo, no tienen prisa. Se toman su tiempo porque se olvidan de lo que es irse a la cama preguntándose si vas a sobrevivir hasta la mañana."

Ella se levantó, se sirvió un poco de vino y se sentó sobre sus talones frente a él, observándolo, graciosa en su desnudez.

Los ojos de Lucky se movieron hacia abajo y hacia arriba, maravillándose de su belleza, con el cabello rojo cayendo sobre sus hombros. Había visto tantas mujeres desnudas, pero esta mujer era tan erótica en su desnudez que se maravilló del hecho de que estuviera allí, en este piso vacío, en este dormitorio con poca luz, con la lluvia afuera, frente a él en toda su belleza desnuda.

Ginger pareció estar pensando algo por un momento.

"Pero," dijo finalmente, "¿no serías capaz de hacer algo más desde aquí que estar en los barrios bajos, donde nadie quiere poner un pie?"

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, y no había rastro de humor en sus ojos. Era hermosa en su seriedad, y no era el momento ni el lugar para ello.

"Cariño, no necesitamos molestarnos con esta charla aburrida. No viniste aquí para eso."

"¿Para qué *he* venido aquí? ¿A follar?" Ella arqueó una ceja y sus ojos se dispararon hacia ella con sorpresa. "Podríamos haber follado en la calle y haber terminado con eso." Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa. "Quiero conocerte mejor, Frank. Si solo quisiera follarte, te habría hecho ir a Belle House en lugar de vestirme como una sirvienta para descender a Giles."

Su boca adquirió una curva sarcástica y bajó los ojos, preguntándose si sería demasiado dura.

Lucky la miró fijamente hasta que ella volvió a mirarlo.

Sus miradas permanecieron enclavadas en este diálogo silencioso, ella preguntándose si él iría más allá, él preguntándose si realmente quería ir por ese camino. La intimidad no se trataba de sexo; Se trataba de abrirse el uno al otro. Lucky no estaba acostumbrado, pero nació siendo un buen estudiante. Nunca había conocido el amor verdadero. Tantas mujeres se envolvían alrededor de su polla, y ni una sola quería conocerlo o verlo por lo que era.

Por un segundo, su corazón se apretó de ternura por esta chica que estaba sentada frente a él, desnuda y sin miedo, queriendo acercarse a él. Para él, Frank "Lucky" Handley.

Sonrió.

Y por primera vez, la sonrisa fue diferente. Abierta. Sin guardia mental. Desde lo más profundo.

El corazón de Ginger palpitó con una emoción repentina que la superó, que no podía explicar. Su sonrisa desarmaba. La envolvía, y una extraña luz brillaba en sus ojos. Le hacía sentir como si hubiera sido perdonada —no sabía por qué—, bendecida, incluso, protegida de los males que pudieran ocurrirle. Tragó saliva. Era nuevo, esta sonrisa, tan cálida e íntima. Excepto que venía del criminal más duro de St. Giles. Los tatuajes y las cicatrices no iban con esta calidez que irradiaba la sonrisa espontánea y momentánea. Tal vez así era como la gente llegaba a quererlo, pensó Ginger. Todas esas personas de las que Finn hablaba, y ella no podía entenderlo, por qué, cómo y para qué. Y ahora lo vio.

Sus ojos se apartaron de ella, como si ya estuviera viendo demasiado. Encendió otro cigarro y exhaló ruidosamente.

"Los hombres de aquí arriba," asintió a su alrededor, como si señalara la ciudad que los rodeaba, "son los mismos que los de los barrios bajos, excepto que tienen bolsillos más grandes. Se las arreglaron para poner algo de dinero, pasarlo y, de repente, se sienten con derecho a explotar a otros. St. Giles, Whitechapel, Bluegate Fields, Devil's Acre, Spitalfields, Bethnal Green, demasiados para nombrarlos, son un triste ejemplo de cómo los ricos se apoyan en los hombros de los pobres sin darles una oportunidad. Dicen que Estados Unidos es diferente. Allí, puedes hacer una buena vida trabajando duro. Aquí, cuanto más trabajes, más rápido será el camino a la tumba. Esa es la triste verdad, Maude." Lucky echó la cabeza hacia atrás y se detuvo un segundo, mirando hacia arriba, como si ordenara sus pensamientos. "Algunas personas lo hacen aquí, pero en esta ciudad, principalmente con sangre, peleas y trampas. No debería ser así."

"Y estas palabras vienen de ti," dijo Ginger.

"Lo sé, lo sé." Sus ojos volvieron a fijarse en ella. "Ese es mi punto. Lo que hacemos es tratar de levantar nuestro vecindario de las cunetas. Para que haya más personas como nosotros que puedan ganar dinero y ayudar a otros a recuperarse. Podemos extendernos. Construir más. Hacer conexiones. Lo siguiente que sabes es que somos dueños de suficientes lugares y espacios para que nuestra gente salga a la calle. Poder darles una educación, y pronto estarán entre los que tengan suficiente poder para hacer el cambio."

"Creo que crees más en la vida que en la miseria y la injusticia. Esa es tu magia." Ella sonrió. "Suenas inspirador, Frank. Y muy poco realista. Desafortunadamente," dijo Ginger con tristeza.

"Mmm. ¿Es poco realista, dices?" Esbozó una sonrisa triste y permaneció en silencio por un momento. "No sucede en un día, lo sé." Exhaló una nube de humo. "Ni en un año. Ni siquiera en una década. Sucede lentamente. Pero Ruby tiene razón: la esperanza es un arma poderosa. Y somos gente fuerte. Dios, no hay personas más fuertes que las que tienen menos que perder. Construimos este país. Colonizamos el mundo. Sin embargo, en nuestra propia ciudad, nuestra propia gente vive en cunetas, orina y sangre, peor que algunos de los esclavos de todo el mundo. ¿Tiene sentido para ti? No, Maude, para mí tampoco. Así que adivina qué: si no se nos da lo que merecemos, lo tomaremos por la fuerza. Con el crimen."

"Eh," dijo ella, apenas audible.

¿Creía en el cambio? No estaba segura, aunque definitivamente había logrado escapar de un destino desafortunado.

¿Podría justificar la violencia? Oh, sí, podía. Había visto mucho en su infancia para saber que a veces la violencia era la única forma de protegerse.

¿Podría justificar los medios? Oh, ella no sería una ramera si pudiera.

¿Vio un atisbo de esperanza? Con gente como Frank Handley, tal vez, por pequeño que sea, pero sigue ahí. Pero lo que vio en el hombre frente a ella fue el lado que nunca había imaginado que existiera: el deseo de cambio, de justicia, de los derechos de la gente, la disposición y la voluntad de vivir entre ellos, en la oscuridad y el crimen para poder darles esperanza.

Y eso despertó un extraño sentimiento en su corazón que no tenía para muchos: admiración. No por el dinero. No por el poder. Pero para este lado noble de un hombre que era un criminal.

"Yo..." No sabía muy bien qué decir. "Me gusta tu forma de hablar, Frank," dijo y sonrió. "Me encanta la forma en que..." Se detuvo por un segundo. "Eres un buen hombre." Ella asintió. "A veces," añadió y se rio suavemente.

Él sonrió, bebió su bebida como si se tragara sus sombríos pensamientos, y se volvió para mirarla de nuevo.

"¿Y cuál es tu historia?" Su voz suave no le dejaba mucho espacio para bromas o sarcasmos.

"Vaya." Ella sonrió. "La mía comienza en el mismo lugar que la tuya, supongo."

Toda la vida de Ginger no había sido más que una sucesión de luchas para llegar al día siguiente. Un borracho de padre que había encontrado su final en una botella. Una madre que no se preocupaba mucho por sus hijos. Los trabajos en las calles que le habían parecido tan inútiles que se preguntaba por qué valía la pena vivirlos. Hasta que, inevitablemente, como muchas niñas y mujeres que no podían llegar a fin de mes, recurrió a usar su cuerpo como medio para sobrevivir.

"Una se acostumbra a hacer cualquier cosa, de verdad," dijo Ginger con una sonrisa triste. "No necesitas estar desesperado, solo hacerlo suficientes veces, y encuentra su camino en tu normalidad diaria."

Había tenido la suerte de conocer a un hombre al que le gustaban las chicas jóvenes y se las guardaba para sí. Hasta cierta edad. No podía culpar a los hombres por ciertas preferencias, por muy sombrías y sucias que fueran, y desde luego no al hombre que la había cuidado cuando más lo necesitaba. Que le dio una educación. Le enseñó las formas correctas. A diferencia de lo que otros pensaban —en su mayoría mujeres, ya que las mujeres siempre eran demasiado rápidas para juzgarse unas a otras—, ella había descubierto que su profesión la había acostumbrado a un estilo de vida que no era malo. De hecho, sus años en la Belle House fueron los más cómodos y prósperos desde...

"Bueno, desde que nací," dijo Ginger con una sonrisa. "Esa es la cruda realidad de la vida, supongo."

Podía ser como Eva, una de las señoras, ahorrar suficiente dinero para jubilarse, comprar su propia propiedad o negocio. Pero le gustaban demasiado los vestidos finos y las joyas. Ella se rio, diciendo eso, y los labios de Lucky se estiraron en una sonrisa. Pero con el tiempo, lo descubriría, dijo.

"Ya sabes cómo funciona." Ginger esbozó una sonrisa y bajó los ojos. "Aprendemos a vivir un día a la vez. Contigo, sin embargo..."

Se detuvo, trató de esbozar otra sonrisa, pero se desvaneció.

"Me gustaría que terminaras esa frase," dijo Lucky en voz baja, y ella lo miró para encontrarse con su intensa mirada.

Su mano se dirigió a su pecho, y sus dedos recorrieron la longitud de su torso, rodearon sus moretones y tatuajes y trazaron suavemente las cicatrices mientras Lucky contenía la respiración,

sin apartar los ojos de su rostro.

“Contigo, Frank,” dijo finalmente vacilante, “contigo me gusta pensar en el mañana.” Ella sonrió nerviosamente, se encogió de hombros y miró hacia otro lado. “Lo que sea que signifique el mañana. Tonto, lo sé. Volvió a reírse nerviosamente.

Oh, no sabía cómo estas palabras resonaban con los propios pensamientos de Lucky, se filtraban en su mente, le agarraban la garganta, le dificultaban la respiración, envolvían sus cuerdas alrededor de su corazón de cien libras, encontrando su camino hasta lo más profundo de él.

Guardó la bebida y tomó su mano entre las suyas.

“Ven aquí, Maude,” dijo en voz baja y la atrajo hacia él.

“No te preocupes por mí, Frank. Soy tonta, lo sé.” Ella trató de reírse, desviando la mirada, deslizándose hacia su abrazo, tratando de besarla y olvidar esta tontería suya.

La detuvo a centímetros de su cara y le acarició la mejilla. “No lo eres, cariño,” susurró él, con los ojos clavados en los de ella, pero penetrando profundamente en su alma. “Quiero que me digas esto todos los días.”

“¿Existe la posibilidad de 'todos los días'?” Ella soltó una risita, pero lo miró con esperanza.

“Eso espero, cariño.” Él le devolvió la sonrisa, lentamente le llevó la mano al pelo y le sacó los alfileres restantes.

Era demasiado suave para él, esta charla, pero sus ojos verdes lo acariciaban de una manera extraña, y no quería perderlo, ahuyentarlo.

Lucky había tenido relaciones con muchas mujeres. Pero lo que quería en su vida en este momento era solo una—Maude Daly. Si le pidieran que explicara por qué su pene podía ponerse erecto por cualquier chica decente con la actitud correcta y un toque habilidoso, pero esta persona hacía que su corazón se hinchara, pesado de emociones, que su cuerpo se gravitara hacia ella, habría usado las palabras de Ruby y habría dicho que era magia. Estar con ella era como presenciar el más exquisito truco de magia que te tomaba por sorpresa y te dejaba atónito. Pero Lucky no era un niño pequeño. Ni era un espectador ignorante. Y no era magia. Había una palabra diferente para describir el fenómeno, pero le había sido desconocida antes y era demasiado incómoda para pensar en ella ahora. No podía decírselo. Era demasiado pronto. Ni siquiera se lo admitiría a sí mismo, y mucho menos en voz alta para que el mundo lo oyera. Porque en este momento, Ginger era su mundo, uno diferente, y no quería dejarlo ir. En cambio, la quería aún más cerca.

Sus labios estaban de nuevo en los suyos, suaves, gentiles, asegurándole que había un mañana.

Esta vez, no era lujuria.

Era pasión.

Lluvia, noche, luz tenue y pasión.

Frank envolvió sus brazos alrededor de Maude, sintiendo su piel bajo sus palmas, con sus cálidos labios en los suyos, sus manos que parecían calmar las cicatrices. Tiró de su cuerpo sobre el suyo, y la presionó más cerca, empujándose entre sus piernas. Su erección encontró su núcleo, y la penetró una y otra vez, sintiendo su cuerpo en sus brazos, su silencioso deseo. Lo hizo lentamente esta vez, no queriendo usar sino complacer y quedarse así por el mayor tiempo posible. La oscuridad a su alrededor parecía haberse quedado quieta, dando paso a los sonidos de la lluvia afuera y su pasión silenciosa. Lucky era más tierno de lo que pensaba que podría ser posible. Porque incluso los que eran como él, cuyas vidas estaban gobernadas por la oscuridad, a veces luchaban por la luz. Y la chica en sus brazos brillaba a través de él con tanta intensidad

como una pelirroja podría.

Cuando se creó la Policía Metropolitana, esto añadió ciertos problemas para los Bankee Boys. St. Giles era su propio mundo, y los Bankees lo dirigían de acuerdo con las reglas de los Bankees. No sería una exageración decir que realmente eran la fuerza del orden en este barrio y los vecindarios adyacentes. Al principio, la policía representaba una amenaza leve para su empresa y el orden de los Bankees. Pero después de crecer en los barrios bajos con una mentalidad particular y las habilidades para sobrevivir, uno sabía cómo usarlas en cualquier lugar. Dado que la Policía Metropolitana estaba centralizada, con el tiempo, más rápido de lo que la policía expandía su poder, los Bankees no solo infiltraban a sus miembros en la división local, sino que sobornaban a suficientes de ellos para extender el poder por los distritos vecinos. Y así, dos décadas después, St. Giles seguía siendo el cuartel principal de los Bankees mientras que sus conexiones se expandían por toda la ciudad.

La influencia de los Bankees creció, al igual que las oportunidades comerciales. Una de ellas era el comercio de whiskey. Era una nueva empresa y estaba comenzando lentamente, pero todo lo que necesitaban los Bankees era mejores conexiones fuera de Londres, e inevitablemente las encontraron, a través de nada menos que la pandilla vecina de Smethwick.

"Tsk, los Murphies, los Ninth Streeters, ¡cualquiera! ¿Por qué los Wicks?" preguntó Billy, irritado, cuando varios de ellos estaban sentados en la oficina de Rocco después de que él anunciara la noticia.

"No importa quién," dijo Rocco lentamente, su voz baja y peligrosa. "Tenemos el trato, el producto, los proveedores, la mano de obra. Pero necesitamos conexiones. Fuera de Londres. Y resulta que los Smethwicks;" sus ojos se desplazaron a Lucky, quien estaba sentado en silencio, fumando; "ya controlan el opio en el norte."

Oh, Lucky odiaba ese nombre, pero no lo mostraba, sabiendo perfectamente bien que esto no se trataba de él, ni de nadie más, ni siquiera de los Bankees. Se trataba de dinero, y el dinero era lo que los convertía en lo que eran.

"Tienen algo de peso allí," continuó Rocco, y sus ojos se enfocaron intensamente en Lucky. "Eso es todo lo que necesitamos en este momento. Una vez que pongamos un pie en la puerta, todo cambiará. Pero por ahora, es importante. Y es con los Smethwicks. Ya no somos solo matones de la calle, corriendo por ahí blandiendo cuchillos y palos. Somos un negocio."

Rocco asintió, y Lucky le devolvió el gesto, aunque sintió un repentino deseo de romper algo.

No le molestaría tanto si no fuera por un simple hecho: uno de los hombres de alto rango entre los Smethwicks era Skriller, el enemigo de toda la vida de Lucky. Y más que nada, Lucky

odiaba pensar que tendría que ver al hombre y, además, depender de él en su línea de negocios.

Amor.

¿Cómo brotó en el desierto de la lujuria y los placeres carnales?

¿Cuántos hombres pasaron por la habitación de Ginger? Algunos la miraban con admiración como si fuera una diosa, besando sus manos, su cuerpo, sus pies. Había quienes simplemente querían recostarse en sus brazos o regazo, hablar y ser acariciados como si sus dedos fueran una cura para algún dolor que nada más pudiera calmar. Hubo un cliente que lamía sus dedos del pie y besaba el suelo por donde ella pisaba. Varios habían profesado amor. Otros la colmaban de regalos. Algunos se quedaban tímidos y temblaban a la vista de ella. Pero ninguno evocaba nada remotamente parecido a lo que ella sentía por Frank Handley.

¿Richard? El recuerdo de ese ridículo tipo hacía que se riera ahora. ¡Qué enamorada estaba de él, y cómo se apagó tan rápido...

Enamoramiento.

Qué palabra tan tonta.

No, no tenía un enamoramiento con Lucky. Estaba enamorada.

El pensamiento, tan banal, sin embargo la sacudió hasta la médula.

Cuando estaba con él, trataba de olvidar que la vida existía fuera de los dos. Cuando estaba con sus clientes, todo en lo que pensaba era en él.

Evitaba a los hombres en los salones o cualquier interacción a menos que se lo pidieran.

Este hecho, por supuesto, no escapó a la atención de la Sra. Sharke, quien la llamó a su boudoir un día y la miró de arriba abajo con una sonrisa de desprecio.

"Atendiendo a hombres en los barrios bajos, Señorita Maude, ¿verdad? ¿Por qué la dama de mi Casa quiere el miembro viril de un rey de los barrios bajos?" dijo la Sra. Sharke con una voz tan afilada como el zumbido de una avispa. "Esa es una manera de volver al lugar de donde vienes. ¡Ja!"

Ginger levantó la barbilla y miró a la madame sin apartar la mirada.

"¿Sabes qué pasará si corre el rumor?"

"No lo hará," finalmente habló Ginger.

"Pero si lo hace, vas a salir de esta casa tan rápido como una bala, querida. Y mi bota será la primera en patear tu trasero."

"Tendré muchos clientes si eso sucede."

"¿Clientes?" exclamó la Sra. Sharke y miró a Ginger con asombro. "¿Crees que *alguien*," hizo una pausa, "alguna" levantó la voz y agitó un dedo en el aire "persona cuerda en la ciudad querrá tener algo que ver con la chica que envuelve su boca alrededor del miembro viril de un... criminal, estafador, ladrón, asesino ¿olvidé algún título?" La Sra. Sharke levantó las cejas, mirando a Ginger con furia. "Si crees que tus pequeños asuntos con las otras chicas pasaron desapercibidos, oh, estás equivocada, querida. ¡No permitiré que un desgraciado de los barrios bajos arruine la reputación de mi establecimiento!" terminó con la voz elevada, y no era muy común que alguien oyera a la Sra. Sharke gritar.

Ginger quería escupirle en la cara. Quería irse y no volver nunca. Excepto que no tenía a dónde ir. Y Lucky —no estaba segura de que él la quisiera tanto.

"Entendido, señora," dijo en voz baja en lugar de eso.

Esa noche bajó a la cocina, hosca y casi llorando. Se sentó en la mesa y miró sus manos, sin

prestar atención al bullicio de las criadas a su alrededor, el olor a cocina y lavandería. Mejor que los gemidos interminables, y las risitas, y los gritos, y las risas que venían de todos los rincones de la casa.

"¿Qué te pasa, cariño?" Martha se acercó y se apoyó en la mesa, su puño regordete en la cintura. Le gustaba Ginger, la chica que, a pesar de su belleza y popularidad, tenía un corazón. A diferencia de algunas otras que eran unas imbéciles en carne y hueso, como lo había dicho una de las criadas.

"Ah, hombres, eso es todo," dijo Ginger con un gesto de la mano, sus ojos hinchados de lágrimas.

"¿Clientes?" preguntó Martha.

Ginger negó con la cabeza.

"¿Bueno?"

Martha la observó mientras una sonrisa aparecía en sus labios.

Ginger asintió.

"Pero no sé..." Ginger dejó de hablar para evitar romper a llorar.

"Calla, cariño," dijo Martha suavemente. Se acercó y la abrazó. Ginger era una de las pocas a las que podía hacerle esto. Martha era una mujer grande con un corazón aún más grande, y para algunas chicas que no tenían familia, ella era su "mamá grande".

"Si está destinado a ser," dijo la criada suavemente, "vendrá hacia ti. De lo contrario, no hay necesidad de llorar por ello."

Más fácil dicho que hecho, porque la vida de Ginger se convirtió en todo sobre Lucky. Frank esto. Frank aquello. Constantemente estaba en su mente. Y no, "todos los días" no sucedió como Lucky había dicho en esa noche lluviosa en el calor del momento. Pero tenían sus vidas regulares con las que lidiar, el aburrimiento y la miseria del negocio de Ginger que de repente encontraba repulsivo.

Pero los días de separación hicieron sus encuentros aún más apasionados.

Cuando tenían poco tiempo, eran rápidos como tornados. Cuando pasaban noches juntos, se quedaban despiertos hasta el amanecer, haciendo el amor y hablando.

Ginger intentaba abrir los rincones ocultos de su vida. Como había dicho Gnarly Dog una vez, cuando una mujer quería a un hombre, quería conocer todo sobre él, como si conocer su vida le diera un arma secreta que podría usar a voluntad.

Para un hombre, conocer a una mujer era a través de su cuerpo, y Lucky, a su vez, quería abrir cada puerta de Ginger. Oh, intentó su paso menos visitado, tomándola por detrás una noche. Y Ginger se dio cuenta de que, aunque muchas cosas no le atraían con sus clientes, con su amante estaba dispuesta a ir más allá. Lucky era un hombre rudo. Pero mientras le permitía ser él mismo, Ginger le mostraba el camino tierno, y Lucky descubrió que, con su amante, podía soltarse.

Estos cambios desconcertaban a Lucky. A veces, tarde en la noche, con la vela quemándose baja en el candelabro, se sentaba a beber whisky y ahuyentar los pensamientos sobre la prostituta de la Belle House. La mujer lo hacía soñar. Y los sueños no eran sobre dinero, o grandes planes, o poder. Eran sueños de contacto humano, unión, relación. La necesidad de estar con esa única persona que le quemaba la mente con la felicidad febril y la esperanza inexplicable. Estos sueños no eran comunes para él. No eran comunes en St. Giles. Pero ahora tenía a alguien que se preocupaba por él. No por el dinero, o la protección, sino simplemente por ser Lucky.

Lucky, de hecho.

La pregunta que lo preocupaba no era si quería estar con ella. ¡Oh, sí! ¡Más que nada! La

pregunta era si podía mantenerla a salvo del peligro. Después de todo, él era un Bankee. Eso lo preocupaba. Y Lucky no tenía la costumbre de preocuparse por nadie más que por sí mismo. Pero ahora estaba Maude Daly. Y ella era la mujer más fascinante que había conocido. Lo encendía con una pasión nunca antes sentida. La pasión era poder, pero a veces, cegaba de maneras peligrosas.

Mientras tanto, había otro desarrollo amoroso ocurriendo en la Belle House. Este principalmente tenía lugar en la parte trasera, en el piso superior, en los pequeños aposentos de los sirvientes. Y, más a menudo, en la oscura escalera.

Krissy estaba tan enamorada de Finn como él de ella. Y mientras el chico intentaba obtener lo máximo posible, Krissy tenía la misión de adiestrarlo en todo lo placentero, principalmente, por supuesto, para su propio beneficio. Las pequeñas sesiones de entrenamiento hacían girar la cabeza de Finn, ya que la chica tenía más trucos bajo la manga que un mago callejero. Cada vez, Finn los recibía con sorpresa. Como el día que ella lo llevó a la escalera y, mientras él ya intentaba levantarle la falda, lo detuvo bruscamente.

"Quiero que me atiendas allí abajo," dijo ella con una sonrisa pícara.

"¿Qué?" Él la miró, sin entender.

"Tsk." Ella rodó los ojos, luego los ensanchó hacia él. "Allí abajo," susurró, "como yo lo hago contigo."

Ella sonrió.

"Estás soñando," gruñó él, "no."

"Tsk." Krissy levantó la barbilla. "Entonces puedes volver a tus barrios bajos. No me interesa."

"¿De verdad?" Ahora él la miraba con los ojos muy abiertos. "¡Kris!"

"Adiós," dijo ella teatralmente y se volvió para bajar las escaleras.

"¡Krissy! ¡Está bien! Tsk."

Con una sonrisa traviesa, ella lo atrajo hacia arriba por las escaleras hasta su habitación.

"Um. ¿Qué quieres que haga? ¿Te lavaste?", miró alrededor, desconcertado.

Krissy resopló.

"¿Acaso te pregunto cuando me meto tu polla en la boca?", respondió con altivez.

"Tsk. De acuerdo."

Bajó la cabeza, sin realmente querer hacer lo que se le pedía, porque siempre había pensado que las partes íntimas de una mujer se usaban solo de ciertas maneras.

Krissy observó su rostro lastimoso por un segundo. Se veía tan torpe y perdido que ella estalló en risas.

"¿De qué te ríes?" preguntó él, irritado.

"Me lavé, idiota," dijo ella con una sonrisa.

"¿De verdad?"

"Sí. Antes de que llegaras," dijo ella pícaramente.

"¿Estabas esperándome?" Él sonrió. Animado, se acercó y la atrajo por la cintura, apretando sus pechos.

"A ti o alguien más," dijo ella y mordió su labio inferior.

"¿Qué significa eso?" Su rostro se puso serio.

"Nada. No te preocupes."

"¡Kris! ¿Qué demonios?"

"Tsk, no..."

"¡Krissy!" La soltó. "¿Estás viendo a alguien más?"

"Tsk. Deja de ser tan terco. Por supuesto que no."

Ella agarró su camisa y lo atrajo para un beso.

"Está bien," dijo cuando lo soltó. Se sentó en el borde de la cama, abrió las piernas y, con una sonrisa, subió su falda hasta la cintura, mostrándole todos sus encantos.

Él la miró, hipnotizado. Había tenido chicas antes, pero nunca había tenido la oportunidad de ver cómo era realmente allí abajo. Ahora miraba el sexo de Krissy y tragaba saliva, sintiéndose confundido, su polla se movía en sus pantalones. Por reflejo, comenzó a desabrocharlos, luego se detuvo y, aun mirando entre las piernas de Krissy, dio varios pasos más cerca.

"¿Qué quieres que haga?" preguntó torpemente, mirando a Krissy, que se recostó sobre las palmas de las manos, mordiendo su sonrisa.

"Tsk, nada que puedas hacer parado allí."

Caminó más cerca y se arrodilló entre sus piernas.

"Bésalo," ordenó ella, y él lo hizo, lentamente y torpemente, como un amigo distanciado.

"Como si lo sintieras, Finn," insistió Krissy.

Lo intentó de nuevo, esta vez más tiempo, luego escuchó el suspiro satisfecho de Krissy y se apartó.

"Es como tu boca, pero, como, no viva," dijo aún perplejo.

La habitación resonó con la fuerte risa de Krissy.

"¡Tonto! Ah, tan indefenso, Finn, de verdad," dijo Krissy, y Finn la miró con el ceño fruncido.

"No lo soy."

"Sí lo eres. Tsk."

Pero Finn la agarró de las caderas y la acercó más. No estaba indefenso, pensó. Esta pequeña dama estaba llena de ideas de Belle House, pero él estaba decidido a mostrarle quién era el hombre. Así que hundió su boca en su sexo con todo el afán de demostrarle que estaba equivocada.

"Puedes usar tu lengua, ¡ah!" gimió Krissy "¡Sí! ¡Me gusta! ¡Oh, Finn!"

Y pronto, las suaves palabras de Krissy se convirtieron en suaves gemidos cuando Finn le dio lo que quería y más, porque a veces las mejores cosas vienen de aquellos que no se muestran por el camino correcto y se salen de los caminos trillados. Después, rebosante de deseo e inusualmente excitado por este pequeño juego, obtuvo lo que quería de *ella* con más determinación y lujuria que nunca antes. ¿Quién iba a decir, pensó más tarde, que el placer era mucho más que meter el huso en un agujero? Sus pequeñas aventuras amorosas con Krissy le hicieron pensar en sí mismo como un joven experimentado que "había visto una o dos cosas," como les decía con orgullo a otros hombres en St. Giles. Mantenía su mente ocupada y, curiosamente, lo mantenía alejado de los problemas que una vez más se abrieron paso en la vida de los Bankees.

Una noche de finales de agosto, un joven fue asesinado. Por accidente. En el calor del momento. Fue precisamente en el momento en que Finn tenía su huso dentro de Krissy, aprendiendo las nuevas habilidades. De lo contrario, habría estado con varios otros jóvenes en Holborn, en una guarida de peleas de gallos, haciendo apuestas, perdiendo o ganando. O, como sucedió esa misma noche, al entrar en una discusión con otros hombres.

Dio la casualidad de que los jóvenes eran los Smethwick. La discusión comenzó con la derrota del gallo por el que algunos Bankees habían apostado. Culparon a la otra parte de amañar el juego, aunque ese no podía ser el caso. Todos los gallos tenían espuelas metálicas unidas a las naturales. Claro, uno podría hacer unas más largas y afiladas, pero eso los haría pesados y torpes. La elaboración de las espuelas era un arte que requería habilidad, precisión, cálculos y pruebas. La guarida de peleas de gallos era uno de los lugares habituales que frecuentaban los jóvenes Bankees. Pero su ira fue alimentada por la presencia de los Smethwick. Y cuando los Bankees perdieron la apuesta, su ira giró en cierta dirección bien transitada: los Smethwick.

La discusión escaló y fue llevada afuera. En la oscuridad de la tarde y alimentados por la ginebra, varios hombres se enfrentaron entre sí con un odio ardiente durante mucho tiempo. El hecho de que los Bankee y los Smethwick planearan trabajar juntos no detuvo a nadie, ya que los planes de negocios de la gente grande nunca podrían disolver un odio que había estado creciendo desde la infancia. Y así, se rompieron las caras, se rompieron las costillas y los golpeados Smethwick huyeron con la promesa de "enterrar a los Bankees en el suelo." Pero no hasta que Henry, uno de los Bankees más jóvenes, arrojó una piedra, tirando una de los Smethwick al suelo. Y mientras el resto estaba fuera de la vista, el chico en el suelo no se levantó ni se movió.

Las mentes de los Bankees funcionaban como lo hacían en los barrios pobres después de años de lucha. Si dejaban el cuerpo en la calle, alguien lo encontraría, o los Wick volverían. Y entonces, los Bankees estarían en problemas. Si se llevaban al niño, que no solo no se movía, sino que estaba muy, muy muerto, podrían deshacerse del cuerpo.

Sin cadáver, no hay crimen, un lema bien conocido entre los criminales. Y para cuando Finn llegó a St. Giles, el cuerpo había sido arrastrado por las oscuras calles y callejones hasta los sótanos de los rincones más oscuros de la colonia.

Fue él quien le dio la noticia a Frank.

"Vi el cuerpo," le dijo a Lucky.

"¿Qué coño pasó, Finn?" Lucky estaba irritado.

"No lo sé. Yo no estaba allí." Miró hacia abajo como si todo fuera culpa suya.

"¡Ah, mierda!" Lucky siseó.

“Es un maldito Wick, Frank. ¿Qué nos importa?”

"Ese es el problema, Finn. ¡Ese es el maldito problema!"

Y mientras varios Bankees se deshacían del cuerpo en las turbulentas aguas del Támesis, Frank esperaba que todo desapareciera. Tendría que hablar con su hombre en la comisaría. Si alguien denunciaba la desaparición, tendría que hacerla desaparecer. Sin embargo, esto no era su preocupación. Podía hacer que las cosas y las personas desaparecieran. Pero nada que pudiera engañar a los Wick. Y con este nuevo negocio, podría haber una tensión importante.

Lucky no estaba tan entusiasmado con el negocio con Smethwicks, pero aceptaba cualquier nueva oportunidad. Excepto la repugnancia con la que pensaba que la vida lo acercaría a Skriller.

Deseaba que el hombre desapareciera de la faz de la tierra. Él mismo habría hecho el honor si no fuera por un cierto código de honor que no le permitía hacer eso. A veces, borracho y abrumado por los recuerdos de los desagradables encontronazos en los que el rencor lo quemaba con más intensidad que el alcohol, contemplaba formas de poner fin a la sucia existencia de Skriller.

Podría deshacerse de él tranquilamente.

Definitivamente.

Sin ningún rastro que pudiera apuntar a él.

Costoso, pero podía hacerlo desaparecer en las mazmorras de Bronagh Morton, la dueña de las tinieblas. La mujer residía en Bluegate Fields, otro lugar abandonado por Dios. Y una vez que alguien se encontraba en sus catacumbas, no regresaba a menos que lo trajera de vuelta la misma mano que lo había puesto allí. Sus servicios eran costosos para el común de los mortales, ya que a menos que se les quitara la vida de inmediato, algunos prisioneros permanecían allí durante mucho tiempo. Las celdas estaban ocupadas por los hombres de las alturas, los desafortunados que estaban condenados a desaparecer de la faz de la tierra. Un destino demasiado cruel incluso para los cabrones más asquerosos que Lucky conocía. Y conocía demasiados para contarlos. Los servicios de Bronagh Morton eran para aquellos que no hacían el trabajo con sus propias manos, que tenían demasiado dinero y demasiado en juego.

Skriller no era un político, ni un miembro de la realeza, ni un actor importante. Era una pulga. Aunque incluso las pulgas, *especialmente* las pulgas, eran conocidas por causar una gran incomodidad al más noble de los hombres.

Skriller no valía la pena.

Y no, no había ningún honor en deshacerse de alguien de esta manera.

La idea a menudo hacía que Lucky se preguntara por qué el más bajo de los criminales a menudo tenía más decencia en tales asuntos que la élite. Hubiera preferido esperar la oportunidad de deshacerse del hombre él mismo.

Excepto que ahora estaba este asunto con el chico Wick.

Argh, eso lo irritó. Tan innecesario y en el momento equivocado.

“Las cosas pasan,” dijo Lucky con inquietud mientras se sentaba frente a Rocco, que observaba a sus hombres por debajo de las cejas.

“Te diré *lo que* pasa, Frank,” dijo Rocco. Siempre estaba tranquilo y sereno. Nunca levantaba la voz. El único indicio de su enojo era la forma en que hablaba. Cuanto más lento hablaba, más preocupado debía estar. “La próxima vez,” Rocco hizo una pausa, estudiando a sus hombres, “será uno de *los nuestros*. Un *accidente* por su parte. Puedes ser tú,” señaló a Lucky, “tú,” señaló

a Billy que estaba a su lado, "tú," su dedo se desplazó hacia Lowly, que desvió la mirada, "y los Bankees no lo dejarán pasar. No podemos. Nunca lo hacemos. Como salvajes, siempre queremos tener la última palabra. Lo siguiente que sabes es que estamos en guerra de nuevo. Y todo lo que estamos tratando de hacer aquí: dinero, negocios, tus pequeños planes de «ayudar a tu propia gente»" miró a Lucky y asintió, levantando las cejas, "todo se va a la mierda, y volvemos a donde estábamos hace dos décadas," escudriñó los rostros de sus hombres y sonrió, "una pandilla callejera inútil que es conocida por ir por ahí degollando a la gente y robando»".

Rocco, Lucky lo sabía, tenía razón. El hombre a cargo era como un dios que todo lo ve y que no se involucra en los tratos de menor rango. Era más objetivo, observando cuidadosamente todo lo que sucedía desde su alto trono.

Lucky, por otro lado, fue el que tuvo que lidiar con eso, resolverlo, encubrirlo, hablar y sobornar. Se estaba cansando de estos mezquinos. Soñaba con algo más grande, las nuevas oportunidades que el comercio del whisky podría abrir. Eso, y Estados Unidos, que de alguna manera estaba en su mente últimamente.

Así que no fue una coincidencia que estas ideas se convirtieran en palabras esa misma noche cuando, después de beber mucho con los chicos en el pub, Ginger lo visitó.

Maude Daly.

La mujer le daba vueltas a todo tipo de pensamientos en la cabeza.

"Un buen whisky y una mujer bonita son dos venenos para un hombre," le dijo Reuben poco después de conocer a Ginger.

"Un buen whisky puede hacer dinero, y una mujer bonita puede hacer feliz a uno," replicó Lucky.

"¿Feliz? Oh, chico Frankie. *Ahora* estamos hablando." El mago soltó una risita.

Era, de hecho, demasiado nuevo para Lucky. Estos sentimientos. El deseo repentino de estar con una mujer. La intensidad que los pensamientos de ella evocaban en él. Había estado con tantas mujeres antes, pero el tierno toque de Maude agitó su mente de una manera extraña, envió pesadez a su corazón, ligereza a su cabeza y un fuego ardiente a su entrepierna.

Quiso darle dos nombres de clientes más, pero cambió de opinión. Ginger estaría ansiosa por hacerlo por él, lo sabía. Pero estaba acosado por la idea de si sería Ginger quien serviría a los hombres. Nunca había sido un mojigato y sabía muy bien que la prostitución era la única forma de ganarse la vida para ciertas mujeres. Era un servicio necesario que se prestaba a la sociedad. Y gente como Ginger a menudo se ganaba su respeto, porque se requería algo más que abrir las piernas para despertar el interés de los hombres.

Reuben no era un hombre de ir con rameras, pero sus palabras lo describían muy bien. "Los hombres inteligentes tienen poder. Las mujeres inteligentes tienen poder sobre los hombres. ¿Quién lo tiene todo después de todo?"

Pero Ginger despertó mucho más que el interés de Lucky. Su mente se estaba poniendo celosa, su corazón se sentía apesadumbrado por los pensamientos de su mujer con otra persona, su deseo era impaciente, exigía más de su tiempo. Y su conocida compostura helada mostraba diminutas gotas de agua, porque el hielo se estaba derritiendo, y todo llegó a una conclusión inevitable: estaba enamorado, profunda y obsesivamente. Él lo sabía, aunque esas no eran las palabras que usaba.

Esa noche, estaban en su habitación en St. Giles. Ginger estaba de nuevo en sus brazos, y él estaba borracho, tomándola bruscamente, con urgencia, sin ocultar su lujuria, y más tarde dejándola hacer sus propias cosas que disfrutaba. Era gentil. Se había enterado de eso las primeras noches que estuvieron juntos. Y juguetona, como había descubierto más tarde. El hecho

lo divertía, y se maravillaba de sus chistes y hábitos tontos, de la forma en que sonreía y reía con la boca abierta, de la forma en que su rostro cambiaba cuando reía, como si la noche estuviera iluminada por la repentina fuente de luz. Cuando estaba con él, era como si las noches más oscuras de St. Giles se hicieran más claras y cálidas, como si su suave tacto llegara a los rincones más profundos y ahuyentara la oscuridad.

Esa noche hablaron. Otra vez. Las conversaciones interminables sobre Londres, la vida y los sueños. Lucky nunca había sido un hablador. Tal vez nunca había tenido a alguien con quien hablar. Hasta ahora. Y Ginger quería escuchar como si todo lo que saliera de su boca fuera la revelación más extraña y deliciosa.

Volvió a sacar a relucir América.

"Allí es diferente, dicen."

"¡Vamos!" Se sacudió el pelo juguetonamente como si estuviera lista para embarcarse en un viaje y se rio.

Él la miró con sus ojos brillantes y borrachos, ahora más oscuros y cálidos, como si el licor disolviera su agudo destello.

"¿Quieres ir a América?" preguntó, mirándola con curiosidad.

Ella se echó a reír.

"No me importa." Ella le acarició la cara. "No me importa dónde esté, siempre y cuando esté contigo, Frank."

Ella se echó a reír de nuevo, pensando que todo era una tontería, pero él la miró en silencio. Nadie había dicho esas palabras antes. Y esta chica ya había dicho muchas cosas que hicieron que su mente vagara en nuevas direcciones. Él mantuvo sus ojos en ella, y ella sintió su intensidad. Una sonrisa parpadeó tímidamente en su rostro. Ella desvió la mirada y luego volvió a mirarlo, sin saber qué era lo que lo desconcertaba.

"Quiero que seas mía, Maude," dijo en voz baja.

"Lo soy, amor," dijo ella y se rio, pero él no.

"Solo mía," dijo.

Ella esbozó otra tímida sonrisa.

"Es caro," dijo y se rio nerviosamente.

Ahora sonrió.

"Cariño, ¿quién te crees que soy?"

"Sé quién eres."

"Exactamente. Puede que esté borracho, pero no estoy bromeando, Maude."

Y su sonrisa se desvaneció.

Era bastante afortunado para una cortesana conseguir un contrato a largo plazo con un cliente. Más aún cuando ella lo favorecía. Luego se pagaba una suma sustancial por ella a la señora Sharke, y la cortesana se mudaba y era provista y cuidada por el benefactor. Hubo casos en que las cortesanas se casaron. ¡Sí! ¡Fue un sueño hecho realidad! Pero muchas regresaron de los contratos a largo plazo que fueron rescindidos, o huyeron voluntariamente. Tal era el destino de las mujeres: querían cuidados y estabilidad, pero muchas lo consideraban peor prisión que un burdel.

Pero cuando Lucky dijo las palabras mágicas, el corazón de Ginger saltó con tal intensidad que se olvidó de respirar.

Sus ojos permanecieron fijos, ya que cada uno de ellos tenía todo tipo de pensamientos dando vueltas en sus mentes.

"¿Quieres que viva aquí?" preguntó finalmente Ginger, señalando con la cabeza la pequeña

habitación destartalada que había a su alrededor y mirando a Lucky con vacilación.

"No puedo tenerte aquí, amor." Lucky sonrió. "Pero parecía que te gustaba mi lugar en la ciudad."

"¿Quieres que viva allí?"

"Ajá..."

"¿Haciendo qué?"

"Follando."

Se echó a reír, desvió la mirada y volvió a mirar a Lucky.

"Yo puedo hacer eso." Ella asintió con una sonrisa juguetona.

"¿Sí?"

"Sí." Ella asintió más rápido y sonrió, sin creer la conversación, preguntándose si todo se olvidaría al día siguiente.

"Será mejor que te limpies esa sonrisa de la cara, cariño," dijo Lucky con una sonrisa, y de repente, Ginger, incapaz de contener la emoción, saltó en la cama, emocionada, se sentó a horcajadas sobre Lucky y lo cubrió de besos al sonido de su risa satisfecha.

Bebió más, arrastrando las palabras al final de la noche, las preocupaciones de su mente se ahogaban en la botella. A Ginger no le importó. Le acarició el pelo mientras él apenas podía mantener los ojos abiertos. Tomó su mano y lentamente frotó su rostro con la palma de su mano como si tuviera algunos poderes mágicos, luego presionó su mano contra su pecho y cerró los ojos.

"No tengo a nadie más que a ti," murmuró, y en unos segundos se quedó profundamente dormido.

"Yo tampoco, amor," dijo Ginger en voz baja y lo observó dormir durante un rato.

Una cosa que había aprendido de su profesión era que los hombres poderosos también tenían momentos de debilidad. Cuando lo hacían, había que prestar atención. Y acababa de escuchar todo lo que necesitaba.

Cuanto más simples son las palabras, más brillantes son las llamas. Tal como había dicho el gran Rumi, la ramera y el criminal estaban avivando la pasión del otro, que ardía tan intensamente que les llegaba hasta la médula. "Hasta que la muerte nos separe," decían los conocidos votos. Pero Ginger y Lucky nunca imaginaron que llegarían a descubrirlo de primera mano.

Era el final de la tarde del día siguiente, pero el cielo estaba lleno de nubes oscuras y pesadas, que se cernían sobre la ciudad tan bajas que parecían subir a los tejados de los edificios. Sumergieron a las calles en la oscuridad temprana como si una tormenta estuviera a punto de estallar.

"Odio la idea de que vuelvas a ese lugar," dijo Lucky mientras Ginger lo besaba antes de irse.

"No por mucho tiempo, ¿verdad?" Ella sonrió.

"Visitaré a esa bruja tuya," dijo, tomándole la barbilla entre los dedos y estudiándola un momento. Quería decirle algo, y ella lo sabía, mirándolo con anticipación, pero las palabras tan simples se le quedaron grabadas en los labios sin abandonarlos.

"Muy bien, entonces," dijo en su lugar y sonrió.

"Se van a meter en problemas, los dos," dijo Finn más tarde, caminando con Ginger hacia la Belle House.

"¿Por qué?" preguntó Ginger con una sonrisa.

Finn se encogió de hombros. "Eso es lo que hacen los hombres cuando están enamorados."

Ginger se rio, sonrojándose por las palabras, pero más aún por el fuego y la esperanza que encendían en su corazón.

"¿Quién está enamorado?" preguntó rápidamente, su corazón latía más rápido de emoción.

"Frank."

Ella se sonrojó aún más, sus labios tratando de reprimir una sonrisa.

"¿Lo crees?" preguntó.

"Ajá," dijo con una mirada seria en su rostro. "Lo sé. Todo el mundo lo sabe."

"¿Frank dijo eso?" preguntó, queriendo oír la confirmación.

"No lo hizo. Se ha vuelto blando de corazón," dijo Finn, y Ginger se rio. Él la miró con expresión seria. "Rocco lo dice. Y él lo sabe todo. Dice que Frank va a hacer algo estúpido."

Ginger no prestó atención a la última parte, pues su mente soñadora confirmaba lo que quería saber.

Estaba tan sumida en sus pensamientos, caminando por la calle, que no prestó atención a una anciana que llevaba una caja y corrió hacia ella, lo que provocó que la caja cayera al suelo y derramara su contenido.

"¡Dios mío!" exclamó Ginger en estado de shock, mirando a la anciana, que estaba vestida con un vestido y guantes de aspecto harapiento, oscuros y remendados en muchos lugares. A pesar del clima aún cálido de finales del verano, la mujer tenía un chal de lana sobre los hombros y un pañuelo en la cabeza con diseños intrincados inusuales. Había sartas de grandes cuentas o gemas colgando de su cuello, y las muñecas estaban cubiertas de brazaletes. Una gitana, se dio cuenta cuando sus ojos se detuvieron en los de la mujer, y se quedó paralizada. Los ojos de la vieja gitana miraron a Ginger con una intensidad tan extraña, como si la anciana acabara de ver un fantasma.

Ginger se quedó de pie por un momento como hipnotizada.

"Mis disculpas, señora," murmuró, todavía incapaz de apartar los ojos de la anciana.

"Humph," dijo finalmente la gitana y, rompiendo el hechizo, miró fijamente a Finn, que ya estaba recogiendo los objetos esparcidos por el suelo.

"¡Soy tan torpe! Espero que no se haya roto nada," murmuró Ginger en tono de disculpa, recuperando el rumbo, luego se dejó caer sobre sus ancas y ayudó a Finn a recoger el resto. Palos, telas, piedras, hojas y hierbas envueltas en manojos con cuerdas brillantes, era una colección extraña, pensó Ginger mientras ella y Finn recogían las cosas en la caja y ella se ponía de pie.

"Bueno, bueno. No quisimos hacer ningún daño, señora," dijo cuando la gitana, mirándola de nuevo, de repente la agarró por la muñeca.

"¿Señora?" Ginger pronunció en shock, mirando a los ojos de la mujer, oscuros pero desvaídos como si fueran por la edad o el tiempo.

La gitana permanecía inmóvil, con los ojos fijos en los de Ginger.

"¿Señora?" Ginger dijo más suavemente, sintiendo un escalofrío helado recorrerle la espalda. Se sintió fría, luego caliente, luego sofocada, luego como si la gravedad cambiara, pero no podía mover un solo miembro, como paralizada, mientras la vieja gitana aún tenía sus huesudos dedos apretados alrededor de su muñeca.

"Amor...", finalmente dijo la anciana con voz ronca.

"¿Perdón?" Susurró Ginger y miró a la mujer. Quería soltar su mano, pero no podía, como si estuviera paralizada por alguna extraña fuerza.

La anciana inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

"El amor ha irrumpido en tu vida," dijo la mujer. "Poderoso como un océano," hablaba lentamente, como si lo leyera en los ojos de Ginger, "fuerte como una tormenta," su voz hipnotizante, "está aquí para quedarse," calmante como una canción de cuna, "El espíritu que está ligado al tuyo por el destino," tranquilo como el susurro del océano, "y nada puede separarlo."

"Hmm," murmuró Ginger como en trance, escuchando las palabras como si vinieran de todas partes a su alrededor.

Entonces la anciana frunció el ceño.

"Muerte," dijo en voz baja, pero no había manera de confundir la palabra, y el shock barrió el rostro de Ginger.

"¡Dos muertes!" repitió la anciana más fuerte, y de repente sus ojos comenzaron a ensancharse, su expresión cambiando a una de asombro y diversión.

Una risa salió de su boca.

Aguda y ronca.

Esto sacó a Ginger del hechizo, y sacudió su mano de los dedos huesudos de la anciana.

"¿Señora?" Murmuró Ginger, olvidando respirar, y los ojos de la mujer se agrandaron aún

más mientras la miraba, riendo.

Los transeúntes se voltearon para mirar.

Alguien ya estaba mirando.

Los murmullos se extendieron por la calle mientras Ginger retrocedía de la anciana, tropezando, chocando con los transeúntes, mirando a la mujer riendo que la seguía mirando con asombro en su arrugado rostro, su risa diabólica envolviendo a Ginger.

Ginger se dio la vuelta y, seguida por Finn, trotó a través de la multitud.

Su corazón latía.

Todo su cuerpo temblaba.

Su mente giraba.

Sus piernas, débiles pero aumentando su velocidad, la estaban alejando.

De la loca.

De las palabras ominosas.

A una buena distancia, se dio la vuelta, pero pudo ver la silueta de la gitana mirando en su dirección, su risa ronca resonando en la cabeza de Ginger.

"Una lunática," dijo Ginger, caminando por la calle, tratando de sacudirse el recuerdo y calmarse.

"Una adivina, decía el letrero," soltó Finn, y sus palabras enviaron un escalofrío por la espalda de Ginger.

"Tonterías," dijo ella, pero los ojos de la anciana no abandonaron su mente.

"Tonterías," se repitió a sí misma el resto del día, pero la palabra malvada y la risa de la anciana gitana la persiguieron hasta la oscuridad de la noche.

Y fue como si esas palabras de alguna manera desencadenaran los eventos, porque esa fue la noche que lo cambió todo.

Esa misma noche, un hombre entró en la Belle House. No había nada particularmente distintivo en él, excepto por la forma en que se movía: rápido, discretamente, sin movimientos innecesarios, ágil como una serpiente. Era una sombra que se movía por la ciudad sin que nadie lo notara. Y así, cuando entró en la Belle House, Gilbert, el portero, lo miró con indiferencia, sin reconocerlo ni prestarle ninguna atención particular, aunque sintió una extraña sensación de inquietud cuando el hombre lo estudió con sus ojos astutos.

El hombre pidió ver a la señorita Maude Daly, a lo que el portero respondió que la señorita Maude ya no estaba recibiendo clientes. Pero el hombre solo sonrió cortésmente, y para asombro de Gilbert, le pidió que informara a la señorita Daly que había venido con recomendaciones de un amigo en común y estaba dispuesto a pagar tres veces la tarifa habitual. El portero levantó las cejas y llamó a la Sra. Boot.

Ginger había planeado sinceramente dejar este trabajo. La conversación con Lucky la había puesto de muy buen humor. Hasta el encuentro con la vieja gitana. Ahora, en un estado de ánimo no tan alegre, con el corazón pesado y pensamientos extrañamente sombríos, escuchaba a la Sra. Boot, quien le informaba sobre el cliente que la estaba esperando y decía que, si Maude fuera una mujer inteligente, sacaría la cabeza de las nubes y aceptaría al hombre.

"¿Qué amigo en común es?" preguntó Ginger por pura curiosidad.

Por supuesto, no importaba. Tenía muchos "amigos" así. Pero la generosa tarifa que el hombre estaba dispuesto a pagar la sorprendió. Su mente no estaba preparada para recibir

clientes esta noche ni en el futuro cercano. Pero la vida jugaba extraños juegos con las personas, y dinero adicional nunca hacía daño. Así que aceptó, pensando en hacer el asunto lo más breve posible.

El hombre no estaba dispuesto a quedarse en el salón. En cambio, lo llevaron a la habitación de Ginger, y cuando entró, el corazón de Ginger se detuvo por un segundo al sentir de inmediato algo desagradable acerca del visitante.

Lo estudió durante varios segundos; en sus treinta, quizás cuarenta años, era robusto y tenía rasgos bastante comunes: cabello oscuro, un rostro pálido delgado con una nariz torcida y cejas espesas. Pero los ojos hundidos eran lo que la hacían sentir incómoda. Estaban inyectados en sangre, con las pupilas oscuras, casi negras, llenando los iris. Eran como cuentas y la seguían sin que el hombre moviera la cabeza.

Ginger tragó saliva y esbozó una sonrisa incómoda.

"Señor... eh..."

"Señor Hunt. Puede llamarme así," dijo el hombre con voz ronca y asintió, ya habiendo quitado su chaqueta y sombrero.

Ginger sonrió y pensó que ese no era su nombre real. Eso no era poco común.

"Estoy encantada con su visita, Sr. Hunt. Dijeron que un amigo en común lo recomendó. ¿Quién sería ese...?"

"No vine aquí para charlar," la interrumpió y se acercó. Hablaba con un gruñido, y Ginger pensó con aún más incomodidad que sonaba como un animal. Un depredador. Listo para atacar. "Dijeron que es una de las mejores, Señorita Maude." El hombre sonrió, y Ginger sintió un escalofrío helado recorrerle la espalda, justo como esta tarde.

El hombre asintió hacia su vestido.

"Si no le importa, me gustaría ir al grano."

Su sonrisa gélida se congeló en sus labios mientras sus ojos, como balas, atravesaban a Ginger mientras permanecía inmóvil, observándola desvestirse.

La tomó rápidamente, por detrás, sus manos, demasiado ásperas, la tocaron con fuerza, tan frías como sus ojos. Ginger intentó mantener su mente en otras cosas, moviéndose al ritmo brusco de su cuerpo, pensando en cualquier cosa menos en el hombre detrás de ella, que estaba fantasmalmente tranquilo, mecánico, como si no fuera humano sino simplemente un caparazón, sin emitir ningún sonido excepto los fluidos corporales que estaban en acción. De repente, petrificada por ninguna razón, Ginger tuvo miedo de respirar, esperando que esta incómoda situación terminara pronto. Y lo fue, lo suficientemente pronto, el único signo de placer del hombre fue un sonido gutural áspero, casi demoníaco, como si hubiera sido tomada por un animal.

Ginger sintió que se apartaba, lo escuchó lanzar un condón al suelo y ajustarse los pantalones. Se volvió con una sonrisa que ya estaba preparada para momentos así.

"Eres una puta bastante mediocre," dijo con un gruñido, su voz de repente maliciosa y peligrosa.

¿Qué?

Abrió los ojos sorprendida por la grosería, lo cual iba en contra de la política de la Casa.

Él la miró con una sonrisa burlona, su rostro de repente aún más feo, sus ojos inquietantes.

"Sea lo que sea que Frank vea en ti," asintió hacia atrás, lamiéndose los labios, "eres solo una puta ordinaria que abre sus piernas para cualquiera que pague."

La boca de Ginger se abrió de shock mientras se ponía de pie lentamente.

"¿Cómo se atreve...?"

La bofetada llegó tan rápida y fuerte que se quedó inconsciente por un segundo mientras la enviaba volando al suelo.

"Maldita puta," siseó el hombre mientras daba varios pasos hacia su cuerpo desnudo.

Ella intentó levantarse, apoyada en sus palmas.

Su mente no entendía lo que acababa de suceder.

Su boca estaba abierta pero no podía pronunciar una palabra.

Solo pequeños jadeos.

Su rostro ardía.

Sus ojos ardían de dolor

"¿Qué pasa, cariño?" volvió a decir su voz mientras levantaba sus ojos sorprendidos hacia él.

"¿Silencio? ¿Como si tuvieras una polla en la boca?"

Sus ojos parpadearon con enojo, pero justo en ese momento, el hombre levantó el pie y lo estrelló contra su estómago; se escuchó un sordo golpe, mezclado con el jadeo de Ginger.

Ella gimió tímidamente. Su mundo se oscureció por un segundo mientras un dolor cegador atravesaba su cuerpo.

"¡Ahh!" exhaló el hombre, y una sonrisa escalofriante le partió la cara, mostrando sus pequeños dientes.

El cuerpo desnudo de Ginger se enrolló en una bola a sus pies. Incapaz de respirar por el dolor, yacía con la boca abierta en un jadeo silencioso, los ojos cerrados, conteniendo las lágrimas.

"Así es, señorita Maude." Su voz, seca y ronca como la de un insecto, estaba más cerca ahora mientras se sentaba en cuclillas a su lado.

Agarró su cabello con un puño y tiró de su rostro hacia sus labios.

Ella gritó de dolor, sus ojos ahora húmedos de lágrimas y anchos de miedo, y su mano se disparó hacia su muñeca, tratando de aliviar su firme agarre.

Pero él solo la apretó más fuerte.

Su rostro estaba encima del suyo, a solo unos centímetros de distancia. Sus pequeños ojos la estudiaban, su nariz olfateaba como si buscara rastros de miedo.

De repente, su lengua del color del moho salió de su boca y como un sapo viscoso se deslizó desde su barbilla, cruzando su mejilla y hasta su sien.

Ella gritó de asco y se estremeció, pero él la mantenía firmemente.

"Puedo saborear a ese maldito bastardo en ti," siseó, y Ginger pudo sentir su cálido aliento estancado como una serpiente que se arrastraba por su oído hasta su cerebro. "Dile hola a nuestro amigo Frankie," dijo con un gruñido espantoso. "Dile que el Sr. Skrillerman no quedó impresionado con su pequeña puta."

Con estas palabras, lanzó su cabeza a un lado, pero tan rápido como pudo, su otra mano descendió sobre su rostro con una bofetada cegadora.

Ella gritó, acurrucándose en el suelo, sollozando, tratando de no mirar hacia arriba, pero el hombre había terminado.

En un segundo, ella escuchó que él cerraba la puerta de su habitación.

En un minuto, ella estaba de pie desnuda frente al espejo, mirando su rostro rojo y el labio ensangrentado.

En ese mismo momento, el hombre con una mirada malévola en su rostro salió de la Belle House, su silueta se fundió en la oscuridad de la noche en Piccadilly. Se movía como una sombra, inadvertido, excepto por un joven que lo pasó y se volvió abruptamente para dar un segundo vistazo. Estaba oscuro, pero el joven estaba acostumbrado a la oscuridad, y

definitivamente reconoció al hombre.

"Lo conozco," dijo Finn a Krissy a su lado mientras entrecerraba los ojos hacia la silueta que desaparecía. "Skriller..."

No fue mera curiosidad lo que hizo que Finn se apresurara a regresar a Belle House. Tenía una extraña corazonada, la que era tan fuerte entre los que crecían en las calles. La mayoría de las veces, resultaba correcto, y se quedaba nervioso chupando un cigarro en el oscuro callejón de la parte trasera de la Belle House, esperando a Krissy, que había subido las escaleras para ver cómo estaba Ginger.

Supo que algo andaba mal cuando llamó a la puerta de la señorita Maude y la mujer abrió con los ojos brillantes como si tuviera fiebre, la cara enrojecida y los labios magullados.

Ahora, de vuelta abajo, en el callejón, le estaba contando a Finn lo que había descubierto.

"Dijo que alguien con el nombre de Mr. Hunt o Josel Skrillerman había enviado un mensaje," dijo Krissy, terminando la historia.

"Joder," susurró Finn, tiró la colilla del cigarro al suelo y la aplastó con su zapato.

"¿Quién es?" preguntó Krissy, curiosa pero nerviosa, sintiendo que algo malo estaba pasando.

Pero Finn se quedó en silencio con las manos en los bolsillos y miró sin rumbo fijo en la oscuridad, sacudiendo la cabeza.

"¿Finn? ¿Quién es?", insistió en voz más alta, con una expresión de preocupación en su rostro.

"Tsk, sí, Krissy. Malas noticias es lo que es," dijo Finn y sintió que su corazón se hundía lentamente ya que iba a ser él quien le diera la noticia a Lucky.

Si Ginger pensaba que la noche era mala, no tenía idea de lo que le esperaba a Lucky y a varios otros individuos.

Finn regresó a St. Giles. Cubrió la distancia de una hora en la mitad del tiempo, rápido como una bala, jadeando y tragando aire mientras corría de un lugar a otro para averiguar dónde estaba Lucky y lo encontró en Moseley's.

No le tenía miedo a Lucky, ni a lo que haría. Más que nada, tenía miedo de pronunciar las primeras palabras. Nunca había sido acusado de ser un cobarde, pero sus rodillas se debilitaron cuando le contó a Lucky lo que había sucedido. Su corazón se detuvo al ver cómo el rostro de Lucky palidecía, sus ojos se volvían helados y su mandíbula se tensaba.

“A por los hombres,” dijo Lucky y aplastó con los dedos el cigarro aún encendido.

“Frank...” Finn exhaló de miedo.

“A por los malditos hombres, Finn,” siseó Frank, y Finn se estremeció, porque había locura en los ojos de Frank. Locura violenta. Y eso asustó al niño.

La mente de Frank se estaba gestando con una rabia que se disparaba en su torrente sanguíneo y se extendía por su cuerpo. Quería ver a Maude, asegurarse de que estaba bien, besarle las rodillas, decirle que todo era culpa suya y que no había nada con lo que pudiera aclarar sus errores.

Pero lo haría más tarde.

Después...

Después de que hiciera pagar al maldito bastardo.

Frank se volvió para mirar a Billy y a los otros dos hombres, que ya se habían levantado de la mesa.

“Vamos a hacer una pequeña visita,” dijo, pero no era necesario: sus hombres siempre estaban listos, la ginebra hervía en su sangre y el espíritu de los Bankee era fácil de levantar, porque habían nacido en la guerra.

“Voy a enterrar a la maldita escoria,” siseó Lucky, y su advertencia resonó en las mentes de sus hombres con violenta expectación.

En St. Giles, las noches tenían oídos.

La palabra corrió más rápido que el sonido. Y pronto, se extendió el rumor de que los

Smethwick habían cruzado la línea.

La rabia latía en las sienes de Lucky, lo que le dificultaba pensar, concentrarse. Porque si Lucky pensara con claridad, se adheriría a su principio de venganza cuando el fuego rencoroso dentro de él se calmara.

Pero Lucky no podía pensar con claridad. No podía soportar la imagen de Maude siendo tocada y maltratada por el mismo hombre que odiaba y despreciaba. Y así, tal como Rocco había predicho, Lucky no estaba usando mucho cálculo y pensamiento cuando reunió a un grupo de los Bankees más violentos.

Billy, Sam, Lowly, entre otros.

No estaba escuchando la voz de la razón cuando se dirigieron hacia el territorio hostil. Se movían como un ejército, rápidos y hábiles, a lo largo de las calles nocturnas todavía llenas de borrachos, prostitutas y mendigos que los veían pasar y los vitoreaban con gritos, aullidos furiosos como si las intenciones violentas de los hombres fueran contagiosas. Las mentes de los hombres se tambaleaban por el alcohol y la anticipación del derramamiento de sangre, con los nervios a flor de piel, en cada grito furioso. Caminaban por las calles, y nadie se atrevía a interponerse en el camino, acobardándose, los niños de la calle los seguían con curiosidad como si vieran a los dioses guiar el camino. A esos hombres les gustaban las viejas costumbres de romper y destrozar todo lo que caía en sus manos, especialmente otros hombres, especialmente los Smethwick. No les importaba la venganza, ni la ramera del West End que era su causa, aunque ella era solo un pretexto, incluso para Lucky. Estaban hambrientos de sangre, embriagados por la sensación de estar vivos que habían aprendido a experimentar con los puños y el dolor de que alguien más les embistiera el cuerpo. Estaban acostumbrados a esta violencia, habían nacido en ella. Su larga ausencia embotaba sus sentidos. La posibilidad de recuperarlo era la prueba de que estaban vivitos y coleando.

Lucky, por otro lado, no estaba en esto solo por la pelea. Quería aplastar la cara de Skriller contra el suelo, arrancarle las entrañas y envolverlas alrededor de su cuello, estrangulándolo.

En cualquier otro momento, Lucky habría esperado, calculado, pensado.

Ese no fue el caso a altas horas de la noche cuando, dominado por la furia, condujo a los Banke al territorio de los Smethwick.

Así que, cuando una docena de ellos entraron en la Taberna Greyhound, el centro de los Wicks, todos los que estaban dentro se dieron la vuelta y callaron sus voces.

Fue en este silencio que los ojos de Lucky escudriñaron la habitación y se detuvieron en la sonrisa familiar de una de las mesas.

Skriller.

El hombre le devolvía la mirada, con los labios estirados en una fea sonrisa, y los hombres que lo acompañaban no apartaban la vista de Lucky y su grupo.

A Lucky le hirvió la sangre, asfixiándolo. Chasqueó los dientes y escupió ruidosamente en el suelo de piedra mientras sus ojos y los de sus hombres volvían a clavarse en el grupo de Smethwick.

El lugar estaba tranquilo, la tensión en la habitación era casi palpable. Incluso las lámparas se detuvieron, olvidándose de parpadear cuando Lucky y los hombres se acercaron al puesto del bar y, sin quitarse el sombrero, pidieron whisky.

"Nada de whisky. Solo ginebra," dijo el camarero, aunque con cara seria, pero inquieto al darse cuenta de lo que estaba por venir.

Ginebra.

La misma bebida que había metido a Lucky en problemas cuando era adolescente, que había

jurado no tocar nunca, ahora se abría paso en su boca, quemándole la garganta, filtrándose en su sistema.

Un trago.

Dos.

Tres.

Bajaron por las gargantas de los hombres como el agua, alimentando su sangre con nueva energía y sus mentes con la disposición de derramar sangre mientras se apoyaban en un codo en el estante del bar, evaluando la sala de la taberna.

Fue entonces cuando Lucky escuchó la voz de Skriller.

Rasposa.

Ruidosa.

Odiosa.

Aunque Lucky no podía oír lo que se decía, los Smethwick de la mesa se rieron y se volvieron para mirarlo con una fea sonrisa en sus rostros.

Hizo que las manos de Lucky se cerraran en puños mientras se daba la vuelta y daba un paso hacia la mesa.

Sus muchachos lo siguieron.

Como si se tratara de una señal, Skriller y sus hombres se levantaron bruscamente y se enfrentaron a ellos, una de las sillas resonó con un estruendo al caer.

La taberna se quedó en silencio, todas las miradas estaban puestas en los dos grupos de hombres, de pie en semicírculos, listos para lanzarse a la menor señal. Las tazas alrededor de la taberna estaban colocadas en silencio. El hombre detrás de la barra apretó los dientes, metiéndose en el grupo con sus ojos sin pestañear, ya estimando el daño.

Lucky dio otro paso, entrecerrando los ojos ante Skriller. No miró hacia atrás, sabía dónde estaban sus hombres, todos ellos, como si pudiera sentirlos con su espalda. Lo seguían como si fuera su ejército personal, moviéndose como un gran organismo, parados a cada lado de él como sus extensiones.

Skriller chasqueó los dientes.

"¡Maldito Frank Handley! ¿Olvidaste dónde vives?"

Una risa enojada y silenciosa recorrió la taberna.

"Josel, maldita escoria," dijo Lucky con un siseo. "¿Olvidaste cuál es tu lugar? ¿En el suelo?"

La risa de Skriller era la de un animal.

"Ese es el lugar de tu puta," dijo, señalando hacia atrás a Lucky. "La próxima vez, tráela contigo para que todos podamos turnarnos."

Los hombres rugieron de risa.

En un instante, Lucky arrebató una jarra de la mesa cercana y la arrojó a Skriller. El hombre se agachó, y en un abrir y cerrar de ojos, rápido como un rayo, Lucky corrió hacia él, bajó la cabeza y se estrelló contra sus costillas, aplastando la mesa con el peso de ambos cuerpos. Pero antes de que el hombre pudiera caer, Lucky agarró su chaleco y comenzó a golpear su rostro con el puño.

Una vez.

Dos veces.

Su puño ya estaba sangrando. Skriller devolvió los golpes.

El infierno se desató cuando los Bankees descendieron como buitres sobre los Smethwicks, golpeando, aplastando, agarrando sillas y estrellándolas contra los cuerpos, unos veinte hombres enlazados en esta carnicería. Toda la taberna se puso de pie, absorbida en la pelea uno a uno,

empujando, golpeando, balanceando jarras y botellas unos contra otros, alimentados por la vista de sangre fresca y el gin en su sistema.

Un Wick agarró a Lucky por detrás, le apretó la cabeza en un lazo con el brazo y tiró hacia atrás, asfixiándolo. Eso le dio un segundo a Skriller para reagruparse mientras saltaba a sus pies y lanzaba un golpe fuerte a la cara de Lucky.

La cabeza de Lucky se echó hacia atrás, el peso del golpe sacudió su cuerpo fuera de las manos del otro hombre. Pero se recuperó. Uno de sus hombres estrelló una botella en la cabeza del hombre, dejando a Lucky y Skriller frente a frente.

Solo varios segundos todavía.

Lucky escupió a un lado, con sus ojos enfocados en Skriller.

Ahora estaban cara a cara, ambos jadeando, sus ojos fijos el uno en el otro, los de Lucky—con rabia, los de Skriller—con malevolencia. A solo unos pies de distancia, pero con años de odio entre ellos. Todo eso en sus ojos, sus gestos de enfado, sus cuerpos encorvados, listos para atacar en cualquier momento.

A su alrededor reinaba el caos de puños y sacos de boxeo.

Rostros rotos y moratones.

Sangre.

Gritos.

Gruñidos.

Rugidos.

Pero en estos pocos segundos, el mundo se detuvo para los dos hombres, que finalmente estaban tan cerca, pero demasiado lejos para hacer cualquier reconciliación.

Un hilo de sangre goteaba desde la comisura de la boca dañada de Lucky mientras permanecía con los ojos entrecerrados, la cara roja, con sus viejas cicatrices más brillantes como si fueran pintura de guerra.

Skriller se limpió la nariz ensangrentada con el dorso de la mano y se puso de pie, tambaleándose, sonriendo a Lucky, mostrando sus dientes ensangrentados.

"Siempre te gustaron las putas, Frank," gruñó Skriller. "¿Vale la pena? Tiene un coño fino."

La rabia recorrió las venas de Lucky, su cuerpo, hasta su cabeza, y resonó en sus sienes, ensordeciéndolo. Se reflejaba en su rostro, en sus puños de hierro, con sus dientes apretados tan fuerte que pensó que los convertiría en polvo. No se trataba realmente de Ginger. Era sobre la dignidad de Lucky, él siendo de las calles y nunca habiendo tenido mucho por lo que vivir. Y ahora la escoria frente a él había logrado poner sus sucias manos en el único tesoro que era suyo, de Lucky.

Por un segundo, las rendijas de los ojos de Lucky parpadearon con el cambio de color del metal líquido, y con toda la ira alojada en su pecho, se lanzó contra Skriller y comenzó a golpearlo.

Nadie podía vencer a Lucky en una pelea. Ni Skriller, ni nadie más. Pero Skriller era un jugador sucio. Vaciló por solo un segundo e hizo un movimiento rápido en el estómago de Lucky con el cuchillo que apareció en su mano, y de repente, un dolor agudo recorrió el cuerpo de Lucky.

Los dos hombres se congelaron de repente como si estuvieran atados por alguna fuerza invisible, con sus cuerpos apretados el uno contra el otro, sus manos unidas en la cintura, sus caras a centímetros de distancia.

Skriller gruñó, enseñó los dientes y esbozó una sonrisa maliciosa. El rostro de Lucky se contorsionó de dolor, sus dientes al descubierto, pero apretados. Pero cuando ambos miraron

hacia abajo, vieron la mano de Skriller envuelta alrededor del mango y la mano de Lucky envuelta alrededor de la hoja. El acero afilado estaba cortando su carne, pero si Lucky no lo hubiera atrapado a tiempo, le hubiera cortado el interior.

Un destello de sorpresa recorrió el rostro de Skriller cuando Lucky rugió y, en un rápido movimiento, le quitó el cuchillo de la mano al hombre, agarró el mango con la otra y, antes de que Skriller pudiera parpadear, se lo clavó en las entrañas.

Lucky había sido apuñalado antes.

Conocía la sensación de un dolor agudo que recorría el cuerpo.

No poder respirar.

Shock.

Confusión.

Sorpresa.

Todo estaba en los ojos de Skriller, aunque sus labios seguían congelados en un desagradable gruñido.

Pero Lucky no se detuvo. Acercó su rostro a Skriller, casi tocando su nariz con la suya, buscó en sus ojos el dolor que quería ver en el rostro del enemigo, y empujó el cuchillo más profundamente, retorciéndolo dentro de la carne del hombre, viendo cómo el rostro de Skriller se congelaba en un jadeo de sorpresa.

La cara de Skriller se sacudió cuando Lucky lo soltó, limpió su mano cortada en el pecho del hombre y lo empujó hacia atrás, dejando que su cuerpo se estrellara contra la mesa rota.

Skriller trató de posarse sobre los restos de la madera rota, a tientas. Bajó lentamente la mirada hacia el mango del cuchillo que sobresalía de su chaleco, que se estaba volviendo bordó.

Hubo un grito y un rugido.

"¡Sucios y jodidos Bankees!"

"¡Skriller!"

"¡Atrápenlos!"

Los puños golpearon en todas direcciones.

Sangre por todas partes.

Alguien agitando un cuchillo en el aire.

Skriller miró a Lucky, con su mano agarrando el cuchillo en su estómago, y su cuerpo perdiendo su fuerza. Pero la sonrisa tan familiar apareció en su rostro. Escupió sangre, pero con falta de fuerza, y se deslizó por su barbilla.

Lucky detestaba esta sonrisa. Le rompería la cara si el hijo de puta no estuviera ya en el suelo.

"Le gustó," dijo Skriller con un gruñido.

Y cuando la imagen de las manos de Skriller sobre Ginger volvió a aparecer en la mente de Lucky, sintió que le hervía la sangre, elevándose en él como un volcán en erupción. El mundo se oscureció frente a él. Levantó el pie y, con un rugido, lo envió a la cara de Skriller.

En un segundo, el mundo volvió a la vida a su alrededor cuando alguien lo agarró por la espalda. Uno de los suyos: para retenerlo, alejarlo. En otro, un fuerte silbido resonó en la taberna, indicando a los Bankees que se retiraran. Se desparramaron por la calle, los que esperaban afuera tiraban piedras a las ventanas rotas, rompiendo los últimos rostros que se atrevían a seguirlos. En otro, estaban dejando las calles hostiles, los rostros rotos, los combatientes restantes, a quienes no les importaba a quién golpearan, y a Skriller sangrando en el suelo en medio del caos.

Oh, qué suerte...

No es necesario quemar una ciudad, ni destruir una familia, ni derribar el mundo para

cambiar el destino. Un movimiento de un pie puede hacerlo todo bien.

Mientras, más tarde esa noche, él y sus compañeros bebían cerveza y whisky en Moseley's, brindando por la victoria, el destino estaba raspando sus garras en su puerta.

En el West End, en el Belle House, Ginger volvió a vomitar las ostras que había cenado, pensando que había comido un lote malo, o tal vez el traumático encuentro la había afectado. Pero, curiosamente, no era la primera vez en las últimas semanas.

Skriller no recuperó la conciencia.

Si no fuera por esa última patada de la pesada bota de Lucky, muchas cosas habrían resultado diferentes.

Pero el destino es un bastardo astuto.

Y así, Lucky celebró su venganza.

El cuerpo ensangrentado de Skriller fue llevado a la casa de seguridad en las profundidades del centro de Londres mientras daba su último aliento.

Una nueva vida estaba tomando forma en el cuerpo de Ginger.

Y el sombrío veredicto de Lucky se decidió en las oscuras habitaciones de los Smethwick.

A la mañana siguiente, tan pronto como Finn llegó a la Belle House, pasó las noticias a Ginger. Más que eso, su lengua suelta le contó todos los rumores que se habían propagado como reguero de pólvora por todo St. Giles y los barrios adyacentes. Sobre la pelea. Sobre el enfrentamiento. Sobre las dos pandillas, la tregua, las graves consecuencias de la fatídica noche y las medidas que estaban a punto de tomar los Smethwick.

Esa misma noche, Lucky estaba en la Belle House.

Primero, visitó a la Sra. Sharke y le entregó la suma por el contrato de Ginger.

"¡Bueno, bueno, si no es el noble héroe del inframundo, tratando de comprar la belleza de la Belle House!" dijo ella con sarcasmo.

Frank le dedicó una sonrisa fría.

"La última vez que revisé, Sra. Sharke, no le importaba mucho de quién aceptar dinero," respondió él.

"No me importa. Pero ¿alguna vez se le ocurrió quién querría tener algo que ver con la señorita Maude cuando regrese a la Casa? ¿En un año? ¿En dos? Cuando corra la voz de que estuvo en sus manos."

"Da por sentado muy rápido que ella regresará."

"Oh, Sr. Handley. Lo sé demasiado bien."

Pero a Lucky no le importaba la opinión de las mujeres mañosas y se marchó sin decir mucho más.

Después, estuvo en la habitación de Ginger.

Hubo un momento de silencio mientras se miraban el uno al otro. Él notó sus labios magullados, y su corazón se estremeció de ternura. Ella vio sus moratones y la mano vendada y sintió lo mismo.

"Amor, lo siento mucho," susurró él, mirándola, tratando de leer su rostro, ver en qué estado estaba.

"Oh, Frank..."

Ella se acercó, y su mano flotó sobre el moretón en su rostro, sin tocarlo, temiendo causarle dolor. Miró hacia abajo su mano y exhaló con frustración.

"Tsk, Frank..."

Ella no dijo mucho más.

¿Qué podía decir?

¿Que, por su culpa, él volvía a ser un asesino?

¿Era la primera vez? Probablemente no.

¿Se sentía mal por ese bastardo Skriller? Oh, no. Le deseaba algo peor que la muerte cada vez que cerraba los ojos y veía el movimiento de su puño, sus ojos perlados lanzando veneno en su propio núcleo. No, detestaba al hombre, que estaba muerto con razón. En los suburbios, mataban por mucho menos. La mayoría de las almas inocentes no pedían venganza. La muerte de un Smethwick, por otro lado, era un problema mucho mayor.

Pero ella no quería predicar.

"Es toda mi culpa, Maude," dijo Lucky, acariciándole la cara y besándola suavemente. "Lo siento, amor, lo siento mucho," siguió susurrando y besando su rostro, mejillas, cejas, sienes.

"Está bien, Frank," susurró ella de vuelta, con lágrimas brotando en sus ojos por los eventos y lo que se dio cuenta cuando se despertó esta mañana enferma como un perro, incapaz de comer o beber nada. La mañana fue una revelación cuando una ola de náuseas la golpeó de nuevo. Esperó a que pasara, pero otra llegó, y apenas llegó al bacín, vomitando como lo había hecho el día anterior. Podía seguir diciéndose que era mala comida. O estrés. O cansancio. Pero estaría mintiendo. Había sido tan cuidadosa todos estos años, pero había dejado bajar su guardia con una persona.

Lucky.

Inclinándose sobre el bacín, se limpió la boca con el dorso de la mano, y para cuando llegó a su cama, sus labios se estiraron en una sonrisa. Tonta. ¿Por qué demonios estaría sonriendo? Pero la sonrisa no la abandonó.

Fue esta noticia la que le contó a Lucky, dejándolo pasmado.

"¿Esperas un niño?" repitió él mientras observaba su reacción, el miedo y la confusión que barrían sus ojos.

"No me mires así, Frank. Es tuyo," respondió ella con una sonrisa triste y se apartó. "He sido muy cuidadosa. Siempre. Hasta que te conocí. De muchas maneras más que solo esta. Todo este tiempo, siempre me cuidé apropiadamente... ah, ¿por qué me estoy justificando?" Agitó una mano en el aire como si desestimara sus palabras mientras él la miraba en shock.

Se pasó la mano por el cabello y miró a su alrededor como perdido, luego cerró los ojos y rio. No estaba seguro si tenía algún hijo por ahí. Probablemente no. ¿Quién sabe? Si lo tuviera, no le importaría mucho. Pero esta mujer frente a él —se volvió para mirarla— le había dado el primer vistazo de lo que podría ser una "familia", tener a alguien más, pequeño y frágil, tener su sangre, la de Frank Handley, caminando por la tierra. El pensamiento lo asombró hasta tal punto que encendió un cigarro y se quedó fumando en silencio mientras Ginger lo miraba con esperanza en sus ojos.

Por primera vez, Lucky estaba viendo no el futuro de alguien más, no el de los Bankees, sino el suyo propio. La habitación estaba tranquila como si el mundo a su alrededor se hubiera detenido por el mero entretenimiento de que otro Handley honrara a este mundo oscuro con su presencia.

"Di algo," susurró ella, suplicante con sus ojos.

Él apagó el cigarro apenas fumado, se acercó a ella, le acarició la barbilla.

"Maude Daly, eres una mujer llena de sorpresas," dijo suavemente y sonrió.

Oh, ella conocía todas sus sonrisas hasta ahora —arrogante, de advertencia, enojada, condescendiente, y esta, con el calor que irradiaba desde sus ojos hasta lo más profundo de ella, haciéndola sentir débil de ternura.

"Me alegro," dijo en voz baja y la besó en los labios.

"¿Pero de verdad?" susurró ella.

"Querías una nueva vida, allí." Volvió a besarla. "Me alegro, sí." Sonrió.

Ella lo miró con preocupación.

"Frank..." Ella tragó saliva, volvió a mirar su mano vendada y él supo lo que iba a decir. "Hablé con Finn. Me habló de Skriller y de todo. ¿Es verdad?"

"El cabrón está muerto, eso es todo," dijo con voz metálica, y la frialdad se apoderó de sus ojos.

"Sé que está muerto. Eso no es lo que estoy preguntando, Frank."

Ella lo miró sin pestañear.

Arqueó una ceja.

"Los Bankees y los Smethwick. Esto... que pasó... puede... lo que puede significar para ti. Lo que dicen, es que te quieren muerto..."

Sus ojos suplicaban una respuesta esperanzadora, pero Lucky no estaba seguro de tenerla.

"Mataré a cada uno de ellos antes de que alguno de ellos vuelva a tocarte a ti o a mí," dijo en voz baja cargada de ira.

"Pero quieren venganza, Frank." Su voz era más insistente, su mente de repente dibujaba los peores escenarios en su cabeza. "Esto no es solo una estúpida pelea callejera, Frank, es..."

"No me importan los Wicks..."

"Tsk, pero..."

No terminó, porque tenía un nudo en la garganta y, de repente, se dio cuenta de que, por muy profundos que fueran sus sentimientos por Lucky, también lo eran los problemas en los que ambos se estaban sumergiendo. Y ahora, embarazada, se sentía aún más vulnerable que nunca. No un niño cualquiera, sino el suyo, el de Frank "Lucky" Handley.

Volvió a sentir que las lágrimas brotaban de sus ojos.

"¿Por qué estás tan preocupada por eso?", sonrió, tratando de animarla.

Hizo una pausa, cerró los ojos, incapaz de contener sus emociones.

"Porque te amo, Frank," dijo en voz baja, apartando la mirada.

Lucky tragó saliva y se detuvo solo por un breve segundo. Las palabras resonaron con los fuertes latidos de su corazón y la sangre que corría por su pecho, ensordeciéndolo. Pero no se inmutó.

"Eres la maestra del amor," sonrió.

"Detente, Frank," dijo ella, sacudiendo la cabeza, aún más molesta por su reacción, y le apoyó las manos en el pecho, volviéndose. Pero él la agarró por la cintura y la apretó más.

"Shh," susurró él, sujetándola suavemente con sus fuertes brazos. Tomó su barbilla entre sus dedos y acercó su cara a la suya.

"Mírame," dijo cuando los ojos de ella, llenos de lágrimas, se encontraron con los suyos. "Oh, amor, no te molestes." El brillo de sus ojos cambió de humorístico a tierno. "Todo irá bien. ¿Me oyes? Si me pasa algo, estarás bien atendida."

Este consuelo, que ella no creía, la conmovió aún más, y las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras producía un manso sollozo.

"¿Yo?" Ella lo miró. "No quiero que te pase nada malo, Frank," dijo y sollozó. "Pero sucederá, ¿no?"

"Maude..."

"Porque la vida no puede ser tan buena, ¿verdad?"

"Amor..."

"No puedo *tenerte* y ser feliz. Porque la gente de St. Giles no puede ser..."

"Shh," susurró y la besó en los labios, evitando que su boca hablara.

Ella se apartó.

“Te amo, Frank,” susurró.

Las palabras se arrastraron a su cabeza como enredaderas, y lo vio en sus ojos.

¡Oh, cómo quería sacar a esta mujer de toda esta inmundicia, de este mundo lleno de desesperación y pobreza! ¡Cómo quería hacerla sonreír!

“Maude,” susurró él, acariciándole la cara con ambas manos. “Soy Lucky, ¿recuerdas?”

“No para siempre.”

“Confía en mí.” Él sonrió y le dio un suave beso.

“Quiero que seas feliz, Frank, no afortunado.” Estaba a punto de romper a llorar.

“Maude, Maude, Maude, amor, mírame,” repitió él, con el corazón a punto de estallar mientras sus toscos pulgares le secaban las lágrimas, y ella sollozaba y miraba sus ojos brillantes. Eran hermosos. No, no había rastro de acero sin vida en ellos. Reflejaban la calidez de la luz de la lámpara y la bondad que brillaba en ellos como la luz del sol. Era una esperanza, aunque improbable, se dio cuenta. “No hay yo sin ti en esto,” dijo en voz baja. “Vamos a estar bien. Yo, tú y nuestro hijo. Alguien tiene que enseñarle el camino con las damas, ¿verdad?”

Él sonrió y ella soltó una risita entre lágrimas. “¿Y si es una niña?”

“Bueno, alguien tendrá que mantenerla alejada de los problemas.” Acarició un mechón de su cabello rojo, sus ojos estudiaron su rostro mojado. “Si se parece en algo a su madre, tengo que vigilarla.”

Ginger sollozó entre dientes, sorbiéndose la nariz, y más lágrimas se deslizaron por su rostro.

“Muy bien, cariño.” La besó en la frente. “Vas a mojar este piso. Tu melancolía es completamente innecesaria.”

Sonrió, soltó a Ginger y se acercó a la mesa de café para servirse todo el alcohol que pudo encontrar. Ya había demasiado llanto y arrullos para él. Le inquietaba. Pero lo que le preocupaba aún más era que su corazón estaba cargado de un extraño sentimiento de afecto, y se sentía avergonzado por esta muestra de ternura.

“Deberíamos celebrarlo,” dijo con una sonrisa, y Ginger le devolvió la sonrisa, con lágrimas en los ojos.

Él la besó durante un tiempo interminable, con la boca suave y lenta, tranquilizándola, hasta que la familiar ola de excitación llevó sus manos a los botones de su ropa, quitándoselos uno a uno.

La desvistió, tratando de contenerse. Hizo que soltara su cabello que tanto le gustaba, su fuego en su piel, contra sus cicatrices y quemaduras como si fuera ella quien dejaba las marcas. La estiró en la cama, cubriendo la longitud de su cuerpo con besos, trazando su piel blanca con sus manos más oscuras y ásperas, vendadas, con las uñas cubiertas de sangre seca, sus dedos intentando ser pacientes. Era una de las veces que intentaba hacerlo lentamente, tal como a ella le gustaba. Sus labios encontraron el camino hacia sus partes íntimas, sus manos abrieron al máximo sus muslos, y su boca encontró su cálido núcleo húmedo. Su lengua se deslizó en sus intrincadas profundidades, sus dedos llenaron sus orificios, empujando suavemente, pero sin detenerse. Ella gimió y se retorció, arqueó su cuerpo en convulsiones, alcanzando su clímax, pero él usó una mano para mantenerla en su lugar y no la soltó, siguió invadiendo su sexo con una insistencia suave pero firme hasta que ella se quedó exhausta de nuevo.

Todavía temblaba por la intensidad del acto, pero sin esperar, tomó su erección rugiente y envolvió su boca alrededor de ella. Lo tomó tan profundo como pudo, trabajando en su hombría con la furia y el hambre que solo la pasión puede traer a la fuerza. Pero él la apartó y la hizo

retroceder, abrió sus piernas y se introdujo en su orificio trasero, sacando un grito de ella. Primero suavemente, una pulgada de profundidad, luego más profundo, cada embestida resonando en ella con un grito. A ella le comenzó a gustar, él lo sabía, mientras trabajaba su camino hacia adentro, empujando más profundo y con más fuerza, su pulgar frotando su sexo con demasiada presión. Pero ya no pudo contenerse y aumentó el ritmo, perdiendo el control y gruñendo como un animal. Ginger se retorció, gimiendo y llorando, jadeando como un pez sin agua, epiléptica en su placer, sus manos tratando frenéticamente de agarrar cualquier cosa a su alrededor, sus senos temblando con cada embestida hasta que estalló en una sucesión de gritos tensos, su espalda arqueada, empujando sus senos hacia el aire, sus pies y la punta de su cabeza los únicos puntos que la mantenían en tierra, y Lucky explotó en un orgasmo coincidente.

Ginger gimoteó, incapaz de calmarse, mientras Lucky se retiraba suavemente de ella y besaba su vientre, deslizándose hacia arriba a lo largo de su cuerpo, sus labios besando todo a su paso hasta que llegó a su boca abierta y jadeante. La atrapó en la suya, tratando de sellar su respiración entrecortada, y así se quedaron por un tiempo, capturando las respiraciones del otro en besos hasta que su respiración se calmó.

Sus labios se estiraron en una sonrisa.

"Me estás volviendo loco, Maude Daly. Un día me follarás hasta la tumba," dijo, y ella se rio y envolvió sus miembros alrededor de él, sus dedos deslizándose en su cabello, sus labios besando sus cicatrices faciales. "Realmente no me gusta este lugar," dijo, mirando a su alrededor, recordando su primer encuentro. "Está resuelto con la Sra. Sharke," agregó.

Ella lo miró con ojos esperanzados.

"Sí, cariño, sí. Te mudarás a la ciudad en una semana más o menos."

Ella saltó en la cama como una niña, abrazándolo y besándolo, piando como un pájaro, incapaz de contener su emoción.

"Mientras tanto," trató de calmarla, sonriendo, "tengo que ocuparme de ciertas cosas. Y necesito que te quedes en la Belle House."

"¿Frank?" Sus ojos lo miraron con preocupación.

"Shh, no." Él sacudió la cabeza, sabiendo lo que quería decir. "Solo estoy siendo cuidadoso, eso es todo. Además..."

Hizo una pausa, pensando algo, luego se quitó el anillo que el Sr. Szold le había dado hace mucho tiempo de su dedo.

"Necesito que lo guardes tú," dijo y se lo entregó.

Ella lo estudió por un momento.

"¿Frank?" dijo, sin entender, y lo miró con confusión.

"Solo guárdalo, ¿sí? Es mi anillo de la suerte. Odiaría perderlo." Él sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

"¿Qué estás diciendo, Frank?" preguntó ella, pero él la calló con besos.

No estaba tratando de decir nada, pero una cosa que ella no sabía era que el anillo nunca antes había dejado el dedo de Lucky.

Lucky, Billy, Gnarly Dog y Sam estaban sentados frente a un gran escritorio en una habitación oscura, iluminada por varias lámparas de gas. Al otro lado del escritorio estaba Rocco, un hombre grande y pesado con una barba espesa y cejas aún más gruesas, el hombre a cargo de todo. Su rostro mostraba una expresión permanente de sospecha y hostilidad, y sus ojos afilados parecían ser capaces de intimidar a cualquiera.

Los cinco estaban bebiendo y fumando, el humo flotando en el aire como nubes tormentosas. El silencio era pesado como si una tormenta real estuviera gestándose afuera. Y lo estaba. Desde la noche en que Lucky había apuñalado a Josel "Skriller."

¿Lamentaba Lucky haberlo hecho?

No.

Pero había puesto en marcha una cadena de eventos que ahora empezaban a parecer problemas.

"Entiendes, Rocco, era él o yo," dijo Lucky, mirando al hombre a cargo. Por primera vez en mucho tiempo, Lucky no se sentía tan seguro de sí mismo en absoluto.

Rocco no respondió, simplemente miró la superficie frente a él, moviendo ligeramente la mandíbula en tensión.

El resto de los hombres estaban callados, sus cuerpos estaban tensos, tratando de no hacer ruido. No había una sola persona a millas a la redonda que no se sintiera intimidada en presencia de Rocco. Los cigarros se fumaban hasta quedar reducidos a un toco, y los siguientes se encendían de inmediato.

"Tal vez no lo apuñalé. Tal vez él cayó sobre su propio cuchillo." La boca de Lucky se curvó en un intento de sonrisa.

Rocco levantó lentamente sus ojos penetrantes hacia Lucky, y la sonrisa de Lucky desapareció.

"¿Te resulta entretenido, Frank?", preguntó y levantó las cejas. "¿Te parece gracioso?"

Levantó la cara y ahora miraba directamente a Lucky al otro lado del escritorio.

"Todo estuvo más o menos tranquilo durante años," su voz iba aumentando mientras hablaba, "y ahora tenemos esta oportunidad que nos hará ganar mucho dinero." Hizo una pausa por un momento. "Pero viene una puta de la Belle House, y tú te pones a correr como un matón callejero patético."

Lucky no parpadeó, pero apretó los dientes ante las palabras.

"¿Sabes lo que quieren, Frank?" Rocco inclinó la cabeza.

"Venganza." Lucky chupó su cigarro.

"Sí. ¿Sabes qué exactamente?"

"A mí."

"Ajá."

Lucky sonrió irónicamente.

"No es una broma, Frank." Rocco lo miró fríamente. "Tenemos la mayor oportunidad para este vecindario, los Bankees y los Smethwicks trabajando juntos en algo grande, y aquí está la elección: o tú o la oportunidad."

Lucky asintió, sin apartar la mirada del hombre.

"Si crees," Rocco señaló su cigarro encendido hacia él, "que eres más grande que todo este negocio," balanceó el cigarro en el aire "y los cientos de personas que están involucradas en él, estás equivocado, Frank."

Hubo silencio, los únicos sonidos eran el quemarse de los cigarros y el tic tac del reloj.

Tic.

Tac.

"¿Qué estás diciendo, Rocco?" Los ojos de Lucky estaban fijos en el hombre.

"Sabes lo que estoy diciendo, Frank." Rocco no lo miró. En cambio, sus ojos estaban clavados en el escritorio frente a él, sus cejas fruncidas sobre sus ojos, sus labios ligeramente fruncidos en tensión.

Uno de los hombres chasqueó los dientes.

"Podría esconderme," dijo Lucky, mirando su cigarro apagado.

"¿Qué tan lejos?" Rocco se rio. "La ciudad es grande pero pequeña, si me entiendes. Si no te encuentran, tomarán a tu pequeño juguete y lo tallarán como un nabo."

Las palabras helaron los ojos de Lucky.

El reloj siguió marcando el tiempo en silencio.

Tic.

Tac.

El tiempo se agotaba para Lucky.

Rocco exhaló pesadamente, y por primera vez, Lucky notó que el hombre evitaba mirarlo.

Rocco.

Evitando el contacto visual.

Había pasado un minuto. El hombre mayor se pellizcó la nariz y se frotó la frente como si algo le doliera mucho.

"Te quieren muerto, Frank," dijo finalmente en voz baja. "Y eso es todo..."

Sus palabras quedaron demasiado fuertes en la habitación silenciosa.

El tiempo pareció detenerse.

Era un veredicto, Lucky lo sabía, y tragó saliva con dificultad.

Y la habitación se volvió aún más silenciosa como si todos hubieran olvidado respirar.

¡Oh, Lucky!

Incluso después de escuchar el veredicto, él no se rindió. Pensó que podía engañar al destino. Superar al más astuto. Y creyó que tenía la suerte suficiente para hacerlo.

La noticia se propagó más rápido que la Gran Plaga. Lucky trató de no prestar atención a las caras graves de sus hombres cada vez que estaba cerca, o cómo lo miraban como con el mayor pesar y apartaban la mirada. Cómo estaban dispuestos y más ansiosos por hacer cualquier cosa

que él pidiera durante los próximos días, "Sí, Frank," "Claro, Frank", "Lo que necesites, Frank". Cómo, borrachos en tabernas y reunidos en las calles, prometían en voz baja que algún día enterrarían a cada Wick para que no quedara rastro de la raza odiosa en las calles de la ciudad.

Pero las dos pandillas iban a hacer un trato. Y muchas vidas estaban en juego. Los Bankees lo entendieron, y también Lucky. Y aunque todo parecía seguir como de costumbre, había tensión en el aire. Los veredictos como el suyo se ejecutaban en la oscuridad, inesperadamente, y había mucha oscuridad en las partes más sombrías de Londres.

Sin embargo, una cosa que la vida nunca podría sacarle a Lucky, no importaba cuán duro lo intentara, era la capacidad de mirar hacia adelante, siempre y cuando sus ojos pudieran ver y su corazón latiera.

Una noche, Lucky fue a ver a Reuben y le contó la noticia.

"No tenemos mucho tiempo. Quiero que encuentres a alguien, y necesito un último favor, grandote," dijo Lucky.

"Lo que quieras, Frank." El hombre grande sacudió la cabeza y lo miró con tristeza.

"Bueno, primero, quítate esa maldita mirada de lástima de la cara, Ruby. No puedo soportarlo, de verdad" Lucky se rio antes de decirle por qué había venido.

Fue una larga conversación, y esa noche, dejó a Reuben pensando más duro de lo que había pensado en toda su vida.

La siguiente parada fue el Sr. Szold.

Ahora más mayor, el Sr. Szold también era más pesado, ya fuera por el peso de los años o por la cantidad de joyas que decoraban cada parte de su cuerpo y ropa. Se sentó con Lucky en la trastienda de la joyería, sumido en el humo y la oscuridad apenas iluminados por una lámpara de gas, y asintió, escuchando al joven. Incluso cuando Lucky terminó de hablar, el anciano siguió asintiendo por un tiempo como si estuviera pensando profundamente, luego entrecerró los ojos hacia Lucky desde debajo de sus cejas sobre las gafas en su nariz.

"Siempre fuiste bueno metiéndote en todo tipo de líos, ¿eh, Frank?"

Lucky se rio mientras el Sr. Szold sacudía la cabeza, pero su sonrisa desapareció rápidamente.

"Sí, sí. Se hará todo, por supuesto." El anciano asintió, luego rodó la cabeza frustrado. "Tsk, sí, Frank..."

Y cuando Lucky se fue, el Sr. Szold se sentó en la mesa por un tiempo, con los dedos envueltos alrededor de su barbilla barbuda, mirando tristemente la luz de la lámpara y sacudiendo la cabeza de vez en cuando. Recordó el día en que el joven y harapiento Frank había puesto un pie en su tienda por primera vez. ¿Quién podría haber sabido en aquel entonces que la vida resultaría así?

Incluso un tonto sabe una verdad simple: prohibirle a una mujer que haga algo causa el efecto contrario.

Lucky le pidió a Ginger que no viera a nadie.

Le pidió que se quedara en la Belle House.

Y le prohibió ir a St. Giles a verlo por cualquier motivo.

Pero así es la mente de una mujer: cree que sabe más.

Ginger siguió las dos primeras peticiones, pero después de varios días de no ver a Lucky y no recibir noticias de Finn, su mente comenzó a dibujar las imágenes más graves. Y así, abrumada por la preocupación, una tarde se dirigió a los barrios bajos.

De hecho, su ansiedad era tan grande que ignoró el hecho de que ya estaba oscuro, que no estaba escoltada, que aún había pasado muy poco tiempo desde los terribles acontecimientos de los que ella de alguna manera había sido la causa. Iba a la casa de los Bankees y, de alguna manera, ya no había otros hombres que la hicieran sentir segura.

El Moseley's Pub en Seven Dials estaba oscuro y lleno de gente. El olor agrio del alcohol y la cerveza era dominado por el hedor de los cuerpos sudorosos y sin lavar, un centenar de personas apiñadas en una habitación estrecha.

Ojos borrachos y sonrisas desperdiciadas.

El humo del tabaco y el rugido y las risas que llegaban de todos los rincones.

Las lámparas de aceite goteaban un líquido oscuro. Era un milagro que este lugar fuera uno de los pocos que no se incendió en mucho tiempo.

Pero era un centro para los Bankee Boys. Los vagabundos se mantenían alejados, las peleas eran raras y, a diferencia de otros lugares, servían whisky escocés que no a muchos les gustaba y a menos aún podían pagar.

Cuando Ginger cruzó las puertas, alguien ya la agarró por la cintura, preguntándole su precio. Le dio un codazo a la persona y se adentró más adentro, poniéndose de puntillas y estirando el cuello para ver a Lucky.

Algo andaba mal. Ginger no podía entenderlo, pero una sensación de inquietud se apoderó de su corazón.

Estaba más oscuro que de costumbre y más concurrido. Había menos ramera que en un día

normal, y tantos hombres y niños, que algunos de ellos estaban parados en grupos, llenando cada espacio vacío en el establecimiento. Se dio cuenta de que había demasiados banqueros, y conocía a algunos de vista.

Algunos de ellos asintieron con la cabeza.

Un violinista tocaba en un rincón.

¿Una celebración?

Vio a Lucky en el fondo de la habitación y comenzó en esa dirección, tratando de llegar a él, luchando contra los hombres y los borrachos. Pero la multitud era demasiado densa. Se puso de puntillas, tratando de ver por encima de sus cabezas, asegurándose de que no cambiara de ubicación.

Un grupo de hombres borrachos la vitoreó, y uno de ellos se acercó a su cara, envolviendo su brazo sucio alrededor de su cintura, su sonrisa desdentada demasiado cerca de su rostro.

¡Maldita sea!

"Vete a la mierda," ladró ella y lo apartó, pero su voz se ahogó en el ruido de la multitud, y su cuerpo borracho volvió tambaleándose hacia ella.

Risas.

Un rugido.

Era demasiado ruidoso, demasiado fuerte.

Ginger frunció el ceño.

"¡Frank!" Levantó la mano, tratando de llamar su atención, luchando aún por abrirse paso entre las personas.

Ella sabía que él no podía escucharla, pero justo en ese momento, sus ojos recorrieron la multitud y se detuvieron en ella. Levantó la barbilla y sus labios se movieron, gritándole algo. Hubo un destello de preocupación en su rostro, pero sonrió.

¡Oh, cómo amaba esa sonrisa que nunca había visto cuando lo conoció por primera vez! Ella le devolvió la sonrisa.

Él siguió mirándola, dijo algo a uno de los chicos, asintió hacia ella y levantó la mano en el aire, indicándole que se acercara.

Lo sé, lo sé, quiso decir, usando los codos para abrirse paso entre la multitud.

Y fue entonces cuando lo vio: un hombre en la multitud, a varios metros de distancia de Lucky.

El hombre se veía como todos los demás, pero algo no estaba bien con él.

Más tarde, no podría explicar exactamente qué fue lo que llamó su atención. Pero ahora, se detuvo, sin apartar la mirada de él.

Algo no estaba bien.

¡Y entonces lo entendió!

De toda la taberna, todas las caras, felices, animadas por la conversación y el licor, la de este hombre no lo estaba. Era una máscara en blanco. Se estaba abriendo paso lentamente entre la multitud, con movimientos demasiado cuidadosos y calculados. No luchaba como Ginger, sino que se deslizaba, como si fuera una sombra.

Y sus ojos...

Estaban fijos en un hombre adelante: Lucky...

El miedo le atravesó la cabeza mientras gritaba: "¡Frank!" Sus ojos se abrieron de par en par en pánico, moviéndose salvajemente del hombre a Lucky y de vuelta al hombre. Su corazón saltaba fuera de su pecho, el miedo aumentaba como una ola.

"¡Frank!"

Empujó el cuerpo de alguien, estiró el cuello, levantó la mano señalando al hombre con los dedos, pero Lucky solo sonrió más ampliamente.

El hombre estaba a solo unos metros de él.

"¡Frank!" gritó, empujando violentamente a la gente, intentando abrirse paso, con su rostro contorsionado por el pánico.

La confusión se reflejó en el rostro de Lucky cuando se giró para mirar hacia donde ella señalaba.

Ella gritó de nuevo, y en ese grito estaba la realización de que algo iba a suceder, cuando el hombre en la multitud, ahora a solo un par de metros de distancia, levantó la mano, apuntándole a Lucky, y un fuerte estruendo retumbó en la taberna.

"¡Frank!" Su grito atravesó el aire.

Lucky comenzó a tambalearse hacia atrás, se miró a sí mismo como confundido, y de repente, como si fuera arrastrado por alguna fuerza, cayó al suelo, y ella ya no pudo verlo.

No pudo recordar con exactitud más tarde la sucesión exacta de eventos, como a menudo sucede cuando uno enfrenta un evento terrible.

Como si estuviera ensordecida por el fuerte sonido del disparo y los gritos a su alrededor, se quedó aturdida por un momento mientras la gente comenzaba a empujar a su alrededor, luego gritó y comenzó a abrirse paso entre los cuerpos de nuevo.

De repente, los Bankees estaban por todas partes, formando una cadena alrededor del lugar donde Lucky había estado hace un minuto. Otros empujaban violentamente a todos, gritando, el resto de los bebedores corrían apresuradamente hacia la puerta, bebidas derramadas, jarras rotas, pánico, curiosidad y miradas emocionadas por el alcohol por todas partes.

Gritos.

Rugidos.

Escuchó a alguien llamar el nombre de Frank.

"¡Frank!" gritó de nuevo.

Algunos hombres fueron empujados por los Chicos. Otros se apresuraron a buscar seguridad, llevando sus cuerpos ebrios hacia la puerta.

Ginger luchaba ferocemente para abrirse paso y adentrarse más. Contra la corriente. Contra la marea humana. Y cuando estaba a varios metros de distancia, alguien la agarró por la cintura y la levantó, arrastrándola lejos.

"¡Frank!" volvió a gritar, luchando como un gato callejero, tratando de ver su cuerpo en el suelo, para asegurarse de que estaba bien.

"¡Cállala!" alguien ladró.

"¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!" Rugidos enojados la rodeaban, el lugar se vaciaba.

"¡Vamos!" alguien gritó en su oído.

Intentó deshacerse de los brazos que la arrastraban hacia la puerta, pero la sujetaron con fuerza de hierro.

"Necesito verlo," trató de protestar, jadeando, arañando los brazos de la persona.

"¡Sácala de aquí!" alguien rugió.

"¡Necesitas irte!" esa misma voz gritó a su lado.

Billy.

Era Billy, arrastrándola lejos.

"Pero, ¡Frank!" jadeó, retorciéndose fuera de su agarre.

"No puedes estar aquí," la voz de Billy era aguda e insistente, sus brazos tiraban de ella.

Sus ojos se clavaron en el lugar en el suelo, protegido por los hombres que estaban como guardias. El tirador estaba en el suelo, encorvado y cubriéndose la cabeza con ambas manos mientras era contenido por varios hombres.

Pero Frank...

Sus ojos lo encontraron en el suelo, solo partes de él visibles a través de las piernas y pies de sus hombres alrededor, demasiado oscuro para discernir su rostro.

Yacía con la cara hacia arriba. Una mancha de un carmesí oscuro en su pecho cubría su camisa, y una más oscura, como un halo, lo rodeaba en el suelo.

Billy la arrastró hacia la puerta.

"Frank," dijo tímidamente, jadeando, su voz quebrándose en sollozo. Y antes de que la sacaran a la calle, un horror sofocante la atrapó por dentro: nadie estaba ayudando a Frank.

Nadie estaba junto a él.

Nadie intentaba atender su herida.

Y darse cuenta de ello la golpeó como un martillo: su cuerpo estaba inmóvil...

La calle estaba demasiado brillante para la oscuridad de la noche en St. Giles. Había demasiadas antorchas y faroles de gas, como si todo el barrio bajo se hubiera reunido para el espectáculo callejero más emocionante. La noticia de que había habido un tiroteo, y que involucraba a Frank Handley, se extendió como fuego en cuestión de minutos, y pronto había más espectadores que habían salido de sus casas en la oscuridad de la noche para ver qué estaba sucediendo.

Murmullos.

Risas.

Pasos.

Perros ladrando, agitados por la inusual reunión nocturna.

Y los Bankees afuera de la puerta del pub, vigilándolo contra la multitud, solo dejando entrar y salir a los elegidos, fumando nerviosamente en pipas y cigarros, escaneando los alrededores.

Gestos nerviosos.

Ojos que se movían constantemente.

Ginger estaba cerca, impotente, con su mente aún en blanco por no entender lo que había sucedido.

Quería respuestas. Cuando la habían arrastrado afuera, había mirado a Billy con la pregunta en sus ojos. Él había negado con la cabeza, la había soltado y vuelto a entrar. Ella había intentado correr tras él, pero había sido detenida por un empujón grosero en el pecho de los Boys en la entrada.

¿Cómo se atrevían?

Conocía a algunos de ellos, y ellos la conocían a ella, pero no la dejaban entrar.

"Nadie puede entrar," dijeron y se plantaron con el pecho en alto frente a ella, bloqueando la puerta, mirándola como si fuera una extraña.

Quería ver a Gnarly Dog, o a Finn, o a Billy, o a alguien, para obtener las respuestas, para saber. Pero ninguno de los Boys hablaba con ella, sus rostros eran máscaras de enojo. Eran como perros, mostrando los dientes ante la menor protesta. Nunca había visto a los Bankees reunirse de esta manera como si estuvieran preparándose para una guerra, o como si acabaran de comenzar

una.

Y entonces lo entendió.

Si Lucky estuviera bien, ya estaría dentro. Nadie se atrevería a hablarle así.

Si Lucky estuviera vivo...

Se apoyó en la sucia pared del edificio, sosteniéndose con una mano, temerosa de caer si no lo hacía. Las lágrimas le picaban los ojos y el pecho se le contraía mientras intentaba contener las lágrimas.

Billy finalmente salió, escaneó la multitud, y sus ojos se detuvieron en ella. Ella temblaba. La tomó del codo y la arrastró a lo largo de la pared, más alejada de la multitud.

"Maude, no puedes estar aquí," dijo, sus ojos moviéndose como si buscaran a alguien.

"¿En serio?" Sus ojos llenos de lágrimas intentaban encontrarse con los suyos en la oscuridad, pero él apartó la mirada. "Quiero ver a Frank," suplicó con un sollozo.

"Frank está muerto," dijo, mirándola brevemente, luego se dio la vuelta, silbó y señaló a alguien en la puerta.

"No puede ser, quiero ver..."

La agarró del brazo con tanta fuerza que ella gimió, y la acercó bruscamente.

"Frank. Está. Muerto," siseó, su rostro y sus ojos demasiado cerca de los suyos, y sintió que no podía respirar. "Está muerto, Maude," repitió con un siseo, "y no deberías estar aquí. No tú. No en este momento." Sus palabras eran pesadas y siniestras. "No si no quieres terminar como él."

De repente soltó su brazo cuando dos jóvenes Bankees se acercaron a ellos, y sintió que su estómago se hundía y sus rodillas flaqueaban.

"Asegúrate de que llegue a casa," dijo Billy mientras Ginger permanecía inmóvil, impactada por sus palabras, aferrándose a la pared para mantener el equilibrio. "Tomen un carruaje, llévenla a la casa. Necesito que esté en casa. Asegúrense de que entre. En. La. Puerta. ¿Entendido?"

Y así, como por arte de magia, él se había ido.

También lo había hecho Lucky.

Y también todo lo que Maude pensó que tenía...

Esa noche, regresó a la Belle House y se sentó en la cama de su habitación en completa oscuridad, mirando hacia el vacío que ahora parecía ser su vida. Una profunda tristeza se aferraba a su corazón, haciéndole difícil respirar. Las lágrimas seguían bajando por su rostro hinchado, quemando sus ojos. Pensamientos sombríos llenaban su cabeza, dividiéndola con dolor en fragmentos de vidrio que ahora eran su esperanza de felicidad. Su mano estaba presionada contra su pecho, donde, a través de las telas del vestido, podía sentir el anillo de Lucky, que colgaba de una cadena alrededor de su cuello.

El anillo de la suerte de Lucky que él le había dado...

Cuando finalmente se acostó, sin desvestirse, mirando la luz en la ventana que mostraba los primeros rastros del amanecer, apretó sus brazos alrededor de su cintura, pensando en el único regalo que le quedaba de Lucky: la nueva vida que crecía dentro de ella.

Oh, Lucky.

Él había dejado una marca...

Cuando despertó por la tarde, aún en el vestido desgastado, con el pelo hecho un lío, su rostro enrojecido e hinchado por las lágrimas, no sabía qué hacer consigo misma. Miró alrededor de la habitación y no pudo imaginar volver a la vida que tenía. Tenía ahorros, sí, pero eso no duraría mucho tiempo. Y cuando naciera el niño, sería una de esas mujeres que tenían el desafortunado destino de criar a sus hijos en la profesión.

No podía pensar en ello sin sentir un pellizco de amargura y desesperación. Pensaría en algo. Sería como Lucky. Encontraría la salida.

Decidió ir a St. Giles para ver a Gnarly Dog o a Billy. Pero, ¿qué podrían decirle si Lucky ya se había ido? No tenía lugar en el mundo de los hombres, como había dicho una vez Lucky, y el recuerdo de sus palabras le hizo llorar.

Krissy le trajo el almuerzo y se quedó encorvada, como si estuviera afligida por el propio dolor, disculpándose, como si eso tuviera algo que ver con ella.

"Hay un hombre afuera," dijo finalmente.

"¿Qué hombre?" Ginger preguntó, apenas audiblemente.

"Uno de los Bankees. Dijo que están vigilando por ahora. Por si acaso. Dijo que la señora Sharke no debe saber."

Ginger asintió con una sonrisa irónica.

Así que, ahora era como un perro encerrado.

Sin derechos.

Sin poder irse.

Todo era extraño.
¿Por qué se molestarían?
A menos, claro, que honraran la memoria de Lucky.
Al menos hasta el funeral.

El funeral tuvo lugar dos días después.

Agotada de cualquier emoción después de días de llanto, vestida con el vestido, el gorro y la capa del color más oscuro que pudo encontrar —a Lucky no le importaría, pensó con amargura—, miró a su alrededor distraídamente. Una multitud de personas, hombres en su mayoría, no parecían preocuparse mucho por ella, excepto por varias miradas hostiles: sabía que era solo una de las mujeres de Lucky, la mujer que en parte era la causa de todo.

Fue un asunto ordinario, breve y sin incidentes, como si Lucky hubiera sido un hombre común.

El ataúd estaba elaborado y lleno de flores como si fuera una elegante procesión de la ciudad. Ginger sonrió con amargura.

En su interior no era el Frank Handley que conocía, sino un cuerpo sin vida, desprovisto de toda gloria. Como si su espíritu se hubiera ido hace mucho tiempo.

Quería tocarlo, besar sus fríos labios. Desde la distancia, miró sus manos, sus dedos cubiertos de anillos, y vio que faltaba algo, luego presionó su mano enguantada contra su pecho, sintiendo su anillo colgando cerca de su corazón, y se puso rígida, tratando de reprimir sus sollozos. Parecía tan pequeño entre las flores desbordantes. No como el salvaje Frank Handley que ella conocía. Parecía... insignificante.

Pero no la dejaron acercarse.

"Cariño, este es el funeral de un Bankee. Quédate la actuación," dijo uno de los hombres sin mirarla.

Y se mordió el labio, apretando las manos tan fuerte que pensó que podría rasgar sus guantes con las yemas de los dedos.

Los hombres se mezclaban como si fuera una reunión ordinaria de los Bankees: fumando, bebiendo, hablando, los que estaban en guardia tensos y vigilantes como si alguien fuera a irrumpir para robar el cuerpo del difunto.

Hasta que todos se reunieron frente al ataúd, diciendo sus últimas palabras. Nada impresionante como si Frank Handley no hubiera sido el que había liderado a cientos de personas. Tranquilo. Como si fuera solo otra víctima.

Las últimas palabras las dijo Billy.

"Tuvo la suerte de tener una buena vida. Fuimos afortunados de tenerlo a él," brindó al aire con un vaso y un cigarro. "Frank, conociéndote, espero que endereces el caos del infierno."

Hubo una risa colectiva, y los hombres bebieron sus tragos mientras Ginger bajaba la cabeza, tratando de ocultar las lágrimas que fluían desesperadamente por su rostro.

Se fue antes de que los portadores de féretro llevaran el ataúd en la procesión. No tenía nada que hacer en este trance ni el más mínimo deseo de decir algo en voz alta. Todo lo que quería decirle a Frank, lo hacía todas las noches, mirando en silencio hacia la oscuridad, imaginando que él estaba sentado justo a su lado.

Tomó el carruaje a casa, acompañada por uno de los Bankees. No la perdían de vista.

A través de las lágrimas, miró por la ventana del carruaje y se dio cuenta de una cosa: sin

Frank "Lucky" Handley, las calles volvían a ser solo un lugar de hambre y desesperación.
Lo que Ginger aún no sabía era que Lucky siempre cumplía sus promesas.

Esa misma semana, un hombre se presentó en las puertas de la Belle House, solicitando ver a la señorita Maude Daly.

Alto y delgado, en sus cuarenta años, llevaba gafas con montura de oro, un sombrero costoso y un traje aún más caro.

El hombre era un banquero. El Sr. Wynne, como se presentó.

"¿Podemos hablar en privado?", dijo el hombre, excesivamente educado y cordial, en voz baja. Ginger lo llevó al salón trasero, pero él le lanzó una mirada de reproche. "Privado en el sentido de donde nadie pueda escucharnos."

Ella lo llevó a su habitación.

Explicó que había sido enviado por el Sr. Szold. Sabiendo que el judío vivía en Whitechapel y que el hombre frente a ella llevaba un traje que solo podía haber sido confeccionado en las mejores tiendas del centro de la ciudad, Maude estudió al hombre con interés.

"He venido a discutir ciertos arreglos que se hicieron hace algún tiempo antes de..." aclaró su garganta "... por el Sr. Handley."

Al escuchar el nombre, el corazón de Ginger se detuvo por un segundo y la sangre le subió a los oídos. Había pasado una semana y aún no podía escuchar el nombre sin sentir la extraña vacuidad en la que se había convertido su vida, como si el nombre fuera un recordatorio de que una vez había tenido una vida.

"Es un poco complicado, me temo," dijo el Sr. Wynne, "así que tendrá que escuchar con atención para entender completamente lo que estoy a punto de proponer."

Se mantuvo alejado de ella, con las manos cruzadas detrás de la espalda, erguido y con una mirada divertida en su rostro.

Quería que ella dejara la ciudad.

"¿Por qué?"

"Demasiado peligroso, señorita Daly," respondió él.

"¿Dónde?" Ella frunció el ceño.

Pero el hombre no diría.

"¿Fuera de Londres?" preguntó ella, pero el hombre la miraba calmadamente.

"¿Fuera de Inglaterra?" Sus ojos se abrieron de par en par, y el hombre asintió. "¿Por cuánto tiempo?"

"No regresará en el futuro cercano. Ni en un mes. Ni en un año."

Lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

"¿Por qué diablos haría eso?"

"Porque podría estar en peligro, señorita Daly."

Ella le sonrió torcidamente.

"¿Cree que me importa? Frank está muerto. No tengo a nadie. ¿Qué voy a hacer en un lugar del que ni siquiera me dirá? ¿Sin conocer a nadie? ¿Sin tener los medios para sobrevivir? ¡Con un hijo!"

"¡Ah!" La expresión del abogado finalmente se suavizó. "Ese es uno de los arreglos. Si aceptara mudarse, independientemente de dónde sea, y está especificado en el papeleo —lamentablemente, no debo revelar esta información a nadie—, usted, señorita Daly, recibiría mil libras."

La boca de Ginger se abrió de asombro. Lo miró con los ojos más grandes que monedas de dos peniques, y su corazón pareció detenerse. Sintió un rubor primero, luego fiebre, luego la sangre corriendo por su cuerpo como agua a través de una presa rota. Incapaz de articular una palabra, lo miró al Sr. Wynne mientras él la observaba con sus tranquilos ojos inquisitivos.

Había una risa distante en el pasillo, un chillido y un rugido, y de repente, Ginger quería estar ya en ese lugar misterioso. Dondequiera que estuviera, pero lejos de esta casa, de los clientes, de las fiestas, lejos del lugar que le había arrebatado a Frank.

"Entiendo sus reservas sobre el viaje. Es un lugar lejano, sí. Una ciudad. Dónde —lo descubrirá el día de su partida, y es de su interés no decirle a nadie. Habrá un hombre que la escoltará todo el camino y se asegurará de que se instale en el nuevo lugar. Así que, no tiene que preocuparse por eso."

Ginger siguió mirando a su alrededor, sus ojos estudiando salvajemente las paredes como si se estuviera despidiendo del lugar ya.

¡Mil libras!

¡No podría haberlas ahorrado en un año, o dos, o tres!

Mientras tanto, el Sr. Wynne estudiaba la habitación, las paredes. Escuchaba los sonidos que venían de las habitaciones cercanas y movía la cabeza con una extraña curiosidad, aunque no se reflejaba ninguna emoción en su rostro. Todavía tenía las manos cruzadas detrás de la espalda mientras daba varios pasos lentos hacia la ventana, luego miraba a Ginger y movía la cabeza hacia un lado como un pájaro de nuevo.

"Señorita Daly, entiendo que es una noticia bastante peculiar. No estoy haciendo suposiciones, pero me gustaría sugerir, si me permite, que lo piense muy bien." Dio varios pasos más hacia la ventana y continuó sin mirarla. "El problema es que no hay suficiente tiempo. Se deben hacer arreglos. Y aunque estaría encantado de pasar más tiempo en este maravilloso establecimiento y en su hermosa compañía," dijo sin un ápice de sarcasmo, "tengo instrucciones muy claras del Sr. Szold. Debe darme la respuesta hoy. Si está de acuerdo, alguien le traerá mañana las instrucciones y el papeleo que necesita. Todo estará hecho para usted. No hay nada de qué preocuparse. Es, de hecho, afortunada, si me permite decirlo. Sin embargo, si no desea proceder, si hay algo que la detiene, si hay, tal vez, mejores planes que tiene en mente, lo entenderé y pasaré la decisión al Sr. Szold y no la molestaré más."

Ginger seguía mirándolo con los labios entreabiertos, su rostro —una mezcla de sorpresa, desconcierto, shock.

De repente, una sonrisa iluminó su rostro.

¡Ese bastardo!

¡Había hecho lo que había prometido!

Pero era la sonrisa de una persona enloquecida, como si la locura la estuviera dominando. Y en cuestión de segundos, sintió una ola de desesperación, y las lágrimas brotaron en sus ojos. El

shock de la noticia. El dinero. Pero más que nada, quería tener a Frank a su lado. No quería cambiar nada ni tener riquezas, si tan solo pudiera ver la cara de Lucky de nuevo, besarlo, abrazarlo. Correría con él a cualquier lugar del mundo, sin dinero, sin mirar atrás, si...

Si tan solo...

Si tan solo...

"Estoy de acuerdo," dijo de repente, limpiándose las lágrimas de la cara.

Si no podía tener a Lucky de vuelta, no quería estar en esta ciudad maldita de todos modos.

El Sr. Wynne se giró para mirarla, pero no parecía muy sorprendido. De hecho, su expresión facial no cambió.

"Estoy de acuerdo," repitió, asintiendo rápidamente.

"Muy bien," dijo sin pestañear siquiera. "Me aseguraré de que mañana alguien le traiga los documentos que necesita revisar. Mientras tanto, espero que tenga una tarde agradable, señorita Daly."

Asintió, miró nuevamente alrededor de la habitación como si estuviera buscando algo que le mostrara el motivo de la existencia de un establecimiento tan intrigante, y, sin decir nada más, se marchó.

Durante la siguiente semana, Ginger apenas salió de la habitación, según las instrucciones. Y no es que estuviera dispuesta a hacerlo. Sentía la desesperación y la melancolía rondarla en todo momento. Incluso con el sol afuera, había una tristeza que la seguía en cada minuto de cada día. Eso y la perturbadora sensación de pérdida, como si la vida la hubiera empujado hacia un pozo oscuro. El viaje hacia el destino desconocido no era emocionante. En cambio, aterrorizaba a Ginger, pues significaba alejarse aún más de todo lo que le recordaba a su amor perdido.

Empacó lo poco que tenía de posesiones modestas. Regaló sus vestidos más llamativos a las otras chicas y uno a Krissy, ante lo cual la criada abrió la boca asombrada y rompió a llorar, luego bailó alrededor de la cocina con el precioso vestido en las manos, ante las cejas levantadas de Martha y el resto del personal.

Sus baúles fueron llevados por los hombres enviados por el Sr. Wynne, y conoció a John, un hombre de unos treinta años, que la acompañaría en su viaje. Recordaba vagamente haberlo visto en algún lugar y no le sorprendió descubrir que era uno de los Bankee Boys.

Vio sus nuevos papeles.

Minna Ginelli.

Le hizo reír, pero no hubo rastro de humor en el rostro del Sr. Wynne, que la miraba como si hubiera hecho una mala broma.

Iba a tener un nuevo nombre.

Finalmente se resignó con el pensamiento, y la divirtió durante varios días.

Tuvo una larga conversación con la Sra. Sharke, que no tenía mucho que decir, ligeramente irritada por la perspectiva de perder a una buena chica, aunque había sido compensada lo suficiente por eso. Pero incluso la Sra. Sharke sabía cómo eran los nuevos comienzos y estaba ligeramente aliviada de que todo hubiera terminado, de que el criminal, aunque respetado, estuviera fuera de su vista para siempre.

Ginger le dio diez libras a Martha, ante lo cual Martha la abrazó fuerte, casi sofocándola con su cuerpo regordete. "Habrás alguna descarada aquí en lugar de ti. ¿Por qué todas las chicas buenas siempre se van?" Sacudió la cabeza tristemente.

La noche antes de la partida, Ginger fue llamada a la puerta trasera para ver a un visitante. Era Finn.

Estaban en el oscuro callejón trasero, haciendo pequeñas conversaciones, la luz de la lámpara de gas brillaba sobre ellos con una extraña nostalgia.

"Sé que viniste aquí por Krissy, pero aprecio que te despidieras," dijo ella, estudiándolo. Apenas tres meses, y él parecía más hombre, con más desparpajo y confianza. ¡Las cosas que las mujeres hacen a los hombres! "¿Cómo va todo con ella?"

"Ella está bien," dijo Finn y apartó la mirada con una sonrisa, la oscuridad ocultando su rubor.

"Me estoy yendo," dijo ella, apartando la mirada.

"Lo sé."

"Lo sabes todo, ¿verdad?" Sonrió. Este joven extrañamente le recordaba a Lucky. "¿Sabes adónde?"

Él se giró para mirarla y entrecerró los ojos, sonriendo astutamente. "¿Tú lo sabes?"

Ella negó con la cabeza.

"Pero te estás yendo a algún lugar nuevo," dijo él con un suspiro. "Lucky."

Ella se estremeció. La palabra llevaba consigo la energía del hombre que había dejado la marca más grande en su corazón.

Lucky...

Las lágrimas brotaron en sus ojos, y sollozó en silencio.

"¿Ahora estás llorando?" Finn resopló.

"Cállate." Ella negó con la cabeza y sintió que iba a romperse en cualquier momento.

"Bueno," dijo él, empujándose contra la pared, "algún día te volveré a ver."

"¿Oh, de verdad crees?" Ella se rio.

"Sí," dijo él, mirando hacia abajo, luego volvió a mirarla y asintió. "Sí, creo que sí. Tengo planes," añadió él con confianza, y ella se echó a reír, pues le recordaba extrañamente a Lucky.

"Bueno, sé bueno, Finn. No te metas en problemas," dijo con una sonrisa, a pesar de que eran palabras muy equivocadas para decirle a un Bankee.

"Sí. Tú, mmm ..." Vaciló un segundo. "Buen viaje, ¿eh?"

Antes de desaparecer detrás de la puerta, mantuvo su mirada en Finn por un rato más, como si se estuviera despidiendo de la última persona que la conectaba con Lucky.

Al día siguiente, Ginger fue recogida temprano al amanecer. La llevaron en carruaje a una oficina en la ciudad, luego cambiaron a otro carruaje que esperaba en la parte trasera del edificio y que los llevó a ella, a John y al Sr. Wynne aún más lejos.

Estaba ansiosa y nerviosa. La incertidumbre y un leve sentido de peligro le cosquilleaban los nervios. Pero cuando vio que se dirigían al puerto, su corazón comenzó a latir como un tambor violento.

¡El puerto!

¡Estaban yendo a algún lugar lejano!

No podía calmarse, esperando en la Sala Larga de la Aduana a que los hombres procesaran los papeles. Tomaron otro carruaje hasta el Pool of London, un interminable tramo de muelles y atracaderos, barcos y barcas, cargamentos de todos los tamaños y formas, estibadores, marineros, asistentes. Esperaron lo que pareció una eternidad en un edificio desaliñado y poco llamativo en lo más profundo de los almacenes, y Ginger se sintió como una especie de carga humana ella misma, indefensa y sin mucho interés en hacia dónde iba, como si estuviera en una fuerte corriente que la hubiera recogido y la estuviera llevando en una dirección desconocida.

Finalmente llegaron a los muelles, donde un letrero de "The Old Line" montado en un poste provocó algún recuerdo lejano, algo que había leído en la Gazette. Su ansiedad iba en aumento hasta que se despidieron del Sr. Wynne, quien finalmente le entregó sus papeles y el billete de pasaje. Miró hacia abajo y el mundo pareció dar vueltas.

El Puerto de Nueva York, Nueva York, Estados Unidos de América.

Miró a John con asombro, y él le dio una sonrisa rápida que desapareció tan rápido como apareció.

Pensó que su corazón saldría disparado del pecho, ya sea por emoción o por miedo. Estaba cruzando el Atlántico, en un barco que viajaría durante semanas, y no había garantía de que estaría segura o incluso llegaría allí.

De repente, sintió pánico. Se dio la vuelta para mirar la ciudad detrás de ella, queriendo volver, deseando correr a St. Giles, entrar en la habitación de Lucky y encontrarlo allí, hundirse en su abrazo y escucharlo decirle que todo estaría bien.

En cambio, miró el barco de vela al que estaba a punto de subir y sintió un temor abrumador a lo desconocido. Las lágrimas le picaban los ojos, porque un pensamiento no la abandonaba y resonaba en su cabeza al compás de la sangre en sus sienes: habían querido ir a América juntos. Ella y Lucky.

Nunca había estado en un barco ni siquiera cerca de uno, ni su mente estaba en el lugar

adecuado, así que nunca notó los rostros familiares en la multitud en los muelles; los rostros de los Bankees aquí y allá, observándolos cuidadosamente a ellos y a todo lo que los rodeaba. No notó a Finn, que merodeaba entre la multitud y, junto con otros, cambiaba de lugar, cauteloso, como si estuviera buscando a alguien, escudriñando la multitud con los ojos.

Una vez en el barco, que olía a sal y humedad, se dirigieron al pasillo de camarotes, y ella se instaló en un diminuto y oscuro camarote, pero no encontró la fuerza ni la motivación para explorar su entorno, tan inusual y diferente a cualquier lugar en el que había estado antes. Se sentó en silencio en la estrecha y dura litera que sería su cama durante el próximo mes y miró la pared como si estuviera en prisión. "El alojamiento de clase alta," había dicho el Sr. Wynne, y Ginger se preguntaba cómo sería en la popa, donde estaban los pobres, pero se sentía indiferente respecto a dónde estaba y qué estaba por venir.

Pasó un tiempo antes de que escuchara ruidos afuera, gritos y risas. John vino a verla. Sintió que el barco se movía, trató de combatir la náusea, escuchó los sonidos desde el exterior y se sintió sofocada.

Finalmente, sacudió su estupor y fue a buscar a John al camarote de al lado. Pasaron por la sala de estar, junto a varias personas que ya estaban descansando y hablando, anticipando días de aburrimiento, luego subieron por la escalera hasta la cubierta de observación.

El viento, frío y salado, golpeó a Ginger en la cara, sacándola de su trance, y sintió que podía respirar de nuevo. Lejos de los otros pasajeros, se quedó de pie y observó el puerto que se desvanecía, y por un momento, sintió que estaba en la cima del mundo, con cientos de personas abandonando el puerto, sin embargo, se sentía sola y asustada.

Permaneció allí en silencio durante mucho tiempo, el sol, como la suerte lo quiso, demasiado brillante y alegre para su estado de ánimo sombrío. La línea costera se alejaba hasta que Ginger ya no podía distinguir los edificios. El tiempo parecía haber perdido importancia, y ella permaneció allí, meciéndose al ritmo del barco de vela y del viento frío.

John se excusó y regresó a la sala de estar mientras Ginger permanecía allí como hipnotizada, mirando la línea costera que se desvanecía.

Con el tiempo, ya no pudo distinguir la ciudad. La ciudad en la que había nacido y crecido. La ciudad que no le había dado mucha alegría hasta que conoció a Lucky. La ciudad que se lo había quitado todo...

Las ráfagas de viento se volvían más fuertes y sintió el peso en el pecho. La imagen ante sus ojos se volvió borrosa, se desplazó, y cuando parpadeó, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Emitió un sollozo suave y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Hubo un movimiento detrás de ella.

Una mano apareció junto a ella, sosteniendo un pañuelo blanco.

Una voz.

"Quizás necesites esto."

Esa voz...

Ginger tragó saliva y cerró los ojos. Los recuerdos parecían estar en todas partes.

"¡Querida?"

Ginger giró la cabeza para ver a la persona a la que pertenecía la voz y la mano extendida, y fue como si el mundo a su alrededor desapareciera.

¿Una broma de mal gusto?

¿Una ilusión?

¿Una alucinación?

Ella las había tenido antes.

Frunció el ceño, luego inclinó la cabeza, sacudiéndola, sus ojos llenos de shock.

"¿Qué...?" Su boca se congeló sin terminar la palabra.

Mismo rostro.

Mismos ojos.

Una barba...

El viento revoloteó los mechones sueltos de su cabello y enfrió su rostro mojado, pero ella se sintió como en un vacío.

¿Un doble?

¿Un hermano?

El suelo parecía caer bajo sus pies mientras olvidaba respirar, parpadear.

"Hola, cariño."

Era *su* voz.

La *suya*, inequívocamente.

Su corazón se sintió pesado como si estuviera atrapado en un puño de hierro.

"Tú..." murmuró, sintió un nudo en la garganta tan apretado que pensó que su pecho explotaría. Y siguió negando con la cabeza lentamente.

No puede ser.

Todo estaba volviéndose borroso frente a ella.

"Cariño..."

Era *su* voz.

Su rostro.

Su sonrisa.

Lucky...

Sus rodillas casi se doblaron por el shock, y sintió lágrimas deslizarse por sus mejillas.

Le dolía el pecho. Su corazón ahora retumbaba. La sangre corría hacia sus sienes. Era difícil respirar mientras permanecía inmóvil, mirando al hombre a través de las lágrimas.

Quería abofetearlo.

Hacerle daño.

Gritar.

¿*Cómo podía ser?*

Y trató de no parpadear, para no asustar este momento, su rostro frente a ella nuevamente, como si pudiera desaparecer en cualquier segundo.

"Cariño, está bien," dijo la voz suavemente.

Su rostro, ahora más cerca.

Sus manos la tomaron por los brazos.

"Maude, amor, te explicaré..."

Lo miró como si viera a Dios, sus ojos bien abiertos, piscinas de agua, lágrimas desbordándose por sus mejillas, sus labios temblando.

"Amor, está bien, ven aquí," dijo en voz baja.

Y cuando su cuerpo se presionó contra el suyo, ella estalló en sollozos, aferrándose a su abrigo tan fuerte como si la mantuviera de caer, y sus brazos la envolvieron y la sostuvieron más apretada que nunca.

Las gaviotas graznaban en el cielo, y de repente, el sol parecía brillar en todo el mundo con más brillo, las olas en cubierta demasiado ruidosas con su alegría.

Maude lloraba en los brazos de Frank mientras él la acariciaba suavemente mientras otros pasajeros paseaban. Dos niños gritaban de alegría, señalando algo en el agua. Una pareja de

enamorados se susurraban amor cerca. ¿Pero qué sabían ellos del amor? ¿Qué podría saber alguien sobre el amor a menos que haya sentido lo que es perderlo y encontrarlo de nuevo?

Ginger y Lucky estaban abrazados en la cubierta del barco, la ciudad apenas visible en el horizonte, el viento salado y el mar interminable a su alrededor, y era como si el mundo finalmente zarpara hacia una nueva esperanza. Lucky no se atrevía a moverse, simplemente se quedaba con los brazos alrededor de Ginger, quien lloraba desconsoladamente, apretando su chaqueta, enterrando su rostro en ella.

"Estás llorando más de lo que lo hiciste en mi funeral," dijo y se rio.

Finalmente, se apartó, con el rostro mojado por las lágrimas. Sostuvo su rostro, la barba desconocida que enmarcaba su mentón, los ojos tan familiares que sonreían con calidez. Los dedos de ambas manos empezaron a tocar sus mejillas, nariz, ojos, las cicatrices, inequívocamente suyas, el cabello que sobresalía de debajo de su sombrero. Sus ojos buscaban cualquier señal de fraude como si pudiera desaparecer en cualquier segundo. ¡Puf! Y podría desaparecer de nuevo.

Pero no, estaba justo ahí frente a ella.

La resurrección es algo glorioso. Uno podría decir incluso mágico.

De repente, lo abofeteó en la cara. Duro y fuerte.

Su cabeza se giró hacia un lado, pero cuando, sorprendido, la miró de nuevo, ella estaba sonriendo con la sonrisa de un loco, sus ojos explorando su rostro con la mirada de un demente.

"Real..." susurró y rio entre lágrimas.

"Cariño," dijo suavemente, sacudiendo la sorpresa, "estás llamando la atención, y no la necesitamos en este momento."

Sonrió, la atrajo más cerca y la besó.

Sus labios, inequívocamente los suyos.

Suaves.

Cálidos en el viento frío.

Pinchudos con el nuevo bigote y barba.

Se apartó y estudió su rostro con asombro.

"Te mataría ahora mismo," dijo finalmente, recogiénose, "si no me alegrara estar en tu compañía en este largo viaje."

Exhaló la tensión, rio, se secó las lágrimas, y arregló su vestido y sombrero como si sacudiera las emociones repentinas.

Lucky sonrió.

"Soy bueno en la resurrección."

"Simplemente con suerte," dijo, tratando de ocultar una sonrisa, mirando a su alrededor con fascinación como si acabara de ser transportada a un reino mágico.

"No puedo creer que me hayas hecho esto," dijo mientras caminaban de regreso a su compartimento.

"No había otra manera, amor. Pero prometí que íbamos a estar bien."

En efecto.

Lucky había cumplido su promesa.

Ginger lo miró, y su corazón le dolía de ternura y asombro, como si acabara de presenciar un milagro. Sus labios se estiraron en la sonrisa más grande hasta el momento, y sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos nuevamente.

Frank.

Frank Handley.

Su Frank Handley.

"Te echaba de menos," dijo él, sin apartar los ojos de ella mientras caminaba.

"Ajá. Te vi morir," respondió ella, sin dejar de mirarlo como si fuera un fantasma.

No necesitaba una explicación.

Los Bankee Boys, los despiadados criminales del Londres más oscuro, a veces tenían más dignidad que la realeza, más valor que un ejército y más lealtad a los suyos que a los amantes más afectuosos. Preferirían masacrar a la mitad de una ciudad que ahorcar sin piedad a uno de los suyos. En este caso, no fue una matanza, sino la actuación de su vida.

"Te extrañé, Maude," dijo Lucky cuando estaban de vuelta en su compartimento.

De repente, ya no parecía tan sombrío. Se sentía como el mejor lugar para tener a su amante junto a ella. Cuanto más pequeño, mejor, porque quería, necesitaba, tenerlo a su lado; verlo, tocarlo, olerlo.

Quería morderlo con una respuesta ingeniosa, pero sus labios estaban sobre los suyos, y pensó que se desmayaría por la familiar sensación de desmoronarse en sus brazos. Se besaron como si necesitaran respirar a través de la boca del otro. Y Lucky era como un huracán, con sus manos debajo de la falda de Ginger tan rápido que apenas parpadeó cuando sus piernas lo rodearon, y él la empujó con fuerza, clavándola en la pared con toda la pasión que había crecido en él en las últimas semanas.

Terminó en dos minutos, pero se quedó en su abrazo, jadeando y sonriendo.

"Te extrañé tanto, amor," susurró, con la frente tocando la suya.

Ginger lo miró con una mezcla de emociones, queriendo llorar y reír al mismo tiempo.

Pero Lucky no la dejó pensar demasiado, ni se detuvo por mucho tiempo. Pacientemente la desnudó y la tomó de nuevo. Más lento ahora, el inusual y gentil Lucky que Ginger no veía muy a menudo. Intentó complacerla, pero ella tomó el control, en su boca en su rostro, en sus ojos, en cada centímetro de su cuerpo que pudo alcanzar. Se envolvió alrededor de él, queriendo que sus manos la presionaran y la sostuvieran lo más cerca posible. Se movió profundamente sobre él, queriendo ser una con él, y sintió como si estuviera fuera de este mundo.

Había algo divino en la resurrección, de hecho.

Después, ella yacía en sus brazos, acariciando su piel, mientras él acariciaba su vientre, estudiándolo como si pudiera ver crecer a su hijo.

"Te amo," dijo ella.

Sus ojos se encontraron. Él trazó el costado de su rostro con su dedo índice, y no había ni rastro de la habitual sonrisa burlona en sus labios.

"También te amo, Maude," dijo por primera vez.

"Lo sé," dijo ella con una sonrisa.

"Oh, ¿ahora sí?", la sonrisa burlona había regresado.

"Ajá." Su sonrisa creció más, y él no pudo ocultar la suya.

¡Oh, Ginger!

Recordó la fatídica mañana en St. Giles cuando el gato desaliñado había cruzado corriendo la calle, derribándola. Nunca podría haber imaginado entonces que su ángel guardián no tendría alas, ni una dulce sonrisa. En cambio, tenía un rostro cubierto de cicatrices y una sonrisa burlona que podía hacer que su corazón creciera más grande que el mundo.

Estudió a Lucky, todavía sin creer que estuviera de vuelta, justo aquí, frente a ella. Lo miró

con los ojos bien abiertos como si tuviera miedo de parpadear y que todo desapareciera. Sus manos acariciaron su cuerpo, hormigueando con el placer de sentir su piel bajo sus dedos.

Quería preguntarle cómo era posible, pero luego recordó las palabras de Reuben: "La pregunta no es cómo, la pregunta es cuándo."

"Entonces, ¿qué hay en América?" preguntó en cambio.

"Una nueva empresa."

"¿Una *empresa*? ¿Entonces era un plan en marcha?"

"Algo así."

"¿Y no podías decírmelo?"

Él negó con la cabeza.

"Era demasiado peligroso, cariño."

Estudió su rostro por otro minuto.

"Así que ahora soy la Sra. Ginelli. Pero estoy segura de que ya lo sabes." Miró sus ojos sonrientes, y él asintió. Ella sacudió la cabeza incrédula. "¿Parezco una Ginelli?" Tiró de un mechón de su pelirrojo cabello para hacer un punto y rodó los ojos.

"No, pero yo sí," sonrió con malicia.

"Y tú eres..."

"El Sr. Marco Ginelli, naturalmente." Sus labios se estiraron en una sonrisa traviesa, y los de ella en un silencioso "oh."

"Y el Sr. Ginelli se queda..." Levantó las cejas.

"Una pareja casada suele quedarse en el mismo compartimento." Le lanzó otra sonrisa astuta, y ella pensó que podría besar esos labios para siempre.

¡Semanas!

¡Tenía semanas con él!

Este largo viaje no era lo suficientemente largo. Sonrió ante la idea.

"Si pensabas que podías deshacerte de mí tan fácilmente, amor, estabas equivocada," agregó Lucky. "Regresé de entre los muertos solo para perseguirte. Y eso," enganchó los dedos en la cadena con su anillo de estrella de David que colgaba entre sus pechos y lo balanceó de un lado a otro, rozando juguetonamente sus pezones "lo necesitaría de vuelta. Sus ojos brillaron con un brillo peligroso."

"Pensé que me lo habías dado," bromeó ella.

"Solo para su custodia. Es mi protector. Pero lo necesito de vuelta, amor. Realmente odio morir."

Ella se rio alegremente, y él la atrajo hacia un beso que los mantendría en la cama hasta el día siguiente.

La resurrección es algo excelente, en verdad.

La nueva vida es aún mejor.

Esa noche, varias personas en Londres estaban despiertas hasta altas horas de la primera luz de la mañana.

Rocco acababa de terminar una reunión con sus socios durante la cual se discutió una curiosa carta, recibida recientemente: personas importantes del otro lado del océano esperaban la llegada de un tal Marco Ginelli.

"Lucky aquí. Lucky allá," murmuró Rocco en sus narices y sacudió la cabeza con una

sonrisa. Nunca había tenido a nadie como Frank Handley, y tenerlo en Estados Unidos presentaba oportunidades de grandeza aún no vistas. Aquella pequeña ramera suya, pensó Rocco, había cambiado las cosas en una dirección bastante inusual.

Reuben y su padre, el Sr. Szold, estaban sentados en una mesa de madera en la parte trasera de la joyería.

Habían pasado la mañana en el puerto, asegurándose de que todo iba bien y viendo cómo el barco abandonaba la costa inglesa.

Ahora estaban sentados a la luz de las velas, fumando pipas y bebiendo vino.

Decidieron no mencionar nunca el negocio de Lucky por miedo a ser escuchados. Pero durante mucho tiempo, si alguien mencionaba el asesinato y el funeral de Lucky, la boca de Reuben se torcía en un intento de ocultar una sonrisa orgullosa apenas perceptible.

"Después de todo, no eres tan mal mago, ¿eh?" dijo el señor Szold.

Reuben soltó una risita.

"Años de práctica y las manos mágicas de Archibald."

Entonces recordó algo y volvió a reírse.

"¿Qué pasa?", preguntó el señor Szold.

"Recuerdo la forma en que Frankie y yo nos conocimos. Frank dijo: 'Sé cómo hacer que las cosas desaparezcan'." El gran cuerpo de Reuben se estremeció en una risita. "El bastardo seguro que lo sabe."

Y tanto él como el señor Szold se estremecieron de risa.

Otra persona era Finn, quien, hasta altas horas de la noche, se quedó sentado en los muelles del puerto. En la oscuridad, con solo vagabundos ocasionales, marineros y perros deambulando y las olas rompiendo contra la orilla, observó la tranquila vida mágica de los barcos atracados y escuchó los débiles sonidos de la campana del barco en el agua. Miró la oscuridad en el horizonte con una inusual sensación de melancolía. Sentía que había perdido a un héroe, o a un padre, o a un maestro, no estaba seguro.

Pero no por mucho tiempo.

Esa noche, Finn pensó en Lucky y Ginger y decidió que algún día iría a Estados Unidos. Esa decisión hizo que su corazón palpitara con una excitación inusual, y se sentó en los muelles hasta el amanecer, con los ojos muy abiertos por el asombro ante esa idea inesperada que hizo que su mente se tambaleara y su corazón ardiera de alegría.

Finn era de los barrios bajos y no sabía que la cosa poderosa que nació en su mente esa noche se llamaba sueño.

Pero ahora tenía uno.

Y tenía lo que un mago había llamado una vez el arma más grande: la esperanza.

Y tal como Lucky había dicho una vez, si querías hacer realidad un sueño, todo lo que necesitabas era un plan, un amigo y, bueno, una pizca de buena suerte.

OTRAS OBRAS DE V. KAHANY

[FLORES PARA EL DIABLO](#)

[EL REY DE LOS DIAMANTES](#)

[EL DESEO DE UN CABALLERO](#)

Serie Rebeldes de Gracewyck:

La Musa del Rebelde (Libro 1)

La Tentación del Rebelde (Libro 2)

El Deseo del Rebelde (Libro 3)

Serie Bell House:

Los tiernos días de May

El tierno toque de la noche

Las tiernas reglas del Edén

El tierno beso del destino

El tierno arte de la guerra